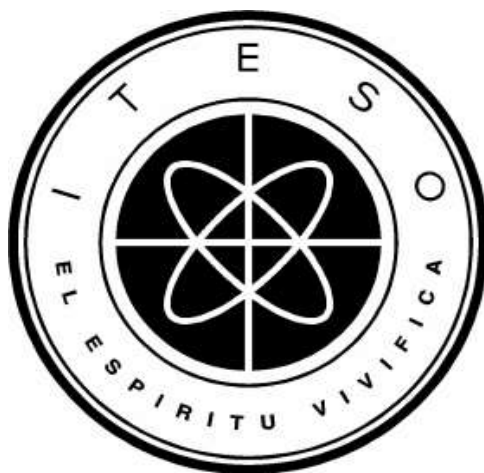

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios de Nivel Superior según Acuerdo Secretarial
15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación el 29 de noviembre de 1976

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA



Formas de estar con la violencia

La violencia como factor de estructuración social

Tesis que para obtener el grado de
Maestro en Comunicación de la Ciencia y la Cultura
con Área de Concentración en Estudios Socioculturales
Presenta:

Lic. Christopher Oliver M. Estrada Barahona

Directora de tesis: Dra. Rossana Reguillo Cruz

Tlaquepaque, Jalisco. Junio 2006.

A la memoria de Isabel Barahona (1922-2006)
que siempre será mi Mamá Chabela:
la historia pasa,
usted se quedó para siempre...

ÍNDICES

Índices	2
Glosario de siglas	6
I. Así comenzó este trayecto: consideraciones preliminares	8
1.1. Posición personal frente al objeto de estudio	8
1.2. Pertinencia de la investigación: El Salvador, Colombia y Brasil	13
1.2.1. <i>El Salvador</i>	14
1.2.2. <i>Colombia</i>	19
1.2.3. <i>Brasil</i>	25
1.3. Estructura del texto	28
1.4. Agradecimientos.....	29
II. Pensar sobre la violencia: ejes teórico-conceptuales.....	32
2.1. El contexto social y su carácter comunicativo.....	36
2.2. Sociedad y violencia como factor de estructuración.....	43
2.2.1. <i>Punto de partida: agresión, agresividad, violencia</i>	44
2.2.2. <i>Violencia como factor de estructuración social: claves para una definición</i>	58
2.2.3. <i>Capilaridad del poder y creatividad cotidiana: Foucault y de Certeau</i>	68
2.3. Comunicación, comunidad y el lenguaje de la violencia	78
2.3.1. <i>Habermas: Conocer e interpretar la interacción</i>	80
2.3.2. <i>El concepto de comunidad</i>	92
2.3.3. <i>Berger y Luckman: la génesis del sentido social</i>	97
2.3.4. <i>La violencia como lenguaje de las prácticas</i>	102
2.3.5. <i>El imaginario y la consolidación de la violencia</i>	107
III. Metodología	118
3.1. Enfoque metodológico y fundamentación epistemológica	118
3.2. Delimitaciones empíricas	120
3.2.1. <i>Universo de análisis</i>	120
3.2.2. <i>Sujetos de investigación</i>	127

3.3. Estrategia metodológica.....	128
3.3.1. <i>Categorías para la recolección de información</i>	128
3.3.2. <i>Recursos instrumentales para la recopilación de información</i>	133
3.3.3. <i>Trabajo etnográfico</i>	134
3.3.4. <i>Documentación estadística sobre el contexto urbano</i>	135
3.3.5. <i>Historia cultural de la violencia</i>	136
3.4. Aplicación del trabajo de campo.....	137
3.5. Sistematización e interpretación de la información.....	138

IV. Historia cultural de las violencias en El Salvador 143

4.1. “La mitad de la vida que nos dejaron”: leer la historia, comprender la violencia.....	143
4.1.1. <i>¿Por qué elaborar una Historia Cultural de las Violencias en El Salvador?</i>	143
4.1.2. <i>¿Por qué se habla de violencias en lugar de violencia?</i>	145
4.1.3. <i>Estructura del documento</i>	146
4.2. Rasgando la tierra con las manos: transformaciones en la propiedad de la tierra.....	147
4.3. Cortado de raíz: el movimiento indígena en el Siglo XX.....	150
4.4. Los señores presidentes: deterioro de los espacios de participación política.....	155
4.5. Vivir para aniquilar al otro: pasado y presente del conflicto armado.....	161
4.6. Recomposición de vínculos sociales: el mosaico de la violencia contemporánea.....	164
4.7. Para finalizar: algunas deudas de esta historia cultural.....	170

V. Formas de estar con la violencia 174

5.1. Consideraciones previas.....	174
5.2. Antecedentes: la ciudad de San Salvador y sus contradicciones.....	177
5.3. Del territorio al espacio simbólico: formas de habitar con la violencia.....	185
5.3.1. <i>La Colonia Molina</i>	187
5.3.2. <i>La entrada de El Casco</i>	197
5.4. Relaciones familiares y vecinales: construcción de la convivencia.....	200
5.4.1. <i>Políticas de convivencia y gestión cotidiana de la violencia</i>	202
5.4.2. <i>Solidaridad y movilización en El Casco</i>	208
5.5. Escenarios de violencia simbólica: las relaciones de género.....	214
5.5.1. <i>Familia y espacio privado: políticas de convivencia y contención de la conflictividad</i>	218
5.5.2. <i>Definición de un plan de vida y experiencias de violencia intrafamiliar</i>	225
5.5.3. <i>Narrativas sobre la violencia: creencias y saberes sobre la dominación de género</i>	229
5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia.....	233
5.6.1. <i>Presencia de instituciones en la vida cotidiana</i>	235

5.6.2. <i>De la que nos salvamos: memorias del conflicto armado</i>	246
5.6.3. <i>Narrativas sobre la violencia: esbozo de aprendizajes y creencias</i>	253

VI. Enclaves analíticos y pausa en el trayecto	260
-------------------------------------------------------------	------------

Bibliografía	267
---------------------------	------------

Anexos	275
---------------------	------------

TABLAS

Tabla 3.1. Características de los sujetos entrevistados.....	127
Tabla 3.2: Relación de herramientas, categorías y recurso instrumental.....	133
Tabla 4.1: Sucesiones presidenciales desde 1876 hasta 2004.....	157
Tabla 5.1: Problemas del Centro Histórico de San Salvador según comerciantes formales....	182
Tabla 5.2: Costos económicos de la violencia en El Salvador 1995-2004.....	183

DIAGRAMAS Y GRÁFICOS

Diagrama 3.1: Relación de categorías de recolección como herramientas de análisis.....	132
Gráfico 5.1: Porcentaje de victimización por causa y ciudad.....	181

ILUSTRACIONES

Ilustración 1.1: Fotografía de La Prensa Gráfica (El Salvador), 05.05.06.....	8
Ilustración 3.1: Zona de El Casco, en el municipio de Cuscatancingo.....	120
Ilustración 3.2. Departamento de San Salvador y Municipio de Cuscatancingo.....	121

Ilustración 3.3: Fotografía satelital de El Casco: algunos rasgos topográficos.....	122
Ilustración 3.4: Distribución urbana de El Casco.....	123
Ilustración 3.5: Riesgo socioambiental y otros rasgos urbanos de El Casco.....	125
Ilustración 3.6: Entrevistas, puntos de observación y toma de videos en El Casco.....	128
Ilustración 5.1: Área Metropolitana de San Salvador.....	178
Ilustración 5.2: entrada de El Casco y ubicación de la Colonia Molina.....	187
Ilustración 5.3: Entrada de la Colonia Molina.....	188
Ilustración 5.4: Entrada a la zona de El Casco.....	197
Ilustración 5.5: Expendio de aguardiente y borrachos consuetudinarios de la zona.....	198
Ilustración 5.6: Comité de Base del FMLN (70 mt de la entrada de El Casco).....	200
Ilustración 5.7: Vista de la entrada a la Comunidad El Tazumal.....	211
Ilustración 5.8: Un país con un alto número de jefas de hogar.....	217
Ilustración 5.9: Calle Central y, al fondo, Parroquia Inmaculada Concepción.....	239
Ilustración 5.10: Antigua campana de la Parroquia Inmaculada Concepción.....	240
Ilustración 5.11: Cancha de fútbol rápido de la Parroquia Inmaculada Concepción.....	243

GLOSARIO DE SIGLAS

AMSS	:	Área Metropolitana de San Salvador
ANDA	:	Asociación Nacional de Acueductos y Alcantarillados
ANSP	:	Academia Nacional de Seguridad Pública
ARENA	:	Alianza Republicana Nacionalista
BPR	:	Bloque Popular Revolucionario
CNR	:	Centro Nacional de Registros
CONCULTURA	:	Comisión Nacional para la Cultura y las Artes
DIGESTYC	:	Dirección General de Estadísticas y Censos
DRU-PM	:	Dirección Revolucionara Unificada Político-Militar
DUI	:	Documento Único de Identidad
EEUU	:	Estados Unidos de América
FAES	:	Fuerza Armada de El Salvador
FAPU	:	Frente de Acción Popular Unificada
FDR	:	Frente Democrático Revolucionario
FGR	:	Fiscalía General de la República
FLACSO	:	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FMLN	:	Frente “Farabundo Martí” para la Liberación Nacional
FRTS	:	Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños
IML	:	Instituto de Medicina Legal
ISDEMU	:	Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer
ISPM	:	Instituto Salvadoreño de Protección al Menor
ISSS	:	Instituto Salvadoreño del Seguro Social
IUDOP	:	Instituto Universitario de Opinión Pública
LP-28	:	Ligas Populares “28 de febrero”
MINED	:	Ministerio de Educación
MLP	:	Movimiento de Liberación Popular

MSPAS	:	Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social
OPAMSS	:	Oficina de Planeación del AMSS
PDDH	:	Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos
PCS	:	Partido Comunista Salvadoreño
PIB	:	Producto Interno Bruto
PNC	:	Policía Nacional Civil
PNUD	:	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
UCA	:	Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

I. ASÍ COMENZÓ ESTE TRAYECTO: CONSIDERACIONES PRELIMINARES



Ilustración 1.1.: El pie de foto original decía: “**Un camino por recorrer.** La violencia es ya un rostro cotidiano. En la imagen, una niña camina a través de un cateo preventivo en un pasaje del proyecto Santa Teresa, en San Martín”. La Prensa Gráfica (El Salvador), 5 de mayo de 2006. Foto de Óscar Leiva.

1.1. Posición personal frente al objeto de estudio

Soyapango es uno de los 14 municipios que componen el AMSS. Hasta 2002, se calculaba que en tenía 288.368 habitantes (un poco más del 14% de la población del AMSS). Su crecimiento depredatorio y desordenado fue producto del creciente flujo de trabajadores urbanos que migraban desde el interior del país para procurarse un estilo de vida menos sometido a las carencias del campo. Eso le ha valido, con el tiempo, ser el segundo municipio del AMSS más densamente poblado: en el viven 9.703 personas por Km². Hoy en día, Soyapango es considerado un municipio *dormitorio*: despierta viendo que sus jefes de familia viajan a otros municipios a trabajar y, al final de la jornada, descansa en compañía de los grupos familiares “reunidos” de nuevo, reiniciando continuamente el drama de un moderno Sísifo. Yo crecí en este municipio. De los 3 a los 18 años viví en una colonia creada para ese tipo de ciudadanos:

una gran proporción de mujeres solas¹ con un ingreso menor a los US\$50 mensuales y con muy familias grandes. En esa época me atemorizaba la presencia de grupos pequeños de niños y jóvenes de mi edad que se juntaban para desarrollar lo que ahora interpreto como formas de gestión de su posición en la vida cotidiana, frente a ellos mismos y frente a los demás. Estos jóvenes se peinaban a lo “punk” —o no se peinaban—, deambulaban por las calles todo el día, no respetaban el toque de queda, escuchaban música rock y se tatuaban el cuerpo con los nombres de sus grupos musicales favoritos o de sus enamoradas.

A partir de 1994, cuando las deportaciones de salvadoreños radicados en EEUU se incrementaron, estos jóvenes refuncionalizaron rápidamente los esquemas organizativos que les enseñaron los miembros de pandillas juveniles o *gangs* latinas en Nueva York, Chicago y Los Ángeles. En poco tiempo, se convirtieron en lo que ahora se conoce como *maras*. Prácticamente desde entonces me inquieta pensar que hay algo más que malas intenciones o degeneración en este tipo de formas de estar en el mundo en donde la violencia está incorporada profundamente. Como ésta, pienso que se establecen otro tipo de relaciones con los demás que, de maneras menos visibles o dramáticas, se valen de la violencia como un recurso para alcanzar grados de relativo ordenamiento social. Pienso que la violencia ha desarrollado tantas y tan variadas formas de expresión, que difícilmente puede ser ubicada al margen de los mecanismos que utilizamos para darle sentido a todo lo que nos rodea. Pienso —y también recuerdo— que mis hermanos, mis vecinos y mis contemporáneos nos movíamos entre escenarios que podrían parecer extremos: soldados cateando casas, reclutando hombres en los autobuses del transporte colectivo, muertos en el camino (como más adelante recordará uno de mis entrevistados, “*muertos, muertos, muertos...*”)², los sonidos de la guerra (la detonación de diferentes tipos de armas de fuego, las bombas a diferentes distancias de mi casa, las botas militares en las aceras de cemento y en las calles de polvo...). De hecho, por esta situación personal frente al objeto es que me llamó tanto la fotografía de Óscar Leiva que recojo en la **Ilustración 1.1**: cuán poco puede cambiar la vida después de tanto tiempo... y cuán diferente puede ser al mismo tiempo...

¹ Según la Encuesta de Hogares y Propósitos Múltiples de 2002, el 43% de los hogares del municipio es conducido por mujeres solas.

² Ver 5.6.2. *De la que nos salvamos: memorias del conflicto armado.*

Este documento es producto de una investigación que exploró en diferentes planos teórico-conceptuales, metodológicos y reflexivos, estas y otras de las premisas que acabo de repasar. Ninguna de ellas quedó intacta después del trayecto que, en poco más de dos años, cambió radicalmente mi manera de ver el fenómeno. Me permito, pues, iniciar este estudio con una introducción escrita en primera persona por varios motivos: el primero y más importante, porque creo justo hacer lo más patente posible que pertenezco a una generación de salvadoreños que hicieron suyo, durante mucho tiempo, un modo de vida que privilegiaba un sin fin de estrategias para lidiar con la violencia de la guerra, de la delincuencia, del hogar, del juego... Formo parte de esa gran cantidad de personas que, en más de una ocasión, se sorprendió de despertar un día sin que hubiera ya una guerra civil en las calles. Este trabajo ha enfrentado, en mayor o menor medida, esas viejas marcas en la memoria que muy probablemente están a la base de mi interés académico por la violencia.

En segundo lugar, porque una buena parte de mi responsabilidad en este trayecto se concentró en redistribuir el mapa de esas vivencias que eran, al mismo tiempo, un mapa traslúcido que me colgaba como lentes para ver mejor. Sería pretensioso decir que, en este punto, esos mapas han sido domeñados por obra de la iluminación científica. Lo mejor que puedo decir de ellos es que siguen ahí y que ahora se han convertido en un airado interlocutor, caprichoso y tal vez con algo de sentimiento de culpa, cuando antes quizá eran como uno de esos ancianos de la familia que siempre que dicen algo —lo que sea—, lo dicen para que *no pueda ser ignorado*. No lo sé: antes no era del todo conciente que llevaba dentro de mí a quien hoy describo como un arquetípico viejo sabio. La tercera razón que me mueve a revelar con esta prosa mi relación con el tema que nos ocupa, es que en verdad nunca estuve solo en este trayecto y me parece de muy mal gusto agradecer a todas las personas que colaboraron a crear este documento desde un discurso impersonal que, valga la aclaración, tampoco desdeño. Estas páginas son fruto de diferentes momentos de interlocución directa o indirecta con personas concretas que estuvieron involucradas con la confección de mi posición reflexiva ante la violencia. Si tuviera que resumir estas tres razones en una sola, tendría que decir que no puedo escribir de otra manera algo que forma parte de mi vida. Porque escribir y reflexionar sobre

este fenómeno, en este preciso momento, es reelaborar un discurso que me describe a mí mismo.

Habiendo hecho esta confesión, me tengo que centrar de nuevo en lo que interesa por ahora. Tengo que decir, entonces, que la investigación que está a la base de este documento persigue estudiar el sentido que adquiere la violencia en la estructuración de las relaciones interpersonales que se producen en una comunidad pobre urbana del AMSS: El Casco, en el municipio de Cuscatancingo. Como tal, este trabajo comenzó siendo un deslucido pre-proyecto que me orillaba al estudio de las formas de organización ciudadana para el manejo de conflictos. Pero me vi de repente tan envuelto en la necesidad de imaginarme a mí mismo metido en dicho asunto, que rápidamente perdí el interés por esa faceta particular de la vida en comunidad. Entre agosto y diciembre de 2003 concentré mis esfuerzos en visualizarme indagando a profundidad la forma en que las personas organizan su vida cotidiana para procurar o deteriorar el ideal de una convivencia pacífica. Obviamente no lo conseguí, pero el tema me llevó poco a poco a pensar que tal vez la cura de mi desánimo estaba en el estudio de ese otro fenómeno sin el cual no podemos en verdad establecer cuándo estamos frente a un conflicto... y cómo proceder a resolverlo. Y ahí nació la vaga idea de que, detrás de cada práctica desarrollada por un sujeto en un contexto determinado, hay una manera de concebir e incorporar a la violencia como forma de vida.

Las últimas semanas de diciembre de 2003 hicieron lo suyo y cuando menos lo esperé, ya estaba haciendo los primeros rastreos de información relacionada con el concepto y con el fenómeno en El Salvador. La investigación comenzó a dar de sí luego de mi primera incursión en la zona de El Casco, en el municipio de Cuscatancingo de mi país, cuando me di cuenta de que mis conceptos y autores no me sirvieron para ver *nada* en la comunidad. Al enfrentarme por primera vez a un posible escenario en el cual aplicar lo que entonces eran ideas generales sobre el fenómeno de la violencia, sentí la necesidad de reformular muchos de mis supuestos de investigación. Los primeros dos días de visitas y pláticas exploratorias me hicieron sentir desarmado en un ambiente donde las personas se movían a sus anchas y los conceptos se congelaban en el disco duro de mi computadora. Y de varias noches de desvelo surgió la necesidad de explorar a la violencia no como un hecho que, en su ocurrencia concreta, afectaba

el sistema de relaciones sociales de un grupo, sino como un recurso del que echamos mano para estructurar —ya no “afectar”— dicho sistema de relaciones.

Por esa misma razón es que he querido desviar la atención de aquellas manifestaciones más aparatosas de la violencia que suelen llamar la atención de los medios informativos y de no pocas investigaciones también. A mi juicio, esta manera de pensar en la violencia conlleva el riesgo de concebir el fenómeno como una enfermedad social que corrompe a la humanidad. Nada más lejos de lo que se sostiene en estas páginas y que desarrollaré convenientemente — y en un tono más impersonal y académico— más adelante. Desde la perspectiva que adopté, me incliné al estudio de la violencia en tanto que opera, junto con otros fenómenos, como un factor de estructuración social. Asumí la posibilidad de estudiarla como un fenómeno que se desarrolla en el orden de lo que María Teresa Uribe (2001) llama *umbrales de tolerancia* producidos por una apropiación subjetiva de condiciones sociales y culturales co-originarias.³ Esto me supuso el reto de observar el comportamiento cotidiano de los habitantes de El Casco y escudriñar en el discurso sobre su vida esas tolerancias difíciles de observar pero que, en su sutileza, demuestran que son imprescindibles para mantenerse dentro de un cierto orden simbólico imperante. Como lo sostengo más adelante, la apropiación que el sujeto hace de la violencia en el plano subjetivo influye —no por ello al margen de las condiciones específicas de cada sujeto y de su contexto particular— al momento de definir cuál es el lugar que ocupa en el mundo (frente a sí mismo y frente a los demás), cómo se relaciona en su círculo familiar y comunitario, cómo asume y reconstruye su historia, y cómo se visualiza a sí mismo en el plano nacional, local y global. En suma, la pregunta que está a la base de esta investigación es: *¿Qué papel adquiere la violencia en la estructuración de las relaciones sociales que se establecen dentro de la zona de El Casco, en Cuscatancingo, San Salvador, El Salvador?*

Esta pregunta no restringió mi proceso de investigación. Sobre todo porque, cuando se hizo necesario, atendí desde la plataforma teórico-conceptual diseñada para ello todas las referencias que los sujetos estudiados hicieron con respecto a sus relaciones más allá de la comunidad. También pude trazar interesantes salidas analíticas a las constantes referencias que los entrevistados hacían sobre sus memorias del pasado y su visión particular del futuro. En cada

³ “Toda sociedad o agrupación humana tiene un umbral dentro de cuyos límites se tolera un cierto nivel de violencia y se convive con ella sin que esto produzca efectos traumáticos sobre el conjunto, ponga en peligro la estabilidad de un régimen político o genere algún proceso de des-legitimación del poder institucional”, p. 20. Ver Uribe, María Teresa (2001), *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.

una de estas aportaciones, la pregunta se expandió desde dentro para dejar claro que el plano constituido por las relaciones sociales que cualquier sujeto establece no puede verse limitado por el lugar de habitación o de origen. A ello se debe que, en el diseño metodológico y siguiendo la acertada recomendación de mi directora, Rossana Reguillo, incorporara un capítulo destinado a exponer una lectura no historiográfica de la violencia en El Salvador. También a ello se debe que adaptara las categorías de recolección y análisis a esta visión sobre las relaciones sociales. El objeto de estudio de esta investigación es la violencia, entendida como un recurso socialmente estructurado y subjetivamente modelado que determina nuestra forma de relacionarnos con los demás. Asumo que la violencia se manifiesta en tres dimensiones fundamentales: (a) como evento concreto en el que se ejerce la fuerza sobre otra persona, grupo o circunstancia; (b) como ejercicio de dominación ejercido en el plano de lo simbólico o de los procesos de generación y asignación de significado; y (c) como sistema de referencias mediante el cual se organiza la realidad circundante. Desde esta plataforma, que paradójicamente fue construyéndose en muchos momentos, es que inicié el trayecto que acá describo.

1.2. Pertinencia de la investigación: El Salvador, Colombia y Brasil

Como cualquier trabajo de investigación, fue necesario explorar una buena cantidad de documentos para tener una idea de qué posición ocupa esta opción de estudio con respecto a otras tendencias y apuestas de investigación sobre la violencia. Por esta razón, decidimos hacer un rastreo muy general que diera cuenta de algunas tendencias de investigación en tres países: El Salvador, Brasil y Colombia. La selección de países fue hecha en conjunto con Rossana por considerar que son polos centrales de producción de estudios y reflexión teórica sobre el fenómeno. La selección de textos dependió en buena medida de la disponibilidad que tuvimos Rossana y yo para encontrarlos. En todo caso, el objetivo fundamental de esta revisión somera es mostrar que mi interpretación de la violencia como factor de estructuración de relaciones sociales guarda cierta correspondencia con otras interpretaciones que se están generando en estos países, donde el fenómeno se manifiesta de formas muy variadas y

en niveles muy diferentes pero con una intensidad similar a la que se producen en El Salvador.

El resultado de este ejercicio fue muy alentador. En efecto, existen muchos investigadores que consideran inadecuado el tratamiento patológico de la violencia desde una perspectiva social, y que más bien se concentran, al igual que yo, en develar la incorporación sutil que se hace de la violencia en las formas de vida de los sujetos. Con sus diferencias, estos autores ofrecen un panorama de relaciones sociales del cual es muy difícil sustraer a la violencia, no tanto como un hecho que ocurre, sino como un sistema de normas y reglas paralelo a la convivencia pacífica. También me di cuenta que estas interpretaciones del fenómeno comparten espacios con aquellas que se enfocan más en una característica particular del fenómeno, relativa a quienes ejecutan la acción violenta (es entonces cuando estudiamos la violencia delin cuencial, juvenil, policial, entre muchas otras) y quienes la sufren (la violencia de los despla zados, contra la mujer, contra los niños, racial). Encontré muchas y muy importantes aporta ciones al estudio de la violencia desde cada uno de estos planos, pero los documentos que seleccionamos responden más a esta otra visión del fenómeno que está a la base de mi inves tigación. Todo ello contribuye a sustentar la pertinencia de mi investigación en el marco de los estudios sobre violencia. Una reflexión más rigurosa sobre la pertinencia de mi investiga ción en el marco de la comunicación puede ser consultada en **2.1. El contexto social y su carácter comunicativo.**

1.2.1. El Salvador

La producción más importante que se ha hecho sobre el tema de la violencia en El Salvador se produjo en el marco del conflicto armado que afectó a mi país desde 1970 hasta 1992.⁴ Luego, a la par de la transición hacia la democracia, también se produjo otra transición en los estudios sobre el fenómeno que acrecentó la atención puesta en las consecuencias de la gue rra en diferentes planos de la vida cotidiana, así como en uno de lo fenómenos cuya capaci-

⁴ Algunos de esos textos, y que forman parte de la bibliografía complementaria de esta investigación, son: Armstrong, Robert y Janet Rubin (1983), *El salvador, el rostro de la revolución*. San Salvador: UCA Editores. 251 pp.; White, Alastais (1983), *El Salvador*. San Salvador: UCA Editores. 350 pp.; Browning, David (1975), *El Salvador, la tierra y el hombre*. San Salvador: MINED; Guidos Véjar, Rafael (1980), *Ascenso del militarismo en El Salvador*. San José: EDUCA; Menjivar, Rafael (1980), *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*. San José: EDUCA; y muchos otros más.

dad dramaturgica⁵ acapara con justa razón la atención de muchos estudiosos: las *maras* o pandillas juveniles.

En términos generales, a partir de una revisión de documentos que dan cuenta del desplazamiento que se produjo en El Salvador de un estado de conflicto armado (violencia bélica) a un estado de *cultura de la violencia*, identifiqué al menos desde tres perspectivas imperantes en el estudio de la violencia: a) estudios sociológicos y de psicología social que trataron el tema de la violencia desde una perspectiva profundamente marcada por la teoría marxista; b) mediciones estadísticas de instituciones gubernamentales y algunas ONG que aportan una visión oficial y cuantitativa del fenómeno; y c) sondeos de opinión y estimaciones económicas que aportan una aproximación a lo que sería “el estado de la opinión pública” sobre el problema, así como una perspectiva economicista sobre el mismo. Sin embargo, ninguna de estas vertientes de estudio ha logrado aproximarse al tipo de relaciones que se producen en la vivencia cotidiana de los sujetos y que los lleva a organizar su contexto inmediato y desarrollar diversas *formas de estar con la violencia*.

Sobre la primera vertiente, es casi obligatorio mencionar la obra del psicólogo social y sacerdote jesuita Ignacio Martín-Baró,⁶ cuya obra fue violentamente truncada cuando efectivos de las FAES lo asesinaron junto con otros jesuitas en su residencia, en la UCA. El rigor científico y las interpretaciones que hizo sobre este fenómeno fueron de mucha importancia para mí, a la vez que me inspiraron en un plano más personal a seguir trazando rutas analíticas así de comprometidas con el futuro deseado de mi país. Martín-Baró trabajó desde el plano de la psicología social y, particularmente, su enfoque traduce la condicionante ideológica de la violencia como condicionante de “significado”:

⁵ Reguillo, Rossana (1994), “Acción comunicativa. Notas sobre la identidad/alteridad social”, en *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación I*. México: CONEICC. p. 83-100. Haciendo una traspolación de los conceptos habermasianos relativos a los tipos de acción (estratégica, regulada por normas, dramaturgica y comunicativa), Reguillo habla de la existencia de identidades de corte estratégico (prácticamente correspondientes a las *zonas duras*) y de corte dramático, que son precisamente las que se estaría produciendo en nuestros días: “se organizan en torno a decisiones expresivas que se convierten en referencia de la acción y se trata de hacer aparecer la identidad con toda la fuerza y visibilidad” posibles (p. 91).

⁶ Se puede consultar una interesante recopilación de sus escritos sobre el tema en Martín-Baró, Ignacio (2003), *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta, especialmente en pp. 9-62, 65-181.

*“La idea del ‘fondo ideológico’ de los actos violentos trata de resaltar el carácter ‘significado’ de tales actos, así como su estrecha dependencia de ciertas creencias y valores que han adquirido el rango de auténticas convenciones sociales”.*⁷

Martín-Baró fue el primer pensador que, desde El Salvador y siguiendo muy de cerca la dinámica en que se desarrollaban los focos de conflictividad de los 70 y 80, construyó un complejo esquema conceptual que buscaba explicar las causas y consecuencias de la violencia en cualquier contexto social. Estableció que la violencia debía abordarse desde tres presupuestos básicos (multiplicidad de formas, carácter histórico y proceso autónomo que se autodinamiza y multiplica) y cuatro elementos constitutivos (la estructura formal del acto —violencia instrumental y violencia terminal—, la “ecuación personal” del mismo, el contexto posibilitador y el fondo ideológico que la posibilita). Gracias a su obra, en mi país hablamos durante mucho tiempo de *condiciones estructurales posibilitantes de la violencia*. Los dos polos conceptuales entre los que se movió su obra fueron la violencia bélica y la violencia estructural. La UCA se mantuvo durante algún tiempo como una representante de primer nivel en cuanto al estudio de la violencia, sobre todo por este legado que dejó Martín-Baró. De este modo, en 1997 publicó un número monográfico de su revista Estudios Centroamericanos (ECA) sobre la violencia en El Salvador⁸ en el que se hizo el primer esfuerzo por sistematizar y sustentar reflexivamente la idea *cultura de la violencia* que se venía manejando en muchos círculos académicos del país:

*“La guerra, dada su naturaleza, creó normas y valores sociales que legitimaron y privilegiaron el uso de la violencia en las relaciones sociales, exacerbando y universalizando la cultura de la violencia en la que ahora vivimos inmersos. Pero esta cultura no es una simple herencia de la guerra, sino que es actualizada por los comportamientos sociales e individuales cotidianos. Así, la violencia ha llegado a ser aceptada como forma posible e incluso requerida de comportamiento, convirtiéndose en una cultura, cuya mentalidad y valores privilegian la acción violenta”.*⁹

⁷ *Ibidem*, p. 39.

⁸ Estudios Centroamericanos (1997), *La cultura de la violencia en El Salvador. La violencia y su magnitud, sus costos y los factores posibilitantes*. Número monográfico, 588, Año LII, octubre.

⁹ *Ibidem*, p. 942.

Este número monográfico de ECA introdujo con mucha fuerza dentro de la opinión pública la discusión sobre los costos de la violencia en El Salvador; una corriente de estudio que, valga el comentario, ha sido impulsada con mucho ímpetu de parte de organismos internacionales de financiamiento para el desarrollo, pero que no logra profundizar en otros aspectos del fenómeno que sí me interesó investigar en el estudio que nos ocupa por ahora. Un año después, en 1998, se publicó *Más allá de la vida loca*¹⁰, estudio que ahora es un clásico sobre el fenómeno de las *maras*, y que basó sus resultados en un sondeo de opinión realizado a 1,025 miembros de más de seis reconocidas pandillas juveniles del AMSS. El texto resultó ser un interesante acercamiento a la visión colectiva de estos grupos de jóvenes y a sus formas de operación básicas, pero adolecía de una base sociológica muy pobre. De hecho, muchas de las conclusiones más importantes de los autores se centraban en recomendaciones sobre el tipo de intervenciones que se debían hacer para controlar y promover la reincorporación de los *mareros* a la vida civil y productiva. Pocos meses después, ese mismo año, el PNUD publicó la compilación de textos *Violencia en una sociedad en transición*¹¹, en la que varios académicos e investigadores de El Salvador y de varias partes del mundo (Inglaterra, EEUU, Israel y varios países de Latinoamérica) aportaban sus reflexiones en torno a aspectos muy concretos del fenómeno de la violencia: delincuencia, maltrato intrafamiliar, pandillas, situaciones de riesgo. También se incluyen en este texto algunas reflexiones sobre la relación entre poder y violencia, se retoman los estudios de costos y factores posibilitantes del fenómeno en El Salvador y se incluye la perspectiva psicológica y jurídica del mismo.

La tónica de publicaciones cambia hasta la primera década de 2000, sobre todo con la publicación del texto *Conviviendo en la orilla*¹² que no solo innovó al incorporar estudiantes de un programa de formación de investigadores auspiciado por FLACSO de El Salvador, sino que constituyó el primer estudio de caso riguroso en el que se exploraba la relación entre violencia y exclusión social en comunidades pobres urbanas, en el entendido de que “la convivencia en estas ‘comunidades de la orilla’, llamadas marginales y algunas catalogadas como ilegales,

¹⁰ Cruz, José Miguel y Nelson Portillo (1998), *Más allá de la vida loca. Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*. San Salvador: UCA Editores. 257 pp.

¹¹ PNUD (1998), *Violencia en una sociedad en transición*. San Salvador: PNUD. 195 pp.

¹² Savenije, Wim y Khatarine Andrade-Eekhoff (2003), *Conviviendo en la orilla: exclusión social y violencia en el Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: FLACSO. 349 p.

refleja no sólo su ubicación territorial sino también el espacio que ocupan en la sociedad”.¹³ A pesar de la intención de los autores por profundizar en formas de convivencia y violencia, el estudio tiende a dar más peso a los datos duros que permiten objetivar, en su máxima expresión, los fenómenos sociales relacionados con la violencia. Con esto, proporciona legitimidad y validez científica al análisis de la violencia, pero el texto cae en relaciones causa-efecto esencialmente inspiradas en este tipo de constataciones cuantitativas “duras”: “La desigual distribución de recursos y oportunidades económicas, sociales y políticos en una sociedad puede implicar una desigual distribución de violencia, dentro de lo cual los con menos recursos y oportunidades compartirán una proporción mayoritaria de la violencia”.¹⁴

El trabajo coordinado por Andrade-Eekhoff y Savenije también innovó en cuanto al método utilizado. Combinó una recopilación bibliográfica (estudios sobre el tema, estudios sobre comunidades, documentación sobre las mismas); entre 15 y 20 entrevistas a profundidad aplicadas a líderes, directivos y otro tipo de agentes externos que pudieran tener alguna relación con la vida cotidiana de las comunidades; 283 encuestas aplicadas de acuerdo a criterios estadísticos de representatividad; y la realización de un grupo focal (también llamado *taller de retroalimentación*) en el que grupos separados de mujeres adultas, hombres adultos y jóvenes fueron cuestionados sobre diferentes aspectos de la vida comunitaria relacionados con la violencia. Desgraciadamente, una de las principales deficiencias de este estudio radica precisamente en la base conceptual que adoptó para su realización: asume la violencia y la agresión como sinónimos, entendiéndola como todo tipo de conducta, tanto física como verbal, ejecutada por un actor con la intención de dañar a alguien.¹⁵

La producción sobre violencia sigue y, por supuesto, hay otros estudios que no he cubierto en estas páginas. Ello se debe a que se enfocan demasiado en el estudio de condiciones específicas de ocurrencia del mismo, en contextos muy específicos y con aparatos teórico-conceptuales más bien pobres o porque han abordado el caso de El Salvador desde otros países.¹⁶ Me he concentrado en estos trabajos —expuestos, a diferencia de los demás apartados

¹³ *Ibidem*, p. 3.

¹⁴ *Ibid.*, p. 5.

¹⁵ *Ibid.*, ver especialmente pp. 20-26.

¹⁶ Entre ellos: Pirker, Kristina (2004), “La rabia de los excluidos: pandillas juveniles en Centroamérica” en *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, México D.F.: Universidad de la Ciudad de México. pp. 133-157; Baires, Sonia *et al* (2004), *Violencia urbana y recuperación de espacios públicos. El caso del Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: UCA-PNUD. 28 pp.; Gálvez, Raúl (Ed.) (2001),

de este estado de la cuestión, en orden cronológico— porque considero que son y siguen siendo puntos de referencia indispensables para los estudios sobre violencia que se producen hoy en día en mi país. Pero sobre todo para demostrar que, poco a poco, ha ido adquiriendo más peso la posibilidad de abordar el fenómeno desde una perspectiva que extraiga elementos explicativos desde su condición sociocultural, y no solo desde una perspectiva cuantitativa o desde una reflexión general sobre el tema.

1.2.2. Colombia

En el caso de Colombia, sobresale la cantidad de estudios que se han desarrollado dentro de un marco explicativo que se impone en muchos aspectos: el conflicto armado que vive este país desde hace varias décadas. Aún así, los estudios que logré consultar abordaban aspectos muy variados de dicho marco explicativo: desde retrospectivas históricas de gran profundidad analítica, hasta el problema de los desplazados de las zonas de mayor conflictividad, pasando por reflexiones acerca de la llamada *guerra social* y por estudios sobre grupos juveniles que convierten a dicha conflictividad bélica en un modo de supervivencia que se puede convertir, a la larga, en un modo de muerte. La producción al respecto es tan amplia y enfocada en tantos tópicos interrelacionados entre sí, que pronto me encontré en presencia de un verdadero laberinto de referencias en que me costó trabajo ubicarme. Pero, de cara a las necesidades de mi investigación, me concentré en algunos textos que me resultaron de gran ayuda para consolidar la perspectiva analítica que predomina en este texto.

La obra del francés Daniel Pécaut (2001) resultó especialmente interesante porque en ella se analiza tanto las circunstancias originarias de ciertas formas de la violencia bélica que afecta a Colombia, como la amalgama de estrategias a las que recurren diversos actores en conflicto para sostener un estado generalizado de lo que él califica *guerra contra la sociedad*.¹⁷ El autor retoma la idea de que los *fenómenos de la violencia* forman parte de una dimensión de la sociedad colombiana que no puede circunscribirse al ámbito de lo irracional o irreflexivo. Por el contrario, al enfocarse en la relación que se establece entre grupos beligerantes y población civil, destaca el hecho de que las posturas que cada uno asume frente a la guerra (sea de apoyo, re-

¿Cómo vive la juventud salvadoreña? Análisis de la situación de adolescentes y jóvenes en El Salvador. San Salvador: OPS/OMS El Salvador. 54 pp.

¹⁷ Pécaut, Daniel (2001), *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa Hoy. 308 pp.

chazo o indiferencia) son producto de un cálculo estratégico de posiciones y capacidad de presión mutua. Aunque Pecaut concluye que la violencia es un elemento que contribuye a la desintegración de los lazos sociales, también plantea que es uno de muchos recursos de los que se valen grupos poblacionales para hacer frente a su posición dentro de las diversas estructuras sociales que componen a la sociedad colombiana, en absoluta independencia de los grupos políticos.

*“Dicho de otra manera, si bien las causas [de la violencia] están allí, disponibles (se trate de la miseria, de las inequidades o de las carencias del Estado), es necesario que unos actores se apropien y se sirvan de ellas para legitimar sus acciones de tal manera que situaciones consideradas hasta un determinado momento como ‘normales’ se conviertan de repente en insostenibles”.*¹⁸

Desde esta postura, habría muchos que replicar a la idea que sostiene el autor sobre la violencia como motivo de descomposición social. En primer lugar, porque él mismo reconoce que muchos sectores de la sociedad colombiana se compartimentalizan en función de los lugares estratégicos desde los cuales hacen su particular cálculo de fuerzas. De este modo, no es una descomposición propiamente dicha la que se produce por la presencia de este contexto de violencia, sino *una manera diferente de establecer relaciones tradicionales y no tradicionales con los demás miembros de la sociedad*. Por eso pareciera que avanza, cada cual por su lado, la conformación de partidos políticos, de grupos paramilitares, de proyectos regionales de desarrollo, de grupos artísticos, la recomposición misma del Estado y el apareamiento de caudillos, que Pecaut constata en las condiciones mismas que rigen la conducción político-ideológica en el país del sur:

“La carencia de una simbología de la unidad nacional, la ausencia de mecanismos constantes de regulación social, el fraccionamiento espacios de los poderes, son otros tantos factores que ponen al descubierto una conflictividad que circula libremente a través del tejido social” (p. 37).

¹⁸ *Ibidem*, p. 10.

En suma, cuando la violencia se coloca como un componente cotidiano de la vida diaria de un país o de un grupo, su configuración social no se descompone, se fragmenta y se dinamiza. En cada fragmento prevalece una manera de organizar la vida productiva, el universo simbólico, la visión a futuro, el rescate del pasado. En cada fragmento los sujetos puede recargarse de proyecto de vida para arremeter contra la precariedad del *status quo*: “Es así como tantos elementos conducen a la complementariedad del orden y de la violencia. Las instituciones y la vida económica testimonian una asombrosa estabilidad. Pero las disputas entre facciones partidistas conllevan su dosis de violencia potencial o real”.¹⁹

Una autora que complementa muy bien esta visión de Pecauc es María Teresa Uribe (2001), dado que —como ya se mencionó arriba— reconoce que los sujetos incorporan a la violencia como un elemento normal dentro de su vida cotidiana y que dicho nivel de normalidad depende de diferentes condiciones sociales y culturales que determinan la tolerancia que tendremos hacia el fenómeno:

*“La violencia no constituye un evento patológico, exógeno o ajeno al devenir de las sociedades o a su existencia colectiva; por el contrario, es un fenómeno que acompaña el desenvolvimiento de las relaciones en su más amplio espectro, tanto en la órbita de lo privado como en la de lo público; la violencia es un Universal de la historia, un constante hilo de pervivencia social en torno al cual se destruye y se construye la vida de los grupos, de las etnias, de las clases, de los pueblos, de los Estados y de las naciones”.*²⁰

Desde la perspectiva de Uribe, el desbordamiento o la modificación de los umbrales de *tolerancia* dentro de los que se circunscribe la convivencia con la violencia, transforma a su vez la percepción que se tiene del fenómeno, haciéndolo más susceptible de ser visto como problema, de ser discutido públicamente, de ser abordado con miras a la búsqueda de una solución. Por ello concluye que “para abordar los eventos de la violencia es preciso situarse en el contexto de la historia colectivamente vivida, de los procesos de formación-disolución de las identidades, de los sentidos comunes, de las prácticas sociales, de las redes y dispositivos de poder, de los proyectos político y ético-culturales; tanto los institucionalizados como los que

¹⁹ *Ibíd.*, p. 115.

²⁰ Uribe, 2001, p. 20.

pretenden sustituir el ordenamiento vigente; procesos muy complejos y muy amplios pero que remiten a un punto central: el concepto de *legitimidad*, entendido como la capacidad que tiene un régimen para contar con apoyo y obediencia a sus leyes y sus mandatos específicos”.²¹ Además, se coloca en la línea de Pecaú, en el sentido de que considera que la violencia en Colombia sería resultado del deterioro de los medios legítimos para el ejercicio del poder y para la representación de la autoridad: “Poder y violencia están en proporción inversa; el Estado más débil es precisamente el más violento o el que coexiste con umbrales más altos de tolerancia a la violencia. Esta es la indicación más clara y evidente de la pérdida de poder, de capacidad para ejercer el control social. El dominio por la pura violencia entra en juego allí donde se ha perdido consenso, legitimidad y poder”.²² (p. 23).

Aunque la autora se inclina por diagnosticar la situación de Colombia como un estado de descomposición social, su principal preocupación estriba en la relación entre violencia y legitimidad social de los actores y discursos involucrados en el ordenamiento de la sociedad; legitimidad que se incrementa en la medida en que crece la *dimensión estratégica* del fenómeno en la vida de dichos actores:

*“Las violencias y sus dinámicas bélicas ya no estructuran la esfera política. Ya no anudan las viejas y nuevas sociabilidades, ya no otorgan identidad, sentido, propósitos comunes, así fuesen escindidos y enfrentados. Ahora la violencia y las dinámicas bélicas generan desestructuración, lo cual actúa directamente sobre la turbulencia de la sociedad hasta adquirir perfiles de caos. En la sociedad turbulenta, cruzada por múltiples dinámicas de acción y reacción, de venganzas y retaliaciones, las violencias se tornan difusas, moleculares sin aparente orden colectivo, pero paradójicamente sin efectos sobre la estabilidad del régimen político. La violencia pierde cada vez más sentido político pero gana proporcionalmente una dimensión estratégica”.*²³

Otro colombiano que ha hecho un trabajo muy interesante, esta vez orientado a estudiar la situación de los jóvenes sicarios de algunas de las ciudades más conflictivas del país, es Alon-

²¹ *Ibidem*, p. 22.

²² *Ibid.*, p. 23.

²³ *Ibid.*, p. 226, el énfasis es mío.

so Salazar (1994),²⁴ que profundiza en las relaciones que se establecen entre representaciones sociales e imaginarios, pero no desde una perspectiva rígida. Más bien, comprende la necesidad de renunciar a los estereotipos y de demostrar, cuadro por cuadro de la vida de sus entrevistados, que los elementos simbólicos que le dan sentido a la vida del sicario le pertenecen primero a cada muchacho, a su historia familiar, a sus gustos. La sociedad ofrece el combustible para echar a andar una incansable maquinaria de supervivencia cotidiana. En este sentido, La violencia de la que habla Salazar hace referencia a un estado de orden social en el que la supervivencia ordena hincar la daga, descargar el tambor del revólver, reaccionar al ritmo del percutor de la pistola. Es un estado en el que operan órdenes coexistentes, conflictivos y complementarios que sirven para valorar la propia vida y la de los demás.

El trabajo de Salazar es especialmente estimulante por su intención narrativa, que busca tender un puente entre la posición de lector y la situación de esa variedad de jóvenes y viejos a los que entrevista. Dentro de esta narrativa, logra dar ejemplos contundentes de la incorporación de órdenes simbólicos estratégicos que son permanentemente negociados por los sujetos cuando están en una situación concreta y con actores sociales concretos:

“—Es que ustedes le colaboran a la guerrilla, a esos bandoleros— me dijo uno que era el comandante de la patrulla.

*“—No señor, lo que pasa es que uno aquí es como una mula con dos riendas, unos lo jalan para un lado y otros para el otro, y uno sufre las consecuencias— le contesté muy suavemente para que no se me alterara”.*²⁵

Y remata esta perspectiva al identificar procesos certeros de incorporación de la lógica del narcotráfico en la vida cotidiana de los pueblos de las zonas conflictivas: “La mafia influye de dos maneras: una, por la gran cantidad de empleos directos generados, incluidas ‘las mulas’ y los sicarios; otra, en su expansiva influencia social y cultural que contribuyó a instaurar nuevos hábitos y prácticas”.²⁶

²⁴ Salazar, Alonso (1994), *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: CINEP. 223 pp.

²⁵ *Ibidem*, p. 73.

²⁶ *Ibid.*, p. 193.

Alejandro Castelleros (2000), en su libro *Poética de lo otro*²⁷ aborda una de las consecuencias de la violencia bélica que se vive en ciertos departamentos de Colombia, pero desde una perspectiva antropológica. Además de rescatar de una manera bastante poética la noción de *estar en el mundo*, el autor realiza una reflexión muy interesante sobre el papel y el posicionamiento del investigador frente al fenómeno de la violencia. Dicho sea de paso, este papel y posicionamiento no son algo para lo cual uno esté preparado. Este texto me reveló una manera bastante creativa y respetuosa de rescatar uno de los principales insumos analíticos del investigador: el discurso de los sujetos de investigación. El establecimiento de enlaces analíticos entre el vaciamiento de los territorios, la colocación del *yo/nosotros* frente al *ellos* y la precaria configuración de referentes simbólicos que proporcionan cierta seguridad a los desplazados son parte de los elementos que convierten a esta obra en un paso intermedio entre el enfoque sociológico y el antropológico muy útil para esta investigación.

Finalmente, y en la línea de la lectura histórica que hago en el capítulo IV de este documento, tengo que referirme a la obra de Mary Roldán (2003), *A sangre y fuego*,²⁸ en la que realiza una interpretación de los sucesos que condujeron a uno de los enfrentamientos políticos y civiles más dramáticos de la historia Colombiana de la primera mitad del siglo pasado: *La Violencia*, así bautizada por el derramamiento de sangre provocado, entre 1946 y 1966, por rencillas entre facciones políticas y que desató una guerra civil todavía recordada por muchos colombianos. Según Roldán, las estimaciones oscilan entre 200 y 400 mil muertos durante esos años. La autora ofrece un panorama detallado de las diferentes condiciones asociadas al estallido de estos enfrentamientos armados a mediados del s. XIX, y destaca las coincidencias territoriales —para nada fortuitas— que caracterizan algunas de las zonas más violentas de Antioquia hoy en día. Al terminar su recuento de los hechos,²⁹ insiste en la necesidad de abordar un fenómeno tan ubicuo como la violencia desde muchos planos y atendiendo a múltiples causas: “la diversidad de experiencias características de la violencia en Antioquia sugieren la importancia de considerar cómo factores como la clase social, la etnia, las relaciones familiares, la distribución del poder local, la geografía y la noción de ciudadanía se entrelazan y dan for-

²⁷ Castellero, Alejandro (2000), *Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura-Instituto Colombiano de Antropología e Historia. 296 pp.

²⁸ Roldán, Mary (2003), *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología. 435 pp.

²⁹ *Ibidem*, p. 350 y sig.

ma al sentido de identidad de las personas y a su repudio al uso de la violencia como una herramienta política legítima”.³⁰ En todos estos estudios, se privilegia una perspectiva integradora de procesos complejos que alimentan un posicionamiento estratégico de la violencia en la vida de determinados sujetos. Todos estos estudios contribuyen a ubicar la tendencia en la que se inscribe mi investigación.

1.2.3. Brasil

Desde la perspectiva sobre la violencia que sostengo en este documento, tal vez la característica más valiosa de los trabajos hechos sobre el tema desde Brasil sea su especial énfasis en la influencia de la escala micro en la conformación de esquemas de violencia. En un país en donde desde hace años se batalla con un fenómeno de violencia que es fortalecido desde los sectores más desprotegidos de la sociedad, pero encuentra una estructura de apoyo nada despreciable en la corrupción y el choque entre grupos de poder, las referencias analíticas gozan de una riqueza y pertinencia imposible de ignorar para este trabajo. Uno de los autores centrales para mi investigación es Muniz Sodré (2001),³¹ porque aportó pistas elementales para construir el concepto de violencia que manejo a lo largo de este texto. A pesar de que Sodré insiste en la necesidad de “tomar en consideración el concepto de ‘violencia social’ como el de un efecto orgánico inherente a la sociedad de clases”,³² ofrece una tipología de conceptos en donde se distingue entre diferentes estados y actos de violencia y subraya “*los aspectos organizativos (o rituales) que la violencia puede asumir en determinados contextos*”:³³ “De un modo general, la violencia ritualizada es resquicio de una lógica social que erige como imperativos la honra y la venganza, que son códigos de sangre y expresan el poder del *holos* (el todo comunitario) sobre la acción individualizada. En este ordenamiento humano, violencia y agresividad integran la lógica de la comunicación”.³⁴ Más adelante (Ver 2.2.2. *Violencia como factor de estructuración social: claves para una definición*) se retoma con más detalle el planteamiento de este autor.

³⁰ *Ibid.*, p. 349.

³¹ Sodré, Muniz (2001), *Sociedad, cultura y violencia*. Bogotá: Norma, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación. 118 p.

³² *Ibidem*, p. 20.

³³ *Ibid.*, p. 22 y todo el Cap. 3.

³⁴ *Ibid.*, p. 25.

La obra de Rita Laura Segato (2003)³⁵ también es un referente importante para mi investigación, porque retoma la idea de que la violencia se sustenta en ciertas estructuras que rigen las relaciones entre los sujetos. De hecho, Segato habla de *estructuras elementales* que posibilitan la incorporación de la violencia como rasgo constitutivo de un determinado estado de relaciones entre sujetos concretos, en el marco de la familia. Al igual que Alejandro Castillero, esta autora tiende puentes analíticos entre la antropología y otras disciplinas (el psicoanálisis tiene un lugar privilegiado en el mapa que construye) y se concentra en desenmascarar las causas fundantes de los esquemas de dominación que prevalecen en lo que ella llama *estructura patriarcal*, fundada y hecha patente mediante las relaciones de género. A lo largo de varios capítulos, la autora desarrolla a manera de ensayo sus conclusiones sobre diferentes prácticas de interacción en las que se involucra un cierto nivel de violencia. El capítulo 4 se aborda la violencia moral, que la autora equipara a la violencia que se ejerce en el plano psicológico:

*“Se enfatiza aquí el carácter ‘normal’ y ‘normativo’ de este tipo de violencia y su necesidad de un mundo jerárquico. La violencia moral no es vista como un mecanismo espurio ni mucho menos dispensable o erradicable del orden de género —o de cualquier orden de estatus— sino como inherente y esencial. Por lo tanto, no se prioriza aquí —como es habitual en otros análisis— su carácter de primer momento en la escalda de la violencia doméstica, es decir, de paso previo a la violencia física, sino su papel como usina que recicla diariamente el orden de estatus y que, en condiciones ‘normales’, se basta para hacerlo”.*³⁶

Segato asume que hay ciertos rituales que reinauguran las condiciones de dominación imperantes en esta estructura patriarcal y se enfoca en el estudio de la violación como ritual de una fuerza especialmente significativa: “Me parece posible, de hecho, afirmar que la violación forma parte de una estructura de subordinación que es anterior a cualquier escena que la dramatice y le dé concreción”.³⁷ Con esta frase, la autora se remite al análisis de la dimensión simbólica de la violación, dando cuenta de multiplicidad de actos que ponen a funcionar la misma maquinaria de la cual la violación cruenta es su mejor expresión. El temor generado

³⁵ Segato, Rita Laura (2003), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. 261 pp.

³⁶ *Ibidem*, p. 17.

³⁷ *Ibid.*, p. 40.

por un violador que anda suelto, la humillación y el sometimiento del cuerpo femenino aun cuando no se proceda a la penetración violenta, todos estos son casos en los que se demuestra que las estructuras simbólicas que sostienen a la violación y le dan razón de ser.

Alba Zaluar (2004) resume en su ensayo *Oito temas para debate*³⁸ algunas de las premisas que el investigador debe vencer para abordar en su justa dimensión el tema de la violencia. Adoptando como principal interlocutor de su crítica a los medios de comunicación social, Zaluar arremete contra la vinculación automática que se hace entre pobreza, desigualdad y tenencia de armas como detonantes de la violencia. También critica la idea de que el monopolio de la violencia legítima y complejiza la relación que existe entre economías paralegales, marcos culturales y costos de la violencia para explicar el fenómeno.

Finalmente, el trabajo colectivo organizado por Pierre Encrevé y Rose-Marie Lagrave (2005)³⁹ en torno a la obra de Pierre Bourdieu es un ejemplo de gran calidad sobre la aplicación de conceptos de Bourdieu en el estudio de formas de dominación en diferentes contextos. En la última parte de este libro, cinco autores diferentes exponen en igual cantidad de ensayos sus principales líneas de análisis del concepto de violencia simbólica desde diferentes planos: la distribución del control de la tierra en Brasil, la dominación masculina, las formas legítimas de control y reproducción en el contexto educativo y la obra antropológica de Bourdieu. Todos estos son ejemplos que perfilan un manejo creativo y aplicado de conceptos que pueden llegar a resultar en una visión rígida de la sociedad y su relación con el sujeto, pero que también abre la posibilidad de concebir que los sujetos involucrados en relaciones de dominación aportan una buena dosis de creatividad y dinamismo a estas relaciones de dominación, incluso cuando estas relaciones no lo colocan en una situación ventajosa. En el capítulo **V. Formas de estar con la violencia** de mi tesis retomo esta idea, a fin de sustentar la idea de que la violencia no inmoviliza al sujeto frente a las diferentes manifestaciones de violencia con las que convive.

³⁸ Zaluar, Alba (2004), "Oito temas para debate: violência e segurança pública", en *Polêmica. Revista eletrônica*. Nº 7, oct./nov./dic. Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

³⁹ Encrevé, Pierre y Rose-Marie Lagrave (Orgs.) (2005), *Trabalhar com Bourdieu*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil. 364 pp.

1.3. Estructura del texto

Este documento está dividido en cinco capítulos principales, además de la introducción y los anexos. El capítulo que se titula **PENSAR SOBRE LA VIOLENCIA: EJES TEÓRICO-CONCEPTUALES** establece tres ejes que poco a poco fueron perfilando mi posición epistemológica y el abordaje metodológico que elegí para abordar el objeto de estudio. Dichos ejes se articulan en función de la relación entre *sociedad* (en tanto contexto de investigación), *comunicación* (en tanto campo específico desde donde abordar el fenómeno) y *violencia* (en tanto objeto de estudio). El capítulo referido a la **METODOLOGÍA** describe el proceso de diseño de las herramientas y técnicas utilizadas para la inmersión en el campo. Este capítulo también expone las premisas que sustentan la opción metodológica de la investigación —que, sin dejar de poner el dedo sobre el renglón del enfoque cualitativo, también se abrió a las aportaciones del enfoque cuantitativo—. El capítulo llamado **HISTORIA CULTURAL DE LAS VIOLENCIAS EN EL SALVADOR** representa un ejercicio de lectura e interpretación, desde mi posición personal como investigador, de algunos momentos de la historia de El Salvador que fueron decisivos para consolidar a la violencia no solo como un fenómeno usual en el diario vivir, sino también como un recurso social que se despliega para estructurar nuestra realidad. Incluye, además de un recorrido a través de 5 áreas temáticas seleccionadas para reseñar la historia salvadoreña del último siglo, un apartado en el que reconozco algunos los puntos pendientes que no pude abordar en este capítulo.

El análisis de los resultados se expone en el capítulo titulado **FORMAS DE ESTAR CON LA VIOLENCIA**, en clara relación con el título de la investigación. La estructura de este capítulo surgió a raíz de un largo período de reflexión en torno a la información recopilada durante el trabajo de campo. Al principio, definí que serían siete líneas analíticas las que me ayudarían a reorganizar dicha información: la construcción de valoraciones en el discurso, la construcción simbólica del espacio, relaciones con la autoridad, una reflexión sobre la película “Voces Inocentes”,⁴⁰ el tipo de movilización que generaba el discurso religioso, el establecimiento de

⁴⁰ Mandoki, Luis (Director) y Lawrence Bender (Productor) (2004), *Voces inocentes*, México: 20th Century Fox. La historia está basada en la vida de Óscar Torres, guionista de la cinta, que vivió la zona de El Casco, en Cuscatancingo, durante los años más cruentos del conflicto armado de la década de los 80. Vale aclarar que esta fue una coincidencia fortuita porque, a pesar de que cuando inicié la investigación ya sabía de la iniciativa de Mandoki de filmar una cinta sobre el conflicto armado en mi país, no tenía conocimiento del guión que utilizaría para realizar el proyecto.

lazos de solidaridad y el problema de la dominación masculina. Pero, llegado el momento de releer con calma las entrevistas, estas líneas quedaron definidas en tres: construcción simbólica del territorio, políticas de convivencia familiar/vecinal y dominación de género. Finalmente, por las razones expuestas más adelante y luego de consultarlo con la Dra. Reguillo, decidimos incluir una línea analítica más para trazar un esbozo interpretativo en relación con las creencias y aprendizajes que genera la violencia (ver **5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia**). Estas cuatro líneas de análisis también se alimentaron de la revisión crítica de las categorías de recolección de información que utilicé durante el trabajo de campo. Gracias a ellas me es posible sostener que se puede aprender a convivir con la violencia, de modo que no alimente en nosotros un sentimiento de angustia permanente.

En el último capítulo, **ENCLAVES ANALÍTICOS Y PAUSA EN EL TRAYECTO**, intenté hacer una revisión crítica de todo lo dicho a lo largo de estas páginas. Para hacerlo, opté por tratar de conectar los cuatro ejes analíticos, la perspectiva histórica y los ejes teóricos conceptuales descritos en el capítulo II. El resultado fue un texto en el que hago girar mis reflexiones en torno a tres enclaves analíticos que despegan, por un lado, del sujeto y su habilidad para gestionar dinámicamente la violencia, mediante la configuración de varias formas de estar con el fenómeno y, por otro, del objeto mismo y el cariz que adopta a la luz del tipo de reflexión desde la cual lo he abordado.

1.4. Agradecimientos

Si algo tengo que agradecer, es que este trayecto no lo caminé solo. Muchas personas estuvieron conmigo durante el tiempo en que me concentré en sacar adelante esta investigación. A tal grado están presentes, que no encontré mejor espacio que este para agradecerles. Aunque este documento es resultado de un proceso fundamentalmente académico, quiero empezar reconociendo el aporte de aquellas personas que no necesariamente estuvieron ligadas a este ámbito... aunque también lo hayan estado.

Seguramente no me habría atrevido tan siquiera a salir de mi país para experimentar otros escenarios de crecimiento, sino hubiera llevado en la sangre algo del arrojo de la larga tradición de mujeres que han sacado adelante a mi familia. Una de las más cercanas, mi abuela, Isabel Barahona, se fue de nuestras vidas antes de que concluyera esta parte de mi trayecto y, aunque no pude despedirme de ella a tiempo, estoy seguro que también se regocija cada vez que llego a una escala nueva de mi realización personal. Mi madre, Esperanza Barahona, también es una pieza fundamental en mi vida: nunca ha dejado de creer en mí. El resultado de todos mis esfuerzos siempre es una manera de no traicionar esa confianza y de ponerla al tanto de que puedo dar mucho más. Mis queridos hermanos han sido y serán mis interlocutores vitalicios: Lew, por su transparente compañía; Mauricio, de quien todavía aprendo a aprender; Marvin, por su constancia inquebrantable y su cariño de hermano menor; Guadalupe, por quien sé que la vida nos guarda muchas cosas lindas (como mis dos sobrinos, Saúl y Arturo).

La familia Martínez Videgaray —Josué, María Paulina y Artemisa— también ocupa un lugar especial: me adoptaron como a uno más de la familia y me han llenado de muchas alegrías y ánimo por vivir. Claudia Martínez se ha preocupado por enseñarme que hay ámbitos insustituibles de la vida que se resisten a ser atrapados por la mera razón y eso, sin duda, ha hecho la diferencia en este trayecto. Mis asesores externos —*íntimos*, dirán ellos— son Moisés Guardado, Eduardo y José Manuel Ramírez: esta prosa la ensayamos muchas noches, tras baterías interminables de preguntas y, por supuesto, los buenos boleros y tangos que nos enseñaron a hablar. Lorena Umaña sacó de mi interior mucha de la materia que ahora se traduce en este deseo por aprender cómo funciona, por hoy, el mundo que nos rodea. Además, ella me enseñó como se diseña un buen método y cómo se piensa la ciudad.

En el plano académico —pero también afectivo—, mis compañeros de la maestría son y serán fuentes imprescindibles de conocimiento y sorpresa. Destaco algunos nombres sin afán de menospreciar a todos los que aparecieron y siguen apareciendo en el camino de mi formación: Arturo Patiño, Eliete Coronado y Alejandra Jaramillo no solo se convirtieron en mis primeros y más importantes censores académicos, sino que también hicieron —ellos y sus familias— que mi llegada a Guadalajara fuera simplemente inolvidable. Teresa Jiménez y Gil-

berto Magaña me regalaron una buena dosis de su calidez en el aula y fuera de ella. Jackie Garza, Fernando Cornejo, Flavia Ferraz (auténtica colega en esta carrera), Luisa Fernanda González, Roy Gómez, Claudia Gómez, Patricia Aguilera, Ruby Sheets, Andrea Fellner... todos ellos, los mejores, los buenos amigos.

Mis profesores también han aportado mucho a este momento de mi vida. En primer lugar, Rossana Reguillo ha sido la co-artífice de este trabajo. La “conocí” hace once años a través del *oráculo en la ciudad* y ahora espero que el producto de este trabajo también sea un tributo a su compañía y orientación. El trayecto inicia y termina con ella. María Martha Collignon y Alejandra Aguilar colocaron algunas de las preguntas más importantes que todavía me inquietan sobre esta investigación. Ellas mantuvieron a flote este proyecto aún en las condiciones menos propicias. Rebeca Mejía me puso al tanto de que no todos hablan el idioma del ITE-SO y, lo más importante, me ofreció esa mezcla de cariño y confianza que es muy difícil de lograr en algunas personas, menos en ella. De Raúl Fuentes tengo mucho que decir. Accedió a aportar sus comentarios a este documento y a que lo acompañara, por un tiempo y con las limitantes del caso, en su propio proyecto de investigación, que es a todas luces también un proyecto de vida. Aprendí mucho con solo tener la oportunidad de escucharlo y verlo trabajar. Lo mismo ocurre con Alejandra Navarro, con quien comparto la experiencia de crecer fuera del terruño y a quien le debo mi más sincero agradecimiento por ayudarme a mejorar, palmo a palmo, este trabajo. Cecilia Cervantes no solo se ha ganado mi reconocimiento en el plano profesional por su comprensión y preocupación sinceras, sino también mi cariño e incondicional apoyo. A Maru Suárez le debo haber llegado en ese momento en que es necesario que alguien te diga: “esto es fascinante, ánimo a seguir”. Por eso y por mucho más, se ha convertido en un ejemplo vivo de lo que significa la aventura de conocer más.

Hay un buen contingente de personas que, en el momento oportuno, hicieron posible —pese a las resistencias de algunos— mi regreso a la docencia y al trabajo: Ángela Godoy, Melissa Ladrón de Guevara, Sonia Roditi, Rosa Luz Mejía, José Orozco González y, de nueva cuenta, Raúl Fuentes, Rebeca Mejía, Cecilia Cervantes, Andrea Fellner y Teresa Jiménez. A un año de volver al trabajo, puedo decirles con toda sinceridad que el crecimiento que he experimentado se ve reflejado en estas páginas. A todos y todas, muchas gracias.

II. PENSAR SOBRE LA VIOLENCIA: EJES TEÓRICO-CONCEPTUALES

“La violencia simbólica es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante”

Pierre Bourdieu.⁴¹

Hay una estructura compleja de condiciones objetivas y subjetivas que intervienen en el reforzamiento de la violencia. La variedad de estudios que se dedican a este fenómeno dan cuenta de esta estructura, como cuando en una partida de ajedrez se pueden observar las posibles jugadas ofensivas del oponente... pero no todas. Del mismo modo, la investigación social, a pesar de su variedad y persistencia en muchas disciplinas, no siempre logra revelar el engarzamiento delicado de contextos, contingencias y sujetos que está detrás de un acto violento. Aunque existen muchos abordajes del fenómeno en donde se parte de sus manifestaciones objetivables —es el caso de las investigaciones que anteponen un epíteto característico al fenómeno, adentrándose en la complejidad de la violencia sexual, juvenil, delincuencia, intrafamiliar, etc.—, no todos ellos logran revelar esta suerte de complicidad que *adhiera*, no sin cierto rasgo de perversidad, al sujeto que ejerce un acto de violencia con quien la padece directa o indirectamente. No todos los investigadores consiguen interpelar con tal radicalidad a su objeto de estudio, de manera que logren ver, aunque sea por breves segundos, el dramatismo propio de la violencia entre los seres humanos y el porqué de su existencia, la razón de su recurrencia en determinados contextos. La investigación acá planteada tiene como telón de fondo este ánimo de radicalizar la mirada —en el sentido más llanamente filosófico del acto de radicalización, es decir, llegar a la raíz de lo estudiado— sobre un objeto de estudio tan complejo y atrayente como lo es la violencia, en cualquiera de sus expresiones.

Lejos de considerar a la violencia como una enfermedad social, esta investigación articula una perspectiva teórico-analítica del fenómeno en donde la violencia es un componente que contribuye a la estructuración de la vivencia en sociedad. Asume que es posible pensar en la vio-

⁴¹ Bourdieu, Pierre (1999), *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. p. 225.

lencia como un elemento que colabora en el mantenimiento del orden social y que puede ser estudiado como un recurso socialmente estructurado y subjetivamente modelado para la gestión de las relaciones que se establecen con los demás. De este modo, para esta investigación es imposible aislar el fenómeno del marco básico de relaciones que caracterizan a un grupo en particular. La sociedad aparece como el contexto —de carácter concreto y simbólico por igual— en el que la violencia se halla inserta. La violencia se aborda, por tanto, desde la perspectiva de la comunicación para estudiarla como una manifestación dentro de las prácticas cotidianas de los sujetos, donde se ponen en funcionamiento complejos mecanismos de creación y circulación de sentido. La violencia nunca está vaciada de significación. Vista de este modo, la violencia no sería el resultado de un desborde de pasiones mal administradas en el plano individual o colectivo, sino que su recurrencia revelaría la existencia de un *cuerpo normativo* que opera en el nivel simbólico y también de una *lógica de operativización* que cada individuo pone en marcha con relativa libertad de acuerdo a la situación en que se encuentre. Esta perspectiva no descarta el hecho de que la violencia se manifieste en muchas ocasiones como un estado objetivable de las relaciones sociales, característico de una especie de macro-estado en el que su apareamiento se agrava (como es el caso de las guerras o posguerras, los choques étnicos o raciales, las carencias extremas de recursos para la supervivencia, las crisis políticas o los conflictos ideológicos, entre otros). Sin embargo, como se mencionó arriba, este tipo de mirada sobre el fenómeno ha tendido a privilegiar el estudio particularizado de expresiones de la violencia, de manera que la búsqueda de las estructuras elementales que la sostienen queda limitada por el carácter y los recortes analíticos que la misma investigación opera sobre el objeto de estudio.

Las líneas que siguen pretenden desarrollar las bases teórico-analíticas que sustentan estos y otros supuestos que subyacen a la investigación. Como se ha venido indicando, son tres los ejes desde los cuales se articulan estas bases: *lo social*, *la comunicación* y *la violencia*, entendidos respectivamente como marco-contexto, mirada y objeto de investigación. Pero cada uno de estos ejes se ha nutrido de la articulación, en un nivel más específico, de conceptos como el de violencia social y simbólica, poder, comunidad, interacción comunicativa, imaginarios, dominación de género y categorización/estigmatización de las diferencias. En ninguno de los

casos se ha tratado de encasillar la investigación a la existencia de estos recursos teóricos, dado que ello solo habría resultado en el empobrecimiento de lo que el objeto mismo dio de sí durante el trabajo de campo. Se trata de asumir que el fenómeno de la violencia, ligado a un contexto social en particular y visto como un fenómeno que implica actos de comunicación en muchos niveles, interactúa con el investigador y con el proceso de investigación mismo. El objeto de estudio *violencia*, a lo largo de esta investigación, ha dado de sí de tal forma que ha acotado y redirigido el curso de la investigación, destacando más ciertos aspectos teóricos que otros, pero sobre todo exigiendo que se le nombre desde las particularidades observadas en el trabajo de campo, sin perder de vista los recortes a los que se ha optado por intermediación de la perspectiva teórica construida.

En sintonía con este principio de trabajo, Jesús Martín-Barbero sostiene que “al no ser [la comunicación] juego de espejos sino una práctica, su índice de verdad, su fuerza, no reside tanto en su validez lógica como en su capacidad de construir lo real”.⁴² Esta investigación no pretende cifrar su índice de verdad en la validez lógica de tal o cual teoría o concepto seleccionado. Se asume con absoluta responsabilidad que lo que puede resultar lógicamente válido para explicar el fenómeno de la violencia en una situación en particular puede no serlo — quizás nunca, quizás salvo en ciertas circunstancias— para explicarlo en otras. Lo importante para el investigador preocupado por abordar la realidad desde la perspectiva comunicacional consiste, por ponerlo en términos sencillos, en hacer honor a la situación en que se despliega el objeto de estudio. Este capítulo se encarga de poner sobre la mesa la estructura de conceptos y enfoques teóricos que sostienen la investigación y cuya articulación intenta hacer honor al contexto preciso en que se llevó a cabo el abordaje del objeto. Vale señalar que su estructura responde a los ejes arriba planteados, porque de ellos se decanta la articulación de los conceptos que ya fueron igualmente referidos.

El capítulo está dividido en tres partes. La primera articula el eje de la sociedad con el de la comunicación, en el entendido de que todo sistema de relaciones entre sujetos implica un intercambio fluido de sentido, a la vez flexible y sujeto a ciertas estructuras. En la segunda parte, se profundiza en la articulación del eje de la sociedad y la violencia, defendiendo el postu-

⁴² Martín-Barbero, Jesús (1987), *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. México D.F.: FELA-FACS Gustavo Gili. pp. 18-9.

lado de que la violencia forma parte de la estructura de relaciones sociales de toda sociedad y que es en este marco en el que la violencia opera como factor de estructuración. En la tercera parte se articula el eje de la comunicación con el de la violencia y desde esa base es posible concebir dicho fenómeno como espacio en donde se ponen en funcionamiento complejos esquemas rectores de la acción individual y colectiva y que llegan a dar forma a textos o *sistemas de signos* en la línea en que lo sugiere De Certeau,⁴³ y que a su vez operan únicamente en conjunción con otros sistemas de signos, en el orden de lo que Leach⁴⁴ denomina *contigüidad* de los signos dentro de contextos culturales específicos.

Como se habrá podido inferir de todo lo anterior, hay una tensión subyacente al trabajo de investigación acá planteado: partir de unas bases teórico-conceptuales para explorar el modo como los sujetos despliegan formas de ejercer violencia, vertiéndola en el tejido social para hacer germinar sus estructuras posibilitadoras; pero, a la vez, mantener una posición crítica hacia las ideas preconcebidas sobre el objeto de estudio. Al asumir que la violencia opera como un recurso socialmente estructurado y subjetivamente modelado, ¿acaso no se está obligado a remitirse al estudio de la gestión cotidiana de la propia existencia, con base en un sistema de significaciones de cuya flexibilidad depende la existencia del fenómeno? ¿O es que la violencia no responde a nada ni conduce a ningún lado, como lo pregonan muchos políticos, ministros de la palabra, moralistas y amigos de la autorrealización por la vía de la reflexión poética o la autoprogramación mental? Las líneas que siguen buscan demostrar que la violencia tiene efectivamente este trasfondo de procesos de significación por cuya existencia el fenómeno adquiere densidad analítica y peso específico en la estructuración de las relaciones interpersonales. El hecho de adentrarse a la vivencia cotidiana de la violencia implica explorar los imaginarios involucrados en la percepción abierta del fenómeno o en su invisibilidad; también implica trazar con un mínimo de rigurosidad las geografías —los altibajos de las relaciones interpersonales, la adaptación a las transformaciones en la conciencia y el recuerdo, el comportamiento de los flujos de personas en el diario vivir, etc.— que esta percepción genera dentro de territorios que son a la vez lugares físicos y plataformas simbólicas para la acción.

⁴³ De Certeau, Michele (1996), *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. p. 129 y sig.

⁴⁴ Leach, Edmund (1978), *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI. p. 21 y sig.

2.1. El contexto social y su carácter comunicativo

“Si esquivamos el enfoque reduccionista, podremos ver que los actos de violencia nos ilustran sobre el sistema de creencias y relaciones sociales de la sociedad en que ocurren”.

Myriam Jimeno.⁴⁵

Como ya se mencionó antes, pareciera que la manera más sencilla de aproximarse al fenómeno de la violencia consiste en revestirlo de una cierta materialidad connatural a su existencia, de una cierta dimensión concreta que facilitaría su identificación y seguimiento. Es decir, la mejor manera de pensar en la violencia, de observarla y medirla, de reflexionar en torno a ella, es colocarle un apellido y asumir que éste le viene dado por naturaleza: que la violencia puede y debe ser estudiada y concebida en función de su carácter “juvenil”, “institucional”, “físico” o “psicológico”. Ha habido muchos estudios y muchos estudiosos que han hecho grandes aportes al conocimiento del fenómeno apostando por esta forma de hacer investigación y, de hecho, no pareciera haber ninguna razón de peso para dejar de esperar aportaciones valiosas de esta dirección. Pero al asumir como natural este ejercicio de construcción de un objeto de estudio se corren muchos riesgos. El más importante de ellos consiste en concebirlo como una especie de enquistamiento nocivamente instalado en un cuerpo de relaciones sociales que se asume como “normal”. Por decirlo de alguna manera, a la idea de *violencia juvenil* bien podría subyacer un supuesto no declarado que permitiría categorizar a la juventud como esencialmente no violenta y, por lo tanto, afectada nocivamente por una serie de comportamientos no correspondientes a su estado natural.

Este tipo de enfoques ha llevado a estudiar a la violencia como un *problema social* en su sentido más acotado, esto es, como una dolencia que afecta la normalidad de la red de relaciones en las que se ha instalado. Más aún, conduce a reconocerla como un problema cuyas manifestaciones concretas (las mismas que son perseguidas y estudiadas por los analistas) son irraccio-

⁴⁵ Jimeno, Myriam (2002), *Violencia y cultura*. Conferencia dictada en el Seminario Permanente sobre Violencia, realizado en El Salvador en agosto de 2002. Disponible en <http://www.violenciaelsalvador.org.sv/documentos/conferencias/JIMENO.pdf>.

nales, *contra natura*, fuera del orden social. Esta investigación se propone estudiar el fenómeno de la violencia asumiendo que posee una función social importante a la hora de mantener cohesionada a una colectividad particular y que, por tanto, se le debe estudiar como un elemento activo del “sistema de creencias y relaciones sociales de la sociedad en que ocurren”, tal y como lo sugiere Jimeno. Por ello, una primera tarea de la investigación de la violencia consiste, precisamente, en repensar esta condición negativa que le ha sido atribuida por la simple razón de que, al ser un fenómeno con el que se convive de tantas maneras y en tantos momentos, pareciera que la necesidad más apremiante consiste en incorporarla dentro de sistemas discretos de ordenamiento de la vida social, otorgarle funciones o disfunciones y luego alistarse para su observación y estudio.

No caben muchas dudas acerca de la necesidad de colocar al objeto de estudio dentro del marco de relaciones sociales que lo hacen posible, a fin de aprehender los procesos que lo dinamizan, que le confieren ese hábito de vida social que define su carácter a veces inalcanzable. Sin embargo, lo que se pretende acá al abordar este marco de relaciones desde la comunicación es revelar la dimensión de significación que prevalece en toda estructura social. La funcionalidad/disfuncionalidad del objeto de estudio *violencia*, su carga de valor o los vínculos entre estructuras objetivas y estructuras psíquicas que lo atraviesan no representan un interés esencial para esta apuesta investigativa. En cambio, el carácter dinámico y de permanente tensión que rodea al objeto al concebirlo como factor de estructuración de relaciones interpersonales sí reporta esta relevancia fundamental, en la medida en que conduce mejor a la búsqueda de la carga de significación social que todo acto o situación violenta comporta. Se parte, pues, de la idea de que toda red de operaciones que involucren en mayor o menor medida la co-presencia de sujetos habilitados para la acción reflexiva aporta pistas para el estudio de los procesos de generación y circulación de sentido característicos de su sociedad. Harry Pross (1983), en su obra *La violencia de los símbolos sociales*,⁴⁶ destaca el hecho de que ningún ser humano habilitado para la acción reflexiva está preparado para el vacío de sentido, de manera que siempre buscará los medios para construir órdenes simbólicos precarios que llenen los vacíos que la sucesión de hechos en la vida diaria (contingencias naturales, disrupcio-

⁴⁶ Pross, Harry (1983), *La violencia de los símbolos sociales*. Barcelona: Anthropos.

nes en el orden social, repetición fortuita de acontecimientos o ciclos vitales básicos, correlación con otros sujetos, objetos u otros órdenes simbólicos, etc.) va dejando por doquier. De este modo, todo orden social contiene y refiere a múltiples órdenes simbólicos que están a disposición de los individuos (de ahí que se refiera a la *índole material de los signos*),⁴⁷ a fin de que procedan con un mínimo de certidumbre en la gestión de su posición en el sistema y su posición frente a los demás individuos que interactúan con dicho sistema —en calidad de miembros o no:

*“No hay ningún orden sin más, sino una diversidad de constelaciones de signos existentes unos al lado de otros, que requieren sus propias interpretaciones, puesto que todos ellos se basan en última instancia en principios indemostrables e irrefutables y están originados de forma arbitraria. Los órdenes son la respuesta humana a la amenaza de la nada, intentos de apropiación del mundo. El orden es una constelación de signos. A través de los signos reconocemos cómo se comportan entre sí las distancias, los intervalos y los rangos sociales en los que nos movemos. Donde faltan los signos, nos imaginamos la nada y, donde no parece haber nada, nos apresuramos a colocar un signo de orden”*⁴⁸

El eje constituido por la articulación de lo social con lo comunicativo permite aproximarse a estas constelaciones de signos de orden que destierran a *la nada* de nuestras vidas; conducen a la investigación a adentrarse en lo social para indagar sobre lo comunicativo que soporta su trasfondo simbólico y, desde esa base, otorgarle un cariz diferente a la investigación acá planteada. Se asume de este modo que la violencia, colocada en el punto de intersección entre la esfera de lo social y de lo comunicativo, despliega tres grandes dimensiones que la definen *de profundis*: (a) una dimensión que se refiere a su carácter objetivable en tanto práctica concreta, su *praxis* constitutiva; (b) otra que se refiere al carácter significativo en tanto espacio simbólico, su *eidos* constitutivo; y (c) una última referida a su carácter estructurador, en tanto escenario en donde se echan a andar *disposiciones a la acción* —tal y como las entiende Bourdieu, pero también como las retoma Giddens—, de manera que el estudio de la violencia también se

⁴⁷ El autor ejemplifica esta característica de los signos al evaluar el papel que atribuía a los medios de comunicación de masas a inicios de la década de los 80: "Al contrario, el aumento enorme de la comunicación con los medios electrónicos pone de manifiesto que no son precisamente las 'formas simbólicas', como opinaba Cassirer, 'las que se enfrentan a lo que llamamos realidad objetiva de las cosas', sino que modifican rápidamente esa susodicha realidad en virtud de la *índole material de los signos*", Pross, 1983, p. 36

⁴⁸ *Ibidem*, p. 37.

debe colocar en el estrato intermedio en donde se produce la articulación final entre (a) y (b), y que representa su *ethos* constitutivo. El estudio de la violencia como factor de estructuración social atiende a la implicación mutua que se produce entre el ámbito objetivable, el ámbito significativo y el ámbito de la predisposición a la acción del objeto de estudio, partiendo de la premisa de que es imposible desligar una dimensión de la otra. La correspondencia entre órdenes sociales y órdenes simbólicos revela esta indivisibilidad del objeto de estudio *violencia* que está a la base del eje articulador sociedad/comunicación. A su manera, Bourdieu (2000) señala esta correspondencia entre órdenes simbólicos y órdenes sociales al hablar sobre su concepto de violencia simbólica:

*“La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto”.*⁴⁹

La base de la definición que Bourdieu hace de la violencia simbólica descansa sobre este intercambio y transmutación de contenidos simbólicos a órdenes sociales y viceversa. En ningún momento establece que uno de los dos polos sea determinante en la configuración de una estructura social y cultural determinada. Aunque el intercambio fundamental de contenidos se produzca en el plano de la comunicación en particular y de la interacción social en general, esto no conduce a pensar que la dominación simbólica se circunscriba exclusivamente al plano de lo abstracto, de la reflexión y de la forma en los sujetos se “imaginan” su mundo y su historia. En otra de sus obras (2001), el autor establece que “por legítimo que sea tratar las relaciones sociales —y las propias relaciones de dominación— como interacciones simbó-

⁴⁹ Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. p. 51.

licas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, no hay que olvidar que esas relaciones de comunicación por excelencia que son los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores y sus respectivos grupos”.⁵⁰ Bourdieu postula la existencia de un sistema de oposiciones en los usos lingüísticos que no se justifica únicamente por criterios de pertinencia lingüística —que no se acota únicamente al ámbito de *lo que se dice*—, sino sobre todo por pautas de diferenciación “significativamente asociadas a diferencias sociales”,⁵¹ esto es, un sistema en donde se produce una *retraducción de diferencias socialmente instituidas* para convertirlas en la base de otro sistema de diferencias: el de lo simbólico. En suma, todo orden social conlleva una carga de violencia que se ve constantemente legitimada en el marco de las relaciones que los individuos establecen entre ellos y de las estrategias que despliegan para realizarlas. Desde el momento en que se concibe como natural dicho orden social, se está produciendo una situación de dominación simbólica a la manera en que Bourdieu la define.

No sería posible el estudio de estas operaciones que densifican lo social —al convertirlo en escenario de producción y circulación de sentido— sin colocarse igualmente en el punto en que se conecta lo subjetivo con lo social. De hecho, lo que Bourdieu observa como sistemas estructurados donde se “cocina” la diferencia social y simbólica obedece en última instancia a un ejercicio cotidiano de apropiación subjetiva de estas normas. No hay estructura social que no sea estructurada a fuerza de un *habitus* que cada individuo despliega y engarza con dicha estructura y que, en el marco de una *economía de los intercambios lingüísticos*, se manifiesta en forma de interacción interpersonal. Esta investigación asume que es posible “leer” en estas interacciones cuerpos más o menos coherentes de reglas y normas que contribuyen a consolidar o reproducir estructuras sociales más profundas. De modo que tampoco puede haber estructura social cuyas reglas y normas constitutivas no deban su existencia y reproducción a un clima de comunicación dentro del cual individuos de diversa índole pueden entablar intercambios constantes de significación. En dichos intercambios interviene por igual el peso del contexto social en el que se encuentran y la carga de creatividad de cada individuo, es decir, el

⁵⁰ Bourdieu, Pierre (2001), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal. p. 11.

⁵¹ Bourdieu, *Ibidem*, p. 28.

albedrío del que dispone para enfrentar las contingencias —que son muchas— de la vida cotidiana. A fin de cuentas, lo social que rodea al individuo se condensa, hasta alcanzar niveles rectores de la acción individual, en la subjetividad, en donde deja su huella indeleble.

No hay contexto social, entonces, que pueda prescindir del carácter comunicativo de su dinámica constitutiva, puesto que, como los sostiene Martín-Barbero, “de lo que se trata en los procesos llamados de comunicación, de información, culturales o como se quiera, es de la producción histórico-social de la significación y no de una mera reproducción”.⁵² En todo contexto social se produce esta conjunción entre factores que se comportan a la vez como realizaciones objetivables y como componentes de un *fluir* que también oscilan entre la dimensión social-concreta de relaciones objetivas y la dimensión simbólica, sin que ninguna de las dos pierda fuerza estructuradora. Más adelante este eje articulador será una base importante para abordar al objeto de estudio *violencia* —en su carácter de recurso para la estructuración de las relaciones interpersonales— como si fuera un lenguaje, que se deja rodear pero que también envuelve discursos y dispositivos discursivos gracias a los cuales el fenómeno se vuelve objetivable en el plano de la vivencia subjetiva. Ciertamente, atender al plano simbólico de estas prácticas que operan como discurso es imprescindible, sobre todo si se desea conocer en alguna medida la lógica a la cual deben su existencia. Pero este plano no es suficiente en el contexto de la investigación social. Se debe estudiar igualmente el carácter objetivable de dichas prácticas a fin de no caer presa de visiones reduccionistas de la realidad: “Frente al idealismo —discurso sin materia, sin objeto—, frente al materialismo —discurso sin sujeto—, planteamos el discurso-práctica: lugar en que la lengua se carga y es cargada de historia y de pulsión”.⁵³ A través del discurso como práctica se hace posible constatar, mediante la investigación, que “el lenguaje no dice lo que dice, y (...) el decir no se limita al habla”;⁵⁴ sucede más bien que, mediante la representación o reelaboración simbólica de estructuras materiales, las acciones de los sujetos se presentan como espacio de producción de fenómenos que contribuyen a comprender, reproducir o transformar el sistema social.

Habiendo ya considerado que (1) la sociedad es un contexto de producción y reproducción de relaciones de significación, atravesado por sistemas flexibles de reglas y normas; y que (2)

⁵² Martín-Barbero, *Ibidem*, p. 35.

⁵³ *Ibid.*, p. 44.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 44.

los sujetos manifiestan en una serie de *acciones expresivas*⁵⁵ sus apropiaciones subjetivas de dichos sistemas, es necesario resaltar una de las categorías que interviene en el ejercicio propiamente investigativo de rastrear la operativización de las acciones expresivas de los sujetos. En su obra clásica *La constitución de la sociedad*, Anthony Giddens plantea que el estudio de las prácticas y del componente subjetivo que las caracteriza permite aproximarse a los *principios* y *propiedades estructurales* que se manifiestan a través de ellas. Esto en el supuesto de que las estructuras sociales logran objetivarse a través de dichas prácticas y que no pertenecen de ninguna manera a una esfera metafísica pura, separada de la vivencia cotidiana de los sujetos. En pocas palabras: *conocer las prácticas sociales de un grupo en particular es conocer —con sus limitantes— el tipo de sociedad de la cual participan* produciendo y re-produciendo las relaciones de significación aprendidas e incorporadas a lo largo de la vida.⁵⁶ Giddens concibe que la dimensión práctica de la vivencia de los sujetos se presenta como “una duración, un fluir continuo de conducta (...) [que] equivale a decir que actores sociales no les dan nacimiento sino que las recrean de continuo a través de los mismos medios por los cuales ellos se expresan *en tanto* actores”⁵⁷. En resumen, esta investigación asume que estas prácticas conforman un espacio de interacciones y generaciones de sentido desde el que se pueden estudiar las estructuras sociales que hacen posible su existencia. La práctica refiere indefectiblemente a un orden simbólico subyacente, un orden *imaginario*, que penetra todas las esferas de la vida cotidiana. La práctica comunica dicho orden, lo hace circular, despliega la lógica constitutiva que permite ejercer una labor investigativa, una lectura particular de su manifestación y de todo lo que a ésta subyace —el investigador sabe que ningún lenguaje dice únicamente lo que dice, y que el decir no se circunscribe unívocamente a lo dicho. La violencia puede ser estudiada en virtud de este eje articulador, porque desde él es posible conectar el espacio donde se manifiesta el objeto de estudio y la carga de significación que la distingue de otras prácticas sociales. El siguiente apartado se encarga de acotar el concepto de violencia a partir de las aportaciones de la psi-

⁵⁵ Retomo con ello una vieja categoría analítica planteada por Leach (*Ibidem*, p. 14) y que resulta especialmente útil para ofrecer una visión global de las acciones humanas implicadas en lo concerniente a la generación, interpretación y circulación de significados. Como antropólogo de pura cepa, Leach aplica esta categoría para interpretar la manera en que ciertos grupos humanos se organizan y explican su existencia. En el estudio del aspecto ritual de estas formas de organización de la vida social, otro gran antropólogo (Víctor Turner) hablaba más bien de *formas simbólicas*. En todo caso, ambos conceptos se conectan en un mismo cauce interpretativo: formas simbólicas que se manifiestan a través de un acto de comunicación que puede ser observado.

⁵⁶ Desde luego puede haber otras formas de conocer la estructura social a partir de otros insumos además de las prácticas: los recuerdos, los vestigios arqueológicos, las obras de arte en tanto objetos, etc. Por ello se habla de *limitantes* en el estudio de las prácticas.

⁵⁷ Giddens, Anthony (1984), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 40-1.

quiatría, la psicología social y la sociología. Se sostendrá que la violencia no puede ser descartada de antemano de la multitud de elementos que le confieren un orden a los sistemas de relaciones interpersonales. Sociedad y violencia —la base de la segunda articulación teórico-conceptual de esta investigación— son términos complementarios para desarrollar la investigación acá expuesta.

2.2. Sociedad y violencia como factor de estructuración

No es fácil tratar de colocar a la violencia como un elemento que corre paralelo a la multiplicidad de factores que contribuyen a la estructuración de las relaciones sociales. La tendencia general consiste en colocarlo dentro de la esfera de las consecuencias negativas de un *estado de las cosas*, de una cierta realidad social y cultural cuya naturalidad se da por descontada. Pensar que la violencia aporta un cierto hábito de vida a la dinámica social, puede resultar tan inverosímil como pensar que para estar vivos necesitamos estar enfermos... Pues bien, la aparente validez de este razonamiento será cuestionada en las siguientes líneas. Se trata de sentar las bases para pensar que, lejos de constituir un problema —cuyo análisis acarrearía el riesgo de reificar el término y dotarlo de una granítica validez ontológica y epistemológica—, la violencia es una respuesta social y culturalmente constituida que hay que salir a buscar... o, al menos, hay que des-naturalizar para revestirla de nueva cuenta de su carácter estratégico y particular de acuerdo al contexto en que se analice. Las reflexiones que siguen tienen como objeto construir una base teórica mínima que procure esta actitud básica de des-naturalización de la violencia en cuanto fenómeno social. Para ello, se ofrece una revisión de las bases psicosociales que soportan la noción de violencia, por considerar que la psicología y la psiquiatría tienen mucho que ofrecer al estudio social y comunicativo del fenómeno de la violencia. Posteriormente, sobre la base de la obra de Ignacio Martín-Baró y Pierre Bourdieu se expondrán las claves fundamentales que permiten pensar en la violencia como factor de estructuración de las relaciones interpersonales, para luego ligar este carácter del objeto de estudio a la problemática del poder en tanto principio de estructuración social.

2.2.1. Punto de partida: agresión, agresividad, violencia.

Probablemente la psicología y la psiquiatría se han encargado de dar un vistazo más *íntimo* a todo lo que subyace al comportamiento violento. Interesadas en escudriñar el trasfondo psíquico de las manifestaciones de violencia, muchas investigaciones dentro de estas disciplinas se han dedicado a estudiar el fenómeno en términos de *agresividad* y *agresión*, lo cual no siempre se traduce directamente en términos de *violencia*. García Silberman y Ramos Lira (1998) han desarrollado un interesante estudio de la violencia en medios adoptando algunos de los aportes más destacados de la psicología y la psiquiatría. El recorrido que hacen a través de dichos aportes sirve para destacar una noción básica: habría una conexión más o menos evidente entre la psique humana y la disposición a ejercer algún tipo de acción que implique la aplicación de la fuerza a los seres vivos u objetos presentes en el entorno. ¿Qué es lo que diferencia a la agresividad de la agresión, y a ambas de la violencia, según esta óptica? De acuerdo a las autoras, la agresividad se presenta como un concepto cuyo carácter es más descriptivo que valorativo y hace referencia a la *disposición que todo ser humano posee a la ejecución de un daño físico o psicológico verificable*. Por su parte, la agresión tiene un carácter todavía más acotado, puesto que da cuenta de un ataque, asalto o instrumentalización de sujetos contra su voluntad o de objetos contra su estado natural. No implica directamente alguna referencia concreta a emociones observables en el sujeto sino que pertenece, más bien, al plano del hecho concreto.

*“La agresividad se distingue conceptualmente de la agresión por ser una tendencia, disposición o capacidad, que puede concretarse o no en actos específicos (por lo que incluye, aquí sí, motivos, deseos, emociones o actitudes), y que surge como forma de resistencia o ataque ante situaciones difíciles o problemáticas del entorno. Por su parte, la agresión alude siempre a todo acto que concreta dicha capacidad agresiva, por lo que suele definirse principalmente por acciones específicas (...) no constituye un acto accidental, sino que busca generar un daño o refleja una falta de interés en los otros como personas”.*⁵⁸

⁵⁸ García Silberman, Sarah y Luciana Ramos Lira (1998), *Medios de comunicación y violencia*. México D.F.: FCE-Instituto Mexicano de Psiquiatría. p. 27.

En suma, mientras que la agresividad se refiere a una disposición intencionada de cometer un acto que implique un daño, la agresión funciona como una categoría metodológica que le sirve al investigador para diferenciar un comportamiento en particular del infinito flujo de comportamientos que caracterizan el diario vivir de los sujetos. Lo que posibilitaría que un acto agresivo —una agresión propiamente dicha— sea considerado violento, por tanto, no dependería de su naturaleza performativa, sino de la serie de relaciones de significación que rodean al acto y que le confieren dicho carácter; dependería en todo caso del *excedente de sentido* que rodea al acto agresivo.⁵⁹ Así, la violencia sería, por sobre todas las cosas, producto de una apropiación subjetiva de condiciones sociales y culturales relacionadas, según las autoras, con el ejercicio de poder, con la instrumentalidad subyacente al acto agresivo y, sobre todo, con la génesis de la idea de producir algún daño: “la violencia se distingue de la agresión por el *exceso* de fuerza que se ejerce en el acto en cuestión, así como por el *papel* que cumple el daño inflingido”.⁶⁰ Al adjudicarle carácter violento a una agresión, el sentido que subyace a dicho carácter sobrepasa los límites de su manifestación concreta para revestirse de valoraciones social y culturalmente reguladas: para ello es necesario hacer uso de gradaciones (si existen las bases para hablar de *exceso*, también deben existir para pensar en manifestaciones de violencia *permitidas* o *toleradas*, por ejemplo) y de valoraciones que surgen de la relación de esa manifestación en particular con otras manifestaciones o comportamientos humanos (el *papel* que adquiere el “daño inflingido” se define también por oposición a otro tipo de actuaciones socialmente y culturalmente valoradas). La violencia, en pocas palabras, no solo daría cuenta del acto cometido, sino también de su motivación y sus consecuencias. La violencia daría cuenta del lugar que ocupa el acto agresivo en el sistema de referencias propio de un colectivo en particular. Por lo tanto, pensar en la violencia implica necesariamente pensar en un “acto intrínsecamente humano (...) un acto ‘social’”⁶¹ que es susceptible de generar “desintegración o dispersión, ya que actúa contra las intenciones de la persona sujeta a ella. Asimismo,

⁵⁹ Sobre la idea de *excedente de sentido*, ver principalmente a Ricoeur, Paul (1995), *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México D.F.: Siglo XXI. 112 p.; especialmente el capítulo 3, “La metáfora y el signo”. Una elaboración interesante del concepto también puede encontrarse en Jensen, Klaus B. (1991), *Social semiotics of mass communication*. Londres: Routledge, p. 191 y sigs.

⁶⁰ García Silberman, *Ibidem*, p. 32, el énfasis es mío.

⁶¹ *Ibid.*, p. 33

puede generar un patrón (físico o psicológico), es decir, un orden producto de la fuerza, que puede persistir aun después de que ésta deja de ejercerse”.⁶²

A pesar de la constatación que las autoras hacen de este elemento analítico, no suscriben ciegamente la idea de que existe un condicionamiento social exclusivo en la definición del acto violento. De hecho, las investigaciones a las que se refieren en su obra abarcan estudios sobre herencia y anormalidades genéticas, administración de hormonas, estructura cerebral, estimulación externa mediante fármacos, instinto, etología, hasta llegar al estudio de los procesos emocionales y cognitivos implicados en la comisión de actos agresivos. Todo ello forma parte de la rama que investiga los mecanismos psico-biológicos implicados en la agresión y la violencia. Así, existen corrientes interpretativas (algunos estudios de Freud, la obra de Lorenz y de Berkowitz, todos ellos referidos por las autoras) que sostienen que el impulso agresivo está presente en el ser humano en tanto que especie animal, simplemente porque necesita ponerlo en práctica a fin de procurar su supervivencia en un medio en el que, biológica e instintualmente, se encuentra en franca desventaja con respecto a las demás especies vivas y en el que, además, debe competir con sus semejantes por dicha supervivencia.

Pero no conviene suscribir de buenas a primeras la postura que asumen estos estudiosos del fenómeno. No tanto por las conclusiones a las que llegan, sino por las bases de las que parten para construirlas. Por ello, resulta especialmente útil la rigurosidad con la que Patricia Bifani-Richard (2004) aborda estas teorías. Su obra permite sentar unas bases más sólidas para proceder con la definición de violencia que se adoptará a lo largo de esta investigación. Como punto de partida, esta autora rescata una de las definiciones más elementales de la violencia: “Acción violenta o contra el natural modo de proceder” (Diccionario de la Real Academia de la Lengua). Sin ánimo de adentrarse en el sentido de lo “natural” en la forma de proceder de las cosas, lo cierto es que la violencia está implicada en todo acto humano que produzca la transformación del medio en que vive. El ser humano transforma la naturaleza que lo rodea, pero también transforma a los demás seres humanos que se relacionan con él en el trabajo, en los procesos de enseñanza, en la vecindad. Transforma sus sentimientos en el teatro, en la música. Transforma su forma de pensar en la política, en la formación, en el adoctrinamiento.

⁶² *Ibíd.*, p. 32.

“Destructor y agresor, es asimismo artífice”, sentencia Bifani-Richard, “de ser dependiente de un devenir que se forjaba más allá de sus designios, [el ser humano] se ha erigido en hacedor y destructor del ser humano mismo y de sus proyectos vitales”.⁶³

La autora habla de la violencia en tanto resultado de la capacidad del sujeto para transgredir los límites que le impone la naturaleza, el saber, la historia. Este poder del individuo tiene la capacidad de generar sus propios patrones de funcionamiento, de manera que “no hay razón para suponer que este poder de vida o muerte se deba a una mayor carga de violencia, sino más bien a una mayor capacidad de trasgresión.”⁶⁴ Para sustentar esta idea, profundiza en la obra de quienes han estudiado el fenómeno desde una perspectiva psicológica y biológica. También critica la perspectiva que sostiene que la agresión es producto de un impulso interno (casi dentro del marco del estímulo-respuesta) y el estudio del fenómeno como un aprendizaje.

Al abordar los estudios de Lorenz sobre la violencia, Bifani-Richard asienta su crítica en tres puntos. El primero está relacionado con la premisa que construye Lorenz sobre el “pretendido carácter instrumental de la agresión con respecto a la supervivencia de la especie y a la selección natural”.⁶⁵ Sobre este punto, habrá que tomar en cuenta que los estudios de Lorenz se centraron en el comportamiento de ciertas especies animales, cuyas expresiones de agresividad se podía explicar casi exclusivamente a partir del papel de los instintos en dicho comportamiento. Para esta autora, el estudio de la violencia en el contexto contemporáneo — especialmente frente a las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX— obligan a centrarse en las influencias del medio social, y no en la carga instintual del individuo, como detonador del comportamiento violento individual y colectivo: “En este sentido, las preguntas a formularse parecieran ser más bien aquellas referentes a los mecanismos de los que se vale la estructura social para ejercer su poder paralizante y a aquellos que actúan a nivel del individuo para favorecer una receptividad acrítica a la influencia social de todo tipo”.⁶⁶ En efecto, esta investigación sostiene que la violencia es expresión —una de tantas expresiones— de un conjunto de recursos, normas y aprendizajes que logran afectar las prácticas de

⁶³ Bifani-Richard, Patricia (2004), *Violencia, individuo y espacio vital*. México D.F.: Universidad de la Ciudad de México. p. 26.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 26.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 86.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 87.

los sujetos con base en patrones más o menos compartidos de pensamiento y acción. De modo que no se puede renunciar al estudio de los elementos que permiten que la violencia se manifieste de formas concretas o abstractas, de formas sutiles o escandalosas, de formas permitidas o prohibidas, en un contexto social dado. Suscribir ciegamente la idea de que hay un instinto agresivo que regula la violencia (utilizamos acá la distinción entre ambos conceptos que hacen García Silberman y Ramos Lira) implica abortar por completo la consideración de que la violencia se moldea en el ámbito de relaciones sociales específicas.

La segunda crítica de Bifani-Richard al pensamiento de Lorenz está relacionada con la pretendida aplicabilidad del principio de selección natural al género humano. El punto central de la crítica tiene que ver con la idea de que uno de los justificantes del comportamiento violento es la necesidad de que el mejor y más fuerte representante dentro de la especie sea el que sobreviva. A este respecto, la autora recurre de nuevo al carácter central que ocupa el orden social y simbólico imperante dentro de una sociedad no tanto para determinar el carácter y los alcances del acto violento, sino para segregar entre todos sus miembros quiénes son los más aptos para representar a la especie en el futuro: “eliminar al más débil implica eliminar a aquel cuyo desarrollo científico-tecnológico es menor, o es menos competitivo *en el contexto de los cánones impuestos por otra cultura dominante*. ‘El mejor’, que es quien sobrevivirá a esta selección, no necesariamente será el más íntegro, ni el más sabio, ni el [que cuente] con mayor capacidad de experimentar y compartir felicidad, ni quizás el mejor dotado para representar a una especie de tal complejidad”.⁶⁷ Desprovisto ya de su dependencia irrefutable al instinto, el ser humano es capaz de construir categorías dinámicas para juzgar al otro, que resultan en instrumentos prácticos para gestionar la diferencia con los demás.

El último punto de crítica a Lorenz tiene que ver con la idea de que la agresión está ligada a la necesidad de salvaguardar los vínculos que se producen entre la supervivencia biológica y el espacio o territorio vital. Lo que Bifani-Richard sostiene es que “esta necesidad de un medio ambiente específico y único no se da en el hombre. En mayor medida que otros animales que dependen de una relación fija con su entorno, el ser humano va construyendo y transformando su territorio según sus necesidades y caprichos. La vinculación biológica a un territo-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 87, en énfasis es mío.

rio no es, por consiguiente, un imperativo que afecta a la especie humana”.⁶⁸ En el fondo, son otros los motivos que hacen que un sujeto o grupo entre en conflicto abierto con otros para salvaguardar el espacio al cual se siente ligado. Como se verá en el capítulo **V. Formas de estar con la violencia**, el espacio constituye un referente insustituible de (a) identidad, (b) fuerza transformadora de la realidad y (c) códigos simbólicos desde los cuales explicar la realidad. “Es un espacio que, como diría Giddens, delimita una rutina, lo que en otros términos significa una probabilidad de interacciones específicas y la participación en un universo simbólico que tiende hacia la cohesión”.⁶⁹ En efecto, como se sostiene en esta investigación, el espacio es una marca que provee seguridades básicas para la acción y la generación de sentido, incluso cuando el sujeto es conciente de que ese espacio en el que se encuentra no le pertenece. “El espacio individual y social soporta muy escasas discrepancias internas y busca crear universos de referencia coherentes, que maximicen el sentimiento de seguridad y respalden la continuidad del comportamiento”.⁷⁰ Sin embargo, no se debe olvidar que en esta investigación también se sostiene que ningún espacio está exento de conflictividad y que, normalmente, dentro de un espacio siempre existen muchos espacios, que están a su vez ligados a muchas formas de leer la historia que origina dichos espacios:

*“Desde este punto de vista, el espacio humano, contrariamente al espacio animal, que es relativamente homogéneo para los miembros de una misma especie, se caracteriza por una inmensa diversidad. Cada marca, cada estilo, cada huella, da cuenta de una peculiar visión del mundo, de un modo particular de ver y de hacer la historia humana. La riqueza de esta historia, sus vuelcos y también su ascensión en espiral se nutre, en gran medida, de la diversidad de las mentes que la conciben”.*⁷¹

Bifani-Richard también asume una postura crítica frente a la tendencia de Freud, Lorenz y Berkowitz a estudiar el impulso interno de la agresión. Al respecto, identifica dos corrientes que explican el origen del comportamiento violento en tanto (a) impulso interno que habita al ser humano desde su fuero interno y que (b) se libera como reacción a una situación de-

⁶⁸ *Ibid.*, p. 88-9.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 90.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 90.

⁷¹ *Ibid.*, p. 90-1.

terminada. La autora hace referencia a varios estudios que llegan a establecer un vínculo directo entre la reacción agresiva y el nivel de frustración y privación que caracteriza a un sujeto o a un grupo. Esta premisa fácilmente puede sustentar la idea de que la agresión es producto de un *lapsus* en el que el sujeto pierde toda capacidad de raciocinio y se entrega de lleno a la liberación visceral de sus frustraciones. Pero lo que Bifani-Richard apunta —ilustrando su razonamiento a través del análisis de Njoroge, personaje de la historia “El mártir”, de Ngugi wa Thiong’o— es que el acto violento está lejos de ser un acto irascible. Por el contrario, en cada acto agresivo se despliega un complejo sistema de decisiones que están entre lo consciente y lo inconsciente —que no irracional— de la personalidad y la conducta.

Finalmente, sobre las corrientes que se apegan a la idea de que la violencia es fruto de un aprendizaje social, la autora repasa los trabajos de Segall, Lagerspetz, Bandura y Goldstein. A partir de estos estudios se sostiene que, ciertamente, los patrones específicos que determinan la validez y aplicabilidad de la agresión en contextos diferentes son aprendidos. Sin embargo, Bifani-Richard complementa este enfoque asegurando que no todos los contextos facilitan este aprendizaje: cuando el contexto de aprendizaje logra conjugar en una misma circunstancia varios agentes de educación (Bifani-Richard menciona tres: el hogar, la escuela y los medios de comunicación de masas), la aprehensión de modelos de generación de comportamiento agresivos se verá facilitada y acentuada.

De este modo, aunque es factible reconocer determinantes y posibilitantes psico-biológicos de la agresión, los patrones u órdenes generados tras la aplicación recursiva de dicha acción agresiva —eso que la vuelve violenta— no dependen tanto de estos determinantes y posibilitantes; más bien son producto de construcciones sociales y culturales de las cuales solo el sujeto puede hacerse responsable, desbordando en todos los sentidos su calidad de miembro de una especie animal y colocándolo como agente social y reflexivo de su posición en el mundo y frente a los demás. Desde esta plataforma, es posible proponer que el estudio de la violencia debería partir, por lo menos de tres ejes constitutivos: el eje de la ocurrencia concreta de hechos en donde se *ejerce la fuerza* sobre una persona, grupo, objeto o situación (retomando con ello la idea de agresión); el eje del *ejercicio de dominación* reflejado en un sistema de relaciones entre sujetos que sustenta desigualdades y limitantes en el comportamiento; y el eje del

esquema de pensamiento que posibilita que el ejercicio de la violencia adopte ciertas características que lo hacen distintivo de acuerdo al contexto en que se ejerza. Estos tres ejes, que también orientan la definición de violencia sobre la que se alza esta investigación, concuerdan con la perspectiva desarrollada en **2.1. El contexto social y su carácter comunicativo** con respecto a la interrelación que existe entre el ámbito objetivable, el ámbito significativo y el ámbito de la predisposición a la acción de la violencia.

Manuel Delgado Ruiz (1999) aporta otro tanto en esta reflexión sobre el carácter social del objeto de estudio. Su reflexión parte de la constatación señalada al inicio de este texto: muchos de los estudios sobre violencia le atribuyen un cierto estigma negativo al fenómeno. Para él, la violencia es una respuesta, un recurso socialmente estructurado y culturalmente valorado, a partir del cual se salvaguarda un determinado estado de relaciones sociales. De este modo, asegura Delgado, “la violencia no es (...) una cualidad de las conductas, sino un atributo que alguien —que se considera legitimado [para ello]— les aplica desde afuera para delatar en ellas alguna cosa perversa que ha de ser controlada, atenuada o neutralizada”.⁷² Y concluye que la violencia vendría a ser más *una cosa de la cual se habla*, en lugar de ser necesariamente algo que en verdad ocurre. Por ello, Delgado establece que para reflexionar en torno a la violencia es necesario atender a su doble dimensión de *discurso* —en tanto entramado socialmente validado en el que se hace circular y se genera sentido— y de *recurso* —en tanto respuesta racionalmente establecida para el mantenimiento del orden social—.

*“Esta base teórica es la que habría de permitir reconocer un aspecto fundamental: la violencia ya no es un ‘problema’. Para aquellos que la aplican, la violencia siempre es una solución; no es una enfermedad, sino un remedio —a pesar de que moralmente sea el peor de los deseables—. Lo que importa es que todo lo que la sociología y la antropología han escrito con respecto a las conductas que nosotros denominaríamos ‘violentas’, ha constatado que la violencia no es la negación del principio de sociabilidad, sino todo lo contrario: es la exacerbación, un aceleramiento o una intensificación que conduce al vínculo social a la radicalidad más absoluta”.*⁷³

⁷² Delgado Ruiz, Manuel (1999a), *La violència com a recurs i com a discurs*. Secretaria General de Joventut: Barcelona. p. 7

⁷³ *Ibidem*, p. 11.

Violencia y sociedad se enlazan, pues, en la constatación de que la primera contribuye a dar forma a la segunda y que, a su vez, la segunda determina el carácter simbólico y preformativo de la primera. Retomando las reflexiones de Delgado Ruiz, no es que la violencia sea irracional, como se le ha calificado en muchas ocasiones. Ocurre que es tan racional que incluso se forja al calor de las relaciones sociales, recibe persistente el golpeteo de la cultura —en tanto proveedora de matrices para la construcción de relaciones de sentido— y alcanza su temple, que es, paradójicamente, la fuente de su invisibilidad, al enfriarse en el cauce de la convivencia cotidiana. De este modo, no solo sería necesario pensar en el carácter social de la violencia, sino sobre todo en su carácter racional y estratégico,⁷⁴ en tanto que debe asociarse en primera instancia con el conjunto de estrategias que despliega un individuo y la colectividad a la que se adscribe para procurarse lo que acá se describe como *gestión cotidiana del lugar que se ocupa frente a uno mismo y frente a los demás*.

Puesta en relación con la estructura de relaciones sociales y de relaciones simbólicas que definen un determinado marco sociocultural, la violencia operaría como si fuera un lenguaje, gracias al cual los sujetos hacen acopio de una serie de competencias que les permiten no solo clasificar acciones en términos de su violencia aparente, sino también hacer uso de una serie de mecanismos para gestionar su posición en la estructura a la que pertenecen. Estas competencias no son restrictivas, es decir, no hay que entenderlas en términos saussureanos, dado que no son un catálogo fijo de recursos a partir de los cuales se transita fácilmente del acto ejercido por el sujeto al significado que le subyace. Más bien, la idea de competencias que se maneja en esta parte tiene que ver con lo que Bourdieu (2001) llama *competencias generativas*, que guardan relación, a su vez, con la noción de capital simbólico que maneja el autor: “La relación de fuerzas lingüísticas no se define nunca exclusivamente por la relación entre las competencias lingüísticas en presencia. Y el peso de los diferentes agentes depende de su capital simbólico, es decir, del *reconocimiento*, institucionalizado o no, que obtiene de un grupo: la imposición simbólica —esa especie de eficacia mágica que pretende ejercer no ya la orden o la consigna, sino también el discurso ritual, la simple comunicación, la amenaza o el insul-

⁷⁴ El autor se permite plantear un principio con el que se podría abordar el fenómeno combinando las dos perspectivas que aporta. Este principio es el de *violencitat* (traducible por *violencidad*), que “se asignaría en función de criterios que no tienen que ver tan solo con la intensidad de la fuerza injustificada o excesiva aplicada, ni con el mal físico o moral causado en las víctimas. Los usos de este principio clasificatorio que etiqueta como ‘violentos’ a algunos comportamientos, no se pueden desligar tampoco del papel que posee el ejercicio de la fuerza en las sociedades modernas y en el modelo de Estado centralizado que organiza su entorno” (p. 7-8).

to— sólo puede funcionar [en tanto] se reúnan condiciones sociales absolutamente exteriores a la lógica propiamente lingüística del discurso”.⁷⁵ En otras palabras, la “lógica propiamente lingüística” que se manifiesta en la enunciación de un discurso —sea en acto de habla, expresión corporal, disposición proxémica, etc.— no vale en sí misma, sino únicamente cuando entra en juego con esas condiciones exteriores, entre las cuales también habría que incluir la motivación y la emoción, las circunstancias socioeconómicas del sujeto, su historia de vida personal, los mecanismos biológicos implicados en su acción, etc. De este modo, recapitulando lo ya dicho antes, la violencia podría ser estudiada como un recurso que, en el seno de la vivencia cotidiana, adquiere un carácter social, estratégico, racional y, por tanto, transversal a las relaciones entre sujetos.⁷⁶

Ya se han explicado los fundamentos que sustentan la idea del carácter social, estratégico y transversal de la violencia. También se ha abordado a grandes rasgos su carácter racional. En todo caso, conviene destacar el hecho de que esta afirmación pretende descartar el prejuicio que podría pesar sobre el objeto de estudio *violencia*, en el sentido de considerarlo como producto de ánimos exacerbados de individuos o grupos que, dadas ciertas circunstancias, se desbocan en actos violentos que son a todas luces *contra natura*. Al respecto, David Le Breton (1999) ya se ha encargado de demostrar que el ser humano “no está en el mundo como un objeto atravesado a ratos por sentimientos”⁷⁷ y que para estudiar el lugar que ocupan las emociones y los sentimientos en nuestra vida diaria, primero hay que preguntarse cómo se estructura social y culturalmente dicha vivencia. Le Breton cuestiona el estatuto mismo de los sentimientos y las emociones en el ordenamiento de la vida diaria, para luego concluir que “hay una inteligibilidad de la emoción, una lógica que ésta busca y una afectividad del pensamiento, aun del más riguroso, una emoción que lo condiciona”.⁷⁸ De este modo, el autor propone la posibilidad de que no solo sea la razón lo que determine el comportamiento humano, sino que existan estructuras que co-gobierne la vida de los seres humanos, como po-

⁷⁵ Bourdieu, 2001, p. 46.

⁷⁶ W. Benjamin y H. Arendt ya preveían este complejo mapa de relaciones que hacen de la violencia algo más que una desviación de los límites de la socialidad. En su clásico ensayo *Para una crítica de la violencia* (1995), Benjamin enfatiza la influencia del marco regulatorio social —sea ético, religioso, político, etc.— sobre el fenómeno; Por su parte, Arendt destaca el carácter prepolítico de la violencia de los individuos que buscan permanentemente vencer la *necesidad*. Ver Benjamin, Walter (1995), *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires: Leviatán; Arendt, Hannah (1993), *La condición humana*. Barcelona: Paidós. Para una interesante reflexión sobre la obra de estos y otros autores en relación con la violencia, ver Binaburo, J. A. y X. Etxberria (eds.), *Pensando en la violencia desde Walter Benjamin, Hannah Arendt, René Girard y Paul Ricoeur*. Bakeaz: Madrid.

⁷⁷ Le Breton, David (1999), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión. p. 103.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 104.

drían serlo —por qué no— el ritmo de los astros, la humedad del ambiente, el sonido de los coches fuera de la casa. Esa diferencia cualitativa la encarnan, con mayor o menor intensidad, la religión, las artes, el esoterismo, las leyendas y los ritos. Si todos estos escenarios logran configurar nuestro *estar en el mundo*, ¿por qué habría de restarles un cierto grado de lógica, una cierta capacidad para fijar órdenes y construir mundos posibles?:

*“El léxico organiza la experiencia del grupo, alimenta el discurso, sugiere las metáforas apropiadas, permite el autoanálisis. Confiere un orden a los movimientos ambiguos y fugaces de la afectividad, es la traducción oral de la experiencia emocional del grupo”.*⁷⁹

Para Le Breton, las emociones y los sentimientos obedecen a una cierta lógica que les permite colocarse como elementos de gran potencial estructurador en nuestras vidas. A través de ellas es que, en muchas ocasiones, ciertas estructuras de la vida diaria —una creencia religiosa, por ejemplo—adquieren el peso suficiente como para convertirse en expresión concreta, en una práctica identificable y destacable en el fluir complejo de prácticas que nos rodea —las peregrinaciones a sitios santos, por ejemplo, en donde desfilan ejemplos a cual más desgarradores de entrega, devoción y sacrificio—. Emociones y sentimientos, echadas a andar de la mano de las lógicas personales de cada sujeto, revestidas del valor que les confiere un colectivo y su historia, son capaces de poner en movimiento maquinarias bien engrasadas que le dan sentido al mundo. En el fondo, los sentimientos también son capaces de construir edificios enteros de ideas, preconcepciones, relaciones de sentido, formas de marginar o seleccionar recuerdos. Todo ello puede manifestarse en forma de discursos o articular un imaginario social. Pues bien, la violencia también se reviste de esta fuerza que, sin abandonar su vínculo con las pasiones y los sentimientos, resulta en una lógica que ordena lo vivido. La mirada que en esta investigación se ejerce sobre el objeto de estudio *violencia* tiende a considerarla como un estado social y culturalmente desarrollado de formas de ejercer actos agresivos. La asignación de un carácter violento a dichos actos agresivos se deja tocar por el paso del tiempo para sedimentar formas colectivas de valorar y definir el hecho violento: “La emoción es la resonancia

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 140.

propia de un acontecimiento pasado, presente o futuro, real o imaginario, en la relación del individuo con el mundo; es un momento provisorio nacido de una causa precisa en la que el sentimiento se cristaliza con una intensidad particular: alegría, ira, deseo, sorpresa, miedo, allí donde el sentimiento, como el odio y el amor, por ejemplo, está más arraigado en el tiempo, más integrado a la organización corriente de la vida, más accesible, también a la posibilidad de un discurso”⁸⁰ que le da forma a la lógica que lo sostiene. La violencia, por tanto, además de tener una dimensión objetivable —piénsese en los actos que pretenden la reducción o aniquilación del individuo biológico— también despliega esta otra dimensión, *retórica* si se quiere, que le permite presentarse como si fuera un lenguaje, de cara a su trasfondo racional. Colocar a la violencia como un lenguaje implica estudiarla en el marco de las interacciones cotidianas, en términos de intercambio y generación no de sentido, sino de las relaciones que posibilitan la construcción de ese sentido. Como lo propone Susana Devalle (2000), “en situaciones de dominación, la violencia marca el orden existente y se convierte en un sistema significativo, en un lenguaje cuyos códigos son explícitos y otros permanecen escondidos”.⁸¹ Así, la violencia en tanto opera como un lenguaje, adquiere funciones estratégicas en la estructura de relaciones sociales en que se manifiesta. Conviene en este punto rescatar de nuevo algunas de las ideas de la Teoría de la Estructuración de Anthony Giddens (1984), en la medida en que nos aproximan a pensar en los ámbitos en que se puede estudiar la violencia como factor de estructuración social. Como ya se mencionó arriba, a la base de su propuesta teórica, Giddens plantea la necesidad de que las ciencias sociales se dediquen al estudio de prácticas sociales ordenadas y recurrentes en un espacio y un tiempo, dado que son los sujetos sociales quienes participan en la generación de las condiciones posibilitantes de dichas prácticas. Desde este punto de partida, no se puede pensar que el plano en que la acción se vuelve *real* —es decir, en que se realiza, se manifiesta, se objetiva— existe con independencia de otro plano en que dicha acción es convertida expresión, en que se carga de significación. El detalle de esta fina ilación de concepciones radica precisamente en que plantea que *toda acción humana, sin importar su naturaleza específica, está cargada de sentido y eso la convierte en vehículo de expresión*. Interesa sobremanera destacar esta base teórica proporcionada por Giddens debido

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 105.

⁸¹ Devalle, Susana (Comp.) (2000), *Poder y cultura de la violencia*. México D.F.: El Colegio de México. p. 21.

a que permite reflexionar la violencia en relación a lo que el autor llama *seguridad ontológica*, de cuya persistencia se encarga el carácter estructurado y estructurante de las prácticas sociales de los sujetos.

*“La vida cotidiana ordinaria —en mayor o menor grado según el contexto y los azares de la personalidad individual— incluye una seguridad ontológica que expresa una autonomía de gobierno corporal dentro de rutinas predecibles. Los orígenes psicológicos de una seguridad ontológica se sitúan en mecanismos básicos de control de angustia (...), jerárquicamente ordenados como componentes de personalidad. La generación de sentimientos de confianza en otros, que es el estrato más profundo del sistema de seguridad básica, proviene en lo sustancial de rutinas predecibles y de cuidado instituidas por figuras parentales”.*⁸²

Desde la óptica de Giddens, la violencia forma parte de la serie compleja y flexible de mecanismos y disposiciones tendiente a estructurar la vivencia cotidiana y, con ello, afianzar al sujeto dentro de un marco medianamente confiable de relaciones de sentido. Retomando a Delgado Ruiz, se podría decir que la violencia funciona como un recurso social que, entre otras cosas, coadyuvaría al vencimiento y control de la angustia que reviste la vivencia cotidiana. Giddens utiliza el término *rutinización* para referirse a este proceso por el cual se producen matrices básicas para la generación y circulación de sentido social en el ámbito de la vida cotidiana:

*“Sostendré que un sentimiento de confianza en la continuidad del mundo de objetos así como en la trama de la actividad social tiene su origen en ciertas conexiones especificables entre el agente individual y los contextos sociales a través de los cuales ese agente se desenvuelve en el curso de una vida cotidiana. Si el sujeto no se puede aprehender salvo a través de la constitución reflexiva de actividades cotidianas en prácticas sociales, no [podremos] comprender la mecánica de personalidad si no consideramos las rutinas de la vida cotidiana por las que el cuerpo pasa y que el agente produce y reproduce. El concepto de rutinización, fundado en una conciencia práctica, es vital para la teoría de la estructuración”.*⁸³

⁸² *Ibidem*, p. 85.

⁸³ *Ibid.*, p. 94-5.

La tensión permanente que se produce entre esta necesidad de confianza y las limitantes provenientes del contexto socio-cultural de los sujetos genera, a su vez, lo que Giddens llama *disposiciones a la acción* y que permiten a los sujetos desarrollar su vivencia anclados en estructuras que posibilitan un cierto tipo de comportamientos y de relaciones de sentido, pero no por imposición sino por confluencia de fuerzas. A fin de cuentas, las *reglas* y los *recursos* de los que habla el autor en su Teoría de la Estructuración hacen posible la existencia de niveles de flexibilidad en la estructura: en tanto enunciados de las aptitudes básicas para que una acción se desarrolle dentro de los límites de la normalidad, son también formulaciones que despliegan las posibilidades de poder de los sujetos. Lo que acá se sostiene es que cada vez que un sujeto ejecuta una práctica social humana objetiva, hay detrás de su accionar (y dentro de él) un entramado complejo y flexible de disposiciones que le conducen a actuar de una determinada manera y no de otra. En caso de que se encuentre en presencia de otras maneras de establecer relaciones de sentido, su carga de disposiciones le permitirán reconocerse *distinto-pero-a-salvo* frente a ese aparato paralelo de configuración de relaciones de sentido o, en última instancia, podrá llevarlo a cuestionar y hasta a perder la confianza (la *seguridad ontológica*) en el sistema de relaciones sobre el que ha construido su cotidianidad. Hay, en todo caso, un relativo reparto de recursos que hace que los individuos influyeran sobre las instituciones que ordenan las prácticas sociales y que constituyen una *dialéctica del control* en todos los sistemas sociales.

Muchas de las ideas hasta acá planteadas esbozan con suficiente propiedad la propuesta básica de esta investigación, que consiste en estudiar la violencia como un factor de estructuración de las relaciones interpersonales. El siguiente apartado destaca las aportaciones de las obras de Ignacio Martín-Baró, Pierre Bourdieu, Muniz Sodré y, por supuesto, Harry Pross para cerrar el segundo eje de articulación que soporta esta investigación (sociedad/violencia). De nuevo, se subraya el carácter estructural-objetivo del objeto de estudio y su íntima vinculación con el carácter simbólico-subjetivo que también ostenta. En principio, pues, se tratará de aclarar a qué se hace referencia cuando se habla de un *factor de estructuración* y, de ahí, cómo se debe abordar a la violencia desde esta perspectiva.

2.2.2. *Violencia como factor de estructuración social: claves para una definición*

Hasta ahora, se ha intentado sentar las bases para superar algunos de los principales problemas que rodean al objeto de estudio *violencia* en el marco de la investigación social. Precisamente son esas bases las que permiten en este momento ofrecer una definición que, vigilante de las contradicciones y riesgos señalados, funcione como guía a la investigación acá propuesta. Como se ha venido señalando, lejos de constituir un acto irracional, la violencia se manifiesta siempre como un recurso socialmente configurado y que es, al mismo tiempo, producto de una apropiación subjetiva de las condiciones históricas y sociales que han permitido definir una posición en el mundo y en el entorno inmediato por intermediación de un ejercicio de dominación. No se trata, pues, de pensar que ha sido esta violencia, llevada a la práctica abierta o silenciosamente, la que ha resultado victoriosa en la ruta trazada por la humanidad para procurarse su supervivencia. Los seres humanos, sin duda, estructuran su vida cotidiana a partir de muchos otros factores que no necesariamente implican violencia. Sin embargo, la creciente importancia que ha adquirido el tratamiento y los diversos abordajes del fenómeno colocan al investigador frente a la necesidad de pensar en el peso específico que ha adquirido esta violencia. Por esta razón es que se ha propuesto considerar el fenómeno como uno de tantos *factores de estructuración* de las relaciones interpersonales y enfocarse en su estudio dentro de un contexto particular: la zona de El Casco, en Cuscatancingo, San Salvador. Al hablar de la violencia como factor de estructuración social no se pretende aportar una definición absoluta del fenómeno. Más bien se intenta rescatar su capacidad para conjugarse con otros elementos de la vida social y consolidar un cierto orden de las cosas. Más que abarcar toda su complejidad, la noción de *factor* permite concentrarse en una faceta particular del objeto de estudio violencia: aquella que le permite intervenir en el proceso de gestión cotidiana del lugar que el sujeto ocupa en el mundo y en el entorno social más inmediato. La nacionalidad, el estrato social, el género, la adscripción religiosa —que no la religión—, los méritos obtenidos en términos de saber experto o especialización profesional... todos estos elementos se combinan por intermediación de la apropiación subjetiva que el sujeto hace de ellos para comportarse como factores de estructuración de su diario vivir.

Parcialmente, el impulso por adoptar este enfoque surgió de la necesidad de hacer justicia a los puntos que Rotker (2000) señala como fundamentales para establecer una agenda de estudio de la violencia como fenómeno social característico de las sociedades contemporáneas: (1) atender al fatalismo propio de las narrativas de la violencia y su usual limitación para dar cuenta del carácter estructural del fenómeno; (2) buscar permanentemente referentes teóricos y metodológicos que puedan explicar el *estado de barbarie*, generalizado en diferentes niveles y dimensiones, y su relación con el sujeto, los grupos y/o las estructuras socioculturales; y (3) estudiar las bases axiológicas de la violencia así como el problema concomitante de la *complicidad* en el acto violento.⁸⁴ De alguna manera, lo que Rotker señala es la inevitable dispersión que se ha generado tras la acumulación de investigaciones que se concentran en uno solo de estos tres puntos. Haría falta, pues, servirse de lo que resulta evidente, de las *doxas* —como las entiende Bourdieu— que pesan sobre el objeto de estudio *violencia*, luchar en contra de su naturalización, revelar el carácter estructural del mismo para delatar la complicidad, la *adhesión* también en sentido bourdieano, que se produce entre dominantes y dominados en el marco de relaciones de violencia.

En las siguientes páginas se expone una revisión sucinta de lo que diferentes autores han aportado para la definición del término *violencia*, con el fin de obtener de ellos algunas luces que justifiquen la selección de las tres dimensiones que componen el concepto de violencia que se maneja en estas páginas (ejercicio de fuerza, ejercicio de dominación y marco de referencia). Para ello, conviene partir de la caracterización que Sodré (2001) hace de la *violencia social* o *estado de violencia*, es decir, esa “marca estructural del modo de organización social” que existe en ciertos grupos sociales.⁸⁵ A diferencia de lo que Sodré señala en su ensayo *Sociedad, cultura y violencia*, acá no interesa tanto dar por sentado que este estado de violencia es propio de las sociedades tercermundistas; interesa recalcar la base sobre la cual Sodré construye su concepto y que le permite hablar de *violencia social* cuando es *producto de la apropiación subjetiva de determinadas condiciones estructurales que definen una posición social diferenciada para personas o grupos, de acuerdo a su condición económica, educativa, raza, costumbres, etc., y que deviene en imposición de unos grupos sobre otros*.

⁸⁴ Rotker, Susana (ed.) (2000), “Ciudades escritas por la violencia” en *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad. p. 9-10.

⁸⁵ Sodré, 2001, p. 19.

Esta definición inferida del pensamiento de Sodré se adapta muy bien a los lineamientos seguidos por esta investigaci3n dado que, desde ella, se puede construir con mayor facilidad una perspectiva relacional del fen3meno, que no se agote en la psicología (social, criminal, clínica, etc.), que trascienda a la estadística y que cuestione suficientemente su abordaje político. Se trata de asumir, en línea con el pensamiento de Bourdieu (1997), que la violencia, como parte integrante de estructuras de dominaci3n sociocultural,

*“No es mero efecto directo de la acci3n ejercida por un conjunto de agentes (‘la clase dominante’) investidos de poderes de coacci3n sino el efecto indirecto de un conjunto complejo de acciones que se engendran en la red de las coacciones cruzadas a las que cada uno de los dominantes, dominado de este modo por la estructura del campo a través del cual se ejerce la dominaci3n, está sometido por parte de todos los demás”.*⁸⁶

Sodré ofrece una categorizaci3n interesante del fen3meno de la violencia, que responde a sus diferentes formas o manifestaciones en las sociedades contemporáneas. De este modo, se refiere a la (a) *violencia an3mica*, que se deriva de pérdida de efectividad de las normas sociales de convivencia entre personas; (b) la *violencia representada*, “discursivamente moralizada y manejada tanto por el periodismo que tiene a hacer visible públicamente la agresi3n recurrente en la vida cotidiana, cuanto por la industria del entretenimiento, especialmente en películas y programas de televisi3n con la finalidad de conquistar mayor audiencia”;⁸⁷ (c) la *violencia sociocultural*, que se deriva de la manera en que se gestionan posiciones de poder en la sociedad — en ella incluye, en principios, a la violencia de género, racial y simb3lica—; (d) la *violencia sociopolítica*, ejercida por los aparatos represivos del Estado y que podría incluir a su vez a la violencia an3mica; y (e) la *violencia social* o *estado de violencia*, arriba explicada.

Independientemente de la validez de los criterios que usa el autor para plantear esta clasificaci3n, es valiosa su reflexi3n respecto de las limitantes epistemol3gicas no tan evidentes que revisten al término violencia y que normalmente se derivan de la perspectiva desde la cual se pretenda abordar el fen3meno. Para contextualizar dichas limitantes, el autor retoma el cho-

⁸⁶ Bourdieu, Pierre (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acci3n*. Barcelona: Anagrama. p. 51

⁸⁷ Sodré, 2001, p. 14.

que clásico entre la visión *estructural* de la violencia y la visión *anómica* de la misma: mientras una intenta descubrir sus generadores en las estructuras sociales existentes —por acumulación histórica de condiciones posibilitantes, que equivaldría a una visión histórica del fenómeno—, la otra se concentra en el estado actual del fenómeno, de sus manifestaciones evidentes, haciendo un corte sincrónico e ignorando el carácter histórico de la violencia.⁸⁸ En esta línea, y desde un enfoque influenciado por el marxismo, el autor propone la necesidad de “tomar en consideración el concepto de ‘violencia social’ como el de un efecto orgánico inherente a la sociedad de clases”.⁸⁹ A la luz de esta reflexión, ofrece una última categorización del término: la violencia *directa* y la indirecta o *latente*, definidas en tanto que la primera recurre a la fuerza física mientras que la segunda al uso de mecanismos de presión y amenaza. Hay, en el fondo, una intención explícita por clasificar a la violencia en la medida en que se refiera a la acción de sujetos o grupos en un contexto determinado y, particularmente, a la interacción humana. Sodré insistí en la necesidad de considerar “*los aspectos organizativos (o rituales) que la violencia puede asumir en determinados contextos*”. En verdad, la violencia integra como valor fundacional —al lado del miedo, según Hobbes en varias de sus obras— las estructuras de la socialidad humana”.⁹⁰

Sin duda, el tratamiento conceptual de Sodré resulta de mucha utilidad para construir una visión mucho más abarcadora del fenómeno de la violencia, en la medida en que obliga al investigador a ejercer un tipo de lectura que lo lleve de los hechos sociales concretos (la violencia delincencial, la violencia relacionada con las diferencias de género, la violencia sexual, la violencia bélica, la violencia paramilitar, etc.) a las estructuras que soportan —en tanto posibilitantes de acciones— la ocurrencia del fenómeno. Es necesario, empero, dar un paso más allá en la manera en que se adscribe a la base epistemológica del marxismo, que “reduce la teoría de las relaciones entre las clases a dos: el antagonismo entre capital y proletariado se convierte así en una particular ‘lógica de clases’ que determina todas las demás relaciones”.⁹¹

La obra de Sodré, por lo tanto, ayuda para colocar sobre la mesa dos puntos esenciales para una reflexión sobre la violencia social: primero, la necesaria visión integral que debe ejercerse

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 17-9.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 20.

⁹⁰ *Ibíd.*, especialmente p. 22 y todo el capítulo 3.

⁹¹ Pross, 1983, p. 18.

sobre las manifestaciones de violencia y, segundo, los riesgos de ceñirse a una perspectiva que justifica la violencia en términos de intencionalidad consciente de parte de ciertos grupos (la clase social dominante) para imponerse sobre otros. Lo que se intenta sostener en estas páginas a la luz de lo reflexionado en el apartado anterior es que, aunque la existencia de relaciones dominación/sumisión se puede verificar desde muchas perspectivas, la mera intencionalidad consciente —expresada en términos de *ideología* por algunos autores— no ocupa un lugar central en la estructura posibilitante de la violencia social e, incluso cuando sí lo ocupa, ésta no necesariamente debe atribuirse exclusivamente a la tensión histórica entre clases sociales. Antes de desarrollar convenientemente este punto, es necesario ahondar en la manera en que esta influencia de la teoría marxista ha guiado algunos de los más importantes abordajes teóricos —interdisciplinarios— de la violencia en El Salvador. Para ello, se rescatarán algunos de los aportes centrales de la obra del psicólogo social jesuita Ignacio Martín-Baró.

Sobre la figura de Martín-Baró hay mucho qué decir. En todo caso, interesa resaltar el hecho de que fue uno de los académicos de la época del conflicto armado en El Salvador que más profundizó en el estudio de la violencia desde una perspectiva que combinó los aportes de la psicología, la filosofía y la sociología. Recordado además por su compromiso hacia las *mayorías populares* —concepto adoptado por la Universidad Centroamericana de El Salvador para hacer referencia al “gran sector” de la población que tradicionalmente padece la exclusión y la represión social—, Martín-Baró no llegó a culminar su obra sobre este y otros temas porque fue víctima de una de las formas de violencia que él y otros colegas de su universidad condenaban: en la madrugada del 11 de noviembre de 1989 fue asesinado por el Batallón de Infantería de Reacción Inmediata “Atlatcatl”, de las FAES, durante la segunda ofensiva militar guerrillera de la década de los 80. El autor logró construir una visión compleja del problema que, si bien no ignoraba el enjambre de manifestaciones particulares y localizadas de violencia, privilegió el enfoque marxista para dar cuenta de sus raíces estructurales esenciales. De hecho, al comentar la obra de Martín-Baró, los prologistas de su obra *Poder, ideología y violencia* concuerdan en que sus estudios apuntaban a que “la represión ejercida de manera tradicional en El Salvador por el Estado y por fuerzas militares y paramilitares sobre cualquier atisbo de disidencia política y el profundo desprecio de su clase dirigente por los principios y las for-

mas democráticas [fueron] pruebas irrefutables de la extrema conflictividad de la realidad social salvadoreña y *de los escasos recursos con lo que sus ciudadanos contaron para tratar de gestionar de manera pacífica y civilizada tales conflictos*”.⁹² Pero el sentido que el jesuita le dio al análisis de esta complejidad lo llevó a ver en el carácter ideológico de la violencia social su causa fundante más poderosa.

Al igual que Benjamin (2001), Martín-Baró observa en la violencia un problema que no puede ser desligado de los fines que persigue. En palabras de los prologistas de su obra, “la habitual conexión de la violencia con alguna estructura de significado sería una derivación natural del principio de instrumentalidad: si la violencia puede ser contemplada como un tipo de acción que persigue ciertos objetivos sociales y políticos, será absolutamente indispensable la introducción de elementos intencionales y de sentido en el análisis de la misma”.⁹³ Como se mencionó arriba, dichos “elementos intencionales y de sentido” quedaron circunscritos, en el pensamiento de Martín-Baró, casi exclusivamente al universo de la ideología. En otras palabras, su enfoque traduce la condicionante ideológica de la violencia como condicionante de “sentido”. En las siguientes líneas se aportarán los elementos conceptuales que permiten dejar de hablar de dichos condicionante ideológicos —no necesariamente en detrimento de la ideología— para hablar de *posibilitantes socioculturales de la significación y de la acción*, como ya se ha mencionado a lo largo de este apartado.

Por provenir de la psicología social, Martín-Baró también consideraba necesario distinguir entre violencia y agresión: “Consideraremos violencia como el concepto más amplio que expresa aquellos fenómenos o actos en los que se aplica un exceso de fuerza, y la agresión como el concepto más limitado que se refiere a aquellos actos de violencia con los que se busca causar algún daño a otro”.⁹⁴ En todo caso, estableció que la violencia debía abordarse desde su complejidad intrínseca, partiendo de tres presupuestos básicos: (a) se presenta de *múltiples formas*, (b) tiene un *carácter histórico* y (c) constituye un *proceso autónomo* que se autodinamiza y multiplica. También propuso que se estudiara el fenómeno involucrando sus cuatro elementos constitutivos: (a) la *estructura formal* del acto —que define como violencia instrumental, cuando ésta es el medio para obtener un fin, y violencia terminal, cuando esta es el fin en sí

⁹² Martín-Baró, Ignacio (2003), *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta. p. 32. El énfasis es mío.

⁹³ *Ibidem*, p. 37.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 78.

misma—, (b) la “*ecuación personal*” que revela la presencia del sujeto en el hecho violento, (c) el *contexto posibilitador* del mismo y (d) el *fondo ideológico* que sería, a fin de cuentas, su principal insumo explicativo.

En una ponencia dictada poco antes de su asesinato, Martín-Baró desarrolla con mayor claridad su idea de que la violencia estructural es fruto de un tipo determinado de confrontación: aquella que se da en el contexto de la lucha de clases. Esto lo reconoce en la medida en que requiere, para definir violencia, identificar justificaciones ideologizantes, victimarios poderosos, víctimas que se convierten en enemigos por obra de la imposición de los intereses de unos pocos por encima del de muchos, etc. De este modo, Martín-Baró plantea que hay un *factor de efectividad* propio de la violencia en Centroamérica que la ha convertido en parte de la interacción cotidiana de los sujetos. Dicho *factor de efectividad* se explica por el exitoso carácter instrumental que, en cuanto a la forma del acto violento (es decir, su primer elemento constitutivo según Martín-Baró), prevalece en su aplicación: como práctica socialmente instituida para la consecución de un fin, la violencia ha demostrado ser efectiva, esto es *prácticamente* capaz de llevar al sujeto a buen término respecto del fin que se ha propuesto.⁹⁵

No cabe duda del nivel de complejidad que Martín-Baró llegó a desarrollar sobre el fenómeno de la violencia en El Salvador. Muchos de sus planteamientos resultan todavía válidos en nuestros días. No obstante, hay que considerar los riesgos de delimitar esta reflexión en el marco de la lucha de clases y de la ideología como marco de referencia desde el cual articular el sentido de las prácticas violentas. En primer lugar, y concordando con la crítica de Pross, “hay grupos, clases, capas, estamentos sociales, con rasgos comunes, que no se integran en los puntos de vista de capital y trabajo”,⁹⁶ de lo que se puede concluir que no necesariamente todas las *formas* de la violencia, ni siquiera en el contexto de un conflicto armado, deban ser interpretadas como expresión de la lucha de clases. Por su parte, Bourdieu (1997) resalta el hecho de que el científico social tiene la tarea fundamental de hacer visibles el tipo de relaciones que se producen en un determinado espacio social y que podría dar pie a la identificación de determinados grupos sociales —*clases*, si se quiere— en el entendido de que “esta estructura no es inmutable, y la tipología que describe un estado de las posiciones sociales per-

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 170-71.

⁹⁶ Pross, 1983, p. 19.

mite fundamentar un análisis dinámico de la conservación y de la transformación de la estructura de distribución de las propiedades actuantes y, con ello, del espacio social”.⁹⁷ Por ello, se retomará más adelante y con mayor detalle esta propuesta de Bourdieu que permite pensar, en lugar de la lucha de clases como escenario y proceso al mismo tiempo, en el *campo* como espacio en que se desarrollan fuerzas específicas que protagonizan luchas —patentes o latentes— por garantizarse la permanencia en determinadas posiciones de poder o el cambio de dicho ordenamiento de posiciones.

En segundo lugar, el problema de la intencionalidad consciente al que hace referencia Martín-Baró también acarrea sus riesgos, sobre todo porque desde esta perspectiva es muy fácil adelantar conclusiones sobre el fenómeno de la violencia y hablar, simplistamente, de malos contra buenos o de víctimas y victimarios. Hablar de la ideología como condición de significación de la violencia no es lo mismo que hablar de la cultura como condición de posibilidad de expresiones de violencia, puesto que la primera opone dos posiciones fijas dentro de estructuras sociales igualmente fijas: las clases dominantes que someten, oprobian y reprimen, contra las clases subordinadas que son dominadas, sufren y resisten. Un enfoque desde la cultura enfatiza no solo estas oposiciones, sino también las complicidades que se producen entre dominantes y dominados, los mecanismos de legitimación que están a la base de esta lucha de clases y que la transforman de *lucha a cotidianidad*. No se trata de obviar la verificación de la existencia de estas desigualdades, sino más bien de reconocerla en la manera en que los sujetos asumen como normales la existencia de dichas desigualdades.

Al librarse de los peligros reduccionistas de la lucha de clases y de la ideología elevados a conceptos centrales para el análisis de la violencia, se pueden rescatar mejor los aportes de Martín-Baró referidos al carácter racional/instrumental de la violencia, los *factores de efectividad* que intervienen en su apropiación subjetiva y su constante llamado a “examinar conductas conceptualizadas a nivel de apariencias mensurables o acciones con un sentido no siempre discernible desde afuera, cuyas raíces y consecuencias hay que buscar a nivel de las estructuras históricas de una sociedad”.⁹⁸

⁹⁷ Bourdieu, 1997. p. 49.

⁹⁸ Martín-Baró, 2003, p. 79.

Es necesario adoptar una mirada más integral y menos aprisionada a las limitantes propias del capital económico como exclusivo combustible de las tensiones sociales, es decir, de la lucha de clases. Asumiendo que las diferencias sociales son también culturales, no se puede, entonces, ignorar en el análisis de cualquier fenómeno social —la violencia, en este caso— la vinculación específica que ambas dimensiones de la vida humana, sociedad y cultura, producen en un espacio social determinado y en unas coordenadas sociales determinadas. Sirva este punto para concluir la crítica a la mirada de Martín-Baró sobre el fenómeno de la violencia en El Salvador: al verse su labor académica profundamente marcada por una guerra civil de proporciones insoslayables, parece justificarse el énfasis que el autor colocó en la lucha de clases como marco explicativo del tipo de violencia imperante en la época (bélica e institucionalizada). Esta aparente justificación, empero, no le es útil al estudio de las formas de violencia entendidas como estructuras incorporadas a las formas de pensar y actuar propias de una buena parte de los salvadoreños. Como lo mencionamos en el cierre del apartado anterior, este enfoque resulta demasiado limitante para la investigación.

Una mirada más integral —relacional, exigiría Bourdieu— debe asumir que *no se puede partir del supuesto de la lucha de clases y de su sustrato económico como marcos explicativos únicos de la dominación social*. Por ello, es menester de esta revisión explorar brevemente lo que Bourdieu llama *violencia simbólica* en la medida en que, del concepto de violencia social apuntado al inicio de este trabajo no interesa tanto establecer las relaciones estructuradas que ciertas manifestaciones de violencia poseen, sino más bien verificar el tipo de relaciones de sentido que dicha violencia social estructura en determinados contextos. En ese sentido, al retomar el concepto bourdieano no se le está colocando como objeto de estudio, sino como complemento para delinear el interés que subyace a la investigación.

En varias de sus obras, Bourdieu aporta algunas pistas provenientes de su concepto de *violencia simbólica* que resultan de utilidad. El autor establece que existe una relación sustantiva entre la violencia simbólica, las formas de dominación simbólica en que se inscribe y el capital simbólico que posibilita a ambas. Sin negar la importancia de la distribución dispareja de capital económico como determinante de las relaciones sociales, Bourdieu (1997) incorpora la idea de capital cultural para sostener que “el espacio social se constituye de tal forma que los agen-

tes o los grupos se distribuyen en él en función de su posición en las distribuciones estadísticas según *dos principios de diferenciación* que, en las sociedades más avanzadas (...) son sin duda los más eficaces, el capital económico y el capital cultural”.⁹⁹ Mediante su concepto de *violencia simbólica*, el autor sostiene que la dominación es un estado al que contribuyen tanto los que están en posición de dominar, como los que están en disposición de ser dominados: “el capital simbólico proporciona formas de dominación que implican la dependencia respecto a aquellos que permite dominar: en efecto, sólo existe en y por medio de la estima, el reconocimiento, la fe, el crédito y la confianza de los demás, y sólo puede perpetuarse mientras logra obtener la fe en su existencia”.¹⁰⁰ Al igual que Martín-Baró, Bourdieu sostiene que toda forma de dominación —implícita su carga de violencia— es un *proceso con cierto nivel de autonomía*, el cual le permite autoperpetuarse en las disposiciones a la acción que los sujetos llevan inscritas, apropiadas en su *habitus*, que se convierte entonces en una especie de “energía potencial, la fuerza durmiente y el lugar de donde la violencia simbólica, en particular la que se ejerce mediante los preformativos, deriva su misteriosa eficacia”.¹⁰¹ De este modo, la ocurrencia de un hecho violento siempre tendría como base esta serie inconsciente de disposiciones a la acción.

En tanto violencia simbólica, ésta es capaz de posibilitar la acción violenta que produce un tipo concreto de *estructura formal* (de nuevo, recurriendo al primer elemento constitutivo de la violencia según Martín-Baró), es decir violencias físicas, bélicas, institucionales, latentes, etc. Y más aún, en tanto simbólica, este tipo de violencia sería capaz de configurar esquemas de acción, percepción y evaluación de otros sujetos y sus acciones que son susceptibles de ser registrados por el investigador. Por esta razón se justifica la adopción del concepto *violencia social* como pivote para la investigación, así como anclar su concreción conceptual operativa en los aportes de Martín-Baró, superando sus limitantes con base en la noción de violencia simbólica que ofrece Bourdieu.

Hasta este punto, se ha planteado que la violencia, en tanto factor de estructuración, oscila entre dos dimensiones constitutivas: la estructural-social y la simbólica-subjetiva. Lo que interesa destacar en las siguientes líneas es que también opera en relación con el poder como

⁹⁹ Bourdieu, 1997, p. 18.

¹⁰⁰ Bourdieu, Pierre (1999), *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. p. 220.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 223.

principio fundamental desde el cual se configura la posición de los sujetos en la estructuración de sus relaciones interpersonales, es decir, de la conciencia del lugar que ocupan dentro de una trama más o menos definida de relaciones sociales y de la capacidad valorativa desarrollada por el sujeto para juzgar su posición en dicha trama de relaciones, misma que le permite maniobrar estratégicamente las ventajas y desventajas competitivas que le proporciona.

2.2.3. *Capilaridad del poder y creatividad cotidiana: Foucault y de Certeau*

Recapitulando: la violencia integra el conjunto de apropiaciones subjetivas que toman la forma de ideas, nociones, definiciones, símbolos y preceptos que intervienen en el proceso de gestión cotidiana de la presencia en el mundo, del *estar en el mundo*; su manifestación siempre remite a un cierto nivel de intencionalidad o motivación (a la manera en que lo entiende Giddens¹⁰²) que los sujetos colocan entre su subjetividad y los planes de acción que se proponen llevar a cabo o en los que simplemente tiene que participar. Ya sea que adopte la forma de ira o no, lo cierto es que detrás de esta violencia capilar, seductoramente coactiva e indeleblemente efectiva, se esconde siempre un proyecto de vida, una idea de sociedad, de lazos interpersonales desde los cuales edificar la normalidad reconfortante de la vida cotidiana. Sin embargo, ninguno de los sistemas de relaciones sociales en los que interviene la violencia como factor de estructuración está exento de lidiar con la influencia que el poder, en tanto *principio de estructuración social*, ejerce. Como tal, el poder representa un cuerpo más o menos coherente, más o menos consciente de reglas o normas sociales que alimentan una idea de orden social. Michael Foucault (1976) demostró con excepcional rigurosidad la manera en que, de la mano del desarrollo de la prisión y la clínica, los cambios en la administración del poder constituían

*“Un esfuerzo para ajustar los mecanismos de poder que enmarcan la existencia de los individuos; una adaptación y un afinamiento de los aparatos que se ocupan de su conducta cotidiana, de su identidad, de su actividad, de sus gestos aparentemente sin importancia, y los vigilan; una política distinta respecto de la multiplicidad de cuerpos y de fuerzas que constituye una población”*¹⁰³

¹⁰² Giddens, *Ibidem*, sobre todo cap. 1. Según el planteamiento de este autor, la motivación, usualmente ligada al deseo, no siempre es consciente. La intencionalidad sí, y además sirve de guía para el desarrollo de las acciones que el sujeto ejerce en su diario vivir. Existe, no obstante, una relación entre ambas nociones subyacentes a dicha acción: intencionalidad y motivación, como formas de racionalidad reflexiva, configuran la base de la *conciencia discursiva* y de la *conciencia práctica*, tal y como las entiende el autor.

¹⁰³ Foucault, Michel (1976), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México D.F.: Siglo XXI. p. 82

Las ideas de Foucault para el estudio del poder son de especial utilidad para complementar la noción de violencia que se viene manejando en este documento. En otra de sus obras, este autor establece cinco planteamientos hipotéticos para entender cómo se desarrollan las relaciones de poder en las sociedades contemporáneas:¹⁰⁴

- El poder es de naturaleza transversal a todo tipo de relaciones sociales, tiene un carácter *coextensivo* al cuerpo social y prácticamente nada ni nadie puede explicarse a sí mismo si no es viéndose a través de los filtros sutiles del poder;
- Es posible verificar que el poder se cuele en otro tipo de relaciones sociales en las que no sea tan evidente que hay claves de dominación-sumisión-resistencia que las dinamizan. De este modo, el poder cobra un carácter dual, en tanto que es un principio condicionante y condicionado —lo que acá se llama *principio de estructuración*— de las relaciones sociales;
- Pensar el poder no es igual a pensar en formas de proscripción y castigo, sino también en otros mecanismos más sutiles de control social;
- El poder puede estudiarse mediante las estrategias de dominación que se despliegan en un contexto dado, que bien pueden servir para reforzar las relaciones sociales tradicionales, bien para *reajustar y transformar* dichas relaciones en función de la protesta o la indiferencia;
- Las estructuras de poder tienen una faceta de funcionalidad y, por tanto, esto justifica con mucho su verificación como principio de estructuración social, dado que “las relaciones de poder ‘sirven’, en efecto, pero no porque estén ‘al servicio de’ un interés económico dado como primitivo, sino porque pueden ser utilizadas en sus estrategias”;¹⁰⁵

En este resumen de sus ideas más importantes sobre el poder, Foucault expone no solo sus reflexiones teórico-analíticas, sino también la naturaleza de las dos *actitudes* que asume frente a

¹⁰⁴ Foucault, Michel (2001), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza. pp. 88-101.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 98.

su estudio:¹⁰⁶ primero, su opción por la historización del concepto, a fin de despojarlo de su carácter conceptual y convertirlo en fenómeno vivo, dinámico y contradictorio; segundo, su oposición a lo que califica como *economicismo en la teoría del poder*. Foucault basa su crítica a este economicismo explorando, por un lado, la teoría jurídica clásica y, por el otro, la concepción marxista del poder. Con ello identifica el problema de que, en ambos casos, el poder es visto como propiedad intercambiable a la luz de las leyes que gobiernan la existencia de la mercancía moderna:

*“Con esto quiero decir que, en el caso de la teoría jurídica clásica, el poder es considerado como un derecho, del que se es poseedor como de un bien, que en consecuencia puede transferirse o alienarse, total o parcialmente, mediante un acto jurídico o un acto fundador de derecho que sería del orden cesión o del contrato. El poder es el poder concreto que todo individuo detenta y que cede, parcial o totalmente, para contribuir a la constitución de un poder político, de una soberanía (...) En el otro caso —me refiero a la concepción marxista general del poder— esto no es en absoluto evidente; pero en ella hay algo distinto que podría denominarse la funcionalidad económica del poder, funcionalidad económica en la medida en que el poder tiene esencialmente el papel de mantener actualmente las relaciones de producción y una dominación de clase que favorece su desarrollo, así como la modalidad específica de la apropiación de la fuerza productiva que lo hacen posible. El poder político encontraría, pues, que en la economía está su razón política, histórica de existencia”.*¹⁰⁷

Desde esta perspectiva, Foucault se pregunta, primero, si el poder debe necesariamente su justificación política e histórica a la economía y, segundo, si puede adoptar las mismas características que una mercancía moderna, siendo que quizás “los instrumentos que se necesitan para analizarlo son distintos, aunque efectivamente las relaciones de poder estén profundamente imbricadas con y en las relaciones económicas y formen siempre una especie de haz con ellas”.¹⁰⁸ Para reforzar esta segunda perspectiva sobre el poder, el autor proporciona algunos elementos importantes: (a) la apropiación y el poder solo se dan en el marco de un *acto humano*; (b) más que el mantenimiento y reproducción de relaciones económicas, es una *rela-*

¹⁰⁶ Foucault, Michel (1992), *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta. 200 p.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 142-143. El énfasis es mío.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 143.

ción de fuerzas y, como tal, debe ser analizado en términos de lucha, enfrentamiento y guerra, (c) el poder es esencialmente aquello que es capaz de *reprimir*. “El poder político, según esta hipótesis, tendría el papel de reinscribir, perpetuar esta relación de fuerzas mediante una especie de guerra silenciosa, de inscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, en fin, en los cuerpos de unos y otros”.¹⁰⁹ Como tal, la principal herramienta del poder es la represión, como continuación de una relación de dominación previamente instaurada; no obstante, esta represión no necesariamente adopta la forma de un sometimiento forzoso.

A la luz de estas reflexiones, el autor propone una conclusión fundamental para entender su postura frente al análisis del poder: “Así pues, dos esquemas de análisis del poder. El esquema contrato-opresión, que es de tipo jurídico, y el esquema dominación-represión o guerra-represión, en el que la oposición pertinente no es la de legítimo e ilegítimo, como en el esquema anterior, sino la de lucha y sumisión”.¹¹⁰ Sin embargo, aunque la piedra angular del pensamiento de Foucault sobre el poder es la dominación como esquema transversal y silencioso de relaciones sociales, no por ello cae en determinismos unilaterales, sino que exige que la visión sobre el fenómeno adopte siempre una visión crítica, concibiéndolo no tanto como “el poder anticipador de un sentido, cuanto el juego azaroso de las dominaciones”.¹¹¹

Foucault opina que siempre hay un dato de violencia implícito en esta emergencia histórica de formas de ejercer el poder, dado su parentesco directo con las relaciones de dominación que han caracterizado la historia y que establece ciertas reglas del juego, con el fin de hacer más previsibles los resultados de estos enfrentamientos históricos:

“Universo de reglas que no está en absoluto destinado a dulcificar, sino al contrario a satisfacer la violencia. Sería un error creer, siguiendo el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, termina por renunciar a la violencia y acepta suprimirse a sí misma en las leyes de la paz civil. La regla, es el placer calculado del encarnizamiento, es la sangre prometida. Ella permi-

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 144.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 145-6.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 16.

te relanzar sin cesar el juego de la dominación. Introduce en escena una violencia repetida meticulosamente”.¹¹²

Al igual que Bourdieu, el autor propone que quien sea capaz de dominar los mecanismos por los cuales se producen y reproducen los contenidos simbólicos que circulan en un contexto dado —y por lo tanto, aquel que sea capaz de controlar estos flujos de circulación y articulación de significados— tendrá el monopolio del poder simbólico y hará que las reglas de la dominación sean cada vez más invisibles. Cuando los grupos tradicionalmente dominantes se apropian de los medios que administran *sistemas de reglas* que imponen un orden relativo a un universo dado de relaciones sociales, al apropiarse por lo tanto del derecho de direccionar este sistema de manera que les sea de provecho (“someterlo a reglas segundas” dirá el autor, p. 19), entonces queda claro que el poder se despliega, en buena medida, como una lucha por controlar, cuestionar o rechazar de tajo el sistema de interpretaciones plausibles a las que recurrimos para conducirnos con un mínimo de sentido en la vida.

Dado que el poder es, al menos en una de sus dimensiones más importantes (la inmanente, la meticulosa), una cuestión de interpretaciones social y culturalmente plausibles, Foucault coloca en un lugar fundamental la relación entre saber, poder y verdad, sobre todo al reflexionar en torno a las jerarquías sociales a las que pertenecen los intelectuales o los agentes de control. Además, estas formas de saber —que son también formas de control o vigilancia— son las principales fuerzas instauradoras de *cerrojos* para la creatividad del ser humano. Este *cerrojo* a las fuerzas humanas, dice Foucault, solo puede ser contrarrestado de dos maneras: “ya sea por un ‘des-sometimiento’ de la voluntad de poder (es decir por la lucha política en tanto que lucha de clase), ya sea por un trabajo de destrucción del sujeto como pseudosoberano (es decir mediante el ataque ‘cultural’: supresión de tabús, de limitaciones y de separaciones sexuales; práctica de la existencia comunitaria; desinhibición respecto a la droga; ruptura de todas las prohibiciones y de todas las cadenas mediante las que se reconstruye y se reconduce la individualidad normativa)”.¹¹³

¹¹² *Ibid.*, p. 18.

¹¹³ *Ibid.*, p. 36-7. Como se verá más adelante, la idea de los *cerrojos* y de los procesos microsociales desarrollados para burlarlos subyacen al pensamiento de Michel de Certeau sobre la *creatividad cotidiana* de los sujetos.

He aquí el sentido de su microfísica del poder: “El momento [central en la historia de la represión, es aquel] en que se ha percibido que era, para la economía del poder, más eficaz y rentable vigilar que castigar. Este momento corresponde a la formación a la vez rápida y lenta, de un nuevo tipo de ejercicio del poder en el siglo XVIII y a comienzos del XIX”.¹¹⁴ Antes ya había definido así su opción por el estudio de las microfísicas del poder en relación con la tecnología política del cuerpo:

“El estudio de esta microfísica del poder supone que el poder que en ella se ejerce no se conciba como una propiedad, sino como una estrategia, que sus efectos de dominación no sean atribuidos a una ‘apropiación’, sino a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas, a unas técnicas, a unos funcionamientos; que se descifre en él una red de relaciones siempre tensas, siempre en actividad más que un privilegio que se podría detentar; que se le dé como modelo de batalla perpetua más que el contrato que opera una cesión o la conquista que se apodera de un territorio. Hay que admitir en suma que este poder se ejerce más que se posee, que no es el ‘privilegio’ adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados”.¹¹⁵

El poder comienza a existir de manera *capilar*, y ello es la base fundamental de lo que implica pensar al poder como un asunto de microfísicas. “Entonces, frente a esta política global del poder, se hacen respuestas locales, cortafuegos, defensas activas y a veces preventivas. Nosotros no tenemos que totalizar lo que es totalizado por parte del poder, y que no podríamos totalizar por nuestra parte más que restaurando formas representativas de centralismo y de jerarquía. En contrapartida, lo que nosotros podemos hacer es llegar a instaurar conexiones laterales, todo un sistema de redes, de base popular”.¹¹⁶ Esta idea se aproxima a los planteamientos que desarrolla Certeau en su obra *La invención de lo cotidiano* con relación a las *tácticas* y *estrategias*, acciones de aprovechamiento, rechazo o evitación de los esquemas cotidianos por los que opera el poder:

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 97.

¹¹⁵ Foucault, 1976, p. 33.

¹¹⁶ Foucault, 1992, p. 89.

*“lo cual quiere decir que estas relaciones descienden hondamente en el espesor de la sociedad, que no se localizan en las relaciones del Estado con los ciudadanos o en la frontera de las clases y que no se limitan a reproducir al nivel de los individuos, de los cuerpos, unos gestos y unos comportamientos, la forma general de la ley o del gobierno; que si bien existe continuidad (dichas relaciones se articulan en efecto sobre esta forma de acuerdo con toda una serie de engranajes complejos), no existe analogía ni homología, sino especificidad de mecanismo y de modalidad. Finalmente, no son unívocas; definen puntos innumerables de enfrentamiento, focos de inestabilidad cada uno de los cuales comporta sus riesgos de conflicto, de luchas y de inversión por lo menos transitoria de las relaciones de fuerzas”.*¹¹⁷

El poder es un ejercicio que se produce y verifica, sobre todo, en el ámbito de lo cotidiano. Eso implica que pensar el poder en las sociedades contemporáneas no consiste solamente en ubicarlo material e institucionalmente —no equivale a pensarlo únicamente en términos de Estado, juzgados, parlamentos, despachos empresariales, cúpulas o argollas de poder—, sino en hacer visible el complejo entramado de sumisiones, inmovilizaciones y obligaciones del cual se vale el individuo para sobrevivir. “Se trataba más bien de estudiar el poder allí donde su intención, si tiene una intención, está totalmente investida en el interior de prácticas reales y efectivas, y en su cara externa, allí donde está en relación directa e inmediata con lo que provisionalmente podemos llamar su objeto, su blanco, su campo de aplicación, allí donde se implanta y produce efectos reales (...) Asir la instancia material del sometimiento en tanto que constitutivo de los sujetos”.¹¹⁸ Por ello se vuelve tan necesario, desde la óptica de Foucault, que el poder deje de ser cifrado simplistamente en la correspondencia entre dominados y dominantes, “como un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre los otros, de una clase sobre las otras; sino tener bien presente que el poder, si no se lo contempla desde demasiado lejos, no es algo dividido entre los que lo poseen, los que lo detentan exclusivamente y los que no lo tienen y lo soportan. *El poder tiene que ser analizado como algo que circula, o más bien, como algo que no funciona sino en cadena*”.¹¹⁹ El autor establece que el poder es, al mismo tiempo, la energía que utiliza el individuo para circular en la vida cotidiana y la fuerza que lo hace existir. El individuo es lo que es en

¹¹⁷ Foucault, 1976, p. 34.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 151.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 152. El énfasis es mío.

tanto que su cuerpo se deja tocar, *atravesar* dirá Foucault, por el poder. Pensado como fuerza condicionante y condicionada, no habría pues por qué creer que frente al poder lo único que cabe es el sometimiento. Por el contrario, el contacto con las formas de control social, con las auto-exigencias que ello implica, también puede ser fuente de energías de cambio, de lucha por la autodeterminación mediante la resistencia.

Esta idea —el poder como fuente de energía para el sometimiento y la resistencia por igual— permite colocar con mayor propiedad los planteamientos que Michel de Certeau hace al reflexionar sobre el lugar que ocupa el sujeto —desde el solipsismo cada vez más común de las sociedades contemporáneas o desde su acción coordinada en movimientos sociales— en el marco de relaciones sociales profundamente determinadas por las desigualdades y las crisis de sentido. En su texto *Culture in the plural* (1997),¹²⁰ precisamente al reflexionar sobre dichas crisis de sentido, De Certeau considera que dichas crisis son, en el fondo, *crisis en la credibilidad*. De esta manera, se pregunta por el tipo de estrategia que siguen grandes porciones de la población para recuperar el sentido perdido por causa de unas instituciones sociales desenfocadas en el presente y, en cambio, obstinadamente atentas a un laudatorio perenne y vacío del pasado que las vio nacer (las religiones son un caso, como también lo podría ser la representación mediante partidos). Sin embargo, de Certeau no ve en esta situación una respuesta pasiva de los sujetos; por el contrario, sostiene que el hueco dejado por la inoperancia simbólica de las instituciones tradicionales produce una búsqueda generalizada de sentido y, con ello, desplazamientos masivos de grandes grupos de población, a quienes reconoce como migrantes o *part-timers*: “aquello que emigra, a veces explosivamente y con protesta, pero más frecuentemente en silencio, al igual que el agua que se escurre, es la *adhesión*, la misma de los ciudadanos, los miembros de un partido, de un sindicato de trabajadores o de una iglesia”.¹²¹ La misma adhesión que los mecanismos tradicionales de ejercicio del poder físico y simbólico tratan de mantener dentro de niveles aceptables. El poder, por lo tanto, también es un medio para procurar la adhesión de los sujetos a una causa común.

El autor intenta dar cuenta no de un vacío —ya lo sugería Pross, que el sujeto no se estanca en el vacío y siempre busca construir los sentidos que le den un mínimo de certezas—, sino

¹²⁰ De Certeau, Michel (1997), *Culture in the plural*. Minneapolis: University of Minnesota Press. p. 181.

¹²¹ *Ibidem*, p. 8: “What emigrates, sometimes explosively and with protest, but most often silently and as water seeps away, is *adhesion*, like that of citizens, the members of a party, a labor union, or a church”.

de lo que él concibe como una transformación en la *geografía del sentido*, que se expresa en “una falta de coordinación entre [las referencias que organizan la conciencia colectiva y la vida personal] y el funcionamiento de las ‘autoridades’ socioculturales”.¹²² Esto estaría a la base de la supuesta marginalidad de ciertos grupos sociales o poblacionales: no se trata de pensar que estos sectores están marginados porque son incapaces de *pensar*, de idear formas de *salir adelante*, de gestionar lo que acá se ha dado en llamar *formas cotidianas de estar en el mundo*; lo que sucede es que las estructuras de autoridad y las instituciones tradicionales no logran hacer suyas las expectativas de dichos sectores, como tampoco proyectarlas hacia la sociedad. De esta manera, existen grandes porciones de población cuyas formas de supervivencia y mecanismos de generación y circulación de sentido no logran convertirse en materia para la afiliación y la cohesión más allá del contexto inmediato de pertenencia en el cual se mueven.

En otra de sus obras, *La invención de lo cotidiano* (1996),¹²³ de Certeau retoma esta idea de afiliaciones precarias y delimitadas mediante su propuesta de la *creatividad cotidiana*: existen comportamientos y prácticas cotidianas que le juegan la contrapartida a los mecanismos de vigilancia y control distribuidos en las diferentes esferas de la vida social. Estos comportamientos y prácticas contribuyen a consolidar acuerdos de sentido que producirían estados de equilibrio relativo en el espacio en que se producen. Además, podrían dar paso a ciertas posiciones de negación manifiesta de las formas de administración del poder. Desde esta perspectiva, el autor contrapone dos nociones de acción creativa: de un lado están las *estrategias*, que son posibles porque quien las suscribe y ejecuta está consciente —en cierta medida— del lugar simbólico que ocupa en relación a los *otros*. Dicho lugar le pertenece al sujeto y, así como le otorga validez, también le determina *de profundis*. Por otro lado se encuentran las *tácticas*, ejecutadas por quienes son capaces de aprovechar cualquier ocasión que se les presenta para sacarle el máximo provecho, dado que su lugar simbólico no es del todo fijo, o no le proporciona todas las seguridades como para desplegar estrategias; por lo tanto, la táctica es producto del reconocimiento de las circunstancias propicias para alcanzar un objetivo y cuya combinación se produce —acaso las construye el sujeto, acaso simplemente da con ellas— fortuitamente. Para quien ejecuta *tácticas*, al no contar con un lugar simbólico que le provea del poder con

¹²² *Ibid.*, p. 9: “We can deduce, rather, a lack of coordination between [the references that organize collective consciousness and personal life] and the functioning of sociocultural ‘authorities’”.

¹²³ De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. 229 p.

que sí cuenta el que ejecuta *estrategias*, las condiciones de éxito jamás están dadas: el sujeto literalmente se juega la vida cada vez que se aventura en una de estas *formas de hacer*.

Hasta acá se ha querido plantear que, en un contexto de crisis generalizada de sentido, los sujetos no se dejan a su suerte en el quiebre de institucionalidad y estructuración tradicionales, sino que contribuyen al equilibrio simbólico mediante acuerdos de sentido —que generan afiliaciones precarias y delimitadas— en el marco de búsquedas fragmentadas de sentido social. Sobre la base de este trasfondo de crisis de sentido, de Certeau ofrece un marco conceptual a partir del cual el investigador puede acercarse a esta búsqueda desde el ámbito de la acción cotidiana. En este ámbito es donde se pueden verificar esas *operaciones de los usuarios* y sus *combinatorias operativas* que constituyen la creatividad cotidiana de la que se ha hablado. De todo ello resulta la articulación de múltiples trasfondos culturales que fungen como rectores de los comportamientos colectivos e individuales, pero que no asfixian la agencia de los sujetos; por el contrario, los sujetos se sirven de esta articulación para producir innovaciones que normalmente pasan inadvertidas frente a quienes ocupan lugares estratégicos en la trama social.

Volviendo a su obra posterior, de Certeau (1997) deposita su esperanza en los movimientos populares que pugnan por inaugurar o restaurar una red de relaciones sociales que posibiliten la existencia de la comunidad y el derecho que poseen de definir sus propios marcos de referencia. En la misma línea de Berger y Luckman (1997), este autor sugiere que el espacio posible para que se produzca esta coordinación no necesariamente se encuentra en las grandes instituciones o en movimientos sociales que persigan objetivos demasiado amplios. Así, el ámbito comunitario ofrece un espacio adecuado para estudiar este tipo de rearticulaciones de sentido sobre todo cuando se les intenta abordar desde el prisma de la violencia. De nuevo, Sodré ofrece una pista importante al respecto cuando asegura que “de hecho, la violencia o las agresiones en el plano de las relaciones interpersonales son más explícitas en los espacios comunitarios. Cuanto mayor es la proximidad física y la obligación  tica de uno para con el otro, mayores las posibilidades de que ejerza la *destrudo*. En contrapartida, es la comunidad la que indica con más frecuencia los caminos de control de la violencia, exactamente por su ca-

pacidad de accionar los mecanismos simbólicos y los valores de ordenamiento social que presiden la interdependencia de los individuos”.¹²⁴

Es precisamente por esta capacidad de accionar y por los márgenes de maniobra que se producen en los espacios comunitarios, que han sido seleccionados como escenario de interés para este proyecto de investigación. A partir de este espacio es que se puede proceder a articular el tercer eje teórico-conceptual que soporta esta investigación: el eje violencia/comunicación. El siguiente apartado se dedica a concretar dicha articulación, en el entendido de que la violencia, en tanto factor de estructuración, se inserta en un proceso continuo de comunicación entre los sujetos, esto es, un proceso de permanente asignación de significación a todo cuanto rodea al ser humano.

2.3. Comunicación, comunidad y el lenguaje de la violencia

Se ha venido insistiendo en la necesidad de atender al principio analítico que refiere a la violencia como una construcción social verificable en el marco de las relaciones interpersonales. Llegados a este punto, conviene ligar esta reflexión a una acotación conceptual que también ocupa un lugar central en esta investigación: la comunidad como entorno simbólico y territorial en donde estudiar a la violencia. En este apartado se sustenta la idea de que si la violencia opera como un recurso sociocultural que influye en la estructuración de las relaciones interpersonales, la comunidad puede ser abordada como espacio de análisis para aproximarse y sistematizar el uso que los sujetos hacen de dicho recurso. El presupuesto del que se parte se ha venido recalando a lo largo de este documento: si en las relaciones interpersonales la violencia se presenta como un factor de estructuración social, en la comunidad opera un principio estructurador de mayor alcance que tiene que ver con las relaciones de poder que atraviesan a cualquier colectivo humano. La comunidad permite visualizar, en términos analíticos y conceptuales, los finos y variados mecanismos de generación y circulación de sentido social y culturalmente determinado que los miembros de un grupo comparten.

¹²⁴ Sodré, *Ibidem*, p. 35-6. El autor recupera el uso del término *destrudo* del psicoanálisis freudiano, que lo coloca como una de las pulsiones fundamentales de la psique humana y que se correspondería con el impulso de destrucción que se conoce como *Tanatos*.

Dado que la comunidad aparece como un espacio territorial y simbólicamente constituido que co-participa en la configuración de las relaciones de sentido cotidianas, es necesario profundizar un poco más en algunos principios para entender los procesos de construcción de sentido que se manifiestan en la acción concreta de los individuos. Apoyándose en algunos aspectos de la *Teoría de la Acción Comunicativa* de J. Habermas, se asume que es posible observar la manera en que los sujetos concatenan reflexivamente una serie más o menos coherente de principios de acción, valiéndose de la violencia como factor de estructuración de las relaciones interpersonales, de las posiciones de poder que ocupan y reconocen en la trama social a la que pertenecen y que echan a andar una compleja y velada maquinaria de ordenamiento social en ciertos ámbitos de su vida cotidiana. Como ya se ha venido señalando, a la presente investigación le interesa observar cómo se produce esta concatenación en el marco de las relaciones interpersonales que caracterizan a una comunidad pobre urbana del AMSS, en El Salvador. Los principios teóricos proporcionados por la obra de Habermas son de especial utilidad porque, a la vez que estructuran un marco básico desde el cual “leer” lo que de simbólico subyace a las interacciones cotidianas dentro de una comunidad, allanan el camino para dar el salto de la abstracción teórica al diseño metodológico que requiere la investigación acá esbozada.

La obra de Habermas permite estudiar los vínculos de significación sobre los que se alza la violencia, más que como un problema, como un recurso subjetivamente modelado para la gestión cotidiana de la vivencia en sociedad. Se asume que los individuos, en el marco de la interacción con sus semejantes, adquieren la habilidad dinámica de crear relaciones diversas entre sus mundos interno, objetivo y social, y no tanto la mera habilidad de asimilar y cumplir reglas. Esta idea abona al estudio de la violencia como lenguaje que moviliza formas de construir significaciones y que consolida disposiciones hacia formas particulares de acción social. La noción de *acción comunicativa* que propone este autor se presenta, pues, como un proceso de interpretación dinamizado por la interacción lingüística entre actores capaces de ejercer su reflexividad sobre sí mismos, sobre quienes les rodean y sobre los objetos y normas que componen su mundo de vida. Por esta razón, se incluye la referencia a la *Teoría de la Acción Comunicativa* al inicio de este tercer eje articulador. Es desde el pensamiento de Habermas que

(a) la comunidad en tanto escenario de procesos de generación de sentido, (b) la violencia en tanto lenguaje y (c) los imaginarios ligados a ella, se convierten en una herramienta conceptual y sistémica de gran utilidad para la investigación acá planteada.

2.3.1. Habermas: Conocer e interpretar la interacción

“La relevancia que cobra hoy la socialidad a la hora de pensar las prácticas no significa el desconocimiento de la razón codificante o la fuerza del habitus sino la apertura a otros medios de inteligibilidad ‘contenidos’ en la apropiación cotidiana de la existencia y su capacidad de hacer estallar la unificación hegemónica del sentido”.

Jesús Martín-Barbero¹²⁵

En su breve aportación a la idea de recolocar la investigación de la comunicación en el ámbito de la “apropiación cultural, de activación de la competencia y la experiencia creativa de la gente”¹²⁶, Martín-Barbero destaca un problema que, sin formar parte de los intereses primordiales de esta investigación, está a la base de una de las aportaciones teóricas contemporáneas que lo nutren: el problema de los sesgos que existen en torno al tipo de racionalidad que define los fenómenos sociales y, más aún, la posición del sujeto (investigador o no) frente a dichos problemas. La postura de este autor frente a lo que califica como *unificación hegemónica del sentido* resulta especialmente estimulante para pensar la manera en que concebimos nuestro pensamiento, eso que, a su vez, Bourdieu llama “las categorías de pensamiento impensadas que delimitan lo pensable y predeterminan lo pensado”.¹²⁷ El interés que subyace a la incorporación de este problema dentro de las construcciones teórico-analíticas de esta investigación puede definirse en términos sencillos: en la medida en que asumimos una postura distinta ante las bases racionales de la acción humana (o, desde la visión más concreta que adoptan Martín-Barbero, Giddens y Bourdieu, de las *prácticas*), lograremos llevar a buen término los desplazamientos necesarios para estudiar a los sujetos sociales como entes reflexivos y, desde ahí, entender más integralmente las lógicas que soportan los intercambios de sentido en que

¹²⁵ Martín-Barbero, Jesús (1990), “De los medios a las prácticas” en Orozco, Guillermo (coord.), *La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. p. 12.

¹²⁶ Martín-Barbero, *Ibidem*, p. 16.

¹²⁷ Bourdieu, P. (2002), *Lección sobre lección*. Barcelona: Anagrama. p. 11.

se desenvuelven cotidianamente. Como se mencionó arriba y a partir de esta necesidad de pensar la racionalidad subyacente a la acción, algunos de los elementos extraídos de la *Teoría de la Acción Comunicativa* de Habermas nutren de manera decisiva la reflexión que gira en torno al sujeto como ente reflexivo que, poniendo en juego su subjetividad por intermediación de los intercambios lingüísticos, establece marcos interpretativos o marcos de referencia compartidos desde los cuales gestionar su lugar en el mundo y su posición frente a los demás.

La reflexión de Habermas sobre la racionalidad de la acción comunicativa parte de una premisa relacionada con la posición del sujeto frente al mundo: lejos de colocarse como un sujeto pasivo, meramente receptivo a los condicionamientos que dicho mundo le presenta, la acción del sujeto opera como un acto racional tanto en el nivel *analítico* (la comunicación como medio para el entendimiento de los objetos) y *reflexivo* (la comunicación como medio para asimilar los criterios de validez que rodean a las proposiciones realizadas).¹²⁸ A fin de cuentas, esta manera de concebir los procesos implicados en la complejidad de los intercambios lingüísticos ofrece un marco de referencia lo suficientemente abarcador para concretar el planteamiento central de esta investigación, esto es, que *la violencia se manifiesta como un recurso racional, estratégica y transversalmente constituido en el marco de las relaciones sociales de una colectividad dada, en cuyo interior circulan referentes de sentido apropiados subjetivamente que definen un lugar en el mundo y una posición frente a los demás*. En consecuencia, y a la luz de las ideas de Habermas, esta apropiación subjetiva de referentes de sentido construye *marcos interpretativos* —social y culturalmente influenciados por la violencia— que regulan y estimulan aquellas relaciones sociales. Lo enunciado en las dos frases anteriores no pretende convertirse en un asidero conceptual rígido —en un *paralogismo del corto circuito*, como lo refiere Bourdieu¹²⁹—, sino solo en un principio teórico-analítico que guíe el proceso mismo de la investigación acá planteada.

Pero para llegar a esta relación que Habermas propone entre apropiación subjetiva, intercambio lingüístico y construcción de sentido, hay que partir de la crítica que hace de la teoría de los tres mundos de K. Popper. Este pensador se interesó por abordar el plano ontológico de la acción del sujeto; en otras palabras, le interesó estudiar la manera en que “las entidades

¹²⁸ Una revisión sistemática relativa a los usos discursivos en su dimensión analítica y reflexiva en la obra de Habermas —de la cual se desprende la estructura de roles y actitudes del sujeto (teleológica, regulada por normas, dramaturgica y comunicativa)— puede encontrarse en Swindal, James (1999), “The lifeworld background of reflective acceptability”, compilado en Rassmussen, David y James Swindal (eds.), *Jürgen Habermas vol. IV*, Londres: Sage Publications. p. 75-87.

¹²⁹ Bourdieu, P. y L. Wacquant (1995), *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D.F.: Grijalbo. p. 44.

tienen una forma de ser específica” de cuya asimilación depende el conocimiento de la realidad y que se manifiesta en tres planos diferentes: “se trata de objetos o sucesos físicos; de estados mentales o de episodios internos; o de contenidos semánticos de los productos simbólicos”.¹³⁰ La crítica que Habermas hace al pensamiento popperiano señala su incapacidad para librarse de los determinismos que le impone la idea de una racionalidad cognitivo-instrumental que está por encima de cualquier otro tipo de esencia subyacente a la acción de los sujetos y que funciona como una *fuerza unificadora y hegemónica sobre el sentido*. De hecho, esta crítica está inspirada en los debates que progresivamente se fueron instalando en la conformación misma del pensamiento sociológico moderno y que el autor plantea de la siguiente manera:

*“El caso es que el pensamiento, al abandonar su referencia a la totalidad, pierde también su autarquía. Pues el objetivo que ahora ese pensamiento se propone de un análisis formal de las condiciones de racionalidad no permite abrigar ni esperanzas ontológicas de conseguir teorías substantivas de la naturaleza, la historia, la sociedad, etc., ni tampoco las esperanzas que abrigó la filosofía trascendental de una reconstrucción apriorítica de la dotación trascendental de un sujeto genérico, no empírico, de una conciencia general”.*¹³¹

El tipo de conciencia general al que se refiere Habermas tendría que ceder su lugar, por lo menos, a una pretensión más abierta de estudio de las diferentes racionalidades que están detrás de cada acto humano. Dentro de los tres mundos popperianos, el que corresponde a los “contenidos semánticos de los productos simbólicos” parecería estar abierto a considerar la acción reflexiva de los sujetos en términos mucho más amplios que lo que la lógica instrumental-cognitiva impone: “la autonomía del tercer mundo representa una garantía de que tanto el conocimiento de, como la intervención en, los estados del mundo objetivo vienen mediados por el descubrimiento de la lógica específica de los *nexos internos de sentido*”.¹³² Sin embargo, al apearse Popper a una idea de racionalidad demasiado rígida, se produce una es-

¹³⁰ Habermas, Jürgen (1989), *Teoría de la Acción Comunicativa. I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Buenos Aires: Taurus. p. 113.

¹³¹ *Ibidem*, p. 16-7.

¹³² *Ibid.*, p. 114, el énfasis es mío.

pecie de reificación perniciosa de su tercer mundo, en virtud de su composición interna, definida por problemas, teorías y argumentos demasiado cercanos a la esfera de la ciencia. Habermas, en palabras de Swindal (1999), reedifica las bases sobre las cuales pensar las relaciones del sujeto con los tres mundos, argumentando que “los usos del lenguaje revelan un mundo que no es monológico y estable, sino dinámico y en desarrollo (...) Una división formal apropiada de los mundos requiere de un ‘contacto reflexivo’ con la realidad que refleje las condiciones de los procesos lingüísticos de entendimiento”.¹³³ En consecuencia, Habermas ofrece en primer lugar su idea de *mundo* y *mundo de vida*, correspondiendo al primero el universo de la tradición cultural de que se nutre la acción reflexiva del sujeto, mientras que al segundo le correspondería una especie de concreción histórica del primero —un escenario más próximo a su vida cotidiana—, pero que no deja de operar en el plano de la subjetividad. Así, el autor establece que “este *mundo de la vida* constituye el trasfondo de la acción comunicativa”.¹³⁴ Como es de esperar, Habermas coloca este concepto en medio de la oposición fundamental de su pensamiento, a saber: puede ser concebido como elemento constitutivo de la vida cotidiana del sujeto y como tematización problematizada que propende a la búsqueda de marcos interpretativos comunes mediante el consenso; en otras palabras, como parte integrante del mundo objetivo y como producto construido en el plano reflexivo de la acción humana.

Adicionalmente, Habermas retoma la idea del *espíritu objetivo* del que habla Popper cuando se refiere a la oposición entre primer y tercer mundo por considerar que debe ser replanteado en forma de “saber cultural como algo diferenciado en distintas pretensiones de validez”.¹³⁵ La instrumentalización de que es objeto el *espíritu subjetivo* en la apreciación popperiana de los tres mundos se ve superada, a juicio de Habermas, por el estatuto que adquiere en su teoría ese *saber cultural*: este funciona más con base en valores con un cierto nivel de aplicabilidad —nivel que debe ser en todo momento establecido con base en consensos mínimos—. El autor se propone liberar el concepto de *mundo* de sus opresivas connotaciones ontológicas: para

¹³³ Swindal, 1999, p. 76. De hecho, Swindal sostiene que la revisión de los tres mundos popperianos que hace Habermas proviene de su lectura crítica de la división de los mundos subjetivo, intersubjetivo y objetivo que Max Weber identifica como subyacentes (prerreflexivos) a toda interacción lingüística.

¹³⁴ Habermas, 1989, p. 119.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 120. Hay que recordar que para Habermas es fundamental la crítica al problema de los criterios de validez o *de eficacia* que subyacen a toda proposición que se pone a circular en el marco de un entramado de relaciones sociales concretas. Por ello es que afirma que el saber y la racionalidad mantienen una estrecha relación que “permite sospechar que la racionalidad de una emisión o de una manifestación depende de la fiabilidad del saber que encarnan” (p. 24).

Habermas es más importante pensar en la relación entre los tres mundos que en su división. Por ello, asegura que “son los tres mundos los que constituyen conjuntamente el sistema de referencia que los participantes suponen en común en los procesos de comunicación. Con este sistema de referencia los participantes determinan sobre qué es posible *en general* entenderse. Los participantes en una comunicación, que se entienden entre sí sobre algo, no solamente entablan una relación con el mundo objetivo, como sugiere el modelo precomunicativo imperante en el empirismo. En modo alguno se refieren tan sólo a algo que tenga lugar o que puede presentarse o ser producido en el mundo objetivo, sino también a algo en el mundo social o en el mundo subjetivo. Hablantes y oyentes manejan un *sistema de mundos co-origenarios*”.¹³⁶

Para delinear con propiedad su concepción de este manejo de sistemas de *mundos co-origenarios*, el autor se plantea la necesidad de estudiar la interacción entre los sujetos en el marco de un contexto en donde el intercambio lingüístico opere como principal —más no único— medio para acceder al mundo subjetivo. Así, en lugar de colocarse desde un plano abstracto para estudiar la racionalidad, correspondiente en alguna medida al plano de la *racionalidad cognitivo-instrumental*, el autor propone colocarse en el plano de la *racionalidad comunicativa*, que “posee connotaciones que en última instancia se remontan a la experiencia central de la capacidad de aunar sin coacciones y de generar consenso que tiene un habla argumentativa en que diversos participantes superan la subjetividad inicial de sus respectivos puntos de vista y[,] merced a una comunidad de convicciones racionalmente motivada[,] se aseguran a la vez la unidad del mundo objetivo y de la intersubjetividad del contexto en que desarrollan sus vidas”.¹³⁷ La relación del sujeto con los tres mundos que se desarrolla en el marco de esta acción comunicativa, por intermediación de las subjetividades puestas en juego, les otorga ese carácter co-originario del que se hablaba arriba, de nuevo a partir de lo que el mismo autor establece de la siguiente manera: “el concepto abstracto de mundo es condición necesaria para que los sujetos que actúan comunicativamente puedan entenderse entre sí sobre lo que sucede en el mundo o lo que hay que producir en el mundo. Con esta *práctica comunicativa* se aseguran a la vez del contexto común de sus vidas, del *mundo de la vida* que intersubjetivamente compar-

¹³⁶ *Ibid.*, pp. 121-122.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 27.

ten”.¹³⁸ Lo que enlaza a este *mundo de vida* es lo que el autor llama *saber de fondo* y que opera como una serie de matrices, de marcos interpretativos compartidos por efecto de consensos mínimos alcanzados por un colectivo. Más adelante (ver 2.3.3. *Berger y Luckman: la génesis del sentido social*), cuando se desarrolle con profundidad los procesos de generación de sentido que se producen al interior de comunidades se verá la especial relevancia de esta noción de *saber de fondo* acuñada por Habermas.

De hecho, esta idea es central para comprender cómo los miembros de un colectivo en particular organizan su *mundo de vida* a pesar de las diferencias que cada uno presenta en tanto sujeto social. A su vez, se convierte en uno de los principios teórico-analíticos más importantes para el desarrollo de la investigación, sobre todo porque coloca con suficiente propiedad el papel que ocupa la subjetividad en la estructuración de las relaciones sociales. Al igual que Reguillo (2000), este proyecto de investigación entiende la subjetividad como “la apropiación e interpretación que realizan los actores sociales de las condiciones objetivas del mundo”¹³⁹ y que puede ser rastreado en la esfera de las prácticas, en especial cuando se les aborda como si fueran lenguajes. Por tanto, se asume que adentrarse en el terreno de la subjetividad implica explorar ese “lugar metodológico desde el cual interrogar lo social”.¹⁴⁰

Aquello que de intangible tiene la subjetividad, le provee de su fuerza y su presencia en la sociedad y en el individuo: da cuenta a la vez de un estado, de un corte que refleja cierto tipo de relaciones entre los mundos que preocupan a Habermas, así como de un proceso permanente de configuración de dichas relaciones de sentido. Reguillo, ligando esta idea de subjetividad con el concepto acuñado por Foucault de “formaciones discursivas”, permite dilucidar la relación que existe entre el plano de la subjetividad y el plano de la vivencia concreta —de la acción— y, con ello, el paso que puede darse de conocer e interpretar la subjetividad revelada por los sujetos y el “conjunto de reglas anónimas e históricamente determinadas, que se imponen a todo sujeto hablante y que delimitan el ámbito de lo enunciable y de lo no enunciable en un momento y en un espacio”.¹⁴¹ Traducida en fuerza subyacente a estos órdenes sociales, dado el paso de su condición tectónica a su condición telúrica, la subjetividad, en el

¹³⁸ *Ibid.*, pp. 30-1.

¹³⁹ Reguillo, Rossana (2000), “Anclajes y mediaciones de sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo”, en *Investigación Cualitativa en Salud*, Dossier de la *Revista Universidad de Guadalajara*, enero 2000, Universidad de Guadalajara, p. 50.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 50.

¹⁴¹ Reguillo, *Ibidem*, p. 52.

marco de la acción como la interpreta Habermas, se convierte en pieza clave para el estudio de fenómenos sociales en su dimensión estructuradora de las relaciones interpersonales.

De hecho, en su reflexión a cerca de la acción del sujeto, Habermas insiste en la necesidad de abordar el plano de las relaciones que el sujeto entabla con los tres mundos de acuerdo a una estructura de cuatro tipos de acción y con las cuales también reflexiona en torno a los roles que dicha subjetividad adquiere al momento de compartir mundos de vida. Estos tipos de acción son la *teleológica-estratégica*, la *regulada por normas*, la *dramatúrgica* y la *comunicativa*. El autor los plantea en términos de espacios para la relación entre diferentes visiones y concepciones de mundo, establecidas de acuerdo al carácter de cada una de las acciones. El autor explica la importancia de esta reflexión partiendo del hecho que “al elegir un determinado concepto sociológico de acción nos comprometemos con determinadas presuposiciones ontológicas. De las relaciones con el mundo, que al elegir tal concepto, suponemos al actor, dependen a su vez los aspectos de la posible racionalidad de su acción”.¹⁴² Conviene repasar someramente la esencia que define y distingue cada una de estas acciones, con el fin de concentrarse en la acción comunicativa y en sus aportaciones para la presente investigación. En el caso de la acción teleológica-estratégica, el presupuesto es la existencia de un mundo objetivo que debe ser modificado o afectado con base a una finalidad egocéntrica. Su carácter estratégico se presenta cuando el cálculo de fuerzas que realiza el individuo interviene en la acción que ejecutan otros sujetos. En el caso de la acción regulada por normas, la oposición se produce entre el mundo objetivo y el mundo social, de manera que el sujeto debe atenerse primero al conjunto de valores comunes que subyacen a la convivencia dentro de una comunidad dada. Por su parte, de la acción dramatúrgica supone una oposición entre mundo interno y mundo externo, que implica a su vez una puesta en escena de ciertos rasgos de la subjetividad de los actores involucrados, a partir de la cual se intenta definir una posición frente al mundo y frente a los demás. En todos los casos, la relación reflexiva entre sujeto y mundos depende centralmente del papel que juegue el sujeto en ella o, como lo resume Swindal, *de las auto-interpretaciones que el actor haga de sí mismo*¹⁴³ en el marco de una acción comunicativa. La acción

¹⁴² Habermas, 1989, p. 122.

¹⁴³ “Thus, the reflective relation to the lifeworld that Habermas posits is generated not only with respect to its dialectical relation to systemic structures, but also with respect to actors’ own self-interpretation. For this reason Habermas can speak of a proper rationalization of the lifeworld as an achievement of communicative actions”, Swindal, *Ibidem*, p. 81.

comunicativa, en conclusión, haría referencia a la relación interpersonal entablada por sujetos capacitados para el lenguaje y la acción. Supone, por lo tanto, un proceso permanente de *interpretación* mediante el cual se pactan provisoriamente las “definiciones de la situación susceptibles de consenso”.¹⁴⁴

En resumen, el desarrollo de los conceptos de acción que hace Habermas busca aclarar el punto que el autor ha venido rescatando a lo largo de su reflexión: que la racionalidad no necesariamente debe ser entendida en términos cognitivo-instrumentales. Además, ofrece las bases para pensar que la violencia representa *una modalidad de la totalidad de estructuras o marcos interpretativos que definen un tipo de acción social en particular, de acuerdo a las condiciones objetivas y subjetivas en que son reincorporadas constantemente dentro del ámbito de las relaciones interpersonales cotidianas*. O, en palabras del mismo autor:

“Estas consideraciones tratan de hacer ver que el modelo normativo de acción no solamente dota al agente de un complejo cognitivo, sino también de un complejo motivacional que posibilita un comportamiento conforme a las normas. El modelo normativo de acción va además asociado a un modelo de aprendizaje que da cuenta de la interiorización de valores. Según este modelo las normas vigentes sólo adquieren fuerza motivadora de la acción en la medida en que los valores materializados en ellas representan patrones conforme a los cuales se interpretan las necesidades en el círculo de destinatarios de las normas, y que en los procesos de aprendizaje se hayan convertido en patrones de percepción de las propias necesidades”.¹⁴⁵

Este apartado ofrece una primera pista para escapar de las trampas de la racionalidad tal y como se le ha venido entendiendo. Al verse tensionada permanentemente por la existencia de este otro elemento motivacional —que también es aprendido—, la acción humana debe su ocurrencia no solo al cálculo de ganancias de acuerdo a los parámetros exclusivos de la acción teleológica-estratégica. Tampoco se ve constreñida al aparente determinismo que caracterizaría a la acción regulada por normas. La acción dramaturgica y la acción comunicativa destacan, a juicio de Habermas, esta necesidad de atender a la relación que el individuo esta-

¹⁴⁴ Habermas, 1989, p. 124.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 129.

blece con su propio mundo subjetivo, concebido como “la totalidad de vivencias subjetivas a las que el agente tiene frente a los demás un acceso privilegiado”.¹⁴⁶ Más adelante se retomará esta relación del sujeto con su mundo subjetivo en el marco del contexto simbólico y territorial que representa la comunidad como categoría analítica central en esta investigación. Por lo pronto, y de cara a esta relación necesaria, conviene no perder de vista la observación que hace Habermas con respecto a la naturaleza ontológica de las vivencias subjetivas, imposibles de ser constreñidas tanto al plano de lo ideal-metafísico como al plano de lo material-objetivable:

*“Las vivencias subjetivas no deben entenderse como estados mentales o episodios internos; pues con ello las asimilaríamos a ingredientes del mundo objetivo. Podemos concebir tener vivencias como algo análogo a la existencia de estados de cosas, sin necesidad de assimilar lo uno a lo otro”.*¹⁴⁷

En esta reflexión radica la clave de la concepción de sujeto que maneja el autor: en esencia, Habermas concibe a un sujeto que es capaz de ejercer la acción reflexiva no solo con respecto a los mundos que lo rodean, sino sobre todo con respecto al mundo que lo desborda desde dentro, a la “relación reflexiva del hablante con su mundo interior”¹⁴⁸ y a partir de la cual se relaciona con los otros dos mundos. A fin de cuentas, una buena parte del planteamiento teórico de Habermas tiene una base sólida en la existencia de esta red de relaciones que se establecen entre estas tres entidades de lo real, los tres mundos que el autor reconstruye en función de su idea de acción comunicativa. Es por esta razón que el autor destaca el lugar central que ocupa dentro de su idea de acción comunicativa la existencia de un *medio lingüístico*, en tanto que posibilita el reconocimiento —la posibilidad de conocer con cierto nivel de profundidad propio de la investigación— de las relaciones que el sujeto establece con su mundo de vida, pero que es uno de tantos otros *mecanismos de coordinación de la acción* que le dan forma a una interacción. El trasfondo reflexivo que rodea a todo acto se convierte, en el caso de la acción comunicativa, en la base para un “entendimiento sin más abreviaturas, en que hablantes y oyentes se refieren, desde el horizonte preinterpretado que su mundo de la vida

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 132.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 133.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 133.

representa, simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, para negociar definiciones de la situación que puedan ser compartidas por todos”.¹⁴⁹

Con el fin de superar el riesgo que supone pensar la acción comunicativa como la única o la más importantes herramienta para la definición de interacción subjetivas, el autor profundiza en dos aspectos constitutivos de la acción comunicativa: (a) lo que califica como *el carácter de acciones independientes* y (b) la relación reflexiva que el actor guarda con el mundo en procesos de entendimiento. Sobre el primer punto, Habermas reconoce la existencia de tres variables concretas que pueden ser observadas en todo acto del habla: “un contenido proposicional, la oferta de una relación interpersonal y una intención del hablante”.¹⁵⁰ De alguna manera, con este reconocimiento se aproxima a plantear que lo que el sujeto adquiere de la acción comunicativa no es la habilidad de asimilar y cumplir reglas, sino más bien la habilidad dinámica de crear relaciones con su mundo interno, el mundo objetivo y el mundo social con un cierto nivel de independencia que se manifiesta en el plano de las acciones que ejecuta. Lo importante es no perder de vista que la acción establece un complejo entramado de acciones dependientes e independientes que configuran un *plan de acción*, debajo del cual prevalecen intenciones, cálculos estratégicos, costumbres, aprendizajes, iniciativas de subversión, etc. Sobre el segundo aspecto constitutivo de la acción, el punto de partida es como sigue: “para el modelo comunicativo de acción el lenguaje sólo es relevante desde el punto de vista pragmático de que los hablantes, al hacer uso de oraciones orientándose al entendimiento, contraen relaciones con el mundo, y ello no sólo directamente, como en la acción teleológica, en la acción regida por normas o en la acción dramática, sino de un modo reflexivo”.¹⁵¹ Desde esta perspectiva, la compenetración de los tres mundos de los que habla Habermas opera como un “marco de interpretación que todos comparten, dentro del cual pueden llegar a entenderse”.¹⁵² Esta constatación coloca con suficiente propiedad la importancia del modelo que propone Habermas, puesto que lo que subyace a él es *la habilidad reflexiva de cada individuo para valerse de dicho marco y enunciar proposiciones en función de una serie de pretensiones de validez que*

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 137-8.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 138-9.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 143.

¹⁵² *Ibid.*, p. 143.

pueden o no ser cuestionadas por sus interlocutores. De ninguna manera conduce este modelo a la instauración de planes de acción consolidados y estables. De hecho, algunas de las más importantes interpretaciones inadecuadas del pensamiento de Habermas parecieran provenir de esta idea del consenso que maneja a lo largo de sus planteamientos. Lo que deja claro la noción de acción comunicativa es que el consenso se produce sin necesidad de tener detrás de él un componente moral que lo determine *a priori*. Por ejemplo, el consenso alcanzado puede llevar a un colectivo a pensar —como bien lo ironiza Reguillo— que “los latinoamericanos son (somos) esencialmente incapaces de realizar los valores de la democracia moderna, víctimas coloniales o poscoloniales de sus (nuestras) propias pasiones, los latinoamericanos son (somos) débiles política, científica y filosóficamente, lo que se traduce en irracionales e incapaces de agencia”.¹⁵³ No por ello este tipo de certezas está exento de cuestionamientos o de transformaciones:

*“La estabilidad y la univocidad son más bien la excepción en la práctica comunicativa cotidiana. Es más realista la imagen que nos ofrece la etnometodología de una comunicación difusa, frágil, constantemente sometida a revisión y sólo lograda por unos instantes, en la que los implicados se basan en presuposiciones problemáticas y no aclaradas, siempre moviéndose por tanteos desde algo en lo que ocasionalmente están de acuerdo a lo siguiente”.*¹⁵⁴

Pensar en las acciones comunicativas como poseedoras de un cierto grado de independencia e inexorablemente reflexivas, abre un enorme abanico de posibilidades interpretativas sobre los órdenes en los que viven los sujetos. Esta apertura es necesaria en tanto que ninguna vivencia humana ofrece por sí misma posibilidades reales de estabilidad absoluta. Más bien, los sujetos habilitados reflexivamente para la acción deben luchar palmo a palmo por hacerse de esta estabilidad, combatir la entropía que los rodea y renovar permanentemente sus patrones y órdenes habituales. El resultado de este proceso es la consolidación de una estructura compleja de órdenes simbólicos —de nuevo, según el pensamiento de Pross— que otorga cierto

¹⁵³ Reguillo, Rossana (2003), *Violencias y después. Culturas en reconfiguración*. Conferencia dictada en el congreso Cultura y Paz, en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas, mayo de 2003 (www.utexas.edu/cola/llilas/events/oldevents/culturaypaz/reguillo.pdf).

¹⁵⁴ Habermas, 1989, p. 145.

nivel de lógica al despliegue de recursos que los sujetos utilizan para la gestión cotidiana de sus vidas. Habermas nos hace atender al ineludible *saber de fondo* que subyace a cada uno de estos recursos. Con esto, hace posible sustentar la idea que el recurso de la violencia nunca está desprovisto de sentido social e históricamente delineado, y que el papel que juega el *mundo de vida* en este trabajo de delineamiento es central para su estudio. La lógica de la acción comunicativa, a pesar de tener como pauta al consenso, en ningún caso pierde de vista su justificación última se alza sobre una idea de *pretensión de validez* que se nutre de la existencia de un mundo objetivo que es colectiva y subjetivamente experimentado.¹⁵⁵ Resulta, entonces, prácticamente imposible pensar en que la habilidad reflexiva del sujeto esté separada del mundo objetivo, como también es imposible pensar que el mundo objetivo existe con independencia absoluta de su realización objetivable en la práctica, porque está irremediablemente mediada por la experiencia subjetiva de los individuos.

A lo largo de su obra, Habermas insiste en plantear que su concepto de acción comunicativa no solo hace referencia a la definición de la verdad/falsedad del enunciado, sino que es producto de un sujeto colocado en un contexto determinado sobre el cual es capaz de ejercer un razonamiento reflexivo y mediado, en menor o mayor medida, por dicho contexto. En el siguiente apartado se retoma la necesidad de profundizar en la delimitación teórico-conceptual de esta noción de contexto. Para tal fin se recurre a la abstracción “comunidad” como una estructura en donde circulan referentes de sentido que cada sujeto construye a fin de delinear su lugar en el mundo y una posición diferenciada frente a los demás, esto es, a fin de procurarse una *forma propia de estar en el mundo*. Lo que se pretende sostener es que la comunidad permite obtener información sobre interacción comunicativa de los sujetos que la componen, observando no solo sus comportamientos individuales o su interrelación aparente, sino abordando sus subjetividades como ámbito desde el cual dilucidar los condicionantes socio-históricos de su acción cotidiana. Esto con el objeto de observar lo que Sodré (2001) llama *aspectos organizativos* que adopta la violencia social al materializarse en ciertos contextos de in-

¹⁵⁵ “Podemos dar por sentado, por lo pronto, que el concepto de acción comunicativa ha de analizarse siguiendo el hilo conductor del entendimiento lingüístico. El concepto de entendimiento (*Verständigung*) remite a un acuerdo racionalmente motivado alcanzado entre los participantes, que se mide por pretensiones de validez susceptibles de crítica”, *Ibíd.*, p. 110.

teracción social.¹⁵⁶ En la forma como una comunidad traza, delimita y sanciona determinados comportamientos, creencias, reacciones, incluso resistencias ante la violencia social, se puede hacer una lectura de las *verdades ocultas* de las que habla Bourdieu, como primera propiedad de los intercambios simbólicos.¹⁵⁷

Para los intereses de este marco de referencia, el abordaje de la comunidad se realizará en dos sentidos: primero, haciendo reseña de los estudios sobre la comunidad como espacio de producción de relaciones de sentido básicas que le dan un carácter de relativa estabilidad a la vivencia cotidiana; segundo, explorando las posibilidades que ofrece la comunidad en tanto que espacio desde el cual explorar las relaciones sociales. Teniendo a la comunidad como marco de referencia, se desarrollará con mayor detalle el entramado argumentativo que sostiene la idea de que la violencia puede ser estudiada como si fuera un lenguaje. Se ha considerado necesario ahondar en dos facetas que adopta la violencia en el marco de la vida comunitaria, por ser ellos centrales para relacionar el eje violencia/comunicación con el de sociedad/violencia: primero, el entramado de relaciones de género que se despliega para mantener un cierto orden de dominación y, segundo, los procesos por los cuales personas con alguna característica que los vuelve distintivos —que resalta en ellas un rasgo negativo o susceptible de suscitar rechazo de parte de los demás— son incorporadas en procesos de significación que devienen en estigmas o categorizaciones discriminatorias.

2.3.2. *El concepto de comunidad*

“Ninguna palabra se pronuncia fuera de su violencia simbólica”

Harry Pross¹⁵⁸

Como ya se mencionó en el apartado 2.1, Pross (1983) sostiene que en toda sociedad coexisten al mismo tiempo varios *órdenes simbólicos*, esto es, constelaciones de valoraciones y presupuestos de variada naturaleza a través de los cuales “reconocemos cómo se comportan entre

¹⁵⁶ No sólo considera el autor que la violencia se manifiesta a través del ámbito organizativo de los grupos o colectividades, sino que también ubica el origen de esta manifestación en un plano más profundo: “En verdad, la violencia integra como *valor fundacional* —al lado del miedo, según Hobbes en varias de sus obras— las estructuras de la socialidad humana”, Pross, 1983, p. 22, el énfasis es mío.

¹⁵⁷ Bourdieu, 1997, p. 165.

¹⁵⁸ Pross, 1983, p. 46.

sí las distancias, los intervalos y los rangos sociales en los que nos movemos”.¹⁵⁹ En palabras sencillas, estos órdenes le otorgan un estatuto de validez y eficacia a nuestras acciones en el día a día y su principal enemigo es el vacío de sentido, *la nada*. De esta manera, la vida cotidiana —escenario de la habilidad performativa del ser humano— da cuenta de este orden establecido sobre la base de relaciones latentes y patentes de poder, de manera que se puede pensar que cada una de las palabras que proferimos para nombrar las *cosas* se encuentra anclada y mediada por estos órdenes simbólicos y su violencia inherente. En tanto estructuras reguladoras de las relaciones entre sujetos, los órdenes simbólicos no poseen un carácter impositivo *per se*. Por el contrario, sustentan lo que en otros términos Giddens (1984) identifica como principios estructurales o *instituciones* que posibilitan un estado de permanente tensión-negociación entre las estructuras sociales y la imaginación, la creatividad de los sujetos en tanto individuos. Esta tensión-negociación también es reconocida por el propio Giddens como la esencia de la *dialéctica del control* en las estructuras sociales, que permite entender al poder no únicamente como la imposición de unos grupos dominantes sobre otros, sino más bien como una aptitud transformadora desigualmente distribuida entre los sujetos que componen un colectivo determinado.¹⁶⁰

Las ideas de Giddens son de utilidad en tanto permiten destacar una de las líneas de pensamiento de la obra de Pross; este autor imagina que los órdenes simbólicos se consolidan en espacios cuya importancia radica en el tipo de relaciones que los define desde dentro. No necesariamente suscribe, de hecho, a los espacios nacionales —en tanto meras unidades geopolíticas que representan a los países del mundo— como los escenarios exclusivos de la existencia de dichos órdenes. Más bien, en su obra se alcanza a leer una noción mucho más flexible, relacionada con su interesante propuesta del concepto de *campo*¹⁶¹, y que permite realizar un recorrido inverso para definir y caracterizar dichos espacios: no desde su ubicación concreta hacia sus características, sino desde sus manifestaciones empíricamente verificables ha-

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 37.

¹⁶⁰ Giddens, 1984, p. 52-3.

¹⁶¹ “Con el poste, que es el *objeto* de la vertical adquirida, se da la posibilidad de la demarcación en diversas direcciones. El espacio marcado por cuatro lados se llama campo. El campo adquiere un significado central para la autoconfirmación humana como campo de labranza, campo de batalla, campo de juego. Siempre se trata de ‘afirmar’ el campo, es decir, de manifestar la presencia en este espacio limitado frente a otros”, Pross, 1983, p. 43. En su reflexión, Pross insiste en el hecho de que el campo se convierte en un espacio definido tanto por las delimitaciones simbólicas (sus *cuatro lados*) como por la dinámica de relaciones que se establece dentro de él (por ello su aplicabilidad a la guerra, al juego y al trabajo). En otras palabras, lo importante no es tanto el espacio creado como tal, sino el movimiento que lo define desde dentro, que determina su relación hacia fuera y en el cual son los sujetos los que se autoafirman desde su acción.

cia su posible delimitación y, por lo tanto, hacia su relación con otros órdenes simbólicos. Esta investigación asume que una comunidad de individuos posee una lógica análoga a la que Pross observa en el *campo*. En este sentido, se concibe que la comunidad es un espacio en donde se pone en juego la subjetividad de individuos ligados dentro de un marco territorial, pero sobre todo simbólico, histórica, social y culturalmente constituido. La comunidad, en tanto unidad territorial y simbólica, traspasa a los sujetos, determina en cierta medida su vida, su *estar en el mundo*. O, como lo refiere Vered Amit (2002): “la conceptualización de comunidad en textos antropológicos y de otro tipo pero relacionados a la disciplina ha implicado un marcado desplazamiento de la comunidad como una forma social actualizada a un énfasis en *la comunidad como una idea o cualidad de la socialidad*”.¹⁶² En este sentido, la obra de Benedict Anderson *Comunidad Imaginada* (1991), es un marco idóneo en el cual explorar la manera en que este principio de análisis puede configurar una explicación teórica —particularmente con respecto al sentimiento nacionalista— de la comunidad resaltando lo que Cohen (1985) destaca como el carácter simbólico de los límites (*boundaries*) comunitarios.¹⁶³

Una de las propuestas fundamentales de Anderson consiste en pensar en la comunidad como un *artefacto cultural* producto de la “destilación espontánea de un ‘cruce’ complejo de fuerzas históricas discretas”;¹⁶⁴ dichas fuerzas fueron modeladas por el lugar que ocuparon desde mediados del S. XVIII (a) las lenguas vernáculas, (b) las clases sociales que progresivamente se fueron apropiando del aparato moderno de producción, (c) el papel de los medios de comunicación masiva, (d) la conformación de un mercado de consumo de bienes culturales, (e) el desarrollo y afianzamiento de una noción *mesianica de tiempo*¹⁶⁵ y (f) el desgaste acumulado de “los grandes sistemas culturales”¹⁶⁶ que precedieron a la idea de comunidad (particularmente la idea de religiosidad y de dinastía monárquica). A fin de cuentas, el sentimiento de comunidad se tejió en el curso y en medio de los exabruptos propios de la vivencia personal, social e histórica de una época en la cual “estaba ocurriendo un cambio fundamental en los

¹⁶² Amit, Vered (2002), *Realizing community: concepts, social relationships and sentiments*. Londres: Routledge. p. 3. El énfasis es mío.

¹⁶³ Cohen, Anthony (1985), *The symbolic construction of community*. Londres: Routledge. p. 13-14.

¹⁶⁴ Anderson, Benedict (1991), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso. p. 4.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 24: “A simultaneity of past and future in an instantaneous present”. Anderson adopta la noción de tiempo mesiánico de la obra de Walter Benjamin (*Illuminations*, p. 265).

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 12.

modos de aprehensión del mundo que, más que cualquier otra cosa, permitiría ‘pensar’ la nación”.¹⁶⁷

Lo que interesa destacar en este apartado es la base sobre la cual se alza la propuesta de Anderson, puesto que allana el camino para pensar que la comunidad cumple una doble función: como bien puede servir para categorizar la experiencia cotidiana de la realidad —dada su calidad de recurso cultural—, también se presenta como expresión de una práctica social mediante la cual el sujeto ejerce su agencia, aprovecha la experiencia vivida para incidir directamente sobre la realidad inmediata en que se desenvuelve y, sobre todo, establece un cuerpo de relaciones simbólicas, *imaginadas*, que lo vinculan con los demás.

*“Finalmente, la comunidad imaginada se confirma por la doblez de nuestra lectura acerca de nuestro joven que lee. Éste no encuentra el cuerpo del vagabundo miserable al lado del lodoso camino de Semarang, sino que se lo imagina a partir de las páginas de un periódico. Tampoco le interesa en lo más mínimo quién haya sido individualmente el vagabundo muerto: piensa el cuerpo representativo, no la vida personal”.*¹⁶⁸

La imaginación de un tipo de vínculo social diferente —o, al menos como lo refiere Anderson, desarrollado a un nivel nunca antes visto en las sociedades del S. XVIII-XIX— expresa el surgimiento de una relación estrecha entre la identidad que se define por distinción y por oposición a los demás: al mismo tiempo que confluyen las *fuerzas históricas discretas* para que el sujeto se sienta “único”, se esparce una especie de certeza metafísica sobre los “otros”, de cuya existencia no se necesita una constatación directa, su *vida personal*, sino únicamente la existencia de referentes representativos que circulan por el moderno mercado de bienes culturales. Aceptar la idea de que existe una base imaginada para los vínculos comunitarios contemporáneos implica aceptar la posibilidad de que las relaciones interpersonales en el ámbito cotidiano hayan experimentado modificaciones importantes. Los lazos de solidaridad grupal, la adopción y refuncionalización de rituales para el reconocimiento de propios y extraños, la

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 22.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 32. El énfasis es mío.

consolidación de rasgos identitarios; alrededor de todo ello hay que hacerse nuevas preguntas y trazar nuevas rutas para contestarlas.

Esto nos permite introducir la obra de otro estudioso de los vínculos comunitarios contemporáneos: Zygmunt Bauman. Para este autor, una de las consecuencias de la consolidación de la moderna idea de comunidad ha sido la instauración de una especie de orden flexible de relaciones en el que la lucha por la libertad se gestiona, paradójicamente, mediante la vigilancia permanente de los propios actos.¹⁶⁹ En principio, el autor opone dos nociones de comunidad: primero, la noción de *comunidad de entendimiento*, que acaso nunca ha existido pero que funciona como ancla del ensueño de lo que debería ser una comunidad, no como meta, sino simplemente como imagen nostálgica de lo que se puede (o se pudo) llegar a ser; segundo, la noción de *comunidad realmente existente*, en la cual prevalece la vigilancia constante y el temor de ver vulnerada la propia identidad al extremo de su inminente destrucción: “La comunidad del entendimiento común, incluso aunque se alcance, seguirá por tanto siendo frágil y vulnerable, siempre necesitada de vigilancia, fortificación y defensa (...) en vez de una isla de ‘entendimiento natural’, de un ‘círculo cálido’ en el que puedan bajar la guardia y dejar de pelear, la comunidad *realmente existente* se sentirá como una fortaleza asediada que es continuamente bombardeada por enemigos externos (muchas veces invisibles) mientras que, una y otra vez, es desgarrada por la discordia interna; quienes busquen el calor comunal, el sentimiento de hogar y la tranquilidad comunitarias tendrán que pasar la mayor parte de su tiempo en murallas y baluartes”.¹⁷⁰ La comunidad así vista se convierte en el bastión en donde la violencia, como *factor* de estructuración, y las relaciones de poder, como *principio* de estructuración, se alían para salvaguardar la libertad, la tranquilidad, en fin, la *seguridad ontológica*.

El autor recupera la idea de que las comunidades son, ante todo, producto de la imaginación de lazos simbólicos que la definen como tal: “Es cierto que la ‘sociedad’ fue siempre una entidad *imaginada*, que nunca fue posible experimentar en su totalidad; no hace mucho tiempo, si embargo, su imagen era la de comunidad que ‘cuidaba y compartía’”.¹⁷¹ Sin embargo, esta sensación ha ido desapareciendo a fuerza de las opciones políticas de los grupos de poder, que dejan a su suerte a los grupos y a las personas, aunque sean las más desvalidas. De este

¹⁶⁹ Bauman, Zygmunt (2003), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI. p. 21.

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 21.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 132.

modo, “aunque se han intentado múltiples formas de convivencia humana en el curso de la historia [entendida no como avance hacia lo bueno sino como repulsión de lo malo], ninguna ha logrado encontrar una solución impecable a esta tarea [la de establecer un equilibrio definitivo entre seguridad y libertad], que equivale a una auténtica ‘cuadratura del círculo’”.¹⁷² Ahora bien, si Bauman, Amit y Anderson proporcionan las bases para abordar a la comunidad como espacio en el que circulan y se generan relaciones de sentido social y culturalmente determinadas, es necesario profundizar en la manera en que se entenderá este proceso de conformación de relaciones de sentido. Las siguientes líneas se dedican precisamente a reflexionar en torno a esta dinámica particular, sin dejar de atender a la comunidad como marco de análisis.

2.3.3. Berger y Luckman: la génesis del sentido social

La obra conjunta de Peter Berger y Thomas Luckman, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*,¹⁷³ representa un importante ejercicio de reflexión en torno a los ámbitos en los que se consolida el sentido de nuestra vida cotidiana. Ambos abordan tanto la importancia de las entidades sociales y culturales que están muy por encima de la vivencia particular de los individuos (estructuras) como la subjetividad de la persona, por considerar que es en dicho ámbito donde se manifiesta lo social que habita en el sujeto. La tensión permanente que se produce entre ambas entidades de lo social produce, a juicio de los autores, la base para construir sistemas complejos de significación a partir de los cuales la vida cotidiana cobra forma, familiaridad y normalidad. Para explicar el proceso por el cual se producen estas certezas, los autores hacen uso de una escala de términos que describen la manera en que los sujetos se relacionan con su entorno y extraen de él la base de los diversos órdenes simbólicos con los que habitan.

En primer lugar, los autores proponen que las *vivencias* (secuencia de temas interrelacionados o *Erlebnisse*) del sujeto son una especie de clasificación que éste ejecuta frente al horizonte de temas que son susceptibles de ser entrelazados alrededor de alguna realidad. Estas realidades son consideradas por los autores como *objetos intencionales* sobre los cuales nuestra atención

¹⁷² *Ibid.*, p. 26.

¹⁷³ Berger, Peter y Thomas Luckman (1997), *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós. 125 pp.

consciente es dirigida. En tanto realidades objetivables y perceptibles —no precisamente materiales—, pueden ser consideradas *objetos*; en tanto que se manifiestan cuando conscientemente dirigimos hacia ellas nuestra atención, pueden ser consideradas *intencionales*. Aunque dichas vivencias no constituyen en sí mismas sentido, los autores recurren a ellas para colocarlas a la base de la constitución de dicho sentido. Al ser retomadas por el sujeto, al depositar en ellas su atención y hacerse consciente de su posición/valor en la vida diaria, las vivencias se convierten en *experiencias* que, si son vistas individualmente, tampoco son depositarias de sentido. Empiezan a ser materia para la construcción de sentido cuando se les relaciona con otras experiencias e inician los diversos procesos de categorización y valoración que se derivan de esta relación: “el sentido no es más que una forma algo más compleja de conciencia: no existe en forma independiente. Tiene siempre un punto de referencia. El sentido es conciencia del hecho de que existe una relación entre las varias experiencias”.¹⁷⁴ Lo importante de este esquema explicativo es que le otorga la importancia que se merece al tipo de relaciones que el sujeto establece entre las diversas experiencias de que está llena su vida. De este modo, hasta el tipo de relaciones a que se recurre para generar sentido podría ser visto como un producto del aprendizaje socio-histórico del sujeto.

Es prácticamente imposible ignorar el hecho de que la acción social es siempre una interacción y que, por lo tanto, el sentido siempre tiene un carácter social proporcionado por el intercambio inexorable de experiencias y vivencias en que se produce, aún cuando sea expresado por un solo individuo. Con el tiempo, el sentido va generando distintos *acervos de conocimiento* que se socializan y llegan a ser compartidos por sectores poblacionales relativamente amplios. Entendidos como equivalentes a las *reglas* de las que habla Giddens (1984), dichos acervos o depósitos de sentido se convierten en orientaciones metódicas de la acción recurrente de los miembros de esa colectividad, de manera que —en palabras de Berger y Luckman— “la aparición de depósitos de sentido y de *instituciones* históricas libera al individuo de la pesada carga de solucionar los problemas de la experiencia y el acto que afloran, como por primera vez, en situaciones particulares”.¹⁷⁵ Estas instituciones tendrían como tarea fundamental hacer acopio de diferentes nociones de sentido y hacerlas circular de acuerdo a ritua-

¹⁷⁴ *Ibidem*, 1997, p. 32.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 36.

lidades, rutinas, estamentos legales, etc., a fin de que los miembros de un grupo puedan tener acceso a ellas y orientar sus acciones en concordancia.

Los autores proponen la existencia de dos espacios de interrelación entre sujetos que pueden constituirse como ámbitos en donde se produce y se hace circular sentido: las *comunidades de vida* y las *comunidades de sentido* (*Sinngemeinschaften*), siendo estas últimas las que proporcionan un nivel aceptable de cohesión entre las expectativas de vida de sus miembros y las formas de institucionalización de normas de convivencias. Desde esta perspectiva, afirman que “la condición para que se produzca una crisis de sentido es que los miembros de una determinada comunidad de vida acepten incondicionalmente el grado de coincidencia de sentido que se espera de ellos, pero que sean incapaces de alcanzarlo”,¹⁷⁶ de ahí que las causas de las crisis no necesariamente radiquen en el sujeto o en la intersubjetividad de las relaciones, sino en la estructura que alienta dichas relaciones y que constituye al sujeto como *sujeto social*. Cabe aclarar que las comunidades de sentido no necesariamente deben contar con una extensión territorial amplia. Pequeños grupos de personas podrían refuncionalizar instituciones o reglamentaciones de convivencia de tal manera que se correspondan a sus necesidades de certeza mutua y, por consiguiente, pueden ser campo de estudio de la manera en que los sujetos integran en su vida cotidiana *formas de estar con la violencia, que no son otra cosa más que formas de gestionar la convivencia con los otros a través del prisma de la violencia social*.

Coincidiendo con lo que plantea Bauman (2003), los autores establecen que el advenimiento de las formas de relación social propias de la modernidad produce una amalgama de formas de ver el mundo, de gestionar las diferencias, de concebir a las instituciones y las prácticas de muy variada raíz. El choque producido por esta situación es lo que contribuye a generar una *crisis de sentido*: demostrada la arbitrariedad de la correspondencia entre nuestras prácticas sociales y esa estructura simbólica o institucionalidad que las soporta, la incongruencia se hace presente, la necesidad de contar con nuevos marcos de referencia que expliquen la falta de asideros concretos, las limitantes de las mediaciones tradicionales, el impulso por actualizar las subjetividades. A este respecto, los autores regresan a su constatación de que es en las estructuras que soportan la convivencia dentro de un grupo donde se puede detectar la manera

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 50.

en que se gestionan estas crisis de sentido. Berger y Luckman se abocan a las *instituciones intermedias* en la medida en “que permiten que los individuos transporten sus valores personales desde la vida privada a distintas esferas de la sociedad, aplicándolos de tal manera que se transforman en una fuerza que modela al resto de la sociedad”.¹⁷⁷ Los autores las consideran también como “estructuras parciales” poseedoras de “fuerzas neutralizadoras” capaces de contener las crisis de sentido,¹⁷⁸ dando por sentado que existen crisis latentes de sentido, pero que logran ser contenidas por el tipo de gestión simbólica que se produce por influencia de las instituciones intermedias: “las instituciones intermedias sólo son capaces de administrar dosis homeopáticas que no eliminan las causas, por mucho que logren atenuar el desarrollo de la enfermedad y aumentar el grado de resistencia a ella. Sólo consiguen mantener las crisis de sentido en su forma incipiente y evitan que se agraven”.¹⁷⁹

Mediante este proceso complejo es que los sujetos son capaces de asimilar las contradicciones cotidianas que vienen dadas tanto por las vicisitudes del día a día, como por las arbitrariedades de los órdenes simbólicos en que se ven insertos. Es gracias a este proceso, en palabras de los autores, que “las estructuras de la sociedad se transforman en estructuras de la conciencia”.¹⁸⁰ Al respecto, se debe subrayar la contribución decisiva que ejercen las *instituciones intermedias* en la contención de un estado de tensión que conlleve al enfrentamiento entre individuos o grupos. Estas instituciones pueden adoptar tantas formas y modalidades como contextos en que se produzcan, pero lo cierto es que no poseen un carácter inocuo: pueden ser la base para la instauración de órdenes simbólicos en los que la supervivencia y estabilidad del grupo se produzca a costa de la pérdida de libertades, del sometimiento a categorías de clasificación de los otros, de la normalización de formas aprendidas de gestión de las diferencias que no necesariamente conlleven a la convivencia pacífica de los sujetos. Tampoco hay que olvidar que la idea de institución intermedia no está separada tajantemente de las otras instituciones que también le dan sentido a la vida: “determinan el sentido subjetivo en extensas áreas de acción, mientras que las grandes instituciones de dominación y la economía dictan el sentido objetivado de esas acciones”.¹⁸¹ Cada institución justifica el conjunto de inter-

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 101.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 115.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 116.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 82.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 108.

acciones que le son propias, o al menos aquello que permite establecer una diferencia ante el común de una sociedad o de otras comunidades de vida; esto es así porque tienen la capacidad de controlar “el proceso mediante el cual los elementos de sentido son absorbidos por los acervos sociales de conocimiento, así como organizan la transmisión de las reservas históricas de sentido a los miembros de la sociedad, adaptándolas a nuevas necesidades”.¹⁸²

A fin de cuentas, la idea de Berger y Luckman sobre el proceso de producción de sentido social y sobre las instituciones que co-gobiernan dicho proceso permite dilucidar la conformación de una relación de mutua determinación entre los órdenes simbólicos y la gestión cotidiana de sus contradicciones y arbitrariedades; también ayuda a comprender que dicha relación deviene en la institucionalización —en forma de rutinas, rituales, reglas y/o leyes que son siempre variables— de *formas de estar* en el mundo. La territorialidad en que se produzcan estas relaciones de mutua determinación es muy importante para el estudio de su cristalización en relaciones interpersonales distintivas de ciertos grupos. Para abordar este proceso, Berger y Luckman recurren a una noción abstracta, imaginada, ideológica y omnipresente de comunidad, al igual que lo hace Bauman y Anderson, aunque en estos autores se refleja mucho más el ánimo por aterrizar sus ideas en el marco de relaciones sociales concretas.

En todo caso, los autores hasta acá citados reconocen la centralidad de ese espacio físico y simbólico para trazar los mapas y las consecuentes rutas de la integración humana en la generación de sentido. El eje comunicación/violencia debe a esta constatación su importancia: no se trata simplemente de una coincidencia en la etimología de los términos “comunidad” y “comunicación”, porque si se considera que la violencia es un factor de estructuración de lo social y que dicha función la cumple por efecto de su capacidad para desplegar complejos mecanismos de gestión de vida cotidiana, el eje de la comunicación traspasa y se funde con el de la violencia al encontrar en este objeto de estudio un espacio desde donde observar procesos de generación de sentido. Este eje enfatiza la base del ejercicio hermenéutico que el investigador debe desarrollar en presencia de la violencia, tal cual lo propone Luis Enrique Alonso (1998): “El origen de la labor comprensiva son los indicios-evidencia y los ‘datos’ (cualitativos) que selecciona la interpretación subjetiva del observador, a partir de las acciones

¹⁸² *Ibíd.*, p. 108.

comunicativas de los sujetos en contextos limitados, históricos y concretos”.¹⁸³ Finalmente, colocarse en presencia de las manifestaciones objetivables de la violencia requiere colocarse en medio de procesos en los que intervienen sujetos reales que dominan los órdenes subyacentes a esta incorporación cotidiana del fenómeno. Se trabaja, pues sobre la base de una interpretación plausible de universos simbólicos previa y constantemente interpretados por quienes les dan materialidad social.

2.3.4. *La violencia como lenguaje de las prácticas*

A lo largo de este capítulo se ha señalado la necesidad de operar una modificación en la manera en que se concibe a la violencia. Se ha hablado ya de la necesidad de despojarla de su carácter negativo, así como de la necesidad de abordarla en sus dimensiones objetiva y simbólica por igual, a fin de llegar al trasfondo de *disposiciones a la acción* —de acuerdo a Giddens, pero también en consonancia con lo planteado por Bourdieu— que contiene. Sin embargo, una pieza clave en esta modificación necesaria consiste en pensar en la violencia como si fuera un lenguaje. Esta noción se vuelve especialmente útil para afianzar con mayor rigor la idea de que la violencia es un factor que interviene en la estructuración de las relaciones interpersonales que se construyen en un contexto territorial y simbólico determinado (para el caso, la comunidad). Si es cierto que la violencia puede ser rastreada como parte constitutiva del cuerpo de relaciones de sentido del que se valen los sujetos para ordenar su vida diaria, también deberá serlo el hecho de que, para cumplir con este papel, la violencia es capaz de poner en manos de estos sujetos una especie de lógica de realización que delata su carácter racional y estratégico.

El ejercicio hermenéutico del que se vale esta investigación para proceder con el estudio de la violencia se ve esencialmente determinado por esta idea. La interpretación que hace el investigador debe dejarse afectar por la manera en que los sujetos despliegan una serie de prácticas, de acciones que pueden ser *leídas* en su ejecución o en el rastro que dejan, en presencia o en ausencia. Como dichas prácticas no pueden ser aisladas ni siquiera con fines analíticos (es decir, intentar atraparlas como si fueran entidades independientes), se debe atender perma-

¹⁸³ Alonso, Luis Enrique (1998), *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos. p. 28

nentemente a la tensión que se produce entre lo que el sujeto hace, lo que dice o piensa y el contexto en que hace, dice y piensa. Solo de este modo se hace posible que *el detalle subjetivamente modelado se sume al concierto de lo socialmente estructurado* y, consecuentemente, que un objeto de estudio particularmente engañoso y complejo como la violencia ofrezca referencias de sí mismo en el ámbito de una red de relaciones sociales. La violencia *dice más de lo que dice, habla de lo social que la determina*, sin quedarse únicamente en aquello que es *hablado* por ella. Por ello es necesario no dar por sentada la posibilidad de abordarla como un lenguaje. En una reflexión paralela a la que hace Reguillo (2000) desde el plano del discurso, ubicarse en el plano de las prácticas remite necesariamente a una triple referencialidad, como sigue: (a) un *contexto* en el cual se produce la práctica; (b) un marco de relaciones que determinan *posiciones diferenciales* con respecto a otros sujetos; y (c) un *sistema de representaciones* que subyacen a la práctica pero que también sale a flote en su ejecución.¹⁸⁴ Estudiar la violencia como si fuera un lenguaje —que lo mismo estructura discursos y dispositivos discursivos para autoperpetuar su existencia— implica develar la manera en que esta triple referencialidad está inscrita en las prácticas que le están asociadas. Como se mencionó al inicio de este capítulo, la violencia, vista a través del lente de las prácticas que alimenta, opera como si fuera un lenguaje que echan a andar complejos esquemas rectores de la acción individual y colectiva y que llegan a dar forma a textos. El enjambre de prácticas que los individuos despliegan para vivir en sociedad —ese *fluir permanente* que Giddens nos hace ver— adquieren un valor central para esta investigación en la medida en que contribuyen a estructurar lo real. De Certeau se aferra a esta centralidad en espera de que el ámbito de las prácticas deje de “figurar como en el fondo nocturno de la actividad social”¹⁸⁵ para convertirse en la interfaz desde la cual los espacios se reinventan, los contextos se dinamizan en sí mismos: “Una sociedad estaría compuesta de ciertas prácticas desorbitadas, organizadoras de sus instituciones normativas, y de otras prácticas, innumerables, que siguen siendo ‘menores’, siempre presentes ahí aunque no organizadoras de discurso, y aptas para conservar las primicias o los restos de hipótesis (institucionales, científicas) diferentes para esta sociedad o para otras. Y es en esa múltiple y silenciosa ‘reserva’ de procedimientos donde las prácticas ‘consumidoras’ tratarían, con la doble caracterís-

¹⁸⁴ Reguillo, Rossana, 2000, p. 50-55.

¹⁸⁵ De Certeau, 1996, p. XLI.

tica señalada por Foucault, con modos a veces minúsculos, a veces mayoritarios, de poder organizar a la vez espacios y lenguajes”.¹⁸⁶

La fuerza de las prácticas es destacada por De Certeau en otro nivel de su reflexión sobre lo cotidiano —concretamente, lo cotidiano de *andar la ciudad*— como ámbito desde el cual entender lo social. El autor se coloca a favor de estudiar el curso del diario acontecer no en clave de catástrofe (donde prácticamente reina el caos y ningún sujeto tiene potestad alguna de contribuir a la normalización de lo social), ni en clave de progreso (donde prácticamente los sujetos siguen, cual borregos, las pautas dictadas por los grandes planificadores de lo social). Su propuesta consiste en “analizar las prácticas microbianas, singulares y que sobreviven a su decadencia; seguir la pululación de estos procedimientos que, lejos de que los controle o los elimine la administración panóptica, se refuerzan en una ilegitimidad proliferadora”¹⁸⁷ que les permite generar sus propios modos de expresión, su propia representación de esos procesos de “apropiación del sistema topográfico”¹⁸⁸ que se convierten en materia de interpretación para el investigador en tanto etnógrafo. A fin de cuentas, dirá De Certeau, *la práctica hace al espacio*. En el caso de esta investigación, dicho espacio es la comunidad, de la cual se destacan aquellas prácticas en donde la violencia salte a la vista del investigador con toda la fuerza de su invisibilidad —por eso se ha dicho que la violencia alcanza su temple al enfriarse en el cauce de la cotidianidad.

Pero *el espacio cuenta con sus dispositivos de coacción* y no conviene dejarlos de lado a la hora de estudiar la violencia. Lo primero que hay que notar es que este contexto no debe ser visto como una estructura que viva por sí misma y que sea capaz de imponerse sobre el sujeto que lo asimila. Más bien se le encuentra como si fuera un clima, una serie traslapada de telones de fondo que muestran, cada uno con distinta intensidad, la manera en que el accionar de otros sujetos, instituciones, contingencias naturales o cuerpos discursivos, lejanos o cercanos, afectan el comportamiento de un individuo o de un colectivo. Esta idea de un contexto que comprende acciones previas o actuales que influyen en las acciones actuales o futuras de otros sujetos es una dimensión de lo que Bourdieu (1995) califica como “*pensar en términos rela-*

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 108.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 110.

cionales”.¹⁸⁹ Lo que interesa en esta investigación es exponer el conjunto de estrategias de apropiación del espacio que involucran el ejercicio de un cierto tipo de violencia (simbólica y social) y que le da sentido a la existencia de los sujetos en el mismo (su *estar en el mundo*). Como ya se dijo, estas estrategias despliegan su fuerza estructuradora cuando se realizan en el marco de situaciones concretas y también cuando integran formas de ver y vivir el mundo, cuando se las deja traslucir a través de mentalidades o filiaciones ideológicas específicas. De nuevo, la tensión entre contexto, posiciones (manifestadas a través de prácticas) y representaciones (que construyen imaginarios) se convierte en clave para hacer del estudio de la violencia un medio para explicar las estructuras que subyacen al orden social en un contexto dado. Esta tensión se podría desarrollar en virtud de tres ideas desde las cuales entender a la violencia en su calidad de lenguaje a través de las prácticas: (a) el ejercicio de la violencia posibilita la ejecución de una serie de esquemas rectores de la acción individual o grupal; (b) realiza, a su vez, un *stock* básico de competencias que están a la base de la generación de sentido; y (c) cristaliza espacios de categorización y valoración de las prácticas mismas y de los sujetos que las realizan. Conviene detenerse en la reflexión de cada una de estas ideas por separado.

Si (a) *el ejercicio de la violencia pone en movimiento el conjunto de esquemas rectores de la acción individual o grupal*, es menester no considerar a las prácticas que se le asocian como componentes aislables los unos de los otros. Se les debe ver como integradas en un fluir permanente de acciones que se responden unas a otras, que se determinan unas con otras. Así, por ejemplo, el investigador que se coloque frente a un ritual religioso —como podría ser el caso de una procesión o de una peregrinación— no solo debería detenerse en la fuerza que hace de ese evento algo llamativo, un suceso en el orden de lo extraordinario que somete a sus participantes a reglas y presiones únicamente posibles en el momento y el lugar en que se produce. También debería conectar el evento con la serie de estructuras que suponen que determinados sujetos consientan su participación dentro del evento ocupando posiciones diferenciadas de antemano: las mujeres luciendo determinados atuendos, los hombres exponiéndose a daños físicos extremos, los niños asumiendo roles inducidos por sus padres, los ministros religiosos vigilando y marcando la cadencia litúrgica del evento. Ahí se ponen en juego esquemas rela-

¹⁸⁹ Bourdieu, 1995, p. 61.

cionados con posiciones diferenciadas en términos de género, de relaciones de poder, de disparidades generacionales, de apropiación de capitales simbólicos y culturales diferenciados, entre otros. Nada de esto se pone de manifiesto con facilidad. En su potencia dramática radica su invisibilidad, tal cual lo constata Delgado: “en un espacio público definido por la visibilidad generalizada, paradójicamente el antropólogo ha de moverse por fuerza casi a tientas, conformándose con distinguir apenas brillos y perfiles”.¹⁹⁰

En consecuencia, (b) *el ejercicio de la violencia también constituye el momento en que se realizan las competencias adquiridas por el sujeto para generar sus propias relaciones de sentido frente a la realidad*. Si en (a) las prácticas se conciben como una especie de maquinaria —flexible y, por lo mismo, amorfa—, como un *proceso* que despliega estructuras profundas de la vida social, en (b) se les concibe como un *momento* que puede ser asimilado por el investigador a través de las herramientas y técnicas que encuadren su visión sobre el objeto de estudio. Toda práctica opera como un *continente*: acota la ejecución de ciertas competencias —las *contiene*, en su sentido estricto— adecuadas para dotar de sentido a lo que ocurre, las concreta en una acción que ha sido seleccionada por el sujeto de acuerdo a un complejo mecanismo de segregación y disposición de pequeñas decisiones que se manifiestan en una acción concreta. Este continente *ocurre*, es decir, tiene la facultad de que *acontece* frente al investigador o que le puede ser referido por intermediación de lo que otros sujetos le cuenten (por ejemplo, en una entrevista). En todo caso, concebir a las prácticas como un momento en que se despliegan *competencias generativas* que dotan de sentido a lo real reforzará una perspectiva que, de acuerdo a Appadurai, enfatice en “la dimensionalidad de la cultura, más que en su sustancialidad, [porque] hace que pensemos en la cultura menos como una propiedad de individuos y de grupos y más como un recurso heurístico que podemos usar para hablar de las diferencias”.¹⁹¹

Finalmente, (c) *la violencia que se manifiesta por intermediación de las prácticas se presenta como el espacio desde el cual se categorizan y se valoran otras prácticas y a los sujetos que las llevan a cabo*, en una especie de autoreferencialidad permanente. Completamos con esta idea los tres ejes desde los cuales se puede pensar en la violencia como lenguaje: (a) su funcionamiento de acuerdo a *procesos* de ordenamiento de lo social, (b) su realización como *momento* asimilable por el investigador y (c)

¹⁹⁰ Delgado, Manuel (1999b), *El animal público*. Barcelona: Anagrama. p. 18.

¹⁹¹ Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 28.

su existencia en tanto *espacio* de confluencia de otras prácticas y procesos, en esta autoreferencialidad que revela en la medida en que co-participa en la categorización y valoración de lo que rodea al sujeto. Los lenguajes también tienen esta triple cualidad de operar como proceso, de realizarse como momento o enunciación y de constituir espacios que definen el valor ocupado por otros elementos del lenguaje en una relación que, en términos saussureanos, es esencialmente de *oposición*. Es a partir de estas tres ideas que es posible colocar a la violencia como un elemento central en la explicación de los órdenes que atraviesan la vida en sociedad. Del lazo íntimo que une a la violencia con las prácticas, se extraen los hilos finos que sostienen el cuerpo de interpretaciones posibles y plausibles que explican el objeto de estudio *violencia* y su existencia en tanto que recurso socialmente estructurado y subjetivamente modelado para la gestión cotidiana de nuestro *estar en el mundo*.

2.3.5. *El imaginario y la consolidación de la violencia*

Ligar el objeto de estudio *violencia* con la categoría analítica de *imaginario* puede resultar hasta cierto punto innecesario, dado que hasta el momento se ha hecho una amplia referencia a dicha vinculación analítica. A lo largo de esta fundamentación teórica se ha dicho (a) que el paso del acto agresivo a la violencia como objeto de estudio atraviesa el terreno sinuoso de los imaginarios colectivos; (b) que la pertenencia a un territorio o a una comunidad de sujetos se define tanto en términos territoriales como imaginarios; (c) que a toda práctica concreta y verificable subyace un orden simbólico e imaginario, expresado en discursos y representaciones de lo social, que contribuye al ordenamiento de la cotidianidad; y (d) que la vivencia cotidiana de la violencia revela una carga imaginaria que está directamente implicada en su visibilidad/invisibilidad. Todas estas ideas, vistas en su conjunto, refieren en mayor o en menor medida a una de las tres dimensiones que constituyen al objeto de estudio *violencia*, tal cual se le entiende en el marco de esta investigación: su carácter simbólico. Pero, ¿en verdad existe la posibilidad de establecer una relación entre este carácter simbólico de los hechos sociales y eso que se ha dado en llamar *imaginario* de las sociedades?

Esta pregunta es menos retórica de lo que se puede pensar. Intenta colocar un punto que frecuentemente se convierte en centro de disputa —o de falta de entendimiento— entre inves-

tigadores interesados por develar la conexión entre lógicas simbólicas y prácticas humanas concretas. Este punto tiene que ver, precisamente, con la trivialización en el manejo que se hace del término “imaginario”. En el marco de esta investigación, interesa mucho contar con una base sólida desde la cual hablar de imaginarios, en la medida en que se considera que el estado actual de la violencia practicada en El Salvador —sobre todo en este período en que, a despecho de muchos críticos, el país está viviendo una etapa de normalización en lo social, económico y político— es producto de la forma en que transcurrió la historia para varias generaciones de salvadoreños vivieron durante el último siglo. El capítulo **IV. Historia cultural de las violencias en El Salvador** recorre varios episodios históricos de este país con el fin de sustentar la idea de que la violencia, tal cual se vive en la nación centroamericana, no se deriva de la conjunción fortuita de delincuentes, antisociales e instituciones democráticas débiles, sino que proviene de una larga tradición de gestión de conflictos en los que la aplicación de la fuerza y el ejercicio sostenido de la dominación han cultivado esquemas de pensamiento que persisten en el plano subjetivo.

En otras palabras, dichos impactos contribuyen, hoy día, a la apropiación subjetiva y a la estructuración social que se hace de las prácticas violentas, tal cual se las entiende en esta investigación. No se considera pertinente, pues, proceder con el desarrollo del punto recién señalado sin haber sentado las bases para tratar con mediana rigurosidad la noción de imaginario y sus implicaciones en el entendimiento de la estructuración de la sociedad. Tres autores constituyen los pilares desde los cuales estudiar el concepto de imaginario: Cornelius Castoriadis con su clásico estudio sobre *La institución imaginaria de la sociedad*, Gilbert Durant y su estudio de las estructuras imaginarias que sostienen toda cultura y Luis Castro Nogueira que, en su obra *La risa del espacio*, discute sobre el estatuto de la imagen y lo imaginario en las sociedades contemporáneas, rescatando con fuerza renovada la obra de Castoriadis. Estas tres vertientes teóricas para el estudio del imaginario permiten sostener con suficiente propiedad que detrás de toda estructura social existe una sólida estructura de ideas, nociones y principios de carácter simbólico que le son correspondientes.

Castoriadis (1989), cuya reflexión se coloca en el plano filosófico, analiza la manera en que las sociedades instituyen una experiencia del tiempo mediante acciones arbitrarias de asignación

de contenido simbólico sobre situaciones que, con el tiempo, se consideran *doxas*, verdades inapelables. Él dilucida que las sociedades se *instituyen* a sí mismas en un complejo proceso de generación y acreditación de sustratos simbólicos que giran en torno a todo lo que constituye elementos de orden en la vida cotidiana concreta: “La institución de la sociedad es institución de un mundo de significaciones —que es evidentemente creación como tal, y creación específica en cada momento”.¹⁹² Dos planos están implicados en este proceso de (auto)institución: el del hacer y el del representar. Para Castoriadis, ambos planos están vinculados en esencia y, sin embargo, pocos estudios le otorgan el lugar que merecen a cada uno de ellos. Castoriadis suscribiría la idea de que a toda configuración de prácticas recurrentes en el tiempo y el espacio, corresponden unas relaciones de significación que enlazan ideas con referentes concretos de la realidad. Este es uno de los puntos centrales por los que conviene retomar las ideas de este autor para sustentar el trabajo de lectura de la historia que se ofrece en el capítulo IV.

Incansable crítico de las ideas de la filosofía marxista, el pensamiento de este autor no puede ser entendido en su justa medida sin ligarlo al problema de revalorizar el plano de la superestructura en los procesos de entendimiento de la estructura social. Así, hablar de la institución imaginaria de lo social implicaba para Castoriadis abordar indefectiblemente la dimensión simbólica, imaginaria, *ideológica* dirán algunos con mayor adecuación —no por ello con mayor profundidad— de todo cuerpo social. Toda institución histórico-social de la realidad se produce siempre desde una plataforma simbólica: “Lo imaginario social es, primordialmente, creación de significaciones y creación de imágenes o figuras que son su soporte. La relación entre la significación y sus soportes (imágenes o figuras) es el único sentido preciso que se puede atribuir al término ‘simbólico’, y precisamente con ese sentido se utiliza aquí el término”.¹⁹³ Del mismo modo, la obra de Castoriadis tiende un puente conceptual a partir del cual transitar entre espacio y tiempo dentro del mismo contexto. No se puede prescindir del lazo que une la vivencia del espacio en relación con el tiempo que se ha diseñado para *estar en* el mundo. En su comentario sobre un texto de Tucídides, el autor sostiene que el hacer concreto de toda sociedad guarda una íntima relación con la temporalidad efectiva de dicho ha-

¹⁹² Castoriadis, Cornelius (1989), *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2, El imaginario social y la institución*. Buenos Aires: Tusquets. p. 118.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 122.

cer, el cual “se enfoca en su relación profunda con la significación del pasado y del futuro indisociable a su vez de la significación de la ‘realidad’”.¹⁹⁴ Conviene en este punto hacer un pequeño recorrido por las ideas del autor acerca de la institución imaginaria del tiempo, que en su texto resulta ser la punta de lanza para comprender el mecanismo general de la institución imaginaria de las sociedades.

La lógica de la institución social del tiempo está dividida en dos dimensiones: la dimensión correspondiente al tiempo de referencia, *identitaria*, y la *imaginaria*. “El tiempo instituido como identitario es el tiempo de referencia o tiempo-referencia y tiempo de las referencias. El tiempo instituido como imaginario (socialmente imaginario, se entiende) es el tiempo de la significación, o tiempo significativo (distinción que no implica en absoluto una separación de lo que distinguimos)”.¹⁹⁵ Sobre el tiempo identitario, el autor afirma que es el relativo a las medidas del tiempo (también lo llama tiempo calendario), es aquel que segmenta la experiencia del tiempo en unidades *idénticas* y *congruentes*. Normalmente, esta dimensión tiene fundamentos en la naturaleza que, con el tiempo y con la intervención del ser humano, deviene principios científicos legítimos para entender y explicar la realidad. El tiempo imaginario es el relativo a la significación y “mantiene con el tiempo identitario la relación de inherencia recíproca o de implicación circular que existe siempre entre las dos dimensiones de toda institución social: la dimensión conjuntista-identitaria y la dimensión de la significación”.¹⁹⁶ En este tiempo se colocan los *límites* y los *períodos* del tiempo. También en el plano imaginario es que cada sociedad instituye lo que Castoriadis califica como *cualidad del tiempo como tal*, “lo que ‘incuba’ o ‘prepara’, aquello de lo que ‘está preñado’”.¹⁹⁷

La inherencia recíproca entre los dos tiempos —el identitario y el imaginario— sustenta la idea de Castoriadis de que el tiempo vivido en sociedad no se limita al tiempo calendario o tiempo de referencia. Y sin embargo, la institución imaginaria del tiempo social genera un efecto de ocultación del propio devenir de las sociedades. Nunca se es totalmente conciente del devenir del tiempo: “Dicho en otros términos: todo ocurre como si la sociedad no pudiera reconocerse como haciéndose a sí misma, como institución de sí misma, como autoinstitu-

¹⁹⁴ *Ibíd.*, p. 77.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, p. 78.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 78. Hay que recordar que para Castoriadis ese es en la dimensión identitaria de la institución de las sociedades en donde opera la lógica de los conjuntos, en tanto que se generan espacios simbólicos a los cuales pertenecemos y que determinan nuestro estar en el mundo. Más adelante se retomará el punto de la lógica de los conjuntos para explicar otro de los procesos implicados en la institución social de la realidad.

¹⁹⁷ *Ibíd.*, p. 80.

ción”.¹⁹⁸ Esta manera de concebir un ejercicio de apropiación del tiempo en el que el tiempo mismo es transgredido forma parte del razonamiento básico que lleva al autor a reflexionar en torno a un proceso de institución social de la realidad. Habrá que decir que este proceso social y también histórico es esencialmente de naturaleza simbólica: consiste más o menos en instaurar ciertos órdenes —a la manera en que lo entiende Pross— que explican la propia existencia, valiéndose de la habilidad de los grupos sociales de recomponer sus vinculaciones con el pasado y el futuro a fin de salvaguardar su experiencia del presente. De este modo, *instituir* es *organizar* el mundo que nos rodea. Castoriadis da cuenta de este proceso al hablar del lugar que ocupa la experiencia del tiempo, de modo que su conclusión más importante es que *toda representación simbólica del tiempo de referencia obedece a un intento por neutralizar las presiones que ejerce sobre los seres humanos el estar sometidos al flujo del tiempo instituido socialmente*. La institución social del tiempo es siempre un intento por negar el paso del tiempo y por someter dicho paso a la voluntad humana.

Otra de las lógicas que interviene en la institución imaginaria de la sociedad es la lógica identitaria, a partir de la cual se generan espacios de pertenencia, a manera de conjuntos y subconjuntos, que parten de divisiones existentes en ese primer marco de referencia de lo social. Y, como lo entiende el autor, al crearse estos espacios de pertenencia, el individuo se distingue de otros individuos que están dentro o fuera de su conjunto/subconjunto en particular: “Lo único que podemos decir es que, tal como hoy lo captamos, el ser vivo emerge postulando conjuntos y postulándose a sí mismo en y por los conjuntos (...) En ese campo, los seres vivos instauran ‘cosas’ y se instauran como ‘cosas’; dan existencia para ellos a traducciones de una cantidad ínfima de características de lo que es, traducciones que son lo que son y tal como son *también* porque los filtros-transformadores que les dan existencia son lo que son y tal como son”.¹⁹⁹ Dado que los órdenes simbólicos a partir de los cuales se instauran estas diferencias entre individuos y grupos no provienen de una lógica universal —por el contrario, derivan de visiones arbitrariamente construidas sobre la realidad—, pueden dar pie

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 84. Emmanuel Wallerstein, al reflexionar sobre las categorías del tiempo ofrecidas por Ferdinand Braudel, hace referencia a un estadio temporal cuya duración produce un efecto semejante a esta ocultación de la que nos habla Castoriadis. Braudel habla del tiempo muy largo, *demasiado largo*, que corresponde a la idea de las estructuras que perduran durante mucho más tiempo que los eventos, las coyunturas o los ciclos largos de los que podemos ser concientes. Ese tiempo, concluye, se considera propio de los sabios. Ver al respecto Wallerstein, Immanuel (1998), “El invento de las realidades del TiempoEspacio: hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos”, en *Impensar las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI. p. 151.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 114-115.

al sostenimiento de relaciones de dominación y de desigualdad. Más aún, pueden naturalizar estas relaciones de manera que formen parte de la manera en que se concibe el mundo y, por tanto, de su funcionamiento. En El Salvador, lo mismo que en Latinoamérica, estos órdenes fueron reforzados con la aplicación de políticas de adoctrinamiento, transformación económica y aniquilamiento de indígenas que acompañó la etapa de la conquista de todo el continente.

Hay muchas otras dimensiones de lo social que se instituyen por efecto de este proceso de generación de órdenes simbólicos explicativos e identitarios. Entonces, lo que en la institución social del tiempo corresponde al tiempo de referencia, en muchas de esas otras instituciones sociales equivale a la naturaleza como primer marco de referencia —marco identitario— de lo social.²⁰⁰ “Decir que la institución de la sociedad *se apoya* en la organización del primer estrato natural quiere decir que no lo reproduce, no lo refleja, no está *determinado* por él de ningún modo; sino que en ese estrato encuentra una serie de condiciones, de puntos de apoyo e incitación, de limitaciones y de obstáculos. En el lenguaje de las páginas anteriores, la sociedad, como todo autómatas, define su propio universo de discurso”.²⁰¹ En dicho universo de discurso habrá siempre una oposición básica entre un *ser* y un *no ser* desde la cual la actividad de construcción de significado podrá desarrollarse. Una ejemplificación bastante superficial correspondería a los seres mitológicos: la existencia de la esfinge, el centauro o el “chupacabras” corresponde a un *no ser* que, sin embargo y en el plano del discurso, posee un *ser* específico y cuya utilidad está convenientemente colocada en el marco de una sociedad. Todo *ser* significa algo, incluyendo el *no ser* definido por cada sociedad.

El carácter histórico y colectivo de la institución imaginaria de lo social está determinado, en la terminología de Castoriadis, por el “magma de significaciones que la sociedad instituye”²⁰² y que Castro Nogueira (1997) desglosa en un nivel global al entenderlo “como el *conjunto de significaciones imaginarias* propias de cada época”, y en el nivel del sujeto, desde donde se le

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 108. El autor destaca esta correspondencia del marco natural de referencia con otros procesos de institución imaginaria en la siguiente analogía entre los roles de género en la sociedad y la institución imaginaria del tiempo: “Ahora bien, así como el ser social de lo social no se manifiesta en las propiedades de los seres humanos en tanto seres vivos sexuados, sino en el ser-así de hombres y mujeres y de la diferencia de los sexos como instituida; así también, lo que caracteriza una sociedad no es su reconocimiento obligado de la irreversibilidad local del tiempo, trivial e igual por doquier, sino la manera en que esa irreversibilidad local es instituida y tenida en cuenta en el representar y el hacer de la sociedad. Y esto es indisoluble del mundo de las significaciones imaginarias de esta sociedad en general y, más en particular, del tiempo imaginario total en el que este tiempo localmente irreversible se halla inmerso”, p. 68.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 116. El subrayado es mío.

²⁰² *Ibid.*, p. 118. Más adelante, Castoriadis dirá que “esta institución [imaginaria de la sociedad] es institución de un magma de significaciones, las significaciones imaginarias sociales” (p. 122).

concibe “como la totalidad de las percepciones, recuerdos, sueños, emociones, etc., de un ser humano a lo largo de su vida”.²⁰³ Este sustrato *magmático* de la sociedad también hace posible que el estadio natural —el primer marco de referencia mencionado arriba— no sea adoptado en su mera naturalidad. Desde otra perspectiva, el proceso por el cual Berger y Luckman explican la génesis del sentido social (ver 2.3.3. *Berger y Luckman: la génesis del sentido social*) también recupera esta noción del carácter magmático que subyace a todo orden simbólico que tienda a explicar la realidad, con la diferencia de que, además de considerarlos como depositarios de saberes, Berger y Luckman atribuyen a sus *acervos de conocimiento* un carácter rector de la acción de los sujetos en sociedad.

Un importante recurso del que se vale el proceso de institución imaginaria de la sociedad tiene relación con la creación de representaciones que movilizan los discursos. El lenguaje de esta institución imaginaria tendría dos aspectos: el material-abstracto (su existencia como código) y el significativo, sobre el cual Castoriadis dice que solo puede ser descrito como “un haz indefinido de *remisiones* interminables a *otra cosa que* (lo que parecería que fuera dicho inmediatamente)”.²⁰⁴ Esta es la base conceptual sobre la cual otros autores han trabajado la idea de *representación* y que, en este caso, fungiría como bloque constitutivo del magma de significaciones que caracteriza a una sociedad. Desde la perspectiva de Stuart Hall (1997), “la representación significa el uso del lenguaje para decir algo significativo acerca, o para representar, el mundo significativamente, para otras personas (...) La representación es una parte esencial del proceso por el cual el significado es producido e intercambiado entre los miembros de una cultura”.²⁰⁵ En este sentido, la representación estaría en el plano operativo de la institución imaginaria de la sociedad, en la medida en que permite el intercambio de estos sustratos de sentido que rodean al sujeto y de los cuales se vale para organizar su propia existencia en el mundo.

Con respecto a este proceso, Castoriadis concluye: todo ejercicio de significación, por el hecho de implicar un cierto proceso de designación (*legein*) de la realidad, obedece al mismo tiempo a una necesidad de establecer una relación clara entre dos cosas o realidades y a una

²⁰³ Castro Nogueira, Luis (1997), *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Madrid: Tecnos. p. 39.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 132.

²⁰⁵ Hall, Stuart (1997), *Representation: cultural representations and signifying practices*. Londres: Sage. p. 15.

necesidad de reconstituir la universalidad de dicha relación.²⁰⁶ El material del cual se construyen las relaciones de sentido existe, retomando a Aristóteles, como algo *sensible sin materia*, como un *phantasma*:

*“Lo que se muestra como multiplicidad indefinida de ejemplos concretos (palabras que efectivamente se pronuncian o se escriben, etc.) sólo se mantiene reunido gracias a que la multiplicidad indefinida de las figuras sensibles sin materia, de los phantasmata, de las representaciones (‘imágenes acústicas’, por ejemplo) sensibles genéricas de los individuos (multiplicidad doblemente indefinida de individuos) se mantiene a su vez reunida gracias a la figura sensible sin materia que el signo y este signo para todos y en un área social dada, por aquello que obligatoriamente se ha de llamar phantasma histórico social, la ‘representación social’ (representación para nadie y para todos, todos indefinidos) de la palabra y de tal palabra en su existencia material-abstracta y completamente independiente de su relación con la significación. Este phantasma social sólo es reducible a los esquemas mediante los cuales siempre se ha querido pensar la imaginación y lo imaginario, esto es, no pensándolos; es evidente que no se trata de repetición debilitada, de reproducción, de retención parcial de un dato, imitación ni nada que se le parezca. Es creación, posición (institución) que lo imaginario social hace de una figura (grupo de figuras) no real, que da existencia a figuras concretas (las materializaciones, los ejemplos particulares de la ‘imagen de la palabra’) como lo que son: figuras de palabras, signos (y no meros ruidos o trazos). Imaginario: creación inmotivada, que sólo es en y gracias al acto de poner imágenes. Social: inconcebible como obra o producto de un individuo o de una multitud de individuos (el individuo es institución social), inderivable a partir de la psiquis como tal y en sí misma”.*²⁰⁷

De este modo, Castoriadis establece un parámetro importante para comprender cómo se materializa el proceso de institución imaginaria de la sociedad. Por un lado, la generación de núcleos más o menos invariables de significación en su forma de magmas corresponde a tiempos muy largos y, por el otro, la operativización de estos magmas en la vida cotidiana por medio de las representaciones —esa “existencia material-abstracta y completamente inde-

²⁰⁶ Nótese la influencia del pensamiento de Castoriadis en la obra de Hall: “La relación entre las ‘cosas’, los conceptos y los signos reside en el corazón de la producción de significado en el lenguaje. El proceso por el cual se vinculan estos tres elementos es lo que llamamos ‘representación’”, p. 19.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 136-37.

pendiente de su relación con la significación”— corresponde al tiempo de la vida cotidiana. No es menester de esta investigación indagar en la forma en que los sujetos generan representaciones sobre sus vivencias con la violencia, ni mucho menos hacer un inventario de las representaciones que aparecen en el discurso de los sujetos al respecto. Conviene dejar claro que detrás de cualquier práctica, de cualquier esquema de reglas y normas que las posibilitan y detrás de la historia de cada individuo, la dimensión imaginaria y simbólica determina con mucho la forma en que se posiciona a sí mismo dentro del mundo y frente a los demás.

Dos aportaciones más se vuelven necesarias para reforzar la perspectiva que aporta Castoriadis sobre el papel del imaginario en la vida social. Primero, la perspectiva de Gilbert Durand (2000) sobre el tema, que sostiene que el imaginario es capaz de alimentar visiones mitológicas de la realidad que llegan a ser compartidas por grupos y reproducidas en expresiones artísticas y en narrativas populares. La definición que Durand hace del imaginario es especialmente útil en este punto porque resume la última reflexión de Castoriadis sobre el carácter *imaginario* y *social* del concepto: “Lo imaginario representa, mucho más ampliamente, el conjunto de imágenes mentales y visuales, organizadas entre ellas por la narración mítica (el *sermo mythicus*), por la cual un individuo, una sociedad, de hecho la humanidad entera, organiza y expresa simbólicamente sus valores existenciales y su interpretación del mundo frente a los desafíos impuestos por el tiempo y la muerte”.²⁰⁸ Durand apunta que lo imaginario revela una “lógica restrictiva” que facilita la orquestación inadvertida de comportamientos y pensamientos. Finalmente, la perspectiva de Castro Nogueira sobre el imaginario parte de la necesidad de evaluar el estatuto de la imagen y del imaginario en las sociedades contemporáneas. El supuesto del que parte es que la imagen se convierte en el referente por excelencia del mundo contemporáneo, en una proporción que no se había producido en otras épocas de la humanidad: “Pero, ante todo, conviene aclarar que esa constitución/producción del mundo como imagen era algo exclusivamente moderno y en modo alguno extrapolable, por ejemplo, al mundo clásico, en cuyo seno, ciertamente, la verdad de las cosas se mostraba como *alexeia* o *desocultamiento* de las cosas mismas, irreductible a una ontología subjetiva. Ese proceso constituyente de la modernidad, a saber: el mundo en tanto que *imagen* virtual del sujeto, se nos

²⁰⁸ Durand, Gilbert (2000), *Lo imaginario*. Barcelona: Del Bronce. p. 10.

aparece ahora como puramente *imaginario*, es decir, propio e inseparable de la *institución imaginaria de la sociedad moderna*”.²⁰⁹

Desde la óptica de Castro Nogueira, el término imaginario de Castoriadis tiene dos significados: (a) “potencia o fuerza de posición (...) de ciertas *significaciones* y de las instituciones ligadas a éstas que determinan el ser y la conciencia de los individuos”, con lo que estaría relacionado con el “campo de lo *visible y de lo pensable*”; y (b) “mundo de las imágenes exteriores (...) e interiores (...), a su estatuto ontológico y a sus relaciones con el sujeto”.²¹⁰ El autor resume en los siguientes términos la noción de imaginario desarrollada por Castoriadis: Definición: “conjunto de significaciones e instituciones ligadas a éstas que determinan el ser y la conciencia de los individuos desde el punto de vista de la experiencia de las imágenes externas e interna, merced a las cuales se experimenta el espacio/tiempo —individual y colectivamente— en un determinado período histórico”.²¹¹

* * *

Las bases que ofrece este capítulo delinearon, desde su origen, el proceso de investigación que acá se expone. Desde luego, se asume que estos recortes y opciones responden al interés manifestado y hecho patente de estudiar a la violencia desde una perspectiva que privilegie su incorporación, en tanto recurso social y cultural, en los marcos de referencia que comparte una colectividad determinada. Resuelven, en este sentido, la posibilidad de ligar la violencia con el poder en sus múltiples expresiones, desde una mirada comunicativa de los fenómenos sociales. Resuelven también la necesidad de recolocar a la violencia como parte importante de cualquier “adaptación del individuo a una estructura en cuya construcción no intervino y hace sentir la imposición de esta estructura como la socialización o adecuación necesaria de cada uno para sobrevivir en sociedad (y no en una sociedad predeterminada)”.²¹² Como se verá en los siguientes capítulos, desde el diseño metodológico hasta el análisis, pasando por la elaboración de la historia cultural de las violencias y el recorrido a través de los estudios sobre

²⁰⁹ Castro Nogueira, 1997, p. 16.

²¹⁰ *Ibidem*, p. 16.

²¹¹ *Ibidem*, p. 16.

²¹² García Canclini, Néstor (2002), *Culturas populares en el capitalismo*. México D.F.: Grijalbo. p. 79.

violencia en El Salvador, Brasil y Colombia, los tres ejes que sostienen este capítulo, junto con los diferentes abordajes teórico-conceptuales que los componen, sirven como guía para abordar desde una plataforma coherente el fenómeno.

III. METODOLOGÍA

“Por obra de su relación con el otro como sujeto, el individuo deja de ser un elemento de funcionamiento del sistema social y se convierte en creador de sí mismo y productor de la sociedad.”

Alan Touraine²¹³.

3.1. Enfoque metodológico y fundamentación epistemológica

Esta investigación adopta un enfoque cualitativo abierto a la combinación de herramientas y técnicas del enfoque cuantitativo, tanto para la recolección como para el análisis de la información. Este enfoque se adapta mejor a las exigencias que implica el estudio de la violencia como factor de estructuración de las relaciones interpersonales en un contexto social determinado. Se adapta también a una de las premisas que guía este trabajo: los sujetos construyen todo el tiempo los órdenes simbólicos que organizan su vida cotidiana. Tanto el enfoque cualitativo como el cuantitativo posibilitan al investigador la búsqueda y sistematización de respuestas plausibles a problemas de investigación determinados (es decir, ambos constituyen procedimientos para obtener conocimiento científico), pero la pertinencia específica del enfoque cualitativo radica en que se vale de procesos de *interpretación* de la realidad para indagar sobre las causas, la naturaleza y las consecuencias de un fenómeno social que adquiere, en el contexto de la investigación, carácter de objeto de estudio.

El conocimiento construido con base en el enfoque cualitativo no asume que el investigador tiene la última palabra en la explicación de los fenómenos que analiza, sino que se vale de las palabras de *otros* —en alusión a la *doble hermenéutica* que propone Giddens y que Thompson desarrolla en términos metodológicos como *hermenéutica profunda*—, que son sus sujetos empíricos, para apropiarse del sistema de referentes de sentido que circula en el marco de la interacción cotidiana. Como lo señala Touraine, esta característica particular del enfoque permite concebir al individuo como un creador de sí mismo y productor de sociedad y no como un

²¹³ Touraine, Alan (2000), *Crítica a la modernidad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. p. 225.

engranaje más del funcionamiento del sistema social al que pertenece; es decir, y siguiendo siempre a Touraine, el enfoque cualitativo posibilita que la investigación social conciba al sujeto como *actor consciente* de su contexto de vida. De entrada, pues, la elección de este enfoque determina la elección de un diseño metodológico con características particulares, más abierto a la acción del sujeto empírico como fuente de conocimiento de las relaciones sociales y de sentido. Como se verá más adelante, la selección de las técnicas de recolección de información y su aplicación en el trabajo de campo tratan de apegarse a esta premisa.

Para la etapa de análisis, la información recopilada permitió establecer un equilibrio de información entre lo que Reguillo refiere como mirada *interior* y *exterior*. “la mirada *interior* permite atender a las características socioculturales de los actores; la mirada *exterior* permite atender a los marcos, mecanismos y dispositivos de regulación y control social. El investigador dialoga con su ‘objeto’ desde estas dos posiciones”.²¹⁴ Sin duda, esta investigación es una explicación plausible de un sistema de relaciones sociales en el que se percibe una cierta presencia de la violencia como factor de estructuración. Como tal, la explicación es fruto de un diálogo sostenido con los interlocutores principales del proceso —el sujeto empírico— en varios niveles: en las primeras incursiones al campo, mientras se diseñaron la estrategia y las herramientas metodológicas, en el proceso de recopilación de información, durante el análisis de la información y durante la *traducción* final del proceso en términos de una tesis interpretativa del fenómeno en su contexto. El diálogo puede representarse en función de estos dos polos que propone Reguillo. Todo esto contribuye a justificar la opción por el enfoque cualitativo, abierto a las aportaciones de otros enfoques, y por las herramientas que ofrece, en tanto procuran ese diálogo permanente con el objeto de estudio y, por lo tanto, con el problema que plantea a la investigación.

Finalmente, este proyecto de investigación constituye un estudio descriptivo del objeto y del problema de investigación que lo guían. Su propósito general es constatar la existencia de una cierta relación de elementos empíricos y teóricos que permiten definir dicho objeto, mediante la aplicación de técnicas que han sido seleccionadas y definidas desde una apuesta cualitativa. No por ello pretende circunscribirse a los límites específicos del contexto en que fue desarro-

²¹⁴ Rossana Reguillo (1998), “De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación” en Mejía Arauz, Rebeca y Sandoval, Sergio A. (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa*. México: ITESO. p. 25. El énfasis es mío.

llado. De hecho, se espera que la interpretación que se hace del fenómeno contribuya a otras investigaciones que puedan recurrir a este trabajo como referente.

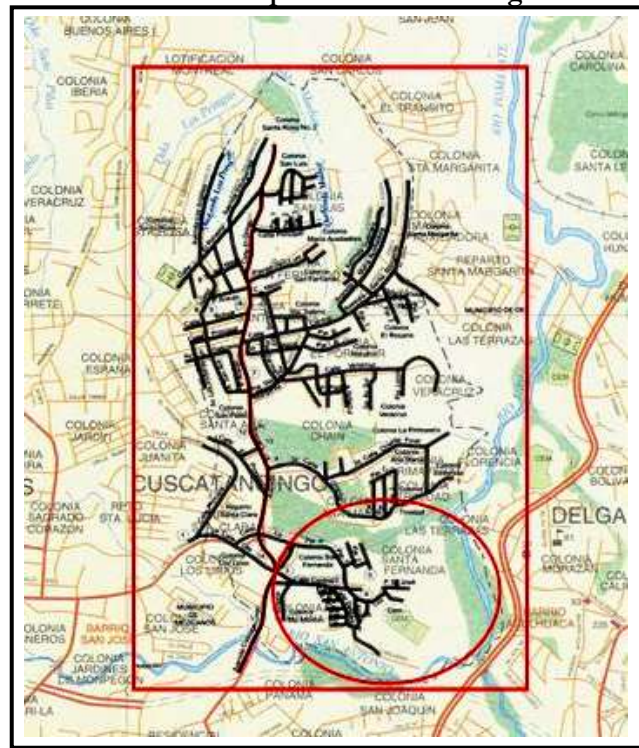
3.2. Delimitaciones empíricas

3.2.1. Universo de análisis

La investigación se desarrolló en El Salvador, específicamente en la Comunidad El Casco del municipio de Cuscatancingo, Departamento de San Salvador (Ver **Ilustración 3.1** y **3.2**). El diseño de la investigación tuvo como objetivo, desde sus orígenes, seleccionar una comunidad que formara parte del AMSS debido a que, como se mencionó en el apartado anterior, el crecimiento de esta área metropolitana ha estado ligado a los flujos de personas que migraron desde el interior del país a los municipios aledaños a San Salvador. Esto produjo un crecimiento urbano desordenado y la aparición de cordones de pobreza que poco a poco —por efecto de modestas iniciativas gubernamentales o gracias a la inversión de sus pobladores— se convirtieron en asentamientos humanos permanentes y urbanizados.

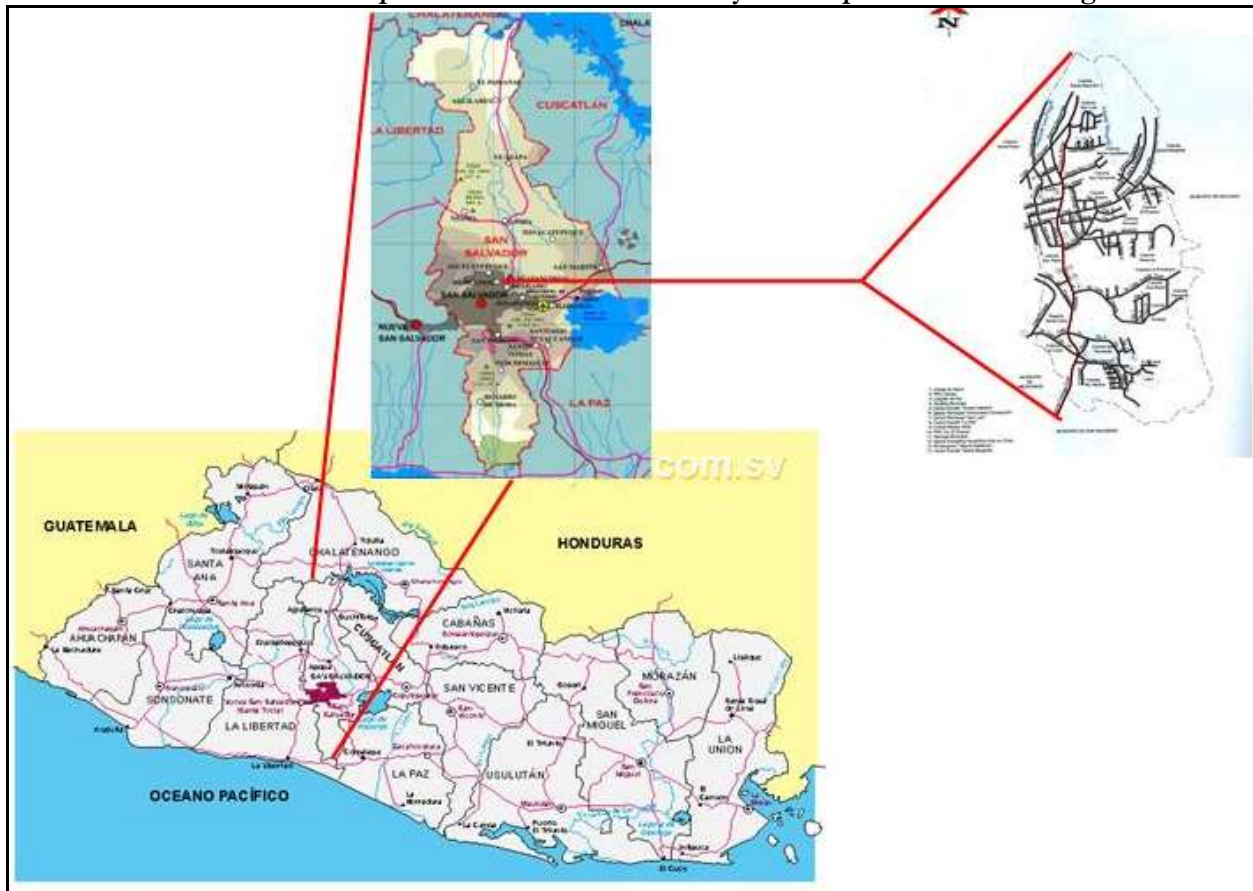
Entre el 24 de mayo y el 18 de junio de 2004 se realizó un proceso previo de identificación y familiarización con posibles escenarios de investigación. En un primer momento, se iniciaron pláticas para tener acceso a tres comunidades ubicadas en el AMSS, de las cuales finalmente solo se tuvo acceso a El Casco, que es una de las primeras zonas pobladas del municipio y posee una de organización comunitaria que ha perdurado desde la etapa previa al conflicto armado de los 80. Abarca unos 740 Km. de norte a sur y unos 320 metros

Ilustración 3.1: Zona de El Casco, en el municipio de Cuscatancingo



de este a oeste.

Ilustración 3.2. Departamento de San Salvador y Municipio de Cuscatancingo



El municipio de Cuscatancingo está ubicado 4 Km. de San Salvador y posee una extensión de 5,4 Km², que equivale al 0,6% del área total del departamento de San Salvador.²¹⁵ Es uno de los dos municipios del AMSS que presenta la peculiar característica de estar dividido en dos partes: La zona de Marionia y la de Cuscatancingo. En términos topográficos, la característica principal del municipio es la cantidad de ríos y quebradas que lo atraviesan y lo accidentado de su trazo urbano, debido sobre todo a las características semimontañosas del terreno. De hecho, según el CNR, cruzan el municipio dos ríos y más de diez quebradas. La comunidad de El Casco es un vivo reflejo de esta realidad: el área está cercada hacia el norte por la quebrada del Río Chiquito, hacia el sur por el río San Antonio y hacia el oeste por el Río Urbina.

²¹⁵ Centro Nacional de Registros (2004), *San Salvador. Monografía*. San Salvador: Centro Nacional de Registros. p. 41-45.

Esto hace que en la zona proliferen los zancudos y que el riesgo socio-ambiental de deslaves e inundaciones crezca durante la época lluviosa (Ver **Ilustración 3.3**).

Ilustración 3.3: Fotografía satelital de El Casco: algunos rasgos topográficos



(Fuente: Google Earth)

Las **Ilustraciones 3.4** y **3.5** dan cuenta de la composición socioeconómica y de servicios característica de la zona de El Casco y ofrecen, además, una perspectiva básica de las características topográficas del terreno. En primer lugar y como ya se ha señalado arriba, la Comunidad el Casco no presenta una composición socioeconómica uniforme. Esta formada por 16 comunidades y colonias con características dispares en cuanto a materiales de construcción, tamaño de los terrenos y condiciones de vida de sus habitantes.

Debido a que los ríos San Antonio y Urbina y la quebrada del Río Chiquito flanquean la zona, sus pobladores viven en un relativo aislamiento geográfico; de hecho, la única calle de acceso se encuentra en el cruce de la Avenida Cuscatancingo con la Calle Central. Un par de puentes de muy precarias condiciones atraviesan los ríos mencionados en el oeste y el noroeste de la zona. La vegetación que predomina es semiboscosa, correspondiente a la varie-

dad de bosque húmedo subtropical (las marcas en verde de las **Ilustraciones 3.4, 3.5 y 3.6** solo destacan las zonas boscosas más abundantes, que rodean a los ríos y quebradas).

Ilustración 3.4: Distribución urbana de El Casco



Entre el 4 de julio y el 6 de agosto de 2004 se realizaron varias entrevistas de contacto con personajes clave de la comunidad, entre ellos el subinspector Rafael Mercado, a cargo de la delegación del servicio de emergencias 911 de la PNC; la Sra. Orbelina Casco, promotora del área de Saneamiento Ambiental de la Unidad de Salud del MSPAS; y la Licda. Emilia de Solano, subdirectora del Complejo Educativo “Tomás Cabrera” del MINED. Asimismo, se pudo sostener varias conversaciones informales con habitantes de la zona (dos vendedoras de ropa usada, los dos hijos de una de las vendedoras, la propietaria de una pequeña tienda frente a la delegación de la PNC y un adulto mayor residente en la zona). Con base en la infor-

mación obtenida en estas entrevistas de contacto, se pudo establecer un panorama muy elemental de la situación de la zona en términos de seguridad, educación y riesgo socio-ambiental. Según la PNC, en el área hay una proporción considerable de casos de violencia intrafamiliar. La gran mayoría de los habitantes de la zona desempeñan sus actividades de subsistencia fuera del municipio y existe una buena cantidad de personas que se encuentran subempleadas. De hecho, no existe ningún tipo de industria dentro del municipio, por lo que sería válido pensar que una parte de las fuentes de trabajo provienen del comercio informal que se concentra en el Centro Histórico del municipio de San Salvador.

En la zona de El Casco no existe ningún parque o sitio de recreo de carácter público. El área recreativa señalada en las **Ilustraciones 3.5 y 3.6** hacia el noroeste de la zona está abandonada y presenta altos niveles de peligrosidad, por encontrarse en un solar baldío colindante a la quebrada del Río Chiquito. Según el subinspector Arévalo, estos sitios eran frecuentados por miembros de pandillas juveniles o *maras*, pero desde la entrada en vigencia, durante la segunda mitad de 2003, de una serie de medidas para frenar la delincuencia llamadas *Plan Mano Dura*, la actividad delincriminal se vio mermada. Estas medidas incluyeron el apresamiento por apariencia, restricciones a agrupaciones de jóvenes consideradas “ilícitas”, así como operativos permanentes de cateo y limpieza de *grafitti* en varias de las zonas más peligrosas del país. Sin embargo, el mismo subinspector Arévalo reconoció la posibilidad de que dicha disminución se debiera más a un cambio de zona o de formas de operación que a una anulación del problema como tal en la totalidad del AMSS.

Ilustración 3.5: Riesgo socioambiental y otros rasgos urbanos de El Casco



El acceso a los servicios básicos y de saneamiento ambiental (agua potable por cañería doméstica, energía eléctrica doméstica y alumbrado público, sistemas de evacuación de aguas negras y aguas lluvias, pavimentación de calles, entre otros) es desigual, tal y como lo demuestra la composición urbana de la **Ilustración 3.5**. Alrededor de un 70% de la zona está compuesta por comunidades pobres, lotificaciones y predios baldíos de difícil urbanización y que suelen servir de espacio para el asentamiento y expansión de las comunidades más pobres de la zona. El caso de la comunidad El Tazumal es extremo, porque sus habitantes ocupan un terreno cercano al cementerio de propiedad desconocida, lo cual ha imposibilitado la legalización de la su propiedad sobre el lugar. Según la percepción de algunos pobladores, el área más peligrosa de El Casco está en el interior de la Comunidad Molina, porque se asume que ahí está un punto de distribución de drogas controlado por la *Mara Salvatrucha*. Con la

entrada en vigencia del nuevo gobierno de derecha, en junio de 2004, se reiniciaron las tareas de coordinación interinstitucional para desarrollar programas preventivos de violencia y riesgos socio-ambientales, mismos que fueron descontinuados por la administración anterior (creadora del Plan *Mano Dura*). Esto ha involucrado a los representantes de la Parroquia Católica “Inmaculada Concepción”, de la FAES, del MSPAS, del MINED, del ISSS, del Ministerio de Gobernación y de la PNC. Finalmente, tanto la Unidad de Salud del MSPAS como el Sistema de Emergencias 911 de la PNC dependen de otras centrales de operación, ubicadas fuera del municipio y que se encargan de prestar servicios a zonas cuya delimitación no se corresponde con la división político-administrativa de los municipios del AMSS.

La elección de este universo de análisis no pretende fortalecer una visión naturalista de la violencia. Es decir, una visión que relaciona el fenómeno con ciertos sujetos sociales (hombres, jóvenes, pobres, delincuentes, musulmanes, migrantes, etc.) de forma natural, a la manera en que Bourdieu entiende la *doxa*. Esta investigación parte del supuesto de que el lugar en donde se elige realizar la investigación “no es un fenómeno natural sino que está constituido y sostenido por definiciones culturales y estrategias sociales. Las fronteras no están fijadas, cambian de una ocasión a otra y también de grado, a través de procesos de redefinición y negociación”.²¹⁶ Esta investigación se aproxima a los momentos en que los miembros de la comunidad seleccionada ejecutan procesos de redefinición y negociación de estructuras de significación social. Se parte de la idea de que la vida cotidiana está llena de estos procesos, porque constituyen las tácticas que los sujetos despliegan para arrancarle rastros de normalidad al caos relativo en el que se desenvuelven. Estos procesos, se asume, pueden ser estudiados en el contexto de prácticas sociales objetivamente observables, aproximándose a los significados que las componen como un sistema más o menos equilibrado de interacción social. Todo esto sostiene la opción metodológica de esta investigación. En todo momento, las herramientas metodológicas seleccionadas se apegan al máximo a estas premisas.

²¹⁶ Hammersley, Martin y Paul Atkinson (1994), *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós. p. 57.

3.2.2. Sujetos de investigación

En principio, se determinó que el sujeto de investigación fueran familias en lugar de individuos aislados, con el fin de explorar con mayor profundidad y tener elementos de contraste de la información proporcionada por los contactos. Sin embargo, durante la aplicación de las entrevistas se dificultó el acceso a los grupos familiares, sobre todo por la negativa de muchos padres (hombres) de familia.²¹⁷ En todo caso, se distinguieron dos tipos de sujetos susceptibles de ser abordados durante la investigación: (a) miembros indistintos de la comunidad en cuanto a género, condición social, religiosidad, adscripción política y demás rasgos distintivos, que residían en la misma y que tuvieron la disponibilidad para aportar sus experiencias en el marco del trabajo de campo: (b) informantes expertos o que ocupaban un lugar distintivo dentro de la comunidad (autoridades políticas y administrativas, sacerdotes y pastores, líderes políticos, etc.) como contrapunto de la información recopilada en las demás entrevistas. Por respeto a la identidad de los y las entrevistadas, sus nombres serán sustituidos por las iniciales de las personas que colaboraron que la investigación. Para efectos de identificación de las fuentes, se señalará su género, residencia, edad y fecha de la entrevista cada vez que sean citados en el análisis de la información. Los textos escritos en negritas corresponderán a las preguntas del entrevistador. La **Tabla 3.3.** muestra el detalle de los sujetos entrevistados de acuerdo estas características y a su pertenencia al tipo (a) o (b) recién especificado.

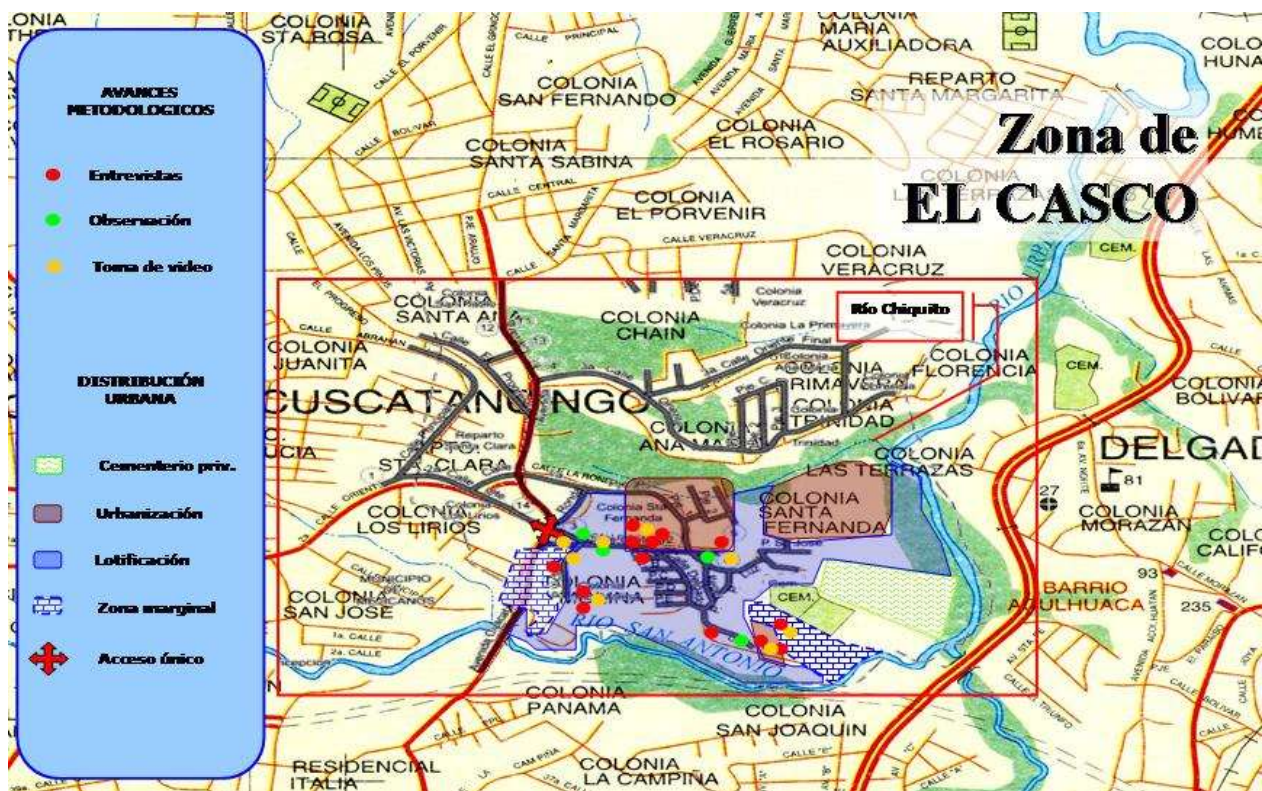
Tabla 3.1. Características de los sujetos entrevistados

<i>(a) Miembros indistintos de la comunidad</i>				<i>(b) Informantes expertos</i>
<i>Hombres</i>		<i>Mujeres</i>		
R. D.	64 años, Pje. Nerio	X. D.	23 años, Pje. Nerio	Sub Inspector Rafael Mercado, Unidad 911 de la Policía Nacional Civil Zona El Casco
		R. M.	33 años, Col. El Tazumal	
		C. Ch.	48 años, Col. Molina	
R. G.	48 años, Col. El Tazumal.	D. L.	Col. Molina, 3ª edad	Sra. Orbelina Casco Promotora de Salud de la Unidad de Salud de Cuscatancingo
		D. C.	Col. Molina, 3ª edad	
		R. V.	48 años, Col. El Tazumal	
I. R.	37 años, Pje. Nerio	L. G.	28 años, Col. El Tazumal	Lic. Zoila Magdalena Rodríguez Jiménez Sub directora del Complejo Educativo “Tomas Cabrera”, Cuscatancingo
		M. M.	50 años, Com. Providencia	
		D. G.	24 años, Rpto. San Antonio	
E. C.	48 años, Col. Molina	M. G.	38 años, Com. El Tazumal	Sub directora del Complejo Educativo “Tomas Cabrera”, Cuscatancingo
		L. V.	20 años, Calle Central	
		G. L.	42 años, Calle Central	
		M. L.	56 años, Calle Central	

²¹⁷ Más adelante, en **5.5. Escenarios de violencia simbólica: las relaciones de género**, se reflexiona con más profundidad a cerca del impacto que tuvo la dificultad de entrevistar a los hombres jefes de hogar en el análisis de la violencia como factor de estructuración social.

En total, se realizaron 14 entrevistas a 17 personas (4 hombres y 13 mujeres), incluyendo la grabación de una conversación informal sostenida por 3 mujeres adultas mayores. Las edades de los entrevistados oscilaron entre los 20 y los 64 años. En la **Ilustración 3.6** se señala la ubicación geográfica de las entrevistas en la Zona El Casco. Los puntos corresponden a las sesiones de entrevistas y no a la cantidad de sujetos entrevistados. Se añaden además los puntos de observación y los lugares que fueron registrados en video durante la etapa de trabajo de campo descrita en el apartado 3.5. **Aplicación del trabajo de campo.**

Ilustración 3.6: Entrevistas, puntos de observación y toma de videos en El Casco



3.3. Estrategia metodológica

3.3.1. Categorías para la recolección de información

Para resumir, el objeto de estudio de la presente investigación es la violencia como factor de estructuración de las relaciones interpersonales, a través de estudio de la Comunidad El Cas-

co. Por consiguiente, el sujeto de investigación tiene una doble naturaleza: primero, es el sujeto que pertenece a una comunidad en particular, en donde muchos de sus miembros pertenecen al estrato socioeconómico bajo (pobres o pobres extremos); segundo, dentro de dicha comunidad se distinguen sujetos más específicos que fueron categorizados en dos grupos: miembros indistintos de la comunidad (sin importar su edad, su género o cualquier otro rasgo distintivo) y los miembros que cumplen una función reconocida por otros y que suelen tener algún tipo de relación con el aparato institucional que opera dentro de la comunidad (líderes religiosos, burócratas, promotores de servicios públicos del gobierno central o del municipio, etc.).

Para observar la manera en que la violencia se manifiesta como factor de estructuración de las relaciones entre estos miembros de la comunidad, fue necesario realizar un primer recorte metodológico para definir categorías más concretas de observación y registro. Dichas categorías son las siguientes:

- a. *Relaciones familiares, vecinales y organizacionales* en donde los miembros de la comunidad hacen manifiesta la apropiación de las normas sociales (mundo social), así como el tipo de estructuras de obligaciones y privilegios que se establezca entre ellos. En vista de lo anterior, la comunidad fue estudiada en tres subdimensiones: la *familia* como red de relaciones filiales y de parentesco entre sujetos que cohabitan en un mismo espacio (no se parte de la idea de familia nuclear), la *comunidad* como red de relaciones de afinidad y amistad entre sujetos que comparten un mismo espacio dentro de la comunidad y el *aparato organizativo o institucional* que contribuye a la administración de la vida social de la comunidad, a partir del cual se teje una red de relaciones entre sujetos que persiguen un objetivo común y que, en algunos casos, llegan a compartir valores y anhelos comunes (la iglesia, la organización vecinal, el partido político, el equipo deportivo, etc.)
- b. *Usos y acciones dentro del espacio físico y simbólico* que representa la comunidad. Con esta categoría se sistematizó la información relacionada con la manera en que los sujetos se relacionan con el mundo objetivo de la comunidad, en términos de Habermas.²¹⁸ Los su-

²¹⁸ Habermas realiza una revisión de la teoría de los tres mundos de Karl Popper, pero le interesa más destacar la manera en que dichos mundos se relacionan. Estos mundos suponen que "las entidades tienen una forma de ser específica" a través de las cuales se les puede acceder: "se trata de objetos o sucesos físicos; de estados mentales o de episodios internos; o de contenidos semánticos de los productos simbólicos". Ver Habermas, 1989, p. 113.

jetos manifestaron hacer un uso determinado del espacio físico que los rodea. A partir de ahí se estudió la forma en que estructuran sus desplazamientos dentro del mismo de acuerdo criterios que revelan restricciones no necesariamente ligadas a las condiciones geográficas del lugar, sino también a condicionantes culturales.

- c. *Políticas o normas de convivencia* que daban cuenta de las normativas y restricciones aplicadas entre los miembros de la comunidad en cualquiera de las tres dimensiones señaladas arriba (familia, comunidad y marco institucional). Esta categoría también permitió aproximarse al tipo de relaciones subjetivas e intersubjetivas que se establecen con el mundo social construido dentro de la comunidad.
- d. *Historizaciones de la cotidianidad* que ofrecían un panorama de la manera en que los miembros de la comunidad recuperan y revisten de valoraciones y significación su noción del pasado, su vivencia del presente y sus expectativas a futuro. A través de esta categoría se intentó registrar la manera en que los sujetos colocan dentro de su mundo subjetivo los insumos que provienen de su historia personal, la historia de su comunidad y de su país. La historización proporcionó algunas pistas para conocer la manera en que dicha noción de pasado construye marcos interpretativos para vivir el presente y perfilar el futuro.
- e. *Incorporación del aparato institucional y organizativo en la vida cotidiana*. Con esta categoría se sistematizó los rasgos de la relación establecida con las diferentes instituciones que administran la vida social dentro de la comunidad.

A estas categorías se añadieron dos más en momentos diferentes al trabajo de campo. Por esta razón, no aparecen detallados en la **Tabla 3.2: Relación de herramientas, categorías y recurso instrumental**. La primera, subsidiaria de tanto de *a. Relaciones familiares, vecinales y organizacionales* como de *c. Políticas o normas de convivencia*, surgió en el transcurso de la aplicación de las encuestas en la forma de *Dominación de género*. Esta categoría hace referencia a la fuerza estructuradora que las relaciones y roles de género tienen en la organización de la vida familiar. Incluye la manera que las personas elaboran un proyecto de vida con base en las exigencias que la pareja —o la noción que se tiene de relación de pareja— impone; la distribución

de las tareas domésticas en el hogar; la categorización que se hace de los demás con base en los roles de géneros medianamente perfilados por los sujetos en las entrevistas, etc. Es menester señalar que esta categoría resultó ser un elemento indispensable para la verificación de la violencia simbólica como faceta de la manera en que el objeto de estudio se manifiesta como factor de estructuración social en el marco de relaciones interpersonales.

La segunda categoría fue incorporada durante la elaboración del análisis de la información recolectada. Está referida a las *narrativas sobre la violencia* que se desprendieron de experiencias previas o de formas de explicar la realidad en las que se manifestaban cosmovisiones particulares del mundo. Se le podría considerar subsidiaria de *d. Historizaciones de la cotidianidad* y de *e. Incorporación del aparato institucional y organizativo en la vida cotidiana*, pero en términos analíticos, más bien opera como un enlace entre ambas categorías, porque incluye: explicaciones de la forma en que los sujetos se relacionan con las instituciones; recuperación de vivencias personales de la época del conflicto armado (en muchos casos, para hacer estas recuperaciones se recurría a la presencia de instituciones ya extintas o que todavía pertenecen al aparato gubernamental del Estado); referencias a adscripciones políticas y religiosas que sirven de asidero para explicaciones del mundo; y discursos llamativos con un alto contenido moralista aportados por algunos de los sujetos entrevistados.

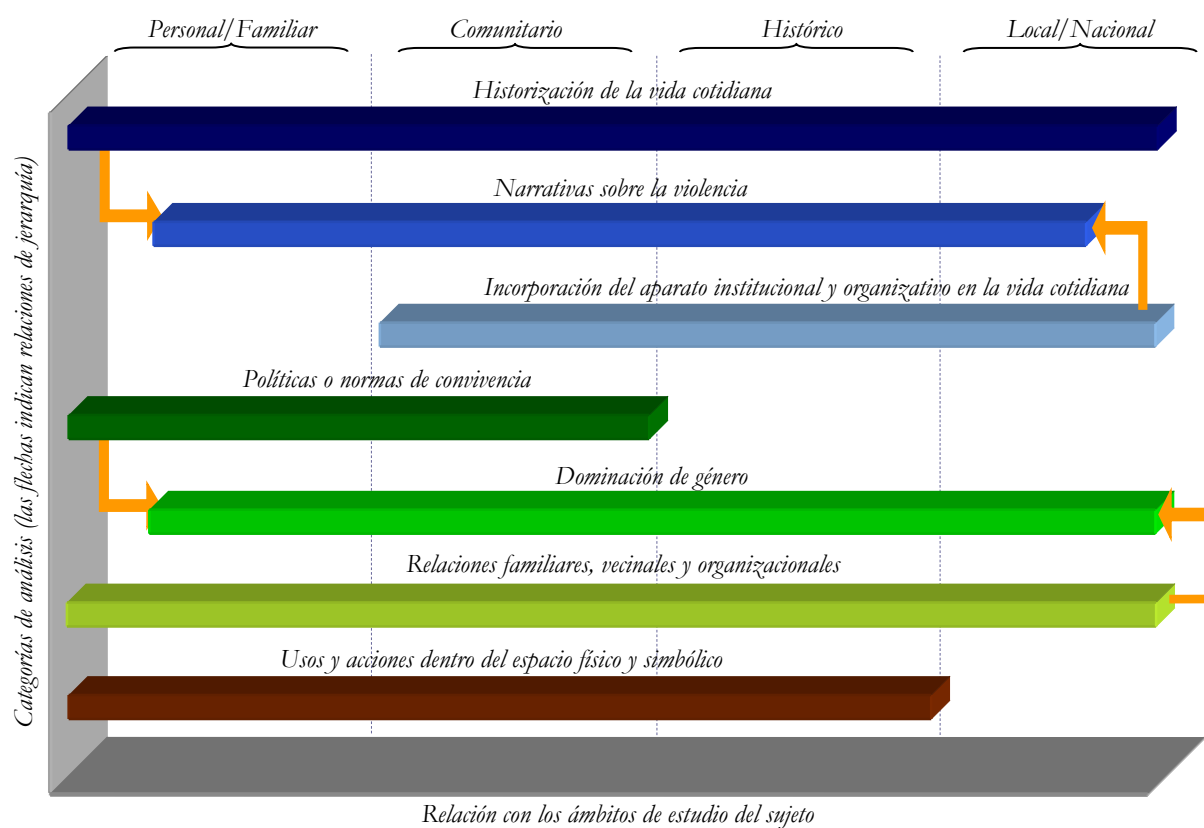
De este modo, el **Diagrama 3.1** ofrece una perspectiva esquemática que resume la manera en que las categorías resultantes se relacionan en términos de los cuatro ámbitos específicos para el estudio de los sujetos, en el entendido de que estos ámbitos surgieron luego del trabajo de campo. En ese sentido, lejos de constituir conceptos en sí mismos, solo refieren diferentes niveles desde los cuales se puede ubicar y valorar el accionar de los entrevistados. Estos ámbitos son:

- a. *Personal/familiar*: En este ámbito se ubica el universo de relaciones que el sujeto despliega en el seno de su grupo familiar y, a partir de las cuales, el sujeto construye un primer referente sobre su propia posición en el mundo y frente a los demás.
- b. *Comunitario*: Extiende el universo de relaciones del ámbito personal/familiar al ámbito de relaciones que se establecen con los vecinos y conocidos de El Casco, así como con

la zona en tanto lugar de habitación. En este sentido, puede hacer referencia tanto a personas o situaciones concretas, como a personajes o situaciones abstractas o ficticias, pero se ligen directamente al territorio físico y simbólico de El Casco.

- c. *Local/nacional*: Coloca al sujeto en función de su vivencia con respecto a su región de referencia y en torno a El Salvador. En el caso de los entrevistados, esta región de referencia iba desde el municipio de Cuscatancingo, el AMSS, El Salvador y Latinoamérica.
- d. *Histórico*: El sujeto se coloca a sí mismo en posición reflexiva frente a su pasado, presente y futuro. Las relaciones que describe desde este ámbito sientan las bases para rastrear la incorporación de patrones de pensamiento y comportamiento que explican la situación actual del sujeto.

Diagrama 3.1: Relación de categorías de recolección como herramientas de análisis



3.3.2. Recursos instrumentales para la recopilación de información

La información correspondiente a las categorías arriba señaladas fueron cubiertas tanto por las entrevistas, como por la observación etnográfica. Para este proceso, empero, no se contó con un instrumento fijo de recolección, sino más con una serie de recursos instrumentales, flexibles y abiertos, en el caso de la entrevista, a la disponibilidad y ritmo propio del entrevistado y, en el caso de la observación, a las situaciones que fueron registradas durante la estancia en el campo. Como se verá, la mayoría de los recursos instrumentales permiten desagregar datos del discurso de los entrevistados y de los momentos registrados durante la observación ciertos que, en el análisis, constituyen la base para la interpretación de la violencia en el plano cotidiano de las relaciones interpersonales de la comunidad. En este sentido, sientan las bases para el proceso de análisis y, sobre todo, para la interpretación de la información. La **Tabla 3.2** resume la relación que entre herramientas de investigación, categorías para a recolección y recursos instrumentales específicos que se aplicaron a los sujetos abordados.

Tabla 3.2: Relación de herramientas, categorías y recurso instrumental

Herramienta	Categoría	Recurso instrumental
<i>Entrevista</i>	Relaciones familiares, vecinales y organizacionales	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Funciones generales de los miembros del grupo familiar: niños, ancianos, jóvenes y adultos. ▪ Miembro de la familia que posee la función más importante dentro del hogar. ▪ Continuidades y rupturas en las funciones de los miembros del grupo familiar: hijos o hijas que hayan estudiado más que sus padres, cambios o continuidades en las áreas de trabajo, cambios en la conformación de otros grupos familiares, etc. ▪ Continuidades y rupturas en las expectativas a futuro del grupo familiar. ▪ Criterios de solidaridad entre vecinos: ¿en quién confiar, por qué, en qué términos, dinero, hijos, secretos, etc.?, experiencias de solidaridad entre vecinos. ▪ Criterios de diferenciación entre vecinos: sospecha, ofensa, inferioridad social y económica, respetabilidad, aislamiento, etc. ▪ Eficacia/ineficacia de las estructuras organizativas de la comunidad. ▪ Eficacia/ineficacia de la participación en estructuras organizativas de la comunidad. ▪ Relación entre estructuras organizativas y políticas de convivencia: injerencia o indiferencia de la iglesia, el partido, la directiva, etc., en la vida cotidiana de la comunidad.

Tabla 3.2: Relación de herramientas, categorías y recurso instrumental (cont.)

Herramienta	Categoría	Recurso instrumental
<i>Entrevista</i>	Políticas de convivencia	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Organización temporal de la vida en comunidad: horarios de juego, de plática, restricciones en la movilidad, etc. ▪ Restricciones impuestas a los miembros del grupo familiar: relación con otros, comportamientos censurados, privilegios otorgados u otro estatuto reconocido por la familia de acuerdo al género, etc.
	Historización de la cotidianidad	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Recuento de hechos pasados significativos en tres niveles: nacional, comunitario y familiar/personal. ▪ Lecciones que han dejado dichos hechos y que explican o regulan la vida en el presente. ▪ Costumbres, rituales, tradiciones del grupo familiar. ▪ Expectativas a futuro en dos sentidos: lo deseable (plano idealista) y lo posible (plano realista).
<i>Observación</i>	Usos y acciones del espacio físico y simbólico	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Mapa de desplazamientos en ciertos horarios: salida y llegada del trabajo, nocturnidad, medio día, salida de estudiantes, etc. ▪ Mapa de riesgos y peligros dentro de la comunidad. ▪ Territorialidades ligadas a la presencia y/o operación de determinados grupos o actividades: comerciantes, <i>mareros</i>, estudiantes, juegos de pelota, consumo de bebidas alcohólicas, etc.
	Incorporación del aparato institucional y organizativo	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Desplazamientos y actividades ligadas a la organización comunitaria: fiestas, concentraciones, trabajo comunitario, etc. ▪ Representatividad del trabajo del aparato organizativo e institucional de la comunidad (según género, edades, condición social, etc.). ▪ Rasgos operativos del aparato organizativo e institucional relacionados con el liderazgo, la autoridad, la renovación de cuadros, etc.

3.3.3. Trabajo etnográfico

Con el trabajo etnográfico se sentaron las bases para tener acceso a las categorías arriba señaladas en el contexto cotidiano en que se manifiestan, integrándolas dentro de una visión sistémica pero flexible que diera cuenta de sus causas y consecuencias más importantes desde la óptica de la investigación. En el caso de este proyecto, se utilizaron dos técnicas principales para la recolección de información en la etapa etnográfica: (a) Observación, a través de la cual se recogió información sobre la manera en que los miembros de la comunidad se organizan y desarrollan su vivencia cotidiana —cinco sesiones distribuidas en aproximadamente 8 horas y media de trabajo; (b) Entrevistas, que se aplicaron en 13 sesiones a 17 personas de la comunidad (incluyendo la grabación informal de una conversación entre 3 mujeres adultas mayores). Se tomó en cuenta de forma tangencial a la investigación las pláticas informales que se tuvieron con varios miembros de la comunidad (vendedoras ambulantes y sus hijos, un joven

deportado de EEUU por asalto a mano armada y trabajadores de negocios de la Calle Central de la comunidad).

La importancia de recurrir a la entrevista como herramienta de investigación radica en que constituye un proceso de acción social recíproca, es decir, un proceso en donde tiene tanto valor la posición particular e interesada del investigador como la del entrevistado, en la medida en que el intercambio de sentidos subjetivos que se produce en forma de conversación provee el material que servirá, a fin de cuentas, como alimento para la investigación. Dado que no basta con el registro empírico de la acción cotidiana de los sujetos, la entrevista permitió aproximarse a la manera en que ese accionar está inserto en un complejo entramado de relaciones de significación que, normalmente, no son del todo concientes al sujeto (al menos no en términos de la conciencia discursiva de la que habla Giddens).

De la misma manera, se consideró que la observación etnográfica es el medio de aproximación empírica a la realidad de los sujetos que mejor permite trazar geografías simbólicas y prácticas asociadas a la violencia como factor de estructuración social. En ambos casos, por lo tanto, existe un cierto nivel de acuerdo respecto de la permanencia, por largos periodos de espacio-tiempo, de las disposiciones que llevan a los sujetos a producir y reproducir ciertas relaciones en la sociedad y que este proceso de producción/reproducción puede ser constatado empíricamente en el estudio riguroso y sistemático de las prácticas sociales que dichos sujetos operan y de la carga de significado que llevan implícitas. Ambas herramientas permiten obtener información sobre la postura particular de los sujetos frente a su contexto inmediato y sobre sus formas cotidianas de existencia.

3.3.4. Documentación estadística sobre el contexto urbano

A fin de contar con un marco contextual amplio relativo a las diferentes expresiones del fenómeno de la violencia en la sociedad salvadoreña, se ha hecho acopio de información cuantitativa y de documentación estadística lo más actualizada posible sobre el tema. Con ello se levantó el repertorio mínimo de indicadores que dieron forma a una visión relacional entre datos cuantitativos, discursos implicados y fenómenos concomitantes al contexto de violencia en que se desenvuelve la sociedad salvadoreña en la actualidad.

Esta información aparece en diferentes momentos del documento acá presentado. Sin embargo, su uso más patente puede ser consultado ampliamente en la caracterización del objeto de estudio esbozada y en el capítulo referido a la **IV. Historia cultural de las violencias en El Salvador**.

3.3.5. Historia cultural de la violencia

Este trabajo requirió de un esfuerzo adicional para ofrecer un marco contextual que, mediante una retrospectiva histórica, refiriera a los escenarios más importantes que delinearon una sociedad permeable a la ocurrencia de conflictos abiertos entre sus miembros. En términos más acordes a esta investigación, se buscaba hacer un rastreo de los elementos históricos que hacen que esta sociedad sea susceptible a la incorporación de órdenes simbólicos y patrones de comportamiento social ligados a la violencia. Este marco contextual abarcó el período histórico en que se inició y consumó la consolidación del proyecto ideológico-burocrático de los grupos de poder económico y militar en El Salvador, y que se extiende desde 1880 hasta la etapa llamada de transición democrática en la década 1990, en la que se cristaliza el control de la derecha política sobre el aparato de Estado y se sientan las bases para la incorporación del país a la lógica neoliberal global.

De hecho, entre finales del siglo XIX y principios del XX terminan de cobrar forma las principales medidas legales, económicas y políticas que hicieron de El Salvador un país con una estructura de distribución de la tierra profundamente desigual (se produce en esta época la desaparición definitiva de las tierras ejidales y comunales, expropiadas a amplios grupos de campesinos indígenas para ser vendidas a terratenientes interesados en el cultivo del café). Con esto, la nación se vio anclada en un esquema de producción agrícola incipientemente industrializado y sostenido por un aparato jurídico en el que los derechos civiles estaban prácticamente ausentes. Igualmente, con la firma de los Acuerdos de Paz, cuya implementación se inició durante 1992, el gobierno de la derecha política —representada por el partido ARENA— impulsó una serie de transformaciones sobre la estructura del Estado a fin de garantizar el cumplimiento de las exigencias que hacían los organismos internacionales de financiamiento. Dichas exigencias tuvieron un impacto significativo sobre la institucionalidad

relacionada con el ejercicio del derecho, la representatividad electoral, la administración medioambiental y la igualdad de género, entre otros aspectos, pero sobre todo facilitaron la privatización de muchos de los servicios públicos básicos para la población (la distribución de energía eléctrica, la banca y los servicios telefónicos fijos y móviles, entre otros) y la tercerización total o parcial de muchos otros servicios (la seguridad pública, la administración de fondos de ahorro para pensiones y, más recientemente, la prestación de algunos servicios en la red hospitalaria pública).²¹⁹ La construcción de este marco contextual no tuvo la intención de realizar una reconstrucción historiográfica y minimalista de los acontecimientos centrales de la historia de El Salvador; más bien adoptó la forma de una historia cultural de las violencias en El Salvador que, mediante una narrativa libre, le adjudicó peso y claridad a los hechos que se han sedimentado en la memoria y los imaginarios de grandes sectores de la población salvadoreña.

3.4. Aplicación del trabajo de campo

El periodo de entrevistas y observaciones se desarrolló en el tercer viaje de trabajo realizado a El Salvador, entre el lunes 3 y el sábado 9 de enero de 2005. Este trabajo implicó prolongar la estancia en la comunidad durante aproximadamente de 12 horas al día durante la semana de abordaje de los entrevistados. Con ello se logró recoger un corpus de 14 entrevistas a 17 personas, la grabación informal de una conversación sostenida por 3 mujeres adultas mayores y tres entrevistas a personajes que ocupan un lugar prominente dentro de ciertas instituciones de la comunidad (el subinspector a cargo de la delegación de la PNC, la promotora de salud y la subdirectora de la escuela estatal de la zona). En total, se abordó a 4 hombres y 13 mujeres, de las cuales cuatro eran menores de 30 años. Se sostuvieron pláticas informales con otros miembros de la comunidad (especialmente con un joven deportado de EEUU por delito de asalto y portación de armas) y se registraron algunos episodios cotidianos de la vida de la comunidad mediante cinco observaciones en el campo que sumaron aproximadamente ocho horas y media de trabajo.

²¹⁹ Cifras de 2005 dadas a conocer por el PNUD señalan que la inversión de las empresas de seguridad que operan actualmente en El Salvador es casi el triple del presupuesto de la PNC.

Las entrevistas se realizaron en sesiones de entre una y dos horas y aproximadamente la mitad tuvo que realizarse en dos sesiones diferentes, en los casos en que los entrevistados mostraron disponibilidad para calendarizar una nueva sesión de trabajo. Como se mencionó en 3.2.3. *Sujetos de investigación*, no se pudo acceder a grupos familiares completos, por lo que solo se abordó a las personas que mostraron mayor disposición de colaborar en la investigación. Sobre este punto, llamó la atención el hecho de que casi ningún jefe de familia mostró disponibilidad para colaborar con la entrevista. El contacto con las familias se realizó durante los primeros dos viajes de contacto y reconocimiento: el primero se llevó a cabo entre mayo y junio de 2004 y el segundo en septiembre del mismo año. Se contó con la colaboración cercana de un hombre adulto mayor que habita la zona desde su nacimiento y que, a la larga, se convertiría en el informante principal para la incursión a la vida cotidiana de la comunidad. Adicionalmente al trabajo señalado, se hizo registro en video de ciertos lugares de la comunidad donde se llevaron a cabo entrevistas u observaciones durante la etapa de trabajo de campo. A pesar de que no se pudo abordar a los grupos familiares debido a lo corto del tiempo de estadía en El Salvador para el trabajo de campo, sí se obtuvo información que cubría los requerimientos señalados por las categorías de análisis y recursos instrumentales.

3.5. Sistematización e interpretación de la información

El primer paso luego de la etapa de recolección de información consistió en reorganizar el material de manera que facilitara la identificación de datos útiles para la etapa de análisis. Se transcribió el material de las entrevistas y el texto se dispuso en tablas cuyo objetivo fundamental era facilitar una relectura minuciosa que comprobara el apareamiento de las categorías de análisis (ver **Diagrama 3.1: Relación de categorías de recolección como herramientas de análisis**). Al mismo tiempo, fueron surgiendo nuevas categorías con el fin de clasificar de manera más específica los diferentes aspectos que fueron referidos por los sujetos durante las entrevistas.

Luego de la reorganización de las categorías que describían y seccionaban *grosso modo* el material de las entrevistas, se reestructuró la información recabada con base en cuatro ejes analíti-

cos que corresponden a los cuatro últimos apartados del capítulo **V. Formas de estar con la violencia**: (a) Del territorio al espacio simbólico: formas de habitar con la violencia; (b) Relaciones familiares y vecinales: construcción de la convivencia; (c) Escenarios de violencia simbólica: las relaciones de género; (d) Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia. Las nuevas categorías —que más bien representan una versión más refinada de las categorías de recopilación de información descritas arriba— se describen a detalle a continuación:

- a. *Presencia de instituciones en la vida cotidiana*: Ofrece rasgos de la relación que establecen los sujetos con las diferentes instituciones que administran la vida social dentro de la comunidad. Puede servir de plataforma para hacer referencia al nivel nacional o global.
- b. *Políticas de convivencia*: Identifica normas o reglas que determinan las relaciones entre los miembros de la comunidad en cualquiera de las tres dimensiones señaladas arriba (familia, comunidad y marco institucional). Hubo tres categorías que resultaron especialmente útiles para el análisis:

Solidaridad entre vecinos: Esta subcategoría en particular refiere las situaciones en donde los sujetos reconozcan la creación de lazos de solidaridad y apoyo entre vecinos, ya sea por participación directa o porque tengan conocimiento de dichas situaciones. Estas muestras de solidaridad se producen con independencia de la valoración que los sujetos hagan de la circunstancia que las desata; es decir, pueden desarrollarse para defender una situación al margen de la ley —piratería, por ejemplo— o para apoyar a algún vecino en caso de deceso de un familiar.

Restricciones de tiempo y espacio: Hace referencia al uso que los sujetos hacen del territorio en el que viven en relación con horarios de circulación, identificación de espacios de peligro o de excepción y los temores que los sujetos expresan sentir en ciertos lugares o a ciertas horas del día.

Dominación de género: Refiere a las situaciones mencionadas por los sujetos en donde las relaciones familiares se convierten en telón de fondo de situaciones concretas de violencia y, más concretamente, de violencia simbólica. Esta categoría hace referencia a la

fuerza estructuradora que las relaciones y roles de género tienen en la organización de la vida familiar. Incluye la manera que las personas elaboran un proyecto de vida con base en las exigencias que la pareja —o la noción que se tiene de relación de pareja— impone; la distribución de las tareas domésticas en el hogar; la categorización que se hace de los demás con base en los roles de géneros medianamente perfilados por los sujetos en las entrevistas.

- c. *Historización de la vida cotidiana*: Rescata la forma en que los miembros de la comunidad recuperan y revisten de valoraciones y significación su noción del pasado, la vivencia del presente y sus expectativas a futuro. Esta categoría registra la manera en que los sujetos colocan dentro de su mundo subjetivo los insumos que provienen de su historia personal, la historia de su comunidad y de su país. La historización proporciona algunas pistas para conocer cómo esta noción de pasado construye marcos interpretativos para vivir el presente y perfilar el futuro. Prácticamente esta es una categoría transversal a todas las demás.

Conflicto armado: Recoge las referencias que los entrevistados hacen sobre el conflicto civil bélico que caracterizó a El Salvador desde principios de la década de los 70 hasta la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. Se incorporan dentro de esta categoría las menciones que los sujetos hacen de hechos concretos, recuerdos y vivencias, pero también reflexiones y enunciados que, desde su punto de vista, expliquen la situación de conflicto. Esta categoría forma parte de la *Historización de la vida cotidiana*, por lo que en ocasiones se enmarca dentro de la rememoración de situaciones familiares que no necesariamente tienen al conflicto armado como detonador. Esta categoría aporta luces sobre la conformación de un *habitus* de la violencia en El Salvador, en la medida en que a partir de ella se pueden establecer vínculos interpretativos de la *Presencia de instituciones en la vida cotidiana* y de las *Políticas de convivencia* registradas.

- d. *Gestión cotidiana de la violencia*: En esta categoría se recogen las referencias hechas a situaciones en las que la violencia (en tanto agresión concreta o ejercicio de dominación) forma parte del paisaje cotidiano del sujeto o de su contexto más inmediato (la zona El Casco). Incluye la familia y los vecinos, la parroquia y las demás instituciones que regu-

lan la vida de la zona, el pasado, etc. Suele ir acompañada de la descripción de estrategias concretas para gestionar la presencia o la ocurrencia de fenómenos en los que la violencia se manifiesta en cualquier de las dimensiones que la definen en este trabajo: (a) como evento concreto en el que se ejerce la fuerza sobre otra persona, grupo o circunstancia; (b) como ejercicio de dominación ejercido en el plano de lo simbólico o de los procesos de generación y asignación de significado; y (c) como sistema de referencias mediante el cual se organiza la realidad circundante.

e. Relaciones familiares: Hace referencia a la presencia de relaciones —cordiales o no— con miembros de la familia en algún momento de la vida de los sujetos entrevistados. No solo se toma en cuenta las menciones que se hagan de los miembros que conforman el núcleo familiar, sino a todos lo que tengan algún parentesco. Está relacionada con la capacidad de los sujetos para historizar su vida cotidiana, pero también con las políticas de convivencia en el seno familiar que se presenten en su discurso. Normalmente, implican una actitud valorativa de parte del sujeto, gracias a la cual reconoce ciertos roles determinados en el mapa de relaciones familiares.

f. Construcción simbólica del territorio: Como se mencionó en el marco teórico de esta investigación, se parte del supuesto que el sujeto es capaz de redefinir los espacios en los que vive y se desenvuelve de acuerdo a las marcas simbólicas que le imprime y a la forma de interpretar y transmitir la historia dentro de dichos espacios. Esta categoría recoge las referencias de los entrevistados con respecto a esta capacidad y se divide fundamentalmente en dos aspectos:

Colonia Molina: Esta categoría agrupa todas las referencias que los entrevistados hicieron sobre la Colonia Molina como referente territorial de peligro y amenaza en la zona de El Casco.

Otros espacios: Aquí se agrupan los enunciados en los que se establecía una diferenciación simbólica entre el espacio seguro de la comunidad y el espacio inseguro de todo lo que estuviera fuera de la comunidad. Aquí se encuentran algunos de los referentes más importantes para establecer que el fenómeno de asignación de significado que se producía con respecto a la Colonia Molina, se replicaba hacia otros contextos. De este modo, se

puede sostener que la reconstitución del territorio en términos simbólicos estaba ligada, en este caso, a la necesidad de diferenciar entre el “nosotros” y el “ellos” territorial.

g. Categorización de los demás: Se refiere a los enunciados con los que se juzga a los demás, o se les coloca una marca específica que define su forma de ser de manera generalizada. Nos basamos en la idea que desarrolla Goffman en torno al proceso de estigmatización, que inicia cuando el sujeto es capaz de reconocer y reconstituir una serie de categorías sociales cuando está en presencia de determinados individuos, grupos o situaciones. La posición reflexiva del sujeto ejerce una fuerza transformadora sobre los atributos propios de una categoría. Lejos de considerarlas estancos fijos, las convierte en expectativas normativas o “demandas” inconscientemente presentadas en una situación de reconocimiento.

h. Narrativas sobre la violencia: Historias o relatos, referidos a hecho reales o ficticios, que se desprendieron de experiencias previas o de formas de explicar la realidad en las que se manifestaban cosmovisiones particulares del mundo. Reflejan una posición reflexiva del sujeto frente a la sociedad o al contexto en que se encuentra. Más allá de considerarlas interpretaciones acabadas y convincentes, demuestran la capacidad del sujeto para convertir su experiencia previa en material para la generación de sentido. Incluye explicaciones de la forma en que los sujetos se relacionan con las instituciones; recuperación de vivencias personales de la época del conflicto armado (en muchos casos, para hacer estas recuperaciones se recurría a la presencia de instituciones ya extintas o que todavía pertenecen al aparato gubernamental del Estado); referencias a adscripciones políticas y religiosas que sirven de asidero para explicaciones del mundo; aprendizajes orientados a la resolución de situaciones conflictivas, enunciados en forma de sentencias o frases lapidarias; y discursos llamativos con un alto contenido moralista aportados por algunos de los sujetos entrevistados.

IV. HISTORIA CULTURAL DE LAS VIOLENCIAS EN EL SALVADOR

4.1. “La mitad de la vida que nos dejaron”: leer la historia, comprender la violencia

4.1.1. ¿Por qué elaborar una Historia Cultural de las Violencias en El Salvador?

La opción por una forma particular de narrar una parte de la historia de El Salvador no es casual. La idea original de este capítulo surgió durante las primeras etapas de discusión sobre la presente investigación. Fue una respuesta a la necesidad de elaborar un marco contextual sobre el objeto de estudio de dicha investigación: las prácticas sociales que incorporan a la violencia como factor de estructuración. Su objetivo fundamental es elaborar, mediante un tipo de narrativa menos próxima a la historiografía clásica que a la crónica contemporánea, un recuento de los eventos clave para entender dos aspectos del fenómeno de la violencia: su presencia latente, casi invisible, en la vida cotidiana de los salvadoreños —reflejada hasta en los mínimos detalles de la convivencia cotidiana— y la recurrencia de sus expresiones más dramáticas, entre las cuales se destacan el conflicto armado concluido hace 14 años y la delincuencia en todas sus modalidades.

Por esta causa, y muy por el contrario de lo que se pudiera pensar, este capítulo no se construye exclusivamente de datos duros para ubicar los orígenes del fenómeno de la violencia en El Salvador. Tampoco pretende desarrollar una perspectiva cronológica y lineal del fenómeno. Más bien se trata de un esfuerzo por destacar —como se haría sobre la superficie de un mapa, colocando banderillas, resaltando con colores o colocando notas— algunos itinerarios a tomar en cuenta para comprender cómo se fue consolidando un tipo de prácticas que privilegiaban el uso de la violencia como recurso social y subjetivamente modelado para la gestión cotidiana de la vida.

Las líneas que siguen se componen de una serie de lecturas de algunas relaciones que se produjeron entre *actores y fuerzas sociales* (en su dimensión de protagonistas principales de determinados *episodios históricos*), *condiciones materiales* (económicas) y *estructuras sociales* (cuerpos de normas más o menos estables que rigen las relaciones entre ciertos actores o grupos sociales), que permitieron la consolidación de prácticas más o menos generalizadas en las que la exclu-

sión sistemática del *otro* rápidamente se colocó como norma de convivencia. Con esto, el presente capítulo se propone la construcción de panorámicas flexibles y abiertas, que tomen la forma de *episodios históricos* cuyo hilo conductor sea la aparición o intensificación de prácticas violentas. En ocasiones, estos episodios históricos estarán determinados por la ocurrencia de uno o dos eventos claramente identificables en la historia de El Salvador. En otras, se deberá hacer una lectura más extensiva en el tiempo para resaltar la naturaleza de las relaciones que habrán garantizado la agudización o permanencia de las prácticas violentas.

Pero, ¿en qué se diferencia una historia común y corriente de una historia cultural, tal cual se plantea este trabajo? Como se mencionó arriba, más que desarrollar un recorrido cronológico y lineal de episodios históricos concretos, el texto hará una lectura flexible de coyunturas o momentos que pudieron haber impactado el imaginario de los salvadoreños, al punto de consolidar una forma particular de utilización de la violencia en la cotidianidad. Así, si en términos de escenarios a estudiar la idea clave es la de *episodios históricos*, en términos de hilos conductores para dichos episodios la idea clave es la de *impactos en el imaginario*.

Al tratar de construir un cauce interpretativo de estos episodios y del posible impacto en el imaginario de un país, este ejercicio pretende realizar un rastreo de la manera en que consolidaron *matrices de cultura*, tal cual las entiende Martín-Barbero.²²⁰ No busca compartimentalizar el fluir permanente del tiempo en el espacio imaginado por una colectividad, a la manera en que lo hacen ciertos ejercicios historiográficos: separar actores individuales y grupales; enumerar contingencias naturales, sociales, económicas, políticas, etc.; destacar el peso específico de condicionantes exógenas y endógenas. El énfasis de estas líneas está, precisamente, en el ejercicio interpretativo de momentos que se consideran clave para modelar los márgenes entre los que se desarrolla la vida de un país. Se trata de “leer” el funcionamiento de aquellas estructuras de pensamiento que fueron movilizadas para hacer volver a la normalidad lo anómalo, aquello cuya naturaleza perturbadora llegó a tales niveles de dramatismo que no podía más que perturbar los órdenes precariamente instituidos por cada individuo y por el grupo social al que pertenecían para garantizarse un mínimo de seguridad y de certeza.

²²⁰ Martín-Barbero, 1987, especialmente el capítulo IV, “De la comunicación como asunto de medios a la cultura como espacio de identidades”, en donde el autor delinea con mayor profundidad su propuesta de entender a la comunicación como un *espacio* desde el cual enfrentarse a problemas de cultura.

4.1.2. ¿Por qué se habla de violencias en lugar de violencia?

No se puede atrapar al fenómeno de la violencia en una sola de sus manifestaciones. De hecho, la investigación en la que se inscribe esta historia cultural de las violencias no considera al fenómeno como un *mal social* (un enquistamiento nocivo de las relaciones sociales, se ha dicho). Por el contrario, se propone investigar la violencia como un *recurso social, estratégica y transversalmente constituido en el marco de las relaciones sociales de un grupo*. Esto permite pensar que la violencia opera como recurso constitutivo de un imaginario que no siempre se manifiesta en forma de estallidos agresivos, reductores o aniquiladores del cuerpo, pero que ha sido incorporado como parte integrante de los marcos interpretativos y órdenes simbólicos cotidianos. De este modo, es posible pensar que existen tantas formas de violencias como escenarios y actores participen de ella. Este texto intenta confeccionar un mapa muy básico —en muchos sentidos mejorable— en donde se resaltan estas diferencias de acuerdo a los episodios identificados. Así, habrá un tipo de violencia ligada a la aplicación de estrategias de expropiación de la tierra sobre amplios sectores de la población campesina salvadoreña. Habrá otro tipo de violencia ligada al deterioro de los espacios de participación política y de organización de sectores laborales determinados. Otras violencias estarán relacionadas con el enfrentamiento frontal de sectores que optaron por la organización armada para cumplir objetivos colectivos, o con la consolidación de patrones que regularan y reprimieran la circulación de ideas políticas o religiosas. También podrán darse formas de violencia ligadas a la segregación socioeconómica dentro de la ciudad, mediante su trazo urbano básico. Habrá formas de convivir con fenómenos sociales exacerbados con el fin de la guerra, como la delincuencia común o el apareamiento de esquemas organizativos marginales al sistema social (como las *maras*) y que, por lo tanto, introduzcan formas de convivir con la violencia social. Y, por supuesto, podrán existir violencias que se vivan en el día a día, ligadas a formas de dominación por el género o por las oposiciones generacionales dentro del grupo familiar. Las líneas que siguen intentan hacer una exploración histórica de los episodios en los que se habrían acentuado las condiciones posibilitantes de estas formas de ejercer violencia.

4.1.3. Estructura del documento

En principio, los episodios que serán destacados en estas líneas estarán delimitados dentro de la franja comprendida entre las últimas décadas del siglo XIX (fundamentalmente a partir 1880) y el inicio del siglo XXI. Ello porque corresponden a dos momentos históricos importantes para la consolidación del Estado salvadoreño: primero, con el establecimiento definitivo de un orden socio-político derivado de las reformas liberales aplicadas a la economía del país a finales de 1800; segundo, por el asenso al poder en 1989, por la vía democrática, de la derecha conservadora, la cual se ha encargado de redefinir la institucionalidad del Estado en función de su visión particular del momento de la posguerra. Ambos eventos marcan la consolidación de una estructura del Estado que no se agota en sí misma, sino que, por un lado, se alzó sobre la base de y, por otro, se convirtió en plataforma para un tipo de relaciones de dominación económica, social y sobre todo cultural.

Así, a partir del primer momento, se consolida la presencia de un Estado represor que aprovechó al máximo la cooptación de todos los miembros de la sociedad en la persecución del orden social anhelado por los sectores dominantes de la economía nacional. A partir del segundo momento, este Estado se transforma de cara a las corrientes neoliberales que empezaban a redibujar el mapa de relaciones globales entre naciones pobres y ricas, entre ejes de poder económico, entre oponentes ideológicos. Posteriormente, el tipo de represión que ejerce se ve súbitamente modificado por la firma de los Acuerdos de Paz que pusieron fin al conflicto armado en 1992. Ello no obstó para que los grupos poderosos modificaran sensiblemente las relaciones económicas de todo el país, privatizando servicios básicos y recomponiendo el Estado, modernizando el marco jurídico a su conveniencia, catalizando a su favor —en lo posible— las presiones sociales que le fueron heredadas de la época de guerra.

A través de cinco apartados, este texto reflexiona sobre la forma en que poco a poco la conciencia y la piel de los salvadoreños se fueron ajustando a los avatares de una historia que no parecía avanzar si no a fuerza de golpes certeros a la convivencia y al respeto a la diferencia. Se aborda, en primer término, las transformaciones que se produjeron en la tenencia de la tierra y que muchos autores consideran básicas para entender las razones que hicieron que la conflictividad social en El Salvador deviniera un conflicto armado en 1980. Posteriormente,

se exploran dos episodios históricos que son clave para entender la manera en que el miedo llegó a formar parte de la vida en la nación centroamericana: las brutales matanzas de campesinos indígenas en 1833 y 1932. Un tercer aspecto a analizar tiene que ver con la manera en que la política estatal y partidista se alzó sobre la base de la exclusión de sectores *non gratos* a los grupos dominantes durante casi un siglo. Una clave para dilucidar esta base se encuentra en el estudio de las sucesiones presidenciales que se produjeron desde 1885 hasta 2004. En cuarto lugar, se explora la dinámica generada por el conflicto armado entre la población. Se prestará especial atención a las ofensivas guerrilleras de 1981 y 1989, así como al magnicidio de Monseñor Óscar Arnulfo Romero y el asesinato de los sacerdotes jesuitas de la UCA de El Salvador y sus dos colaboradoras. El texto cierra con un recorrido *a vuelo de pájaro* a través de las expresiones más cotidianas de violencia en El Salvador de la posguerra, destacando la facilidad con que se “rearmó” por ley a la población en 1993 y la respuesta de los gobiernos de derecha, en los últimos tres años, al problema de las *maras*.

4.2. Rasgando la tierra con las manos: transformaciones en la propiedad de la tierra

La adicción de la oligarquía salvadoreña por el café le produjo un colapso nervioso a todo el país. Se dice que el rojizo grano comenzó a ocupar zonas de cultivo en El Salvador desde 1804. Tres décadas más tarde ya se podía hablar de un producto de mediana calidad, pero todavía en manos de alguno que otro excéntrico rico, ajeno a la gran mina de oro que representaba el añil o *índigo* en toda Centroamérica. Sin embargo, el declive del cultivo del añil se aceleró cuando, en 1879, Alemania empezó a exportar su tinte azul sintético. Si en un principio el país entero había sido diseñado para que los grandes hacendados utilizaran las tierras más bajas para el cultivo del añil, su declive produjo tal ansiedad entre los grandes terratenientes que lo primero que hubo que definir era qué se haría con la tierra y con quienes la trabajaban: los campesinos indígenas.

Las haciendas de añil requerían una mano de obra permanente durante todo el año. La planta permitía ritmos de siembra, cuidado y cosecha que medianamente sostenían la economía doméstica campesina. Obligados a servir al patrono de la hacienda, los campesinos trabaja-

ban a cambio de un pequeño terreno para cultivar y criar sus animales. Estos enjambres de minifundios fueron poco a poco absorbidos por la estructura administrativa del país en forma de *tierras ejidales o comunales*, muchas de ellas ubicadas en las regiones que le eran inservibles a los terratenientes: las montañas. Sin embargo, con la creciente necesidad de transformar al país en el centro cafetalero de Centroamérica, algunas familias acaudaladas ejercieron las presiones necesarias para que se acelerara un nuevo proceso de reordenamiento de la propiedad de la tierra que impuso la anulación de las tierras ejidales por efecto de la aplicación de una serie de leyes promulgadas entre 1880 y 1912. Esto condujo a que, en muy poco años, el mapa de la composición socioeconómica del país cambiara sensiblemente: hubo familias que, habiéndose enriquecido por el añil, simplemente desaparecieron del mapa de la oligarquía para dar paso a aquellas —la mayoría de origen extranjero— que pudieron invertir cierto capital en la siembra del grano y esperar su primer cosecha cinco años después.

Los apellidos de los grandes cafetaleros que se instalaron en las redes más altas del poder económico todavía resuenan en la mente de los salvadoreños: Escalón, Menéndez, Alfaro, Palomo, Regalado, Dueñas. A estos nombres se sumaron los de muchos extranjeros que se encargaron de dinamizar los sectores del comercio y los servicios en El Salvador: Deininger, De Sola, Hill, Mathies, Shonenberg. Todos ellos eran los *dueños de algo*. Eran diferentes de los que *no eran dueños de nada*, salvo de sus brazos para trabajar. El asenso de estos nuevos hacendados introdujo cambios en la estructura laboral campesina: de tener trabajo todo el año, los campesinos indígenas tuvieron que acostumbrarse a trabajar solo durante los tres meses que se les requería para la corta del café. La actividad misma implicaba grandes sacrificios: desplazarse por medios precarios o a pie, desde sus pueblos de origen hasta el casco de la hacienda más próxima; trabajar durante jornadas no reguladas a cambio de 4 o 5 dólares al día por grupo familiar y un almuerzo de tortillas más un puñado de frijoles por cabeza; dormir en galerones acondicionados más para el hacinamiento que para el descanso.

Este cambio en el panorama en la estructura de trabajo se produjo de la mano de las reformas liberales iniciadas por Rafael Zaldívar en 1881. Zaldívar es considerado por muchos como uno de los “hombres fuertes” que delineó al Estado salvadoreño tal cual se le conoció durante los siguientes 50 años. Condujo certeras acciones para abolir la propiedad comunal

indígena y facilitó la acumulación de tierra para familias ricas. Creó las condiciones idóneas para que un grupo selecto de acaudalados salvadoreños invirtieran en el café. Modificó los marcos jurídicos que regulaban el trabajo, de manera que se fue consolidando la vieja idea de que el que no trabajaba era un holgazán que merecía que el Estado lo obligara a entregarse de lleno a alguna actividad productiva.²²¹ Desde entonces, en El Salvador existe la clara línea divisoria entre los pobres del campo y los pobres de la ciudad: ambos echados a la suerte de la mera supervivencia, pero los primeros convertidos en el emblema del atraso y de la ignorancia. En el salvador como en muchos otros países de Latinoamérica, calificar a una persona de “indio” o *grencho* es una ofensa.

Zaldívar logró resumir en un cuerpo legal renovado —sostenido por una elemental institucionalidad estatal— la mentalidad y las aspiraciones de muchos intelectuales y oligarcas del país. Logró, con ello, oponer con gran fuerza a quienes sancionaban lo que era plausible de formar parte de un *status quo* deseado, de quienes deberían actuar como cómplices de dicho anhelo, so pena de llegar a perder la propia vida o de someterse a la marginalidad más abyecta si se negaban a colaborar. Entre tanto, la masa campesina crecía en su pobreza, rasgaba con sus manos la poca tierra que le quedaba para vivir y trabajar. La distancia social y cultural entre los terratenientes cafetaleros y la masa campesina de entonces era enorme en términos de condiciones de vida, pero también era mínima dado que no existía entre ellos una clase media constituida. Así, la polarización era grande en términos de condiciones materiales de existencia, pero las complicidades tejidas entre ambos sectores a fin de mantener un cierto *status quo* —dictado desde las capas más altas de la sociedad— también fueron fuertemente estructuradas. De eso dará cuenta el siguiente apartado.

Aunque estas condiciones de exclusión y dominación persistieron a lo largo de todo el siglo, lo cierto es que para el momento en que fueron redactados los Acuerdos de Paz, en los años previos a 1992, las condiciones de vida de los campesinos habían cambiado radicalmente como para esperar que las medidas adoptadas durante la posguerra para atender el problema de la tierra pudieran sentar las bases de una solución a largo plazo de la conflictividad social.

²²¹ Patricia Alvarenga (1996) refiere el hecho de que las leyes condenaban a quienes fueran encontrados deambulando por las calles en época de la cosecha de café. A fin de cuentas, el Estado salvadoreño de entonces facilitó por todos los medios que los hacendados contasen con la suficiente disponibilidad de mano de obra que les permitiera especular a su antojo con los salarios y las condiciones de trabajo. Ver Alvarenga, Patricia (1996), *Cultura y ética de la violencia. El salvador 1880-1932*. San José: Educa.

En primer lugar, para 1992 ya existía una clase media que, como muchas otras en Latinoamérica, se debatía entre inseguridades de diversa índole (laborales, económicas, profesionales, etc.) Los pocos intentos por industrializar el país a partir de la segunda mitad del siglo XX incorporaron al sector obrero como protagonista importante de la conflictividad social. Además, alimentaron el flujo de migrantes internos que dejaban sus tierras natales, agobiados por los pocos ingresos que les dejaban las actividades agrícolas. Así, la primera gran migración interna que vivió El Salvador se debió a estos cambios que afectaron al campesinado y que lo llevaron a buscar un modo de vida permanente en la ciudad de San Salvador.

Pero al elevarse los niveles de conflictividad social en la década de los 70, los pobres del campo y los pobres de la ciudad se unieron para crear un nuevo itinerario de sobrevivencia: la migración hacia EEUU. Esta fue la segunda ola migratoria, esta vez hacia fuera, que ha vivido El Salvador en su historia contemporánea. De este modo, el modesto reparto de tierra que se produjo en el marco del cumplimiento de los Acuerdos de Paz desde 1992, si bien alivió un poco el apremio del campesinado por contar con tierras en donde cultivar, no constituyó una solución radical de las desigualdades sociales existentes a finales de siglo. En ese entonces, los salvadoreños se habían acostumbrado a consumir frutas, verduras, hortalizas y carnes de importación. Para ese entonces, la verdadera solución o más bien, la válvula de escape, la verdadera fuente de inversión social para los salvadoreños pobres del campo y la ciudad eran los dólares que recibían de sus familiares residentes en EEUU. El campesinado así transformado no estaba contemplado dentro de la macro-planificación para el desarrollo que quedó esbozada en el texto de los Acuerdos. La violencia instituida por un sistema de expropiación de la tierra a principios del siglo, ahora formaba parte de uno nuevo: el de la expropiación del terruño, de la propia patria a favor de la búsqueda de un *sueño* que no llevaba el apelativo de *salvadoreño*.

4.3. Cortado de raíz: el movimiento indígena en el Siglo XX

El signo principal de las dos grandes movilizaciones revolucionarias de campesinos indígenas que se conocieron en toda la historia post-colonial de El Salvador fue la muerte. Una muerte

que marcó para siempre la vida del país. En ambas ocasiones, separadas no sin algo de asombro por un siglo, el motivo que llevó a un grupo de campesinos a alzarse en armas contra las autoridades locales fue el mismo: su relación con la tierra. Estando su historia y sus tradiciones tan ligadas a la tierra, era de esperar que en algún momento estallara un enfrentamiento que pusiera sobre la mesa las bases mismas del antagonismo cultural, que trastocara más radicalmente la balanza de relaciones de dominación que se mantuvo desde la época de la colonia. De este modo, para comprender los alcances reales y la importancia que tuvieron los alzamientos indígenas de 1833 y 1932, hay que ubicarlos como momentos de máxima tensión dentro de un esquema de dominación acuñado durante siglos. Aunque en términos historiográficos cada caso pueda explicarse como un capítulo cerrado en sí mismo, lo que acá interesa destacar es la manera en que cada caso se concatena en una compleja red de relaciones de poder que aportó los elementos centrales para configurar las relaciones con el poder, la inmovilidad por el miedo y la convivencia con la violencia en el futuro.

El primero de los levantamientos se produjo en 1833 en la zona de los indígenas Nonualcos. Unos 20 años antes se había producido un enfrentamiento violento entre indígenas y ladinos por causa de la inestabilidad en la aplicación de las Leyes de Indias en el país. Pero con la independencia de España, los terratenientes criollos iniciaron la implementación, a su gusto, de medidas que les permitieran acrecentar el tamaño de sus propiedades.²²² Muchos autores coinciden en afirmar que a la Corona española le interesaba mantener estable el sistema agrícola minifundista por que el grueso de sus ingresos provenía del tributo. Pero la independencia abolió principalmente este interés por el sistema agrícola minifundista, de manera que los indígenas se volvieron importantes casi exclusivamente como recurso para engrosar los ejércitos que libraban batallas en nombre de las facciones liberales y conservadoras que se disputaban el poder político de la región. El ritmo de trabajo para los trabajadores del campo cambió y se endurecieron las condiciones para ganar lo mínimo para vivir. Cada hacendado aplicaba la ley a su antojo y eran frecuentes los abusos de autoridad y los vejámenes contra la

²²² "No se sabe cuánta tierra fue tomada en esa época, pero cierta cantidad cayó bajo un decreto que estipulaba que toda tierra no adjudicada o sin usar debía ser convertida en propiedad privada. Dado el hecho de que la agricultura de tala y quema todavía practicada en forma amplia, requería que la tierra permaneciera sin usar durante varios años mientras recobraba su fertilidad, existían buenas posibilidades para apoderarse de esta tierra, esencial para el sistema agrícola de subsistencia". White, Alastair (1983), *El Salvador*. San Salvador: UCA Editores. p. 84-85.

dignidad indígena. En ese contexto nació y se formó Anastasio Aquino, líder de los indígenas Nonualcos que encabezó la revuelta del 33.

La movilización de los Nonualcos estuvo precedida por la toma de un cuartel en la ciudad de San Miguel, al occidente de El Salvador, en diciembre de 1832. Pero la acción más definitiva la emprendió Aquino el 3 y 4 de enero de 1833, iniciando con unos pocos hombres que atacaron con éxito pequeños puestos del ejército y se ganaron rápidamente el apoyo de otros indígenas campesinos. Algunos de sus simpatizantes fueron otros indígenas que habían sido reclutados forzosamente para servir como soldados regulares del endeble ejército nacional o de las facciones armadas liberales y conservadoras. La racha de victorias de Aquino se extendió hasta el 27 de febrero. Fueron más de seis semanas de permanentes movilizaciones en las que, con relativo éxito, se lograba convencer a más miembros de sumarse al grupo y vencer uno a uno los regimientos militares de vastas zonas de los departamentos de San Vicente y Zacatecoluca. Todo parece indicar que Aquino no buscaba hacerse del poder político, sino instaurar un orden diferente en la manera en que se administraba el trabajo de la tierra en el país, por lo cual no es de extrañar que hubiera logrado, tras su éxito, el reconocimiento de Rey de los Nonualcos. Pero el 28 de febrero las fuerzas militares se organizaron lo suficiente para derrotar a los alzados. “Si Aquino fue un ‘rebelde primitivo’”, asegura White, “el tratamiento que se le dio fue también primitivo; después de su ejecución en julio, su cabeza se colocó en una jaula y fue exhibida públicamente”.²²³

El segundo de los levantamientos ocurrió a un siglo de distancia, en 1932. En este caso, coincidieron dos figuras importantísimas en la historia moderna de El Salvador: el líder indígena José Feliciano Ama y el líder comunista Agustín Farabundo Martí. Este último fue el fundador de la FRTS. Hijo de un mediano agricultor que le procuró estudios en leyes, Martí figuró como peligro para el Estado desde su arresto y exilio hacia Guatemala en 1920. En Nicaragua formó parte del ejército de Augusto César Sandino pero al poco tiempo regresó a El Salvador para organizar la participación del PCS en las elecciones municipales de 1932. Sin embargo, un año antes se produjo la caída del entonces presidente, Arturo Araujo, a manos de su vicepresidente, el general Maximiliano Hernández Martínez, lo cual enturbió sensiblemente las

²²³ White, *Ibidem*, p. 87.

posibilidades de una libre participación política en el escenario electoral.²²⁴ La negativa de Hernández Martínez a reconocer los triunfos logrados por el PCS en las elecciones del 32 llevó a Martí a planear una insurrección general juntando las fuerzas de tres sectores importantes en la vida social y política de entonces: los estudiantes universitarios, los obreros miembros de la FRTS y una buena cantidad de indígenas de la región de Izalco, hacia el oriente del país, dirigidos por el cacique José Feliciano Ama. Para los indígenas sobran las razones para acompañar el movimiento. Habían soportado ya 50 años de malvivir a causa del café y de las transformaciones en la tenencia de la tierra heredadas del cambio de cultivo.

No se sabe a ciencia cierta cómo llegaron a oídos de Hernández Martínez los detalles de los planes de insurrección. Lo cierto es que éste pudo actuar con suficiente rapidez como para apresar y desaparecer a muchos líderes universitarios y sindicales —entre ellos, al propio Martí— sin que ninguno pudiera abortar del todo los planes de rebelión. Así, Ama y sus seguidores se alzaron en armas el 22 de enero. Esa noche varios volcanes de Guatemala y el volcán de Izalco en El Salvador hicieron erupción. Esa misma noche inició la represión de la revuelta. Las cifras más conservadoras aseguran que el ejército de Hernández Martínez mató a cerca de 4.000 personas, mientras que muchos otros hablan de 50.000 muertes. La cifra que perdura en la memoria de los salvadoreños es de 30.000 asesinados. El fuerte impacto que este evento tuvo en el imaginario de todo el país se debe, en parte, a que dichas muertes fueron ejecutadas en poco más de tres días. Los líderes de la revuelta y sus familias fueron perseguidos y aniquilados. Todo aquel que era sospechoso de haber participado en el alzamiento, era *puesto en cintura*, apaciguado por las tropas del ejército. Los resultados, allende las versiones oficiales y no oficiales de muertes efectivas, son escalofriantes: 30.000 muertos en tres días. 10.000 muertos por día. 416 por hora. 7 por minuto. Nada volvería a ser igual en El Salvador desde ese día.

²²⁴ Vale decir que estas circunstancias se mantuvieron hasta 1994, cuando se realizaron las primeras elecciones democráticas de la historia moderna del país.

*Todos nacimos medio muertos en 1932
sobrevivimos pero medio vivos
cada uno con una cuenta de treinta mil muertos enteros
que se puso a engordar sus intereses
sus réditos
y que hoy alcanza por untar muerte a los que siguen naciendo
medio muertos
medio vivos
Todos nacimos medio muertos en 1932
Ser salvadoreño es ser medio muerto
eso que se mueve
es la mitad de la vida que nos dejaron*

Todos (fragmento)
Roque Dalton

A Martí le tocó un cruel castigo: le borraron de la historia del país. Habrían de pasar 50 años para que su nombre figurara inolvidablemente como parte de las siglas del movimiento político-militar de izquierda que unificó la lucha guerrillera e inició la guerra civil en 1981: el FMLN. A Ama le tocó compartir el destino de quienes, como él pero con un siglo de anticipación, se habían atrevido a levantarse y reclamar mejores condiciones de vida: su cuerpo fue amarrado a una carreta que le llevó de pueblo en pueblo, para que todos vieran lo que le esperaba a quien se atreviera a desafiar al gobierno y los poderosos. “En las comunidades indígenas de las áreas cafetaleras de occidente [—]escena del levantamiento— los medios tradicionales fueron abandonados; los trajes tradicionales, desechados; y la lengua nahuatl nunca más fue hablada en público”.²²⁵

Si la primera violencia señalada en este capítulo, en **4.2. Rasgando la tierra con las manos: transformaciones en la propiedad de la tierra**, estaba relacionada con la instauración de un sistema de expropiación de la tierra y de organización forzosa del trabajo rural alrededor del cultivo del café, los episodios de las matanzas de indígenas en 1833 y 1932 marcan un tipo de violencia de doble filo: el de la aniquilación absoluta del adversario como único medio para garantizar un orden de las cosas y el de la complicidad de quienes son llamados por Alvarenga (1996) *sectores subordinados* en la consolidación de un *ethos* represor/cómplice en El Salvador.²²⁶ Posteriormente a la matanza del 32, el Estado logró consolidar un sistema de vigilancia y castigo en el que tenían una participación fundamental los propios ciudadanos. Re-

²²⁵ Armstrong, Robert y Janet Rubin (1983), *El Salvador, el rostro de la revolución*. San Salvador: UCA Editores. p. 37.

²²⁶ Alvarenga, Patricia (1996), *Cultura y ética de la violencia*. El Salvador 1880-1932. San José: Educa. 371 p.

velar las identidades de quienes fueran sospechosos, engrosar las filas de los cuerpos de seguridad militar, paramilitar y policial, someterse sin protestas a las condiciones de permanente control establecidas por autoridades... todo ello configuró una nueva relación de complicidad entre masas sometidas y grupos dominantes en El Salvador. De alguna manera, la base de la lógica de aniquilamiento que prevaleció durante los años más crudos del conflicto armado encuentra sus raíces en este período. A pesar de que el movimiento campesino indígena fue arrancado de raíz, el espacio vacío que quedó en la tierra que lo alimentó cedió su lugar a otro tipo de expresiones organizadas que, cuarenta años después, empezaron a encontrar su cauce de resolución en la toma de las armas, en el combate frontal a quienes, durante décadas, les habían negado el derecho de ser ciudadanos con pleno derecho a la existencia digna.

4.4. Los señores presidentes: deterioro de los espacios de participación política

La distancia política entre los grupos que controlaban el aparato productivo agrario de El Salvador y los ciudadanos comunes y corrientes se terminó de zanjar desde que se produjo la independencia del país. Como se mencionó antes, la principal riqueza que tenía una pequeña nación, bastante lejana de las rutas de intercambio comercial provenientes de Europa y las Antillas, era su tierra y, por supuesto, los campesinos indígenas que la trabajaban. Durante los años que sucedieron a la independencia, el crecimiento poblacional permitió que los grandes hacendados del añil se despreocuparan de la mano de obra que requerían para mantener estables sus negocios. Pero, como ya se señaló en las páginas anteriores, las transformaciones en la estructura de tenencia de la tierra que produjo la introducción del café durante los últimos años del siglo XIX alteraron este delicado equilibrio. Poco a poco se fue haciendo evidente para todos —oligarcas y campesinos por igual— que las barreras que los separaban en todas las esferas de la vida con excepción de la laboral resultaban en una acumulación peligrosa de tensiones que tarde o temprano resultaría en un conflicto social difícil de controlar. Varias estrategias fueron empleadas para contener esta acumulación de presiones sociales. La más importante pareció ser el mantenimiento de la distancia que separaba a los dos grupos en

el ámbito de lo político. Prácticamente, con la consolidación del proyecto liberal que resultó triunfante tras la independencia, la vida política de El Salvador estaba diseñada para marginar a quienes solo aportaban su fuerza laboral para dinamizar al país. Así, mientras las familias que concentraban la propiedad de las mejores tierras para el cultivo del café se encargaban de gobernar la nación, los ciudadanos solo servían para engrosar los ejércitos que se enfrentaban tras los constantes cismas entre grupos dominantes, cuando eventualmente los intereses de éstos chocaban.

En verdad, el proyecto liberal salvadoreño se mantuvo firme durante más de 65 años, desde el ascenso al poder del Capitán General Gerardo Barrios (1860), hasta la caída de Arturo Araujo a manos de su vicepresidente, el General Maximiliano Hernández Martínez, en 1931. Transitó, no obstante, por la sucesión convulsionada de 18 presidentes, en muchas ocasiones provocada por golpes de Estado o asesinatos flagrantes. Pero este proyecto no gozó en ningún momento de un líder que lograra mantener una relativa estabilidad que, desde lo político, mantuviera una igualmente relativa estabilidad en lo social y permeara en las estructuras simbólicas del quehacer cotidiano de un país, como ocurrió en México durante el Porfiriato. El Salvador esperó hasta el ascenso del militarismo para que este “líder” apareciera (Maximiliano Hernández Martínez) y quedara grabado en la conciencia de todos los salvadoreños, aún hoy en día.

Se dice que las posibilidades reales para que un militar empezara a ocupar cargos importantes en la conducción política del país fueron puestas por la misma oligarquía, al darse cuenta de que un ejército fuerte era garantía de orden. Pese a esta consideración, al militarismo en El Salvador se le deben muchas cosas. Más allá de las modificaciones a la institucionalidad y del dinamismo de la industria que se produjo de la mano de los militares, interesa destacar la línea divisoria que se estableció entre personas armadas y personas no armadas en la vida cotidiana de los salvadoreños. Si en el período comprendido entre 1880 y 1931 el pasaporte al poder era el dinero, el apellido, la cantidad de tierra acumulada, entre 1932 y 1979 el pasaporte lo constituyó una mezcla particular de represión civil, control sistemático de los espacios de participación política y recomposición súbita de los aparatos de gobierno por obra y gracia de golpes de Estado, todo lo cual era potestad del estamento militar. El Salvador vio desfilar

en esos años a nueve presidentes y tres juntas cívico-militares que se sucedieron por efecto de una huelga de brazos caídos, cinco golpes de Estado y seis períodos electorales convenientemente controlados por el gobierno militar para garantizar el asenso del candidato oficial (ver **Tabla 4.1**). Prácticamente nadie que no tuviera un lugar en los círculos de poder o que no hubiera podido hacerse de un precario espacio en los grupos opositores de izquierda podía tomar parte de estos hechos que, en última instancia, definían el derrotero del país.

Tabla 4.1: Sucesiones presidenciales desde 1876 hasta 2004

	NOMBRE	AÑOS DE GOBIERNO	CAUSA DE LA SALIDA
Gobiernos liberales	Rafael Zaldívar	1876-1885	Golpe de Estado
	Francisco Menéndez	1885-1890	Golpe de Estado
	Carlos Ezeta	1890-1894	Golpe de Estado
	Rafael Antonio Gutiérrez	1894-1898	Golpe de Estado
	Tomás Regalado	1898-1903	Golpe de Estado
	Pedro José Escalón	1903-1907	Elecciones
	Fernando Figueroa	1907-1911	Elecciones
	Manuel Enrique Araujo	1911-1913	Asesinato
	Carlos Meléndez	1913-1918	Elecciones
	Jorge Meléndez	1918-1922	Elecciones
	Alfonso Quiñónez	1922-1927	Elecciones
Apertura democrática	Pío Romero Bosque	1927-1930	Elecciones
	Arturo Araujo	1930-1931	Golpe de Estado
Gobiernos Militares	Maximiliano Hernández Martínez	1931-1944	Huelga de Brazos Caídos
	Andrés Ignacio Menéndez	1944 (mayo-octubre)	Golpe de Estado
	Carlos Castaneda Castro	1945-1948	Golpe de Estado
	Junta Cívico-Militar	1948-1950	Elecciones
	Óscar Osorio	1950-1956	Elecciones
	José María Lemus	1956-1960	Golpe de Estado
	Junta Cívico-Militar	1960-1961	Golpe de Estado
	Directorio Cívico-Militar	1961-1962	Elecciones
	Julio Adalberto Rivera	1962-1967	Elecciones
	Fidel Sánchez Hernández	1967-1972	Elecciones
	Arturo Armando Molina	1972-1977	Elecciones
	Carlos Humberto Romero	1977-1979	Golpe de Estado
Transición	Junta Cívico-Militar	1979-1980	Renuncia de sus miembros
	Junta Cívico-Militar	1980 (enero-marzo)	Renuncia de sus miembros
	Junta Cívico-Militar	1980-1982	Elecciones
Guerra Civil	José Napoleón Duarte	1982-1989	Elecciones
	Alfredo Cristiani	1989-1994	Elecciones
Gobiernos de derecha conservadora	Armando Calderón Sol	1994-1999	Elecciones
	Francisco Flores	1999-2004	Elecciones
	Antonio Saca	2004...	--

Todos los intentos por hacer que los sectores obreros, campesinos e intelectuales del país se incorporaran a la dinámica política, habían recibido altas dosis de represión. El sistema de participación política de El Salvador estaba deteriorado desde sus raíces y esto inhibía la posibilidad de que se produjera una síntesis de fuerzas, un balance entre proyectos ideológicos que ofrecían espacios radicalmente diferentes a los diferentes protagonistas de la conflictividad social imperante. De hecho, como se puede observar en el **Tabla 4.1**, la intentona reformista que sucedió al derrocamiento del coronel Carlos Humberto Romero en 1979 fue víctima de esa misma convulsión y de la incapacidad histórica de establecer vínculos sólidos y confiables entre fuerzas políticas dispares.

Con el gobierno del demócrata-cristiano José Napoleón Duarte (1982-1989) creció la expectativa de que este sistema de exclusión y aniquilamiento de la oposición política se revirtiera. Muy por el contrario, durante el gobierno de Duarte la guerra civil, declarada oficialmente por el FMLN en 1981, se recrudeció en parte por la ayuda militar de EEUU que llegó a representar un gasto de US\$1.000.000 diarios. Duarte heredó el esquema de represión sin responsable directo existente durante los gobiernos de las Juntas Cívico-Militares y que se encargaron del país desde 1979 hasta 1982. La respuesta de los sectores políticos marginados fue tajante: se formó el FDR como opción política no beligerante ni en el plano electoral ni en el militar, como expresión clara de que en El Salvador no había espacios reales de participación política que alentaran un cambio democrático; también se formó el FMLN, como expresión paralela de que en El Salvador la única manera de cambiar la situación imperante era el enfrentamiento armado. Desde entonces, los gobiernos democráticos adoptaron como norma que el cargo de Ministro de Defensa, segunda figura de mayor autoridad en el ejército después del Presidente Constitucional, sea ocupado por un militar. Cuando en 1989 asciende al poder Alfredo Cristiani, el primer presidente de la derecha conservadora, colocó en el Ministerio de Defensa a uno de los miembros de la llamada *Tandona*,²²⁷ una generación de militares graduados en 1966 y que llegaron a representar el sector ideológicamente más duro del

²²⁷ La expresión *Tandona* se refiere no solo al peso que lograron ocupar estos militares en la estructura del ejército que se encargó de la guerra civil durante toda la década de los ochenta. También hace referencia al hecho de que en el 66 se graduaron 47 oficiales, el doble de lo que se había dado el año anterior. Muchos de estos nuevos militares eran hijos de otros militares y de prominentes familias oligárquicas en El Salvador. Así, el ascenso del militarismo en El Salvador iniciado en 1932 daba su primer fruto en términos de la consolidación de una matriz cultural particular: una generación de jóvenes acostumbrados a vivir de la aniquilación de los opuestos, que habían crecido bajo el paradigma de que el orden y la disciplina que procuraba una formación militar rígida era garantía de asenso social... y también del triunfo de un modelo de desarrollo de un país, basado en la represión y la exclusión social y política.

ejército. Esto provocó que la represión se acrecentara a niveles preocupantes. En noviembre de 1989, durante la segunda ofensiva guerrillera, el ejército asesinó a cinco sacerdotes jesuitas, núcleo intelectual de la UCA, y a dos de sus colaboradoras, ocasionando así un acto de intolerancia ideológica sin precedentes en El Salvador. De este modo, inclusive con la celebración de unas elecciones que prometían un nivel especial de apertura —no la suficiente, empero, para que pudiera participar el FDR—, el nuevo gobierno de la derecha se mantuvo firme en la intención de zanjar un línea divisoria clara entre quienes gobernaban y quienes debían acatar y hacerse cómplices del sistema.

Cristiani participó del proceso que puso fin al conflicto armado. En 1992, en medio del grupo de negociadores que dieron forma al texto de los Acuerdos de Paz, literalmente se coló —gracias a alguna negociación diplomática oportuna— para colocar su firma en un texto que estaba dirigido a él únicamente para que le diera cumplimiento. Los Acuerdos, inconclusos, le fueron heredados a su sucesor, el oficialista Armando Calderón Sol, ganador de los primeros comicios democráticos desde 1929. Calderón Sol se instituyó como el presidente de la transición a la democracia. Heredó también un Estado en plena transformación, adecuado a las exigencias que la era de la globalización de las economías primer mundistas les dictaban a todos los países pobres. Este presidente vio resurgir con fuerza al movimiento social y sindical. Fue el responsable de aprobar una ley que permitía a casi cualquier ciudadano adquirir un arma para defender su propiedad y su vida. Percibió una buena cantidad de inversión extranjera, con lo que pudo concluir su mandato en medio de una estabilidad macroeconómica envidiable. Allaná el camino para que su sucesor, el también oficialista Francisco Flores Pérez, le otorgara la presidencia a la derecha conservadora por tercera ocasión en 1999.

Flores se esforzó por colocar al país en una situación de mediana visibilidad para el gran capital extranjero. Se dedicó a aparecer en revistas de análisis político y económico a nivel internacional, presentándose a sí mismo como un joven tecnócrata que había logrado convertirse en el presidente de una pujante nación. Modernizó el sistema de carreteras e inició una serie de planes de desarrollo para mejorar sensiblemente la infraestructura portuaria y aeroportuaria del país. Le cambió la cara a la economía de El Salvador tras legalizar el dólar estadounidense como moneda nacional y hacer desaparecer, en poco menos de seis meses, todo rastro

de la moneda anterior: el colón. También fue el artífice del plan de cero tolerancia hacia las *maras* llamado *Plan Mano Dura*, que le permitió facilitar el asenso al poder, en 2004, a Antonio Saca, el cuarto presidente de la derecha conservadora que ha gobernado el país desde 1989. Cristiani, Calderón Sol, Flores y Saca representan hoy en día las cuatro extremidades de un proyecto conservador que ha transformado radicalmente al Estado salvadoreño, incorporando un *ethos* diferente al que logró inaugurar Zaldívar en 1880 (y cuya constitución merece un análisis más riguroso que el que pudieran ofrecer estas páginas).

Aunque la participación política se abrió desde 1994, el sistema político-partidista manifiesta los mismos síntomas de agotamiento que se muestran en todos los países del mundo. Ello lo demuestra el hecho de que una de las herramientas más poderosas que utilizó Saca para triunfar en 2004 fue el miedo: durante su campaña electoral, prometió la aplicación del *Plan Súper Mano Dura* —ese fue su principal gancho electoral—, mientras que sus anónimos patrocinadores divulgaban información por radio, medios impresos y por la televisión, divulgando un escenario ficticio, según la cual los salvadoreños residentes en EEUU no podrían enviar más dinero al país si la izquierda llegaba a triunfar. En las fábricas y en los bancos circulaban notas en las que se prevenía a los trabajadores de votar por la izquierda, porque de lo contrario los dueños de las empresas se verían obligados a retirar su capital del país y a proceder con despidos masivos. Los medios informativos más dóciles al gobierno se encargaron de divulgar imágenes de la precariedad en las condiciones de vida de Cuba y los viejos estigmas de “comunista”, “antisocial”, “enemigo de la patria” cobraron una fuerza inusitada. Fue a través del miedo que el proyecto político de la derecha logró hacerse de un cuarto presidente: Antonio Saca, un salvadoreño de origen palestino, proveniente de una familia que ascendió al poder económico hace más de cien años, en la época en que muchos emigrantes lograron apropiarse de los medios para explotar el café. Ese triunfo, ¿acaso no debería ser interpretado como el triunfo de un esquema excluyente de relaciones sociales, en donde la negación de las aspiraciones de los sectores más desfavorecidos marca la pauta de la participación política?

4.5. Vivir para aniquilar al otro: pasado y presente del conflicto armado

Mucho antes de 1981 ya se libraba una guerra civil en El Salvador. Los primeros grupos político-militares que buscaban la toma del poder por las armas empezaron a operar desde mediados de la década de los 70. A cambio, el Estado —todavía bajo el control de los militares— y los grupos económicamente poderosos les dispensaron dosis generosas de represión violenta, persecución política y terror generalizado. La excepción de las garantías constitucionales y el toque de queda existían sin necesidad de que hubiera un decreto que los ordenara. Las desapariciones eran cosa de todos los días y ya operaban grupos de limpia social, dedicados a desaparecer del mapa a los que se consideraban demasiado peligrosos para el sistema por sus ideas. Marchar o protestar públicamente en nombre de alguna reivindicación social o laboral significaba la automática adición a las largas listas negras de sujetos controlados y, en el peor de los casos, perseguidos por los cuerpos de seguridad. Y sin embargo, el movimiento social estaba en pleno auge.

Entre 1969 y 1975 las organizaciones laborales campesinas lograron un nivel de organización y de presencia nunca antes visto. Lograron en poco tiempo conjuntar su trabajo con el de otras organizaciones de estudiantes universitarios y con los gremios de maestros y habitantes de tugurios. Con la conformación del BPR en 1975, la organización popular laboral y campesina alcanzó un nivel más refinado de organización y acción. Al Bloque se unieron también el FAPU, las LP-28 y el MLP. Estas organizaciones ya operaban con mucha fuerza desde 1974 y pertenecer a ellas ofrecía algo así como un espacio óptimo para realizar acciones de hecho en función de las reivindicaciones sociales más urgentes: marchas y protestas, tomas de tierras, plantones. Todo ello les procuraba cierta presencia en los medios nacionales y extranjeros. Las organizaciones político-militares se diferenciaban de estas otras por optar por la clandestinidad y la lucha armada como medio para expresar su inconformidad con el sistema. Representaban una actualización de lo que había sido el PCS para los campesinos indígenas en el pasado. Estas organizaciones²²⁸ se unieron en mayo de 1980 para dar forma a la DRUPM, que cinco meses después se convertiría en el FMLN. La contracara de esta organización

²²⁸ De estas organizaciones, la de más larga data eran las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), que operaban desde 1970. Luego le seguía el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de 1972; el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) y las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), ambas de 1975; y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL-PCS), de 1980.

popular la constituían los cuerpos de seguridad del Estado (La Guardia Nacional y la Policía de Hacienda), los cuerpos de seguridad civil (los Patrulleros, Guardias Civiles y Defensas Civiles) y los grupos paramilitares de extrema derecha (fundamentalmente, los Escuadrones de la Muerte).

Frente a este panorama, este recuento interpretativo de la historia de la guerra no puede suscribir la idea manejada por muchos intelectuales no orgánicos que colocaban a la gran masa campesina, obrera y a la población civil en general como una especie de *tercero adormecido*, poseedor de una especie de estado impoluto, de una inocencia histórica que los convertía en las víctimas directas del enfrentamiento entre dos polos aparentemente bien identificables. Vivir en una sociedad en guerra, sin ser soldado y sin ser guerrillero, implicaba desarrollar una serie de estrategias de supervivencia cotidiana que obligaban a cualquiera a establecer *pactos transitorios* con alguna de las partes en conflicto. El carácter y la duración de dichos pactos dependían de la situación que los exigía. Durante la ofensiva guerrillera de 1989, por ejemplo, si una casa era acondicionada para servir de trinchera por uno de los bandos (ejército o guerrilla), sus habitantes debían corresponder con lo posible (suministrando comida, agua y medicinas, permitiendo el ingreso de los combatientes, aislándose por completo de la vida comunitaria más próxima) con tal de sobrevivir. Ello implicaba negar cualquier vínculo con el oponente, aunque en verdad existiera. Esta maleabilidad en el vínculo pragmático hacia los bandos de parte de la población civil acaso habría estado a la base —la base en términos de estructura de pensamiento, de matriz cultural— de lo dilatado del conflicto armado, de la incapacidad que tanto el ejército como la guerrilla demostraron para movilizar a grandes sectores de la población a favor de sus respectivos proyectos.

El estallido de la guerra en 1981 estuvo precedido de un magnicidio todavía fresco en la memoria de muchos salvadoreños: el asesinato de Monseñor Óscar Arnulfo Romero en 1980. La guerra inició su declive, paradójicamente, con otro asesinato que fue expresión de una creciente intolerancia hacia la diferencia ideológica: el de los cinco sacerdotes jesuitas de la UCA y sus dos colaboradoras. Romero murió de dos disparos cuando oficiaba una misa en la capilla Divina Providencia, al noreste de la capital. A los jesuitas los despertaron en la madrugada del 11 de noviembre y les dieron a cada uno un disparo en la cabeza tras obligarlos a

tenderse boca abajo en el jardín de su residencia en la UCA. Luego, un efectivo del ejército abrió fuego contra los cuerpos sin vida con su ametralladora. Entre estas muertes hubo muchas otras más que fueron consolidando en la mente de los salvadoreños la idea de que ante la devaluación absoluta de la vida, lo mejor era mantenerse al margen de todo y de todos. Salvar el propio pellejo. Escondarse en el establecimiento comercial más cercano —el que estuviera menos abarrotado—, saltando o caminando en cuclillas de aquí para allá, como en un ballet macabro, cuando se desataba una balacera en las calles de la capital. Hablar en voz baja cuando se mencionaba alguna de las siguientes palabras: guerrillero o sus equivalente (*compas, compañeros, muchachos*), Frente (en alusión al FMLN), “la Guardia”, policías, montaña. Mientras tanto, el FMLN y su lucha también se instalaban en el imaginario de los salvadoreños en medio del bombardeo y la manipulación de los medios informativos oficiales u oficialistas. Las dos ofensivas que protagonizaron pretendieron, sin éxito, alentar un levantamiento popular masivo para ocupar el poder por la vía armada. Sus líderes se formaron en el marco de una política —en su sentido más amplio— que pretendía la anulación completa de lo que el oponente podía llegar a significar en la vida del país. Además, el FMLN tuvo que lidiar con las diferencias internas que lo definían como un frente amplio de acción político-militar: en el futuro, muchos salvadoreños también recordarían con pesar los asesinatos de alcaldes, en su mayoría demócratas cristianos, los secuestros de prominentes empresarios y figuras públicas, así como los daños a la infraestructura urbana básica, todo ello organizado por el FMLN. Entre 1981 y 1992 muchos optaron por una forma de vida que implicaba aniquilar al otro. Con ello, la muerte de unos implicaba vida en dos sentidos: la del militante que, desde cualquiera de los bandos, también pugnaba por salir vivo de cada enfrentamiento frontal, y la del proyecto al cual se había adscrito, amenazado permanentemente por la persistencia el oponente. La lógica de la violencia exacerbada durante la guerra se convirtió en una poderosa fuerza modeladora del imaginario de El Salvador del siglo XXI. El trayecto permanente entre vida y muerte (vivir para dar la vida, matar para conservarla, vivir para aniquilar al otro) hizo que, como nunca antes en la historia del país, la violencia adoptara la forma de un valor en sí mismo, de un elemento simbólico que le daba sentido a toda acción, a toda decisión, a toda toma de postura. Cuando se acabó la guerra, cuando los líderes de las partes en conflicto se

vieron obligados a pactar el fin de los enfrentamientos y planificaron la pacificación de la sociedad, no se pudo afectar el delicado trazo que se había tatuado en la mente de los salvadoreños. Todas las historias de terror y de zozobra que se acumularon durante la guerra y los años previos a ésta se convirtieron poco a poco en un recuerdo más, entre muchos otros, historias para ser contadas o para mascullar en silencio. Huellas imborrables, de cualquier manera. Estas narrativas biográficas crearon un delgado pero sólido sedimento sobre una superficie ya convulsa de viejas memorias, individuales e históricas, en las que rápidamente se instaló lo que muchos autores llamarían, ya en la posguerra, la *cultura de la violencia*.

4.6. Recomposición de vínculos sociales: el mosaico de la violencia contemporánea

Balas y bombas dejaron de resonar como telón de fondo del diario vivir cuando los Acuerdos de Paz pusieron fin a la guerra. Se celebró a lo grande, en sendas concentraciones organizadas por los dos bandos que recién salían de su pugna. A partir de 1992, El Salvador era un país en paz. Irremediablemente, esto implicó comenzar un proceso acelerado de incorporación de actores sociales y fuerzas que tradicionalmente habían permanecido en la completa oscuridad o en la cima más intocable de la escala de lo simbólico. Los que se habían ido *a las montañas* a apoyar la causa guerrillera, debieron salir de la clandestinidad y exhibirse nuevamente frente a los demás. Los que vistieron de verde olivo y portaron las armas que el Congreso estadounidense les facilitaba para combatir la amenaza terrorista, debieron acostumbrarse a vivir de otra cosa que no fuera perseguir a sus opuestos. Los que habían hecho limpieza social desde las diversas modalidades de *Escuadrones de la Muerte*, se aprestaron para negociar un tipo de incorporación a la nueva sociedad en paz que no les implicara un riesgo. Arriba y abajo en la escala social del país existían muchas incertidumbres. Mucho que contar. Muy poco ánimo para contarlo y, quizás, también para aceptarlo o tan siquiera escucharlo. Un primer empujón para “facilitar” este proceso lo dio el gobierno de Cristiani cuando promulgó una Ley de Amnistía General para todos los que hubieran cometido crímenes contra los derechos humanos durante el conflicto armado. A la fecha, muchas organizaciones civiles todavía exigen que se revisen las condiciones de la amnistía, bajo la consigna de que para

perdonar no solo es necesario olvidar, sino sobre todo hacer justicia y reparar el daño infligido a las víctimas. Al cerrarse la posibilidad de juzgar para reparar el daño, la sociedad salvadoreña se convirtió en el escenario donde deambulaban con absoluta libertad muchos asesinatos con sus muertos a cuestas. El oprobio del pasado se acalló al igual que las balas y las bombas, pero persistió la pena y la impotencia de los dolientes. Se pasaba de una violencia en donde la vida se vivía *pecho a tierra*, agazapado frente a la posibilidad de una muerte fortuita y arbitraria, a una que imponía mordazas a la historia pero que revelaba con todo su dramatismo los componentes que operativizaban el sistema creado durante la guerra: los combatientes y sus historias.

Nuevas formas de exclusión social se fueron configurando. La primera de ellas afectó sensiblemente a estos combatientes. A partir de 1992, a estos viejos guerreros se les llamaría llanamente *excombatientes* o *desmovilizados*. Jamás se generó un término, un nombre que los calificara en función de su reinserción a la vida productiva del país —en el entendido de que un país no solo produce riqueza material. Los desmovilizados esperaron sin éxito que el gobierno de la posguerra les proporcionara un reparo mínimo, muchas veces exigido en forma de indemnización, por todo lo que tuvieron que sacrificar durante los años de la guerra. Nadie, desde entonces, ha respondido a su demanda. Durante el gobierno de Calderón Sol, estos grupos demostraron que la marginación a la que les obligaba la situación de la posguerra era suficiente motivo para olvidar sus orígenes opuestos y se unieron para desarrollar las protestas mejor organizadas y más efectivas en términos de desestabilización que vio la década de los 90 en El Salvador. Su accionar tuvo tanta fuerza que tanto Calderón Sol como Flores Pérez se vieron obligados a utilizar las fuerzas antimotines de la PNC para aplacar las protestas que realizaban. Durante un tiempo, entre 1996 y 2002, el gas lacrimógeno, las balas de goma, los cañones de agua y los transparentes escudos de los cuerpos antimotines regresaron al escenario cotidiano de los salvadoreños. Las viejas estrategias ciudadanas para esquivar estos estallidos, eventualmente tuvieron que volver a ser aplicadas en las calles de la ciudad.

Otra forma de exclusión recayó sobre otro grupo que empezó a formar parte constitutiva del paisaje social del país: los salvadoreños deportados de EEUU. Al terminar la guerra, el gobierno estadounidense recrudenció su política de deportación de salvadoreños *non gratos* por

tener expedientes criminales abiertos. Muchos de estos deportados eran jóvenes que traían auestas una doble situación de marginación socioeconómica: la de su propio país, que los había expulsado por la precariedad de las condiciones de vida y de trabajo, y la de la potencia norteamericana, que los había recibido como intrusos, les había negado una identidad, les había orillado a realizar trabajos subterráneos y, por qué no, a buscar una forma de vida en el crimen organizado. Una de estas formas organizadas de vivir al margen de la legalidad fue el de las pandillas, *gangs* o *maras*, entre las cuales la *mara salvatrucha* llegó a tener mucho renombre. Todavía en los días recientes, las redadas policiales que el gobierno de EEUU ha organizado para continuar con su política de captura y deportación, tienen como principal enemigo a estas *maras*. La problemática se agudizó cuando estos deportados tuvieron que añadir a su situación de doble marginación, una tercera faceta: la de su regreso a El Salvador.²²⁹

Sus cuerpos estaban tatuados con una escritura que transgredía todas las normas de lectura. Su forma de hablar era ridiculizada, por mezclar un acento que no era propio del país con un léxico híbrido entre el inglés y el español. El movimiento de sus brazos y sus piernas al andar, la ropa que vestían, sus gustos musicales... todo parecía estallar en las pupilas desacostumbradas de los salvadoreños que los vieron, de la noche a la mañana, deambular por las calles buscando un espacio que les fue sistemáticamente negado. Estos grupos exportaron con mucha efectividad los patrones organizativos de las pandillas de EEUU y rápidamente conformaron un fenómeno social cuya densidad cultural se debe, en parte, a que concentran esta triple situación de exclusión socioeconómica (El Salvador-EEUU-El Salvador). Los lazos sociales que existían entre estos actores sociales, combatientes y deportados, fueron sometidos a un proceso acelerado de recomposición social cuyos saldos todavía trastocan la convivencia pacífica de los ciudadanos.

Hubo, adicionalmente, dos acontecimientos que marcaron *de profundis* este proceso de recomposición de lazos sociales: la facilidad con que se pusieron a circular armas en la sociedad salvadoreña de la posguerra y la aplicación de los planes *Mano Dura* para contener los niveles de delincuencia. Uno de los objetivos de los Acuerdos de Paz era propiciar la progresiva

²²⁹ Para un estudio etnográfico básico sobre la situación que viven estos jóvenes deportados a El Salvador, ver Zilberg, Elana (2005), "Los locos expulsados del reino. Delineando la geografía de la violencia de las pandillas entre las Américas (Los Ángeles y San Salvador)", en Reguillo, Rossana y Marcial Godoy (coords.), *Ciudades translocales: espacio, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. Guadalajara: ITESO/SSRC.

desmilitarización de la sociedad, lo cual requería indefectiblemente hacer un inventario de todas las armas que fuera posible censar y proceder a su destrucción inmediata. Las iniciativas de *Armas de fuego por alimentos*, cofinanciadas por las Naciones Unidas, tuvieron un éxito relativo durante los primeros años de la posguerra. Pero en ese contexto las fuerzas políticas conservadoras del país, en alianza con el gobierno de Alfredo Cristiani y de Armando Calderón Sol, abortaron este proceso aprobando una serie de modificaciones a la Ley de Armas que permitían que prácticamente cualquier salvadoreño que quisiera —entiéndase, que tuviera suficiente dinero— adquiriera un arma en nombre de la defensa de su propiedad y de su vida. La Ley, según Cruz (2001),²³⁰ facilitó que todos aquellos que hubieran conservado pertrechos de guerra pudieran inscribirlos y portarlos sin mayor problema. Desde entonces, los delitos cometidos con arma de fuego representan un porcentaje significativo del total de delitos que atentan contra la vida de las personas en El Salvador.

En 1999, se introdujeron 21 nuevos artículos a esta ley, lo cual permitió, entre otras cosas, que los ciudadanos pudieran tener en sus casas armas propias para actividades de asalto o de guerra (fusiles y carabinas de hasta 11,6 milímetros de calibre). Cruz señala muy acertadamente que con la introducción de estas enmiendas a la Ley, se pasó de un criterio de defensa de la vida y la propiedad a uno de *contrataque*²³¹ hacia el que pudiera amenazar tales derechos del ciudadano. La Ley de Armas así diseñada sentó las bases para que el país volviera a ser un campo de batalla cuyo detonante principal estaría en el ámbito de lo privado y no de lo público, como ocurría en la década de los 70 y 80. La entrada en vigencia de los planes *Mano Dura*, inaugurada en los últimos años de la presidencia de Francisco Flores, obedece en alguna medida a los efectos que esta libre circulación de armas generó en la sociedad. A Flores y a su grupo de asesores se les ocurrió lanzar los planes en el marco de una convulsión mediática generada en Honduras, en la cual los atropellos contra la tranquilidad de los hondureños por parte de las *maras* se convirtieron en el principal tema de difusión durante varias semanas. El presidente Ricardo Maduro asumió el reto de combatir el problema ordenando una serie de redadas y medidas extremas de vigilancia que condujeron a la captura de muchos presuntos

²³⁰ Cruz, José Miguel y María Antonieta Beltrán (2001), "II. Las armas en El Salvador: su situación y su impacto", en Martínez Patrone, Nadia *et al.* (Coords.), *El arsenal invisible: armas livianas y seguridad ciudadana en la postguerra centroamericana*. San José: Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

²³¹ *Ibidem*, p. 151.

integrantes de *maras*. El gobierno de Flores en El Salvador simplemente copió las medidas adoptadas por su homólogo hondureño, pero las desplegó dentro de una campaña de *marketing* político cuyo principal distintivo fue el nombre: *Plan Mano Dura*.

Flores aprovechó la animadversión que la presencia de los *mareros* generaban en todos los niveles de la sociedad salvadoreña: se les encuentra en las esquinas, pidiendo dinero insistentemente a los transeúntes; se suben a los autobuses del transporte urbano, generalmente en parejas, para contar escalofrantes historias de encarcelamientos, capturas violentas, heridas inflingidas en asaltos frustrados, y solicitan la colaboración económica de los amables usuarios del transporte público para no tener que volver a sus malandanzas; los pleitos por territorio que protagonizan han llegado a involucrar armas de bajo calibre y granadas; hay zonas de paso en donde cómodamente piden una especie de impuesto para garantizar la seguridad de quienes circulan por ahí a pie o en vehículo. Se dice que mantienen lazos estrechos con distribuidores de droga y de mercancías robadas —que no suelen ser identificados como otros miembros de *maras*— e incluso se les ha llegado a asociar con la práctica de rituales satánicos. El combate frontal al problema que Flores prometió le valió un significativo incremento en su popularidad, justo cuando estaba a punto de dejar la presidencia. Le valió asimismo un interesante poder de convocatoria a quien se convertiría en su sucesor, el candidato oficialista Antonio Saca. La creatividad del equipo de campaña de Saca solo le alcanzó para prometer, como parte de su política de seguridad pública, la aplicación del *Plan Súper Mano Dura*, emulando con ello el éxito del *marketing* político de su antecesor. Pero ninguno de los dos planes ha tenido el éxito deseado por sus creadores.

A partir de la segunda mitad de 2003, El Salvador se ha convertido en un país tan peligroso para sus habitantes como durante los peores años de la guerra civil de los 80. Solo durante 2004, cifras proporcionadas por la PNC arrojaban un saldo de 2.760 asesinatos. 230 personas morían de forma violenta por mes. Casi 8 muertes al día. Esto equivale a afirmar que un salvadoreño o salvadoreña caía muerto cada hora durante una jornada laboral completa. La política de control y represión inaugurada por Flores solo logró exacerbar los ánimos de una sociedad en la que existían condiciones culturales y objetivas para articular esquemas complejos, *capilares* de aplicación de estrategias violentas. El complejo mosaico de la violencia sacado a la

luz durante la transición democrática adquiriría un poder de determinación de los destinos del país solo igualado por el enfrentamiento armado de los 80. Ello no solo implicó el afianzamiento de esta sensación del *tiro fácil* entre los ciudadanos armados. También condujo a un reposicionamiento de las estructuras simbólicas que regulaban, en el imaginario, las sensaciones provocadas por la amenaza, la sospecha, el miedo y la reacción frente a estas tres situaciones. Así, los planes *Mano Dura* no hicieron más que demostrar la manera en que la política colapsaba irremediablemente frente a las lógicas más cotidianas de administración de la diferencia. Frente a la Ley, la norma social operaba con mucha mayor fuerza ordenando la sociedad. La población civil demostró estar capacitada para traducir este cuerpo legal propenso a la captura y el castigo arbitrario —mucho del poder de acción ganado con los planes *Mano Dura* se basó en la mera sospecha de pertenecer a una agrupación ilegal, como fueron llamadas las *maras* durante algún tiempo— en un cuerpo normativo tolerante hacia la aplicación antojadiza del *ojo por ojo*.

El mosaico de las violencias contemporáneas en El Salvador es complejo y variopinto. Pasa por la solicitud del niño que, en algún semáforo de la capital, pide dinero por lavar el parabrisas del vehículo con una piedra en la mano. Atraviesa campante los cordones de pobreza que componen un desordenado mapa de franjas y guetos a lo largo y ancho de toda el AMSS, como simulando un cuerpo lleno de pequeñas pero numerosas cicatrices, alargadas y delgadas, muchas de ellas sin curar desde que fueron creadas por el filo punzante de un terremoto, un desplazamiento obligado por la guerra, una concentración cercana a centros de trabajo o a colonias acomodadas. Se da una vuelta por los hogares donde una madre corrige a sus hijos con gritos y golpes, donde un padre arremete con toda la fuerza de sus frustraciones contra su cónyuge. Se coloca detrás del escritorio del burócrata que espera un favor a cambio del servicio público por el cual le pagan. Le grita al oído al pasajero de autobús que soporta el mal estado de las unidades de transporte y el peligro gratuitamente proporcionado por los conductores más temerarios que existen sobre las calles y carreteras del país: los *buseros* o choferes de camión. En El Salvador de nuestros días, es común pelearse acaloradamente con un conductor que irrespeta flagrantemente las normas viales. Pero también es común esperar, intranquilamente, que el oponente transitorio sea lo suficientemente despiadado como para

blandir su arma de fuego y desquitar la afrenta con un par de tiros a quemarropa. El que se atreve a entrar a esta dinámica simplemente se juega el todo por el todo. Si el pleito acaba con un simple intercambio de palabras no tan dóciles para las buenas costumbres o con un generoso intercambio de golpes, el saldo inmediato podrá ser un suspiro de alivio. *Por lo menos hoy no me 'cuetiaron'* (abatir a balazos), pensará nuestra hipotética víctima.

4.7. Para finalizar: algunas deudas de esta historia cultural

Como toda interpretación de fenómenos sociales e históricos, estas líneas no pueden más que ser, en esencia, incompletas. Constituyen una toma de posición muy particular frente a la manera en que ha transcurrido la historia de El Salvador y también frente a la manera en que ha sido narrado ese transcurso. Como intento por delinear una historia cultural de las violencias, este capítulo destaca una serie de relaciones interpretativas que moldean los componentes básicos de lo que podría ser el rompecabezas abierto y flexible de la consolidación de un patrón de relaciones sociales en donde se privilegia a la violencia como recurso estratégico para la acción social. Se ha tratado de poner énfasis en la manera en que un sujeto intencionalmente definido en términos amplios —la población de El Salvador y algunas de sus caracterizaciones (campesinos, obreros, sociedad civil, etc.)— ha sido partícipe del proceso de consolidación de estos patrones, más allá del determinismo que las condiciones históricas imponen.

Sin embargo, este ejercicio deja muchos hilos sueltos que, por razones de tiempo y espacio, no han podido ser tratados con la rigurosidad que merecen. Para entender el mosaico de la violencia que caracteriza a El Salvador en nuestros días, es necesario no perder de vistas estos otros itinerarios que también componen el complejo mapa que alimenta la situación actual de violencia social. En las líneas que siguen se plantean algunos de los aspectos de la historia de El Salvador que no fueron contemplados en este recuento interpretativo.

1. *El contexto internacional y su papel determinante en la conflictividad acumulada desde 1932.* Quienes supieron de la situación de guerra en El Salvador durante la década de los 80, lo hicieron en el marco de los múltiples aderezos que componían el plato fuerte del conflic-

to Este/Oeste en el mundo. La oposición de las grandes potencias del momento —que instaló en el imaginario de todo el planeta la existencia de *dos mundos* de los cuales dependía un *tercero* siempre en desventaja— le dio forma a la vida de generaciones enteras no solo en Centroamérica. Entender la manera en que la guerra salvadoreña se convirtió en un *Conflicto de baja intensidad* implica estudiar con detenimiento los avatares de la sucesión de James Carter y la reelección de Ronald Reagan en la presidencia de los EEUU. Implica estudiar la manera en que el globo terráqueo se convirtió en un mapa de rutas para el trasiego de armas y dinero desde los dos bloques hacia sus facciones diseminadas por todo el globo. Requiere un vistazo a la situación del triunfo electoral de Salvador Allende en Chile y su cruento derrocamiento, así como del triunfo del sandinismo en Nicaragua y de la presencia de Fidel Castro en Cuba, entre otros aspectos.

2. *Seguimiento a las generaciones de poetas y artistas que definieron otros cauces de expresión del conflicto y la violencia.* En El Salvador se generó una estética del conflicto, de la exclusión y de la muerte prácticamente desde la década de los 60. El caso emblemático del poeta Roque Dalton es una muestra de la fuerza que tuvo este discurso en el curso de la historia contemporánea del país. Por esta razón, también es necesario abordar la manera en que la actividad y producción artística convivió y se nutrió de la conflictividad social imperante en el país. Hay que detallar las transformaciones que sufrió este sector al finalizar la guerra y en los años de la posguerra. La muerte también alcanzó a quienes esgrimían otro tipo de lógica frente a la escalada de dolor que embargaba a los salvadoreños. Para ellos también hubo cierre de espacios de participación y de expresión. Nombrar la vida y la muerte de otra manera que no fuera el discurso político o el panfleto mediático también comportó sus riesgos. En consecuencia, el exilio y la automarginación caminó de la mano de muchos artistas que se desarrollaron durante la época de la guerra y en los años previos a su estallido.
3. *El contexto específico de Centroamérica durante la década de los 80.* Toda la región centroamericana se vio inmiscuida en las tensiones geopolíticas desatadas a partir de la conformación de los dos bloques ideológicos del conflicto Este/Oeste. Así, para dimensionar con mayor precisión las características y las consecuencias del conflicto en El Salvador,

es necesario estudiar la manera en que cada nación centroamericana definió una posición estratégica definida por su vocación hacia el avance o contención de la violencia armada de la época. Se trata, pues, de analizar —y desmentir— la pregonada neutralidad de Costa Rica y de Honduras frente a los conflictos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Estos dos países se convirtieron en bastiones estratégicos para el gobierno de EEUU en la tarea de disuadir el avance y desarrollo de los movimientos revolucionarios. Durante la década de los 80, se fortaleció el mito de que Costa Rica no tenía un ejército constituido, sino solo una fuerza de seguridad garante de la paz interna. Sin embargo, dicho cuerpo policial no era absolutamente débil frente a los ejércitos de los demás países de la región. “Cuando, a principios de la década de los años 80, la militarización pareció ser el único elemento de verdadera unificación en Centroamérica, Costa Rica se mantuvo al margen, defendiendo con ello su supuesta vocación pacifista. Pero en 1987, cuando las relaciones con el gobierno sandinista se volvieron más tensas y los movimientos guerrilleros daban muestras de resistencia preocupantes, la policía costarricense empezó un proceso lento de profesionalización militar dirigido por el ejército de EEUU. En pocos meses, bajo la apariencia de construcción y remodelación de infraestructura pública e instalaciones militares, en Costa Rica se levantaron de la nada cerca de 25 proyectos que permitían ya sea el transporte o el acuartelamiento de equipo militar pesado”.²³² Otro aspecto de la situación de la región durante la época de mayor conflictividad en El Salvador es el relativo a las modificaciones en el comportamiento migratorio interno. Este intercambio de población de trabajo produjo rápidamente la creación de categorías que definían la “personalidad” de cada país en la región. Hoy en día, estas etiquetas motivan una cierta discriminación entre vecinos, basada sobre todo en la habilidad para el trabajo y en el rechazo con base en la calidad de la educación recibida.

4. *El papel fundamental de los medios en la consolidación de la ética conservadora de la clase política.* Las empresas mediática que cosechan éxitos comerciales en El Salvador rara vez han estado exentas de la simpatía de los gobiernos de turno. Pocos y excepcionales casos han vio-

²³² Estrada, Christopher (1998), “Viejas raíces para un nuevo ‘no’ costarricense”, en *Informativo Semanal Proceso*, Año 19, #821, Septiembre 9. San Salvador: CIDAI.

lado esta norma. Incluso en nuestros días, la televisión, la prensa y la radio no son consideradas espacios óptimos para una revisión crítica del acontecer nacional. En muchas ocasiones, periodistas prominentes y dueños de medios representan extensiones cuidadosamente diseñadas del discurso y la ideología de los sectores dominantes en lo político y lo económico. Para entender de qué manera se habla de la violencia en El Salvador, se debe pasar necesariamente por una lectura minuciosa de los productos informativos, por un lado, y de los otros productos mediáticos que buscaban entretener, formar y crear cauces de expresión a los salvadoreños durante la época de conflictividad. También hay que explorar la manera en que las empresas mediáticas han influido en el fortalecimiento de ciertos sectores de poder. Al respecto, Rockwell y Janus (2003) señalan la manera en que la empresa periodística de toda Centroamérica —El Salvador incluido— ha respondido al proceso de consolidación de ciertos grupos de poder económico y político en la región.²³³ En cada uno de estos aspectos se despliega permanentemente un entramado de valores y representaciones que no perturban en lo más mínimo al *status quo* y que, por ende, alimentan a su manera la persistencia de la violencia dentro de los patrones de convivencia cotidiana.

5. *Los riesgos socioambientales acumulados en todo el país.* Terremotos, sequías e inundaciones también interrumpen abrupta y violentamente la precaria estabilidad cotidiana de las vidas de los salvadoreños. Los mapas urbanos de la capital y de las ciudades más importantes del país, por ejemplo, deben su topología básica a la lucha y adaptación permanentes de la población contra estos riesgos socioambientales. También de ello ha dependido una buena parte del crecimiento de cordones de pobreza, así como el ritmo de las migraciones internas, del campo a la ciudad, de los últimos cien años. Para entender a El Salvador, hay que aprender a verlo como un espacio fracturado no solo por la estructura de las fallas tectónicas que lo atraviesan, sino también por el impacto simbólico que tienen para la economía y para las estructuras familiares el advenimiento repentino de un capricho de la naturaleza. Por ello, esta es otra de las asignaturas pendientes de este ejercicio.

²³³ Rockwell, Rick y Noreene Janus (2003), *Media power in Central America*. Illinois: University of Illinois Press. 280 p.

V. FORMAS DE ESTAR CON LA VIOLENCIA

5.1. Consideraciones previas

El énfasis de esta investigación radica en considerar que los sujetos incorporan dentro de su vivencia cotidiana a la violencia no como un suceso aislado y perturbador, sino como un marco de referencia básico para la vida. Ya se ha dicho que la violencia, en tanto objeto de estudio, es concebida en este trabajo como un ejercicio verificable de fuerza en contra de un sujeto o grupo, un objeto o una situación determinada; es, al mismo tiempo, un ejercicio de dominación definido por un conjunto de normas y reglas que determinan su reproducción. Como forma de dominación, la violencia implica una alta dosis de complicidad inconciente entre dominados y dominadores, todo lo cual conduce a estudiar la violencia no como un hecho concreto en el que un sujeto o grupo expresa su superioridad en el ejercicio de la fuerza y la dominación a otro, sino como un complejo entramado de referencias de sentido mediante el cual se generan órdenes simbólicos que construyen lo social. La violencia, pues, se concibe como un *factor* que participa en el proceso permanente de configuración de las relaciones que se establecen en una sociedad en particular.

En el transcurso del trabajo de campo, varios aspectos del abordaje de los sujetos de investigación fueron aportando pistas para construir un mapa medianamente coherente de relaciones analíticas que sostuviera la tesis principal de estas páginas. Probablemente desde otras perspectivas teóricas e incluso diseñando otro tipo de marco metodológicos, los hallazgos y los mapas hubieran sido distintos. Por ello, conviene tomar en cuenta que la mayoría de las distinciones fundamentales del proceso analítico provinieron de la elección y el diseño de las herramientas metodológicas descritas en el capítulo **III. Metodología**. Por un lado, la necesidad de distinguir entre las relaciones que el sujeto establecía con su presente y su pasado, así como las proyecciones que realiza hacia el futuro. Por otro, las distinciones que se producen entre el sujeto y su proyecto de vida, las relaciones que establece con otros sujetos dentro de la zona de El Casco y la existencia de otros elementos que lo definen como miembro de un país o de un grupo en particular. Otras distinciones se producen en relación con los demás

sujetos sociales con quienes se convive: mujeres/hombres, jóvenes/adultos, vecinos/forasteros, familiares/ajenos, etc. Y sin embargo, ninguno de estos aspectos determinó por sí mismo la estructuración final del análisis expuesta en este capítulo.

Los sujetos entrevistados hablaron de su vida cotidiana y de las relaciones que entablan con los demás. En muchas ocasiones, estas relaciones trascendían su círculo inmediato de amistades y familiares: se constataron varias referencias a instituciones nacionales y locales, personajes de la vida pública nacional e internacional, sucesos históricos, etc. Desde cualquiera de estos referentes, los sujetos se encargaron de ir montando y desmontando diferentes escenarios desde los cuales la violencia se manifestaba como factor de estructuración de su forma de relacionarse con los demás y consigo mismos. En la mayoría de ocasiones, el escenario era imperceptible como tal; es decir, tanto para los sujetos como para el investigador, no era sencillo considerar la posibilidad de que la violencia operara al establecer una diferencia entre uno y otro miembro de la familia, o entre una y otra forma de ser mujer. Tampoco resultaba fácil establecer que el significado asignado grupalmente a ciertas áreas de la zona El Casco contenía una cierta forma de incorporar la violencia como marco interpretativo de la vida social. Cada uno de estos hallazgos —de momento enunciados con mucha ligereza— provino luego de un proceso de cerca de un año de reflexión en torno a la información recolectada. Los escenarios fueron apareciendo por efecto de la aplicación reflexiva de las bases teóricas que sustentan este trabajo, de la revisión crítica de la matriz metodológica originalmente creada y de la rearticulación de los presupuestos que sostiene esta investigación.

A manera de resumen, los principales escenarios desde los cuales se manifestó el objeto de estudio corresponden de alguna manera a los ámbitos de estudio del sujeto detallados en el capítulo metodológico (Ver 3.3.1. *Categorías de análisis*): el espacio privado de la vida familiar; el espacio público conformado por las relaciones vecinales; el aparato institucional relacionado con la administración de la vida cotidiana en este lugar; el pasado hecho presente mediante la recuperación de experiencias vividas por los sujetos; y el individuo como constructor de discursos en los que daba cuenta de su propia manera de experimentar la violencia en el plano cotidiano. En cada uno de estos escenarios, por efecto de la mirada analítica y reflexiva aplicada a la información, la violencia se manifestó en forma de narrativas, categorizaciones

sociales, ejercicios de dominación, políticas de convivencia, segregación de territorios, miedo disfrazado de precaución. La violencia aparecía en ocasiones cuando se recordaba una experiencia traumática relacionada con los extintos cuerpos de seguridad, o cuando se asumía como natural la distinción entre una “muchacha loca” y una mujer “sana”. Todas estas *formas de estar con la violencia* soportan el propósito de esta investigación. Más allá de demostrar que el fenómeno se limita a las alteraciones graves de un orden social y simbólico, se pretende destacar su capacidad de convertirse en un marco de referencia con el cual habitamos, casi como se habita dentro de las cuatro paredes de una casa que en lo profundo del corazón se llama *hogar* sin haber firmado un contrato, sin que ostente un rótulo que así lo indique. Las siguientes páginas dan cuenta de estas *formas de estar* que, más allá del cariz descriptivo de la frase, hacen referencia a este estado de normalidad semiconsiente en el que se suele llevar, hasta sus últimas consecuencias, la convivencia con el otro.

Este capítulo está dividido en cinco partes. La primera expone una visión sintética e interpretativa de las condiciones en que la ciudad de San Salvador y su zona metropolitana experimentan la violencia en varias facetas: la delincuencia, la exclusión social, la desigualdad económica, el pasado bélico, entre otras. Este apartado responde a la necesidad de ofrecer un panorama lo más actualizado posible de los índices que definen el mapa actual del fenómeno y una interpretación apegada al enfoque reflexivo de esta investigación. Seguidamente, se desarrollan los principales hallazgos de la investigación en cuatro apartados más. En primer lugar, bajo el título **5.3. Del territorio al espacio simbólico: formas de habitar con la violencia** se abordan las formas en que los sujetos se aferran no solo a un territorio físico, sino también a un espacio trazado por interpretaciones y asignaciones comunes de significado, esto es, a un mapa simbólico de la comunidad. En segundo lugar, en el apartado **5.4. Relaciones familiares y vecinales: construcción de la convivencia** se profundiza en torno a los principales aspectos de las políticas y/o normas de convivencia en donde se verifica que la violencia ejerce su fuerza estructuradora. En el siguiente apartado, **5.5. Escenarios de violencia simbólica: las relaciones de género**, se pone el énfasis en la manera en que el escenario privado de la vida familiar despliega una serie de estrategias de dominación entre hombres y mujeres en donde la garantía de equilibrio consiste en dar por sentadas las condiciones

mismas que definen, de origen, dicho esquema de dominación. Finalmente, en el apartado **5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia** se rescatan una serie de historias, explicaciones y narraciones que sugieren que la violencia, más allá de ser un evento concreto, se coloca como un esquema de referencia para explicar la realidad.

5.2. Antecedentes: la ciudad de San Salvador y sus contradicciones

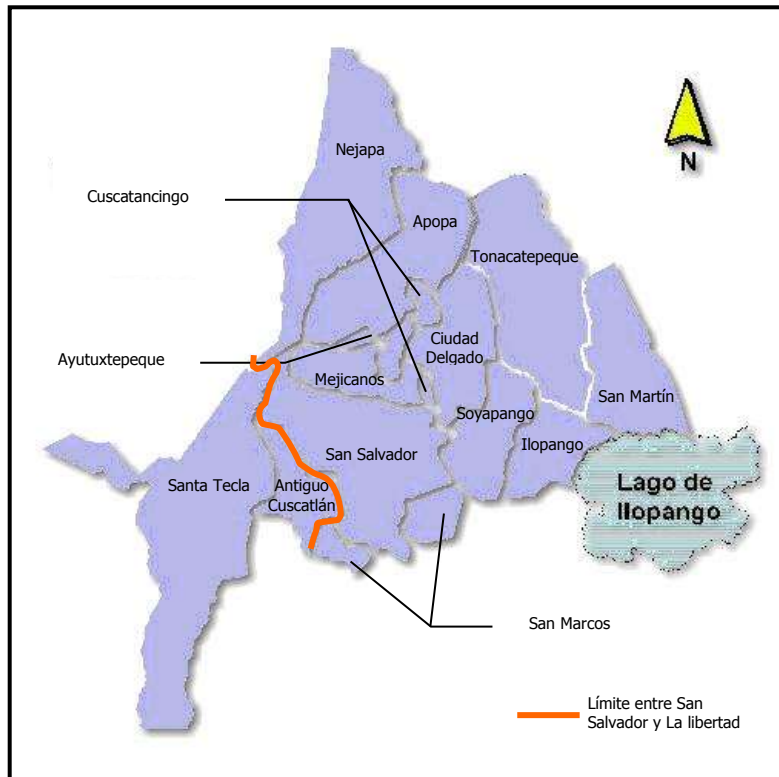
Esta investigación parte de un interés muy específico por explorar la manera en que la violencia es incorporada a los esquemas dinámicos y permanentemente negociados que caracterizan las relaciones interpersonales dentro de un contexto en particular: los cordones de pobreza urbana que se han desarrollado en el AMSS, El Salvador. Si bien es cierto que hay una historia reciente que justifica este interés, también lo es el hecho de que los trabajos — muchos y muy variados— que hasta ahora se han producido a fin de aproximarse al fenómeno y construir una plataforma básica desde la cual abordarlo no logran poner fin a varias de las inquietudes que originaron este proyecto de investigación. Valga pues un breve repaso de las circunstancias actuales del AMSS y su historia reciente para iluminar la génesis de estas inquietudes.

El Salvador ha pasado de experimentar en carne propia una guerra civil —oficialmente declarada desde 1981 y que terminó en 1992— a la cual le siguió una etapa que fue calificada de *transición democrática*. Durante esta etapa, muchos analistas coincidieron en señalar que el conflicto armado había logrado consolidar la práctica de la violencia como medio efectivo para la consecución de fines de distinta naturaleza (individuales y colectivos por igual). Políticos, académicos y ciudadanos comunes han incorporado dentro de su argot cotidiano la expresión *cultura de la violencia*²³⁴ para describir un estado social en el que parece muy difícil acabar con las consecuencias nocivas que la violencia, en sus expresiones más dramáticas, tiene en el tejido social.

²³⁴ Un interesante conjunto de perspectivas analíticas que sostienen la existencia de esta cultura de la violencia puede ser consultado en el "Número Monográfico sobre Cultura de la Violencia" de la revista *Estudios Centroamericanos* (ECA) No. 588 (octubre de 1997), publicada por la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de El Salvador.

Y sin embargo, San Salvador es una ciudad que se comporta como muchas otras en Latinoamérica. En tanto polo principal de concentración de servicios e infraestructura urbana, también refleja de manera abierta y aparatosa las contradicciones más significativas del país. En principio, la falta de planificación en el crecimiento urbano y en el uso de los suelos ha provocado el apareamiento de un área metropolitana que incorpora 12 municipios del departamento de San Salvador y

Ilustración 5.1: Área Metropolitana de San Salvador



2 del departamento de La Libertad (Santa Tecla y Antigua Cuscatlán) (ver **Ilustración 5.1**). Así, esta zona conurbada fue producto de los flujos migratorios internos —provocados por la concentración de la actividad económica y por la guerra— y que se apropiaron de la topografía y los usos del territorio de una extensa área geográfica del país. Muestra de ello es el hecho de que, durante los últimos 30 años, esta AMSS ha registrado un crecimiento demográfico mayor que el promedio nacional (4,8% contra un 3,7%, respectivamente).²³⁵ La desigualdad en los flujos de desplazados urbanos, acrecentados dramáticamente durante el conflicto armado, se refleja hoy día en la vocación socio-económica de muchos de los municipios colindantes con San Salvador hacia el nor-oeste, como Soyapango y Apopa (que han experimentado tasas de crecimiento demográfico del 12,6% y 14,7% respectivamente) y que son considerados hoy día como “municipios dormitorio”, por albergar al grueso de la población obrera y empleados de servicios que trabajan en el municipio capital.

²³⁵ Jacir, Ana Evelyn (coord.) (2003), *Estudio socioeconómico de San Salvador*. Documento de trabajo sin publicar. p. 3-4.

Según datos de 2000, el AMSS en su conjunto concentraba el 53% de la población urbana nacional y el 31% de la población total del país.²³⁶ Como todo el país, buena parte de la economía doméstica del AMSS depende de las remesas que envían los salvadoreños que residen en el extranjero, especialmente en EEUU. Existe una insignificante diferencia en cuanto al uso que los capitalinos hacen de las remesas que reciben del extranjero: mientras que en el resto del país, un 92,2% de los dólares recibidos se utilizan para el consumo y solo un 3,1% para educación, en San Salvador el 86,9% se destina al consumo y el 5,8% a la educación.²³⁷ De alguna manera, la relativa facilidad en el acceso a los servicios educativos —igualmente concentrados en el AMSS— podría favorecer mínimamente esta alteración en apariencia intrascendente en la distribución del ingreso de dólares provenientes del extranjero. Sin embargo, la necesidad apremiante de la población por hacer frente a los gastos relativos a alimentación mantiene una correlación que desfavorece la conformación de un esquema de distribución del ingreso no laboral más diversificado.

Las cifras oficiales indican que más de una quinta parte de los hogares en San Salvador son pobres o pobres extremos (21,1%). Esta correlación es levemente menor que la que presenta el AMSS (23,4%) y el país (22,8%).²³⁸ Sin embargo, la cifra sola no es capaz de dar cuenta del hecho de que uno de estos hogares pobres —en promedio compuesto por cinco personas— debe sobrevivir con un ingreso que oscila entre US\$25 y US\$48 al mes. Tampoco expresa claramente el hecho de que la supervivencia de muchos de estos hogares es responsabilidad casi exclusiva de las mujeres (prácticamente 7 de cada 10 hogares son liderados por mujeres), lo cual convierte al municipio de San Salvador en el que mayor cantidad de jefaturas femeninas de hogar concentra en todo el país. Las profundas desigualdades que presenta el AMSS en términos de género son una extensión de las desigualdades en términos de distribución de la riqueza: 27,5% de las mujeres y el 17,2% de los hombres sobreviven del subempleo a pesar de que el PIB del municipio es 2,2 veces mayor que el del país.²³⁹ De este modo, a pesar de que hombres y mujeres subempleados —en consecuencia, realizando una actividad subvalorada en términos de crecimiento económico— contribuyen a que el PIB se mantenga por en-

²³⁶ *Ibidem*, p. 3. Sin embargo, la capacidad para absorber población migrante en el municipio de San Salvador se vio mermada progresivamente durante los últimos 30 años, en los que registró un promedio de crecimiento demográfico menor que el del AMSS en conjunto: 1% frente a un 3,9%.

²³⁷ *Ibid.*, p. 6.

²³⁸ *Ibid.*, p. 8.

²³⁹ *Ibid.*, p. 10.

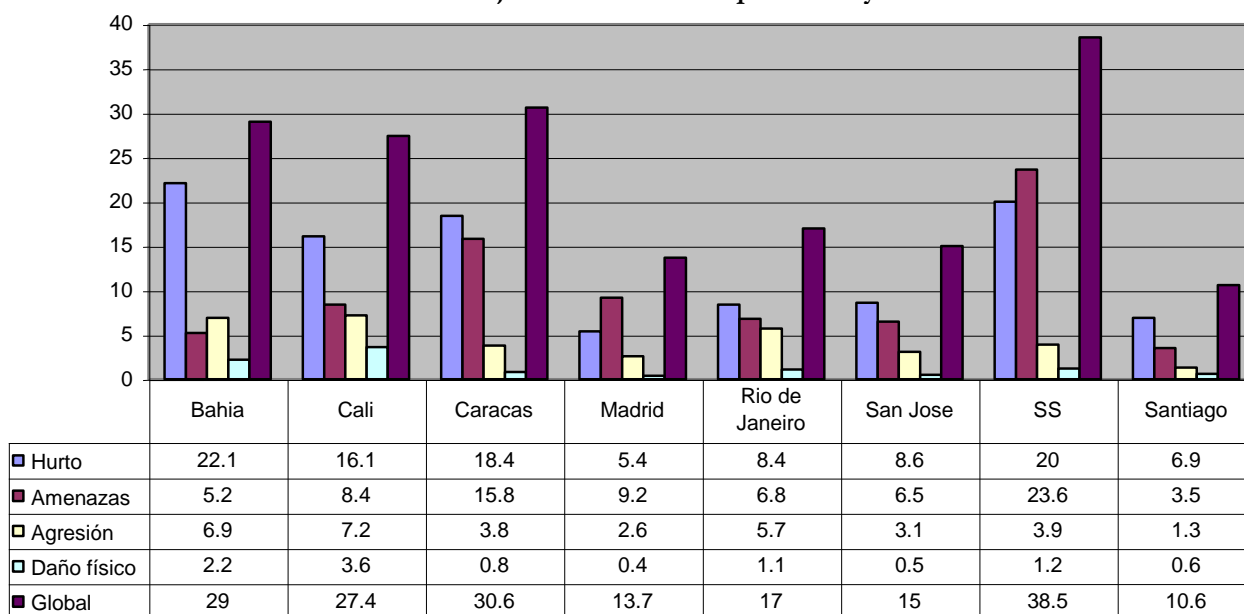
cima de los promedios nacionales, lo cierto es que la calidad de vida de esta quinta parte de la población no alcanza a gozar de las mieles de la supremacía económica de la capital con respecto al resto de municipios del AMSS y del país.

La exclusión social en que viven muchos pobladores del AMSS se ve acompañada de una situación generalizada de delincuencia, atropellos contra la dignidad y debilidad institucional manifiesta. Sobre el primer punto, existen tres recientes estudios que ofrecen datos importantes sobre el estado de violencia ligado a la delincuencia —la *Encuesta sobre la Percepción de la Seguridad Ciudadana a Nivel Nacional, Municipal y Zonal*, los *Indicadores sobre Violencia en El Salvador* y el estudio del PNUD *¿Cuánto le cuesta la violencia a El Salvador?* En ellos se da cuenta de que la conflictividad, que se traduce en atentados contra la vida y la dignidad de la persona, se ha mantenido en niveles preocupantes desde que finalizó el conflicto armado. De hecho, el estudio del PNUD señala que “El Salvador no constituye una excepción en el panorama de la seguridad ciudadana en Latinoamérica. Hacia 1994-95, las tasas de homicidios intencionales alcanzaron valores de entre 150 y 160 asesinatos por cada 100 mil habitantes, las cuales lo colocaban claramente como el país más violento en América Latina en términos de homicidios. Hacia 1999-2000, de acuerdo con los registros del IML y la PNC, la tasa de homicidios por arma de fuego alcanzaba valores en torno a 31 por 100 mil habitantes”.²⁴⁰ Por su parte, solo el municipio de San Salvador registraba, según la FGR, un índice de 65,6 delitos por cada diez mil habitantes. La PNC reportaba una cifra menor, equivalente a 45,6. Adicionalmente, en el caso de la FGR los datos mostraban un pequeño descenso y en el caso de la PNC, sus estadísticas mostraban un aumento de 11,9 delitos por cada 10 mil habitantes.²⁴¹ Como se percibe en esta correlación de cifras, la tasa de homicidios por cada 10 y 100 mil habitantes, según el caso, se redujo a más de la mitad con respecto al inicio de la posguerra en todos los departamentos del país, incluyendo al de San Salvador. No por ello la ciudad de San Salvador dejó de convertirse, en 1999, en la segunda ciudad más peligrosa en términos de robo —solo por debajo de Bahía, en Brasil—, mientras que en términos de amenazas a la vida se colocó por encima de Bahía, Cali, Caracas, Madrid, Río de Janeiro, San José, y Santiago de Chile (ver **Gráfico 5.1**).

²⁴⁰ PNUD (2005), *¿Cuánto le cuesta la violencia a El Salvador?*. San Salvador: PNUD. p. 21.

²⁴¹ *Ibíd.*, p. 47-8.

Gráfico 5.1: Porcentaje de victimización por causa y ciudad



Fuente: Jacir, (2003), *Estudio socioeconómico de San Salvador*. Documento de trabajo sin publicar.

Otros estudios de la misma época (Orpinas, 1999) señalaron que en 1996, la tasa de homicidio por cada 100.000 habitantes en la ciudad de San Salvador era de 140, de 102 para Cali y de 80 para Río de Janeiro. Las más bajas fueron Madrid, con una tasa del 2,2 y Santiago de Chile con una tasa de 6. Esta situación se traduce casi automáticamente en una percepción generalizada de inseguridad que ha sido convenientemente registrada por varios estudios. Lungo (2001) refiere que los propietarios de establecimientos de comercio formal ubicados en el Centro Histórico de San Salvador mencionaban, para 1999, tres problemas que afectaban la rentabilidad de su actividad, tal y como se reproduce en la **Tabla 5.1**: la competencia desleal (78%), la delincuencia (68%) y el congestionamiento vehicular (59%).²⁴² De este modo, la presencia de la inseguridad en la vida cotidiana de los salvadoreños (concretamente, de los comerciantes formales del centro), crea responsables concretos en su mente, aunque se presenten ocultos tras la imprecisión de las encuestas.

²⁴² Lungo, Mario y Carmen Aída Escobar (2000), *Economía del Centro Histórico de San Salvador y su incidencia en competitividad del Área Metropolitana*. Ponencia presentada en el coloquio del PUCD/GIM, realizado en Montreal, junio de 2000. p. 12.

Tabla 5.1: Problemas del Centro Histórico de San Salvador según comerciantes formales

Problema	Porcentaje de los encuestados que lo mencionaron
Ventas de la calle	72,0%
Delincuencia	68,2%
Congestión del tráfico vehicular	59,1%
Mala imagen del centro	59,1%
Falta de estacionamientos	50,0%
Insalubridad	45,5%

Fuente: Encuesta al comercio formal 1999 – OPAMSS.

La *Encuesta sobre la Percepción de la Seguridad Ciudadana a Nivel Nacional, Municipal y Zonal* —co-financiada por el Ministerio de Gobernación— extendió esta consulta sobre inseguridad hacia otros actores sociales del país. Como resultado, el 81,6% de los entrevistados a nivel nacional dijeron sentirse inseguros en los centros de sus respectivos municipios. En varios departamentos las cifras fueron mayores a las nacionales, destacándose la de San Salvador como la más alta (90%). A nivel municipal, nuevamente el centro de San Salvador superó el promedio nacional con el mayor número de personas reportando sentirse inseguras, conjuntamente con Soyapango (ambos presentaron un 91,2% de opiniones de inseguridad), seguidos por Mejicanos (89%) y Santa Tecla (88%).²⁴³ La misma encuesta reveló que los tres lugares en donde los habitantes del AMSS se sentían más inseguros eran los autobuses del servicio de transporte urbano, los mercados municipales y los parques/plazas públicas.

Finalmente, el PNUD concluye en el estudio arriba mencionado que “los costos económicos de la violencia en El Salvador en 2003 habrían alcanzado un monto total de aproximadamente US\$1.717 millones, equivalente a 11,5% del Producto Interno Bruto (PIB)”.²⁴⁴ Las estimaciones desagregadas del PNUD señalan que la suma de costos relativos a atención médica, producción perdida por deceso o incapacidad de las víctimas y daños emocionales que deja la violencia es de casi US\$700 millones, es decir, tres veces más de lo que invierte el gobierno

²⁴³ Jacir, *Ibidem*, p. 49-50.

²⁴⁴ PNUD, 2005, p. 8. En 1998, Miguel Cruz y un equipo de investigadores realizaron un estudio sobre los costos de la violencia en el que llegaban a la conclusión de que el costo equivalía a un 13,41% del PIB. Sin embargo, el PNUD detectó la supuesta utilización de un dato erróneo del PIB del país para ese año, lo cual habría inflado la cifra real en un 5,21%.

para combatir la violencia, la delincuencia y la inseguridad. Un resumen de las estimaciones hechas por el PNUD se puede encontrar en la **Tabla 5.2**.

Tabla 5.2: Costos económicos de la violencia en El Salvador 1995-2004

Tipo de costo	Promedio América Latina, 1996-97 (%PIB)	El Salvador 1995 (IUDOP,1998) %PIB	El Salvador 2003 (PNUD,2004)	
			Millones US\$	%PIB
Pérdidas en salud	1.9	3.7	699	4.7
Atención Médica	0.2	0.8	38	0.3
Años de vida perdidos	1.7	2.9	259	1.7
Daño emocional			402	2.7
Costos Institucionales	1.6	4.9	270	1.8
Seguridad Pública	1.1		155	1.0
Justicia 1/	0.5		102	0.7
Otros 2/			13	0.1
Gastos privados en seguridad	1.4	0.6	411	2.7
Hogares			90	0.6
Empresas			321	2.1
Deterioro inversión-productividad	1.8	0.2	30	0.2
Deterioro de consumo y trabajo	5.3	11.5		
Perdidas materiales (transferencias)	2.1	4.0	307	2.1
Total	14.1	24.9	1,717	11.5

Fuente: IUDOP (1998), Londoño y Guerrero (1999) y estimaciones propias

1/ Organos Judicial, Fiscalía General y Procuraduría General

2/ PDDH, ISDEMU e ISPM

Las estimaciones que aportó el estudio del PNUD siguieron las de otros dos estudios hechos con apoyo de organismos financieros interesados en apoyar el conocimiento del fenómeno. Estos estudios previos habían utilizado datos erróneos al momento de hacer la estimación del costo de la violencia para El Salvador en términos de PIB, por lo que el estudio del PNUD representa una importante pieza para trazar el mapa de la violencia y sus consecuencias en la nación centroamericana. La ecuación que revelan las cifras de la **Tabla 5.2** es digna de citarse: las cifras que más sobresalen, referidas a Daños emocionales (US\$402 millones), Años de vida perdidos (US\$259 millones), Gastos privados en seguridad (US\$411 millones) y Pérdidas materiales (\$321 millones), recrean en buena medida el escenario cotidiano que viven miles de familias salvadoreñas en la permanente tarea de convivir con variadas e ineludibles formas de violencia. Las cifras hablan de condiciones estresantes de vida, de deterioro en las capacidades para afrontar las responsabilidades de la vida diaria, de condiciones de convivencia con

el fenómeno que derivan en autolimitaciones a la realización personal y de una fuga permanente de recursos en la reparación y prevención material de los estragos de la violencia que asalta las calles y que ingresa a los hogares.

Igual de curioso resulta que los rubros en donde la inversión es más baja reflejen macabramente —como macabro puede ser el idioma de las cifras del que nos habla Rotker (2000)²⁴⁵— aquellas áreas de la vida diaria en donde la desprotección es más sensible: Atención Médica (US\$38 millones), la Administración de justicia (US\$102 millones), la Protección y salvaguarda de los derechos humanos, de la mujer y del niño (US\$30 millones) y las medidas para frenar el Deterioro de la inversión y productividad nacional (US\$30 millones). Las proporciones que ofrece el PNUD también muestran el abandono de áreas sensibles para la prevención y tratamiento de la violencia que se vive en todo el país. Estas proporciones también se convierten en el telón de fondo que ambienta la vida diaria de muchos salvadoreños que prefieren dejarse a la suerte de la automedicación, callar para no meterse en problemas, evitar engordar la cartera de un abogado de dudosa procedencia y ver reducida su capacidad de compra porque igual de reducida se ve la capacidad de oferta del aparato productivo nacional.

Estas y muchas otras cifras tratan de perfilar el estado actual de violencia en El Salvador. Como ya se ha señalado antes y como se insistirá en otros apartados de este documento, estas cifras por sí solas no responden con suficiente propiedad a los intereses que motivan esta investigación: el estudio de las prácticas y manifestaciones que, ancladas en y desde la subjetividad de los individuos, se materializan día a día en formas particulares de *estar en el mundo*, de gestionar en el marco de la vida cotidiana su posición frente a ellos mismos y frente a los demás. Y lo más importante, que hace que se valgan de la violencia para garantizar la propia existencia, sea a través de una memoria colectiva históricamente constituida, de disposiciones a determinados comportamientos, de categorizaciones de lo social o de matrices para el establecimiento de relaciones de significación.

El enfoque metodológico adoptado para realizar esta investigación ha sido un intento por desarrollar un proceso de recopilación de información y de conocimiento de la realidad que

²⁴⁵ Rotker, 2000, p. 7.

sea coherente al interés arriba planteado. El producto de este trabajo retoma en mayor o menor medida los modos en que se reproduce con mediana recurrencia un esquema de sostenimiento económico —en lo individual y en lo institucional por igual— acoplado al ritmo de vida de una sociedad a la que se considera violenta; los mecanismos mediante los cuales se materializa en el recuerdo y la expectativa a futuro una serie de lugares donde la piel y la conciencia reacciona con miedo; las formas de vida que se desarrollan en un medio donde la exclusión social tiene a prácticamente uno de cada 4 habitantes del área metropolitana viviendo en cordones urbanos de pobreza.²⁴⁶ Todo esto ha contribuido a consolidar el enfoque que guía esta investigación: preguntarse sobre el sentido que adquiere la violencia en la estructuración de las relaciones que se establecen entre los individuos. Lejos de considerarla como un problema al que se aprende a tolerar, esta investigación se plantea la posibilidad de estudiar a la violencia como un recurso más dentro de la amplia gama de recursos de los que se valen los sujetos para dotar de normalidad su vida cotidiana. Así vista, la investigación no se estanca —aunque sí conviene partir de ello— en la cabalística de la violencia que se reproduce con cada nuevo informe, con cada nueva relación estadística y con cada cálculo de costo-beneficio que sale a relucir de boca y mano de los especialistas en el tema.

5.3. Del territorio al espacio simbólico: formas de habitar con la violencia

“En materia de violencia urbana solo tiene conclusiones optimistas quien en cualquier lugar del mundo piense dormir con la puerta abierta”

Carlos Monsiváis.²⁴⁷

Todo espacio físico es también un espacio simbólico. Esto es así porque los sujetos despliegan a cada paso su potencial para la generación de significados y lo ejercen en todo lo que los

²⁴⁶ Un último recurso del lenguaje de las cifras para ilustrar mejor esta situación: “Según un mapeo de la Oficina de Planificación del Área Metropolitana de San Salvador (OPAMSS) existen aproximadamente 357 comunidades marginales o colonias ilegales. Una investigación de FUNDASAL, usando datos de 1992-93, reporta 313.678 personas en 71.597 hogares vivienda en tugurios o colonias ilegales representando aproximadamente el 27% de la población total del AMSS (Zschaebitz, 1999: Cuadro 5)”. Tomado de Savenije, Wim y Khatarine Andrade-Eekhoff (2003), *Conviviendo en la orilla: exclusión social y violencia en el Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: FLACSO. p. 65.

²⁴⁷ Monsiváis, Carlos (1999), “De no ser por el pavor que tengo, jamás tomaría precauciones”. Notas sobre la violencia urbana” en *Letras Libres*, Año 1, Número 5, pp. 34-39.

rodea. Esta capacidad no proviene de la nada. De hecho, se produce permanentemente una acción recíproca entre el espacio social y el sujeto, en tanto uno alimenta la actividad generativa del otro. Para los intereses de esta investigación, una parte del trabajo de campo consistió en identificar la manera en que los habitantes de El Casco materializaban en el uso del espacio físico de la zona ciertos patrones de comportamiento y de relaciones en los que la violencia se manifestaba como factor de estructuración. Detrás de este objetivo está la certeza de que todo espacio está sujeto a reglas, rituales, discursos, imaginarios y marcas que devienen en su conjunto en prácticas sociales concretas. El hecho de habitar un espacio no implica únicamente convertirlo en el lugar donde ocurren algunos momentos del continuo de la vida cotidiana. Todo espacio lleva inscritas las marcas de quienes lo habitan, lo cual resulta en interesantes configuraciones espaciales que normalmente quedan ocultas tras el sutil velo de la cotidianidad.

La zona de El Casco demostró ser *un espacio rico en espacios*. Simplificando, se podría afirmar que ahí donde el espacio es habitado, la imaginación se apresura a crear nuevos espacios, estableciendo límites inexistentes, levantando puentes donde no hay necesidad que los haya, abriendo brechas para relacionarse con otros y transformando paisajes dinámicos, que bien pueden desaparecer detrás de los cables del tendido eléctrico o convertirse en el telón de fondo por excelencia de una protesta callejera o de una fiesta. El Casco, además, es *un espacio en donde se lucha por el control simbólico del territorio*. Cada quien, desde su contexto y situación, es capaz de enunciar formas de uso, rutinas de desplazamiento y designaciones pretendidamente compartidas por todos los vecinos. También es *un espacio que se curva*, se multiplica, se desvanece para permanecer de otra manera en la conciencia de sus habitantes. Pasa de ser un lugar físico —un territorio— para transformarse en un lugar simbólico; circula frente a los sujetos como por órdenes de un mandato interior, como el que nos hace pensar dos veces antes de entrar a un callejón oscuro de un barrio que se imagina peligroso. “Por vez primera”, afirma Castro Nogueira (1997) mientras cuestiona a Paul Virilio, “en los tiempos modernos, o pos-modernos, el espacio está adquiriendo, de algún extraño modo, características antes reservadas al sujeto”.²⁴⁸ Castro Nogueira, al reflexionar sobre el estatuto de las imágenes en las so-

²⁴⁸ Castro Nogueira, 1997, p. 87.

ciudades contemporáneas, alimenta la idea de que la forma en que habitamos y vivimos el espacio de lo real corresponde tanto a las condiciones objetivas que lo definen, como a las condiciones subjetivas mediante las cuales lo desciframos: “vivimos en un registro imaginario que nunca es nuestro, sino que pertenece al imaginario social propio de una época”.²⁴⁹

Esta investigación sostiene que la violencia forma parte no solo de un modo de hacer cosas, sino también de un modo de pensar las cosas (incluso llegaría a formar parte de un modo de prefigurar las cosas; ver apartado **2.1. El contexto social y su carácter comunicativo**). Por ello, se ha considerado pertinente seleccionar dos elementos que estuvieron presentes en el discurso de los entrevistados: la creación de un gueto simbólico que constituía una zona peligrosa y espacio de actividades ilícitas en la colonia Molina y la entrada de El Casco como espacio de densificación de identidades de actores sociales concretos. Estos dos elementos, recogidos tanto en el discurso de los entrevistados, como durante las sesiones de observación, dan cuenta de la configuración de órdenes simbólicos que se ejercen, en ocasiones, contra la voluntad de los sujetos. Revelan la manera en que el espacio es, sobre todas las cosas, un lugar en donde se negocia permanentemente el sentido con actores (*maras*, alcohólicos, delincuentes, etc.) y circunstancias (ciertas horas del día, ciertas fechas o situaciones derivadas de la intervención de instituciones, como cuando se realizan redadas preventivas) que varían todo el tiempo; de este modo, el espacio, más allá de sus características físicas, también corresponde a una forma de pensar y de ver el mundo.

5.3.1. La Colonia Molina

En El Casco se observó un interesante fenómeno de construcción simbólica del territorio con base a la sensación de amenaza y peligro. La colonia Molina, ubicada a 50 metros de la entrada de la zona (ver

Ilustración 5.2: entrada de El Casco y ubicación de la colonia Molina (círculo rojo)



²⁴⁹ *Ibidem*, p. 21.

Ilustración 5.2), fue mencionada por 9 de los 17 entrevistados como un lugar de alta peligrosidad. Este contenido simbólico ha sido construido por circunstancias particulares que atravesó la colonia hace algunos años y que la convirtieron en el centro de abastecimiento de drogas para los miembros de *maras* que circundaban la entrada a la zona el Casco. En el marco de la aplicación del *Plan Mano Dura*, entre 2003 y 2004, la vivienda en donde se vendía la droga fue cateada por la Policía y el responsable de la venta fue encarcelado. Desde entonces, la actividad y presencia de jóvenes *mareros* ha disminuido sensiblemente. A diferencia de otros lugares de la zona El Casco, en la Colonia Molina no se observan *placasos* o grafitis, que son la marca por excelencia de la operación de *maras* en un lugar.

C. Ch: Eso es lo que más nos ha afectado y la venta de drogas, aquí (señala la casa de enfrente). Pero eso ya...

Eso estaba más adentro (de la colonia)...

C. Ch.: ¡No, aquí “no más” (cerca)! (señala de nuevo la casa de enfrente)... Pero eso está ya...

...¿Los metieron presos? ¿Con eso del Plan Mano Dura?

C. Ch.: Sí, ya tiene unos dos años...

Y se ha calmado desde entonces...

C. Ch.: Sí, nosotros vivimos tranquilos. Si nosotros, el

problema de nosotros es la entrada. Esta colonia la tienen por lo más peor, pero mire nosotros aquí vivimos divinamente felices. Gracias a Dios.

Mmm... A mí todos los que he entrevistado me dicen que La Molina es peligrosa... Y pues yo tenía la idea de que... aquí era feo (se ríen) y la vez que entré con Don Rómulo, me pareció que todo es bien bonito.

(E. C) No, nada de eso es cierto: La Molina, la colonia “pagó el pato” (pagó los platos rotos) pero de aquí no había ningún pandillero de este pasaje...

C. Ch. (mujer) y E. C. (hombre), ambos de 48 años, esposos, habitantes de la Colonia Molina, entrevista del 04.01.05.

Ilustración 5.3: Entrada de la Colonia Molina.



La entrada de la Colonia Molina (ver **Ilustración 5.3**) es el principal referente territorial de toda la Colonia. Algunos de los entrevistados confesaron no haber entrado a la Colonia en mucho tiempo, o no haberlo hecho nunca. Incluso llegaron a hacer aseveraciones sobre la situación de la colonia, pero también confesaban no estar completamente seguros de lo que pasaba al interior

de la misma. Sin embargo, guardaban varios recuerdos de los hechos que habían ocurrido en la mencionada entrada. La capacidad de trasladar la sensación de inseguridad y amenaza hacia un territorio específico de El Casco se deriva de un proceso de categorización del otro, en el que se salvaguarda la integridad moral de unos (*nosotros*) y se exagera la decadencia de los demás (*ellos*).

R. M.: Sí, La Molina. Fíjese que lo que pasa es que ahí... hay o había —no sé si todavía habrá— son *mareros*. Lo que decía la gente es que a los bachilleres de aquí del Instituto Tomás Cabrera, les ponían cuota para dejarlos pasar; no sé, una vez vinieron los noticieros diciendo que los bachilleres no podían pasar por ahí porque les pedían una “cora” (25 centavos de dólar) y entonces se había puesto bien feo, porque si no les daban “pisto” (dinero) les hacían algo. Y de ahí que sí, han salido muertos. Sí, pero yo no le sabría decir si son habitantes de ahí los que han cometido los crímenes o si son de otro lado, vea. Pero la cosa es que por ahí sí ha habido muertos.

R. M., *mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.*

¿Cuál consideras que es la zona más peligrosa?

L. G.: ¡Ah! En la Molina... la Molina la tenemos cerca pero dicen que por ahí es bien feo, pero no me consta. Dicen de que aquí, de lo más cerca que tengo, lo más peligroso es la Molina.

L. G., *mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 28 años, entrevista del 05.01.05.*

D. G.: Porque por ejemplo, la zona de allá abajo, en La Molina —donde vive la señora Consuelo— es bien peligrosa.

Ya van varias personas que me dicen...

D. G.: Sí, ahí es bien terrible porque en esta esquina siempre hay *mareros*, siempre: todos los que están ahí se conocen por ladrones, por drogadictos, por *mareros* y todo. Ahí sí es bien terrible. Generalmente, cuando se

daban todos los robos, la gente decía “los de La Molina, los de La Molina”. Y ellos (la PNC) iban a inspeccionar La Molina y nunca encontraban nada.

D. G., *mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.*

M. G.: No, donde sí había bastantes de *maras* la vez pasada era ahí en la Molina, ahí sí se ponían los muchachos o en la parada de buses allá de la central (base de autobuses) para pedir cora (25 centavos de dólar)... y ahí en la Molina como que hay algunos que les gusta lo ajeno también, pero aquí gracias a Dios no.

M. G., *(mujer) habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.*

¿Qué zona consideras que es la más peligrosa de El Casco?

I. R.: Mirá... de aquí, yo diría que hay dos. Una es la entrada de La Molina. Es oscura, se hace un charco cuando llueve, hay delincuencia, es propicia para muchas cosas. Es un punto donde pueden haber accidentes —estoy pensando eso también porque soy médico—, puede haber accidentes, que te pasés llevando un borracho.

I. R.: En esta zona de la Molina, cuando han matado gente, ahí mismo la ponen, detrás de los *chalet* (tiendas de madera y lámina) de la entrada. Una vez ahí mataron a un chamaco, lo *penquearon* (golpearon), lo jalaron para atrás. ¡Y como quién ve ahí!... La gente pasa aquí y los dos *chalet* así (hace un gesto para indicar que los chalet obstruyen la visión).

I. R., *hombre, habitante del pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.*

Este fenómeno, que Goffman (1970) desarrolló bajo el término de *estigmatización*, es posible porque los sujetos reconocen y comparten ciertos criterios de diferenciación social. Ninguno de estos criterios es positivo o negativo en sí mismo; más bien permiten la existencia de ciertas oposiciones básicas que forman parte de la manera en que se concibe el mundo (nor-

mal/anormal, dentro/fuera, arriba/abajo). En el caso concreto de los habitantes de la zona El Casco, la forma en que ejercen esta diferenciación es capaz de delimitar espacios concretos, prejuizar a quienes habitan estos espacios e imaginar su ritmo de vida y dificultades diarias. Esta configuración y delimitación de espacios se produce sin que el sujeto habite o tan siquiera conozca el territorio en cuestión lo cual, no obstante, no afecta la idea que se tiene del lugar. En este caso concreto, parece ser que la memoria colectiva se reorganiza a menor velocidad que la ocurrencia de hechos concretos que cambian el paisaje de la vida cotidiana. Basta con que el sujeto sea capaz de apropiarse de los principios de clasificación que comparan los demás para que se produzca esta alquimia simbólica de territorios físicos. En situaciones de extrema conflictividad, esta centralidad de la Colonia Molina como espacio ligado a la inseguridad y el peligro aparece en primer término. Es en estos momentos cuando aparece el reclamo a las autoridades por permitir que exista este gueto de peligrosidad en la zona, como quedó evidenciado en el relato de X. D. sobre el arresto pasajero de su padre:

Pasó con él. Fue... en una noche, a mí me habían hablado un amigo de los EEUU y “¿Qué ondas, cómo estás, cómo está tu papi?”, “En la calle”, “¡Tan noche, tan peligroso!”, “Pero no, aquí no es peligrosos, aquí es tranquilo, ahí se queda platicando con sus cheros”, qué va a ser, decía yo...

Pasó. Eso fue a las 12. Terminé yo de hablar con él a las 12. En eso vienen y “¡pam, pam, pam!”, empiezan a tocar, veá, bien duro y me dije yo “mi papi no anda llave”. Salgo y me dice “hablale a tu hermano que a tu papá lo llevan afuera”. Y le hablo a mi hermano y salgo: un... desmadre, era un relajo porque lo tenían arriba, esposado... aquí, aquí, lo subió la patrulla —era un viernes— ya lo tenían para llevárselo y mi hermano cuando subió y lo vio arriba (de la patrulla) se cortó. Yo salí después y ahí iba corriendo y cuando yo corrí, yo vi un policía que la vez pasada a mí también me confundieron con otra muchacha y me vinieron a buscar y todo eso. Pero fue una confusión. Entonces eso sí me molestó, cuando lo vi a él. Porque esa vez que fue el problema conmigo, mi hermano fue conmigo y cuando llegamos, él (el policía) lo que hizo fue que con el fusil apuntó a mi hermano... Entonces vine yo y le dije “¿por qué le apunta?”... Y ahí quedó, verdad, ya me pasaron con la jefa y todo. Entonces, yo le volví a ver a él. Desde el momento en que le apuntó a mi hermano yo dije: “Este perro...”

Y lo vi a él ese día, cuando salí. ¡Ay, para qué lo vi! “Se-mejante perro tenía que ver con este operativo, verdad”, le dije. “Y me bajás ya a mi papá de ahí, ¡pero ya!” “¡Y

usted porqué me viene gritando!” “Pues porque sí es perro, no les digan, a la gente que no tiene nada que ver, a esa gente, cómo la molestan, cómo la chingan”, le dije yo, “pero si les digo vayan a La Molina a comprar droga, ahí van corriendo, como ustedes son los que la consumen, verdad”... Pero porque es cierto, ese es el problema, no han sabido controlar eso porque ellos mismos les informan... y ellos lo consumen, ¿entonces de qué les sirve, pues?...

Y ese día fue un solo pleito y mi hermano, reaccionó mi hermano al ver que yo reaccioné y les dijo: “Mirá, me bajás ya a mi papá”, “No, si no te lo vamos a bajar”, “No”, le dijo él, “Si de aquí no te lo llevás. Si te lo llevás, pasás sobre mi cadáver”... Y a subirse iban cuando mi hermano le aventó una patada con el pie y le cerró la puerta al carropatrulla. Entonces ya todos se pusieron a hacerle así y “sí, agárrennos, agárrennos que yo empiezo a gritar a ver quiénes van a salir linchados”, le dije yo, “no se acuerdan que hace dos años por poquito y salen linchados dos de aquí. Por lo mismo, verdad, —pero de eso no me acuerdo yo—, por lo mismo, porque a la gente que vive aquí y que no molesta cómo la chingan, pero a los *mareros* no les dicen nada. A los *mareros* miedo les tienen, pero si les dicen que vayan a La Molina, a La Molina entran solo a comprar droga”. Y ellos callados, porque eso era lo que más les dolía que les dijeran...

X. D., mujer, habitante del pasaje Nerio, 23 años,
entrevista del 03.01.05.

Los límites simbólicos ligados a la sensación de inseguridad y amenaza están claramente trazados en la mente de los habitantes de la zona de El Casco. El mapa se activa en situaciones extremas, como el caso del arresto del padre de X. D., pero también en el transcurso de una conversación regular entre dos conocidos. La Colonia Molina deja de ser un lugar en el que varias personas viven con sus familias, donde educan a sus hijos, trabajan y se divierten, para convertirse en un centro de distribución de drogas, donde reina la impunidad y el desamparo. Las palabras se pronuncian con todo el peso de su violencia simbólica, en términos de Pross. Los órdenes simbólicos que comparten los habitantes de El Casco anulan la diferencia, emborronan las identidades, hacen olvidar los lazos de cordialidad y fraternidad que también existen hacia los vecinos de la Colonia Molina (ver **5.4. Relaciones familiares y vecinales: construcción de la convivencia**). Quizá después la situación volverá a la normalidad, pero el orden simbólico imperante —el mismo que está a la base de la idea que la violencia es un factor de estructuración social— ya hizo su trabajo por intermediación del sujeto y de su capacidad de negociar cotidianamente con la violencia.

Como se mencionó arriba, el Casco demostró ser un espacio rico en espacios. No existe una sola forma de habitar y de convivir con las diferentes manifestaciones de violencia que lo han caracterizado durante años. Hay relatos que revelan gestiones cotidianas de dichas violencias en las que los sujetos entrevistados no manifiestan temor. Y, más concretamente, la entrada de la Colonia Molina es un lugar obligado para el tránsito en la zona (para más detalles de este espacio, ver *5.3.3. La entrada de El Casco*). Prácticamente todos los que habitan en la zona tienen que lidiar con esos personajes incómodos que se concentran en el lugar. Esta investigación sostiene que ningún espacio está exento de conflictividad y que, normalmente, dentro de un espacio siempre existen muchos espacios, que están a su vez ligados a muchas formas de leer su historia, sus habitantes, sus marcas, sus instituciones. Como lo refiere Patricia Bifani-Richard:

“Desde este punto de vista, el espacio humano, contrariamente al espacio animal, que es relativamente homogéneo para los miembros de una misma especie, se caracteriza por una inmensa diversidad. Cada

marca, cada estilo, cada huella, da cuenta de una peculiar visión del mundo, de un modo particular de ver y de hacer la historia humana. La riqueza de esta historia, sus vuelcos y también su ascensión en espiral se nutre, en gran medida, de la diversidad de las mentes que la conciben".²⁵⁰

En este sentido, en la reconstitución simbólica del territorio que se produce en la mente de los sujetos entrevistados, la Colonia Molina no es la única afectada. Se produce una especie de valoración concéntrica de situación de inseguridad/amenaza en la que la zona de El Casco siempre está en el centro. Los entrevistados repitieron en varias ocasiones ese ejercicio: afirmar la seguridad de su colonia o pasaje frente a la Colonia Molina, frente a otros sectores de la zona, frente a otros municipios y frente a otras zonas del área metropolitana y del país. Los municipios colindantes a Cuscatancingo, como Apopa y Mejicanos; el centro histórico de San Salvador (ver una referencia a la percepción de la inseguridad en el centro histórico en la **Tabla 5.1**, en este capítulo); las colonias aledañas a El Casco (la Panamá) o dentro de la misma zona (la Campoamor); todos estos se convierten en referentes para garantizar, en el plano de lo simbólico, la seguridad del sujeto y su familia. Hacen que la oposición fundamental normal/anormal se incline a favor de quien habla. Destruyen la idea de que la sociedad está completamente corrompida, unen sus pedazos de nuevo para construir un nuevo paisaje de la convivencia pacífica y la tranquilidad ciudadana. De este modo, se puede sostener que la reconstitución del territorio en términos simbólicos está ligada, en este caso, a la necesidad de diferenciar entre el “nosotros” y el “ellos/ustedes” territorial.

²⁵⁰ Bifani-Richard, 2004, pp. 90-91.

Una pequeña antología del “otro” en el discurso de los entrevistados

En la noche, ¿a qué hora considera que ya no es conveniente salir a la calle? ¿O le parece que es una zona lo suficientemente segura como para salir?

R. M.: Mire, fíjese que aquí abajo, gracias a Dios, es bastante seguro, es bastante tranquilo por este lado. Aunque el año pasado... sí, el año pasado fue, a principios de año, a un señor que esta aquí por, ¿se fijó donde hay un microbús aquí? Ah, pues a ese señor le robaron el pick up... Mmm, un pick up blanco me parece. Pero no eran los de aquí... venían de otro lado. Y nunca, nunca supo de su carro, se lo llevaron. Y aquí, al señor de a la par, intentaron robarle el pick up gris que tenía. Pero siempre: desconocidos. No de aquí de la zona, porque como ahí entraba por la parte de abajo hay un puente que dicen que va a parar hasta Ciudad Delgado (municipio colindante con la zona). Y aquí está el otro que es el que va para La Campiña...

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.

E. C.: No, nada de eso es cierto: La Molina, la colonia pagó “el pato” (platos rotos) pero de aquí no había ningún pandillero de este pasaje...

C. Ch.: (Hablan al mismo tiempo) No, fíjese que aquí no había nada. Es que aquí no había ningún *marero*...

E. C.: ...Venían esos de aquel “champerillo” (zona urbano marginal, tugurio). De ese de aquí y de otro de por ahí abajo todavía (señala hacia el sur y el norte), así es... De ahí venían a colocarse ahí, ahí donde está la cafetería... Ah, pues ahí venían a reunirse cada noche.

Ah... O sea que más bien aquí tenían su punto de reunión...

C. Ch.: Cabal, lo agarraba como, dicen, donde ellos dicen “mi terreno”, dicen ellos. Peleando el terreno, peleando el barrio (enfatisa “el barrio”).

E. C.: Con razón, por esa razón esta colonia estaba colorada por eso. Pero ninguno de aquí había en eso...

C. Ch.: Pero ningún “bicho” (joven, niño) de aquí *marero*, ningún bicho, siíí, gracias a Dios fíjese. Ningún bicho es *marero*. Es lo que uno siempre ha admirado (hablan al mismo tiempo).

C. Ch. (mujer) y E. C. (hombre), ambos de 48 años, esposos, habitantes de la Colonia Molina, entrevista del 04.01.05.

R. V.: Estando allá (en Apopa, municipio del AMSS), duramos allá como... quizás como 3 años, pero como prácticamente ahí hay demasiada depravación, había demasiado ladronismo, demasiado este... la gente era, como que vivía ahí el demonio porque toda la gente vivía en discordia. Conmigo no pues, pero las peleas era demasiado, se veía feo ahí y los niños, las niñas salían embarazadas bien rápido. Entonces, mi esposo de ver eso, pues me dijo que no —yo tenía una tienda ahí, verdad— y entonces mi esposo de ver esas cosas que se estaban dando me dijo que no, que nosotros nos teníamos que venir.

R. V., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

Si comparás la situación del centro de San Salvador, por ejemplo, con la de tu colonia, ¿cómo te sentís?

L. G.: Aquí donde yo vivo sí es bien tranquilo. Ay no, en el centro, en el centro solo conozco de día y a ciertos lugares porque tengo que ir a veces, a hacer mandados (pendientes) o bien a comprar algo. Pero en sí la vida del centro ahí no sé, pero sí aquí es súper diferente. A veces he ido, ¿qué?, a las 9 de la noche a la calle central a comer pupusas... y bajo tranquila, sin ninguna desconfianza. Porque aquí es tranquilo, súper tranquilo, a pesar de que está todo lleno de monte (maleza), verdad, que vos lo mirás y decís “qué feo por acá, todavía tiran flechas” (risas). Pero nada que ver, es muy tranquilo.

L. G., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 28 años, entrevista del 05.01.05.

D. G.: Cabalito donde está la bajada, en la colonia de abajo y en la de enfrente, dicen que están los *18s* y los *13s* (se refiere a la *mara 18* y la *mara salvatrucha*, también conocida como *MS 13*). Entonces esas *maras*, generalmente, bueno, antes se oían con mayor afluencia disparos, porque dicen que ellos se peleaban bastante, y también allá arriba, por Mejjicanos (municipio del AMSS, colindante con la zona), por la colonia Santa Margarita creo que es, por ahí era bien peligroso porque asaltaban seguido. Tal vez porque veían que la gente de Mejjicanos se viene directo —así a pie, verdad, como nos compraban y todo—, empezaron a asaltar. Y por más que se le ponía queja a la policía, la policía no hacía mayor cosa.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

En todos los extractos citados arriba aparece la constante del “otro” externo, cuya presencia, así sea esporádica, interfiere en un estado de normalidad (¿deseado?) de las relaciones sociales de la zona El Casco. Son los “desconocidos” de Ciudad Delgado y La Campiña, imprecisos y anónimos como los de “la colonia de abajo y la de enfrente”, en Mejicanos y en la Santa Margarita. “Esos de aquel ‘champerillo’” que también son intrusos no deseados. Es la “depravación”, el “ladronismo” de Apopa, en donde vive “el demonio” y la “discordia”, donde las “niñas embarazadas” son la mácula que comprueba la descomposición de la sociedad. De este modo, ningún espacio puede escapar de un proceso de resignificación en donde se involucra a aquellos que lo habitan bajo la necesidad de resolver la oposición simbólica entre *ellos* y *nosotros*. O más bien: a aquellos que lo habitan en la imaginación de los sujetos entrevistados.

Finalmente, este mapa simbólico también está relacionado con formas de convivencia cotidiana entre los mismos habitantes de la zona. Hubo algunas menciones importantes de estos mecanismos de convivencia que serán analizadas con mayor profundidad en el apartado **5.4. Relaciones familiares vecinales: construcción de la convivencia**, pero de las cuales interesa destacar dos aspectos. El primero tiene que ver con la aceptación, de parte de los habitantes de la zona El Casco, de ciertas manifestaciones de inseguridad y amenaza como parte integrante de su vida cotidiana. Esto no implica que ignoren las consecuencias negativas que estas manifestaciones puedan tener en su vida, pero en lugar de replegarse o de caer en la anomia social —interpretación favorita de la violencia social en los análisis de coyuntura—, los ciudadanos construyen sus propias estrategias de convivencia con el fenómeno, de manera que garantizan no solo su propia existencia, sino también la de los grupos mismos que les representan peligro. Así, se convive con la violencia cuando desata el mecanismo de la imposición de la fuerza sobre otros, del ejercicio de dominación sutil o evidente y de la estructura de pensamiento y percepción más profunda.

En términos generales, la relación que se establece con personajes concretos que forman parte de los problemas relacionados con violencia (delincuencia, *maras*, abusos de autoridad, etc.) revela una actitud de relajamiento frente a la manifestación concreta del fenómeno, al personaje con nombre y apellido. Cuando existe esa familiaridad, cuando es posible que se cumpla

la ecuación “ellos lo conocen a uno *ergo* ellos están tranquilos”, se puede aceptar y tolerar su presencia, porque de alguna manera la amenaza y el peligro le corresponde a otros, a los forasteros.

¿Consideras que la zona es tranquila?

X. D.: Mire, está la *mara* de aquí de la Molina, ¿vea? Pero ellos lo conocen a uno y si lo conocen a uno y a la gente que a veces a uno lo vienen a ver, ellos están tranquilos. Hay un muchacho... queee... él toma... él toma y huele pega, entonces, ¡él se cruza! Entonces él cuando anda cruzado y anda tomando sale, verdad, y un solo relajo porque hace como que le va a pegar a la gente y nunca le pega. Solo les hace el mate (hacer el gesto), entonces es asustar a la gente y cuando se asusta la gente el se ríe, le da risa. El treinta y uno (de diciembre) ahí andaba...

Ah, y él es *marero*...

X. D.: Sí... yo creo que él de los que vende la droga allá en esa zona, verdad. Entonces, ellos como *mara* tienen días estipulados para, o sea tiene permiso de tomar, no todos los días. O sea, por ejemplo, ellos sábado no pueden tomar por ejemplo, porque a mí uno de ellos me ha dicho —uno de los cipotes (niños, jóvenes) que comenzó y ya no se salió, ahí se ha quedado, entonces igual con respeto “Hola usted como está”, y yo “Hola”— a veces se queda hablando conmigo porque me pregunta por mi amigo, porque mi mejor amigo se llama Geracio...

X. D., mujer, habitante del pasaje Nerio, 23 años,
entrevista del 03.01.05.

Cuando se producen rupturas significativas del orden cotidiano, la negociación está a la orden del día y las instituciones encargadas de regular la vida cotidiana son las primeras en salir del escenario de lo legal. La trasgresión se convierte en *nuestro secreto*: “para estar seguros de que ustedes no van a hablar”, para exorcizar la “denuncia en contra de nosotros”, es preferible facilitar al policía el número de DUI y sellar un contrato paralegal que revierte la falta y reinstaura el orden.

X. D.: Un solo relajo, para decirle que yo hasta a llorar me puse ahí porque me dio cólera (coraje) que le tenían las esposas bien socadas (apretadas) y él ya no tenía ni fuerza en las manos porque hasta el DUI, que se le había caído porque lo traía en la mano, pero perdió la movilidad y se le cayó. Entonces llega mi hermano, los dos mayores, verdad, y “calmate, que ya nosotros vamos a arreglar” (...) Y mi hermano de casualidad que tiene una calzoneta que dice ANSP (Academia Nacional de Seguridad Pública, escuela de formación de policías) y ese día la andaba. Y cuando se la vieron seguro dijeron “púchica, a saber quién es este, con quién nos metimos aquí” y rapidito, solo se hicieron ojos entre ellos y dijeron (baja la voz) “mire, lo vamos a soltar pero, por

favor, que no vayan a haber represalias... déme el número de DUI suyo o el de licencia”, no sé que le pidió (a mi hermano), “para estar seguros de que ustedes no van a llegar a hablar, a poner una denuncia en contra de nosotros y si algo llega a pasar, entonces nosotros procedemos con ese número que ustedes nos han dado”, nos dijo así. Le digo a mi papá después: “maricones, o sea que con tal que nosotros no les pusiéramos el dedo lo soltaron”. Ellos aceptaron que habían hecho mal el procedimiento...

X. D., mujer, habitante del pasaje Nerio, 23 años,
entrevista del 03.01.05.

También se establecen restricciones en el uso de ciertos espacios y horarios de circulación que restringen la movilidad (“lo que hago es mejor evitar y no salgo muy noche”) y las rela-

ciones que se entablan con los demás (“yo solo saludo y nos vemos, no conozco ni los nombres de ellos”). En todos estos casos el sujeto es activo, no pasivo. La violencia deja de ser algo que ocurre, para convertirse en algo a través de lo cual se planea la vida cotidiana. El sujeto moviliza recursos de acción para entablar una lucha permanente por el control simbólico del espacio.

¿Vos casi no salís, así, que salgás en la noche?

No, no, en la noche no. O sea, antes salíamos un poco seguido con mi hermano porque él tenía carro, pero ahora no, ya está muy feo. Ahora solo basta ver las noticias y a una le da miedo andar en la calle, verdad. Así es que no, en la noche no. Lo mucho que puedo andar en la noche son las 8 de la noche, de ahí ya vengo de camino para la casa (...) Antes no me daba miedo. Así como está el tiempo ahora, sí ya me da miedo.

¿Por qué?

O sea, yo veo las noticias y que todo es muerte, todo es pandillas y... me da mucho miedo. Uno no sabe con qué clase de gente se puede encontrar en la calle. Así que por eso lo que hago es mejor evitar y no salgo muy noche.

*L. G., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 28 años,
entrevista del 05.01.05.*

La zona es tranquila en general...

Yo me encontrado con los muchachos y “buenas noches muchachos”, “buenas noches señora, que le vaya bien”. Será por que soy conocida aquí y que si ellos han venido a pedirme un favor yo se los he hecho. Por eso no voy a decir que yo soy amiga de ellos; yo solo saludo y nos vemos, no conozco ni los nombres de ellos. Los veo pasar, verdad, a veces los conozco mejor por los apodos que por los nombres, pero yo no diría que, no... mucha gente tiene la mala fama de la Molina pero sinceramente son unos cuantos muchachos traviesos y tremendos, pero hasta ahí nomás.

*M. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 56 años,
entrevista del 07.01.05.*

De este modo, es absolutamente factible pensar que los delincuentes y *antisociales* que inundan las calles son tanto una amenaza como un ejemplo para que los hijos vean *a lo que lleva la delincuencia*: “a uno le sirve para abstenerse y aconsejar los hijos, es la oportunidad de aconsejar a los muchachos”.

De los problemas de esta zona, ¿cuál es el que más le preocupa para sus hijos o su negocio?

Mmm... Ahorita teníamos aquí el problema de las *maras*, de la zona de acá de la Molina. Estamos cerca pero... hay un gran temor. De ahí los bolitos que toda la vida ha habido (se ríe), los bolitos aquí... es un temor de que se contagien los hijos, pero a la vez le sirven también de ejemplo, para hacerles ver a ellos a lo que

lleva, verdad, la delincuencia. Y como aquí a cada rato pasan con los reos (detenidos), se los llevan o los traen. Entonces, todo eso a uno le sirve para abstenerse y aconsejar los hijos, es la oportunidad de aconsejar a los muchachos, los que nos visitan, porque sí hay bastantes niños tomando.

*G. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 42 años,
entrevista de 07.01.05.*

En todos estos casos, frente a estas situaciones en que se mancilla la propia dignidad y se convive con estos pequeños terremotos del orden social —la violencia capilar también es sensible a los escalofríos en la piel de la sociedad—, la respuesta de los sujetos es dinámica, se adapta a las circunstancias específicas y a los actores particulares que delimitan la situación. ¿O acaso se puede hablar en estos términos de anomia social, de indiferencia hacia los problemas que aquejan a la sociedad?

5.3.2. La entrada de El Casco

La entrada de la zona El Casco (ver **Ilustración 5.4**) fue un lugar fundamental para la realización del trabajo etnográfico. Durante las primeras incursiones al campo, se invirtió mucho tiempo en observar lo que ocurría en este lugar, la manera en que las personas transitaban la zona a determinadas horas del día, los personajes que permanecen largas horas trabajando en ese espacio.



Ilustración 5.4: Entrada a la zona de El Casco

En el comedor que se encuentra en la esquina noreste de la entrada (casa verde en la **Ilustración 5.4**) se redactaron los primeros esbozos —a mano y en una agenda vieja— de las primeras líneas analíticas sobre las entrevistas y los períodos de observación. Al mismo tiempo, este comedor sirvió de escaparate para observar un proceso interesante de desplazamiento en la zona que implicaba una especie de *densificación de identidades*, es decir, la sobrevaloración del rol asignado a ciertos personajes que, en cierta medida, son asociados a la inseguridad y que se concentran en la entrada del El Casco. Las líneas que siguen intentan dar sentido a varias de las sesiones de observación que se llevaron a cabo desde esta zona, con un plato de comida en frente y un televisor blanco y negro que, al medio día y al atardecer, alimentaba la necesidad de estar informado con el noticiero de la tarde. Para comenzar, hay que decir que la entrada a la Calle Central es un espacio practicado en función de la identidad y la seguridad de los habitantes de la zona. En primer lugar, en la entrada se concentran muchos servicios que son importantes para la comunidad: comedores,

servicio de taxis (a partir del mediodía), tiendas de abarrotes, ventas ambulantes — el periódico nunca falta, como tampoco el pan, los antojitos, los dulces y las frituras para los estudiantes— y uno de los dos *ci-bercafés* de la zona. También se ubica el único expendio de aguardiente de la zona (ver **Ilustración 5.5**), que algunos habitantes ubican como el principal problema de la

Ilustración 5.5: Expendio de aguardiente y alcohólicos consuetudinarios de la zona



zona.²⁵¹ De hecho, en los alrededores de la entrada de la Calle Central suelen encontrarse muchos de los alcohólicos consuetudinarios²⁵² que circulan por la Calle Central durante todo el día y parte de la noche. Por ello, no es nada común que este sitio se convierta en espacio de reunión para mujeres, jóvenes o familias. Pareciera que la entrada de la Calle Central es una zona de paso para los grupos considerados “vulnerables” frente a la violencia: mujeres, ancianos, niños y jóvenes. Los taxistas, algunos *mareros* que se mantienen en la zona —en algunos casos son solo jóvenes adictos al pegamento o al crack— y los alcohólicos consuetudinarios —comúnmente llamados *bolos*— dejan de ser los conocidos del lugar y se convierten en sujetos incómodos. A estos sujetos se les despoja de la particularidad de su nombre o de su oficio —lo cual equivaldría a *diluir* los rasgos específicos de su *estar en el mundo*—; al mismo tiempo su presencia como grupo genérico se llena de una enorme carga simbólica, acaso ligada a algunos rasgos de peligrosidad que han caracterizado esa zona —lo que equivaldría a *densificar* su papel en la comunidad. Esta anulación de la particularidad de los sujetos que más utilizan la entra de El Casco contrasta con la familiaridad con que los habitantes se refieren a otros miembros de la zona que también trabajan en otras partes de la Calle Central, a quienes suelen referirse por su nombre o por el nombre de su negocio (la tienda de don Napo, el pan de Rosita, el bazar de la niña [doña] Margarita).

²⁵¹ En El Salvador también se les llama “cantinas”, pero en verdad solo son lugares en donde se autoriza la venta de alcohol destilado.

²⁵² Con la mención de “alcohólicos consuetudinarios” se retoma una forma generalizada de referirse, en El Salvador, a los alcohólicos crónicos que deambulan por las calles sin hogar. El apelativo se generalizó luego de que, entre septiembre y diciembre de 2000, muchos de estos alcohólicos empezaran a morir intoxicados por consumir alcohol adulterado en expendios de agua ardiente. El término fue ampliamente utilizado por autoridades de salud y por periodistas durante el tiempo que duró la crisis de las intoxicaciones, y luego pasó a formar parte del vocabulario técnico para referirse a lo que en el caló mexicano se conoce como “teporochos”. No se quiere utilizar este término de forma despectiva contra quienes, en este apartado, son un actor más dentro del paisaje de la entra de El Casco. Ver Estrada, Christopher (2000), “¿Una decisión conciente?”, en *Informativo Semanal Proceso*, Año 21, #923, Octubre 18. San Salvador: CIDAI.

Como consecuencia, a partir del medio día, la presencia de estos actores genéricos pareciera obligar a los transeúntes a caminar más rápido en la entrada de El Casco. El fenómeno se intensificaba a partir de las 6 de la tarde, cuando empieza a regresar de su trabajo la mayoría de los lugareños. Los mayores salen a esperar a sus hijas —R. D. sale a esperar que su hija de 26 años, X. D., regrese de la universidad o de hacer el mandado—, aprovechan para platicar y ver las piernas de las demás señoritas que no tienen la suerte de que alguien las espere. Entonces empieza el trayecto por el umbral de El Casco: las chicas caminan más rápido, los niños se detienen a satisfacer su antojo en el canasto de dulces, pero también se protegen de los carros que entran a gran velocidad a la calle (no es raro escuchar que las señoras gritan desde las tiendas arengas de precaución a los niños y niñas cuando se aproxima un automóvil). Los taxistas se divierten entre cada viaje, intercambian comentarios con los niños *buelepega* (adictos al cemento) y con los pocos *mareros* que aprovechan para pedir una cora (25 centavos de dólar) a todo el que se les acerque. Esta modalidad de extorsión callejera es otra forma de convivir con el fenómeno de la violencia, en este caso, delincuencia.

Para entender el funcionamiento de este umbral, hay que tomar en cuenta algunos de los rasgos de la entrada de la Calle Central. El lugar coincide con el de la entrada de la Colonia Molina (ver **Ilustración 5.3**), que es identificada como uno de los lugares más peligrosos de la Zona El Casco. De esta manera, parece que el estigma que pesa sobre la Colonia Molina —estudiado en el apartado anterior— encuentra también como coprotagonistas a quienes convierten el lugar en su área de acción por excelencia, sin que vivan en la colonia.

¿Cuántos espacios existen en verdad dentro de la entrada de El Casco? Uno solo y a la vez muchos. La centralidad de los espacios en las sociedades contemporáneas no radica tanto en su fuerza intrínseca, sino en su capacidad para catalizar las fuerzas que emanan del sujeto y que le permiten rebasar sustancialmente lo que antes eran ofertas fijas de lugares y trayectos. Así, lo que la Calle Central significa para el taxista, seguramente no coincide con la significación que le otorga el errante *marero*, que encuentra en ella un sitio ocasional de supervivencia, o para una vendedora de pan que solo transcurre ahí una parte de la mañana. Espacios económicos se entremezclan con espacios de lucha y de desplazamiento. También hay espacio para los recuerdos, para la comunicación y para los rótulos y consignas que se pintan en la

zona. El Comité de Base del FMLN (ver **Ilustración 5.6**) suele utilizar la zona como espacio de acción para el proselitismo político. También se pueden observar los espacios efímeros y volátiles de quienes contemplan la entrada en el trayecto del autobús. En cada caso, ni se produce una total independencia de los espacios generados, ni tampoco se tejen tramas fuertes, capaces de doblegar el sentido para constituir espacios graníticos, imposibles de ser pensados de otra manera. Ninguno de estos espacios está en abierta pugna con el otro, pero sus formas concretas de ser habitados, practicados y apropiados por los sujetos, hablan de un constante movimiento en su interior.

**Ilustración 5.6: Comité de Base del FMLN
(a 70 mt de la entrada de El Casco)**



5.4. Relaciones familiares y vecinales: construcción de la convivencia

“Nuestras conversaciones son a veces violentas, pero no se vayan por eso. Entre nosotros hay personas de gran ponderación, como por ejemplo...”

Julio Cortázar, *Último Round*.

La violencia, como fenómeno concreto en el que se ejerce la fuerza, forma parte de la vida cotidiana de las personas. La violencia en su dimensión capilar, como ejercicio de dominación estrictamente regulado por normas y reglas compartidas, forma parte del paisaje de relaciones que se establecen con los demás. Como sistema de referencias de lo que nos rodea, la violencia forma parte de la manera en que los sujetos organizan la realidad circundante mediante su entendimiento y su sensibilidad. Se convive con ella, de la misma manera que se tiene que aprender a convivir con los baches de la calle de enfrente y con la banqueta destruida por las raíces del un árbol. Ya se ha hablado mucho acerca de las condiciones históricas que han convertido al fenómeno en un componente importante de la vida de la sociedad

salvadoreña (ver el capítulo **IV. Historia cultural de las violencias en El Salvador**); en este apartado se sostiene que la manera en que los sujetos administran sus relaciones con los demás en diferentes contextos refleja principios estructuradores que operan en niveles más profundos del sistema social. Estos principios consolidan, en la línea de la Teoría de la Estructuración Social de Giddens (1984), un conjunto de reglas y recursos que establecen cierto orden a las interacciones entre sujetos, esto es, una *estructura social*. La estructura denota aquellas “propiedades articuladoras que consienten la ‘ligazón’ de un espacio-tiempo en sistemas sociales: las propiedades por las que se vuelve posible que prácticas sociales discerniblemente similares existan a lo largo de segmentos variables de tiempo y de espacio, y que presten a ellos una forma ‘sistémica’”.²⁵³ La estructura es un *estado dinámico de las cosas*, le confiere estabilidad a la forma en que la realidad se despliega frente al sujeto, pero también es flexible.

Dos aspectos han sido determinantes para la confección de este apartado. El primero tiene que ver con las referencias que los entrevistados hicieron a sus formas de gestión cotidiana con la violencia, ligadas principalmente a la presencia de instituciones en la vida cotidiana y a la construcción de enunciados con alto contenido moralizante en el discurso de los entrevistados. A partir de esta gestión cotidiana, los sujetos diseñan una plataforma de políticas de convivencia que es flexible, pero que tiene gran poder de influencia al momento de establecer relaciones con otros. El segundo está referido a la construcción de políticas de convivencia en diferentes escenarios: el hogar, el vecindario, la zona de El Casco, el trabajo, la escuela, la parroquia, entre otros. Ambos aspectos despertaron la necesidad de plantear una salida analítica al conjunto de evidencias que se detectaron en el discurso de los sujetos entrevistados referido a las relaciones familiares y vecinales. Como se mencionó en el apartado anterior, ambas situaciones revelan una participación activa del sujeto en la configuración de su propia situación de vida. Ofrecen elementos que hacen factible pensar que no existen recursos finitos para enfrentarse a situaciones concretas de violencia en el hogar, en la calle, en el trabajo; en lugar de ello, los sujetos toman decisiones diferenciadas de acuerdo a situaciones y actores diferenciados, sobre la base de un conjunto más o menos compartido de principios de acción

²⁵³ Giddens, 1984, p. 54.

cuya finalidad más importante es sustentar una sensación de normalidad incluso ahí donde precariamente existe.

Como se puede observar, ninguna de las categorías que organizan este análisis son independientes una de la otra; más bien, entre todas componen un sistema muy dinámico de relaciones de sentido que se traslapan y coinciden. En el trabajo de campo, la sistematización y el análisis de información recolectada, las categorías han tenido un cierto poder organizador, pero en ningún momento desdibujan la tremenda complejidad que se detectó en el universo de relaciones sociales que representa la zona de El Casco. En ese sentido, las siguientes líneas pretenden, además de explicitar el cauce interpretativo que se definió para este tema, tender puentes con los demás apartados de este análisis y alimentar una mirada compleja del fenómeno en el contexto específico de El Casco.

5.4.1. Políticas de convivencia y gestión cotidiana de la violencia

Un total de 13 de los 17 entrevistados hicieron 41 menciones que revelaron, dentro de sus discursos, formas concretas de administrar sus relaciones con los demás, dando cuenta con ello de su capacidad para trazar complejos sistemas de normas y reglas de convivencia. En el apartado **5.3. Del territorio al espacio simbólico: formas de habitar con la violencia** ya se hizo referencia a las consecuencias que tienen estas políticas de convivencia en el uso que se hace del territorio. Aquí se desarrolla con más detalle la manera en que estas políticas son el resultado de las exigencias que supone convivir con diversas expresiones de violencia. Ya se ha sostenido que los sujetos convierten dichas expresiones de violencia en el telón de fondo de sus tácticas y estrategias particulares de existencia. Lejos de esquivarla, los sujetos manifiestan tener la capacidad de incorporar —en diferentes niveles y contextos— a la violencia como forma de vida, en un plano tan sutil que trasciende a la mera ocurrencia de hechos violentos, tales como la agresión física o la limitación expresa de libertades y capacidades.

Un escenario importante para la generación y aplicación de estas políticas de convivencia, derivadas a su vez de experiencias directas con la violencia, es el hogar. La certeza de que el hermano actuó de forma injusta en su infancia, hace que R. D. tenga la solvencia moral para decir “no me conmovió... para nada me conmovió que lo tuvieran preso”. En otra parte de

la entrevista, R. D. afirma: “cuando él llegó a la cárcel, yo saqué mi conclusión, ¿veá?: Ah, no, este mi hermanito no... (se ríe)... esta es la ley de la compensación, ¿veá?, es la ley de la compensación la que él está pagando aquí”. El sufrimiento previo justifica que R. D. asuma el papel de sensor moral de su hermano.

R. D.: Así es que era cruel. Yo en lo personal ya sabía. Si estuvo a punto de dejarme patojo (cojo) a mí, dije yo, si yo no le he hecho ningún daño, por venganza sí, ¿veá? Pero hay algo que, uno no mira que uno está actuando como rey, si mira que él fue injusto, a mí no me conmovió... para nada me conmovió que lo tuvieran preso. Yo lo iba a ver pero tampoco le iba a decir para terminarlo de joder “Mirá, te acordás de aquel maltrato que mi hiciste vos”, nunca, nunca, nunca le hemos dicho

nada, pero sí mi hermana que ahora está en EEUU, pobrecita, pero esa nunca ha dicho “yo voy a ir a donde mi hermano”, que salga de ella pues. Y si viene pues, conmigo es bien... ella es una de las hermanas con las que nos llevamos bien siempre.

R. D., *hombre, habitante del pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05*

En el extenso relato de las diferencias que tiene con su cuñada y la hijastra del hermano, X. D. ofrece otro ejemplo de políticas de convivencia en donde un sujeto que ocupa un lugar influyente logra doblegar a los demás e introducir conflictos y desavenencias. Por tener prácticamente el control sobre los asuntos domésticos del hogar, X. D. se siente con la autoridad debida para calificar de problema a su cuñada. La llama “muchacha” y trata de ser enfática respecto a su indiferencia hacia todo lo que implique la vida de la familia de su hermano dentro del hogar. Los elementos de enlace que subsisten, empero, entre ellos no dejan de ser conflictivos (la hijastra y la hija, el “apartamento” donde viven, que es una pequeña construcción de dos habitaciones al fondo de la casa). Con esto, se establece una especie de marginación, que más bien podría ser considerada un tipo de discriminación a la que se recurre con el fin de demarcar dos aparentes estados dentro de un mismo espacio físico: el estado *normal*, conformado por las relaciones de consanguinidad entre los miembros de la familia, y el *extraordinario*, esa especie de estado adventicio representado por el apareamiento de la cuñada y su hija dentro del hogar. Los habitantes extraños del hogar de su familia se convierten en el recurso postrero de confirmación de lo que es *normal* y aceptado dentro de la casa. En esta voluntad inconsciente —en esta disposición adquirida respecto al establecimiento de discriminaciones entre las personas que componen el círculo inmediato de vida y las que no— hay implícito un ejercicio de violencia, desde el momento en que somete al *otro* a un estado de excepcionalidad que le niega la posibilidad de reconocer su carácter de igualdad.

A ver... contame un poquito de esta casa. Me decís que en esta casa no estaba eso (señala hacia un pasillo que colinda con el callejón)...

X. D.: No, esa parte... ay, pero cuando se construyó no me acuerdo...

Pero tu casa, cuando vos naciste, era solamente de aquí para allá...

X. D.: Sí, los cuatro cuartos. Allá arriba era patio. Entonces cuando mi hermano se acompañó, se vino la muchacha y se quedaron en ese cuarto. Entonces yo me pasé para acá con mi papi y mi mami (abuela) no estaba. Y siempre la sala aquí y el comedor aquí, verdad. Pero ellos allá adentro de su casa y la cocina y todo allá adentro. Entonces, luego fue que ella salió embarazada, mi cuñada. Entonces hubo, no me acuerdo, creo que hubo un problema, creo que por la hija de ella o no sé, que yo le dije un comentario y se molestó ella y le dijo a mi hermano que se fueran de aquí y se fueron para otro lado. Se fueron a alquilar. Y ella embarazada y todo a veces venían a ver a mi papá y como yo tengo la maña de que como mis dos cuñadas, las de mis hermanos mayores, como son hermanas y mis hermanos, hermanos, ¿verdad? Entonces, cuando ellas estaban embarazadas yo tenía la maña (costumbre) de tocarles el estómago, esa era maña mía. Pero tocárselo y meterle la mano debajo de la camisa. Entonces ellas nunca me decían nada y yo sentía que... ¡Ay, si me llega a decir algo yo también les digo! Entonces como yo hice lo mismo, no le hablaba pero le tocaba el estómago. Nunca le decía nada.

X. D.: Cuando nació la niña, yo quería ir a verla pero no entraba, y que iba y no iba porque yo estaba enojada con ella. Pero una vez “vamos a verla”, le dije a mi papi y la fui a ver. Luego empezaron ellos a venir porque mi papá me dijo que iba a construirles allá arriba porque... pues sí, verdad, no les alcanzaba a ellos (el dinero). “Ahí vea usted”, le dije yo. “Les voy a hacer apartamento arriba pero aquí la mitad es de uno y la mitad es de otro. O sea, aquí se va a pasar de tu mitad a esta parte, pero esta mitad siempre va a ser tuya”, y él ahí en sus arreglos. Y le construyó allá arriba a mi hermano... ahora

allá está el apartamento de él. De ahí fue que se pasaron de ahí para acá, fue que comenzaron a vivir ahí.

¿Hace cuánto fue eso más o menos?

X. D.: Pues... la niña tiene cuatro años. Estaba tiernita la niña y...

(...)

¿Ha mejorado la relación con la familia de tu hermano desde que se pasaron para acá?

X. D.: Sí, sí mejoró. Realmente quizás el único problema tal vez que se da es la niña. Lo que pasa es que yo... ahhh, a mí como que no me gusta que los niños sean muy desobedientes y... no sé... porque yo digo si son así, en casa ajena van a ser peor o van a hacer lo mismo y hay gente que no les gusta. Entonces a ella no le gusta que yo le diga nada. Entonces es lo que yo le digo a ella, “va, si a su mama no le gusta que le diga nada, entonces váyase para arriba”.

Ajá...

X. D.: Entonces ella a veces llora porque yo la mando para arriba. Entonces cuando va para arriba cree (la mamá) que yo le he pegado. Entonces mi hermano “¿qué le ha pasado?”, y yo “nada, solamente la mandé para arriba” le digo yo... y así y si se dan, pero siempre por eso de la niña, ¿vea? De ahí que a veces él comienza a hablar “y que sí y que no sé qué”, entonces yo le digo a mi papá hay ratitos que sí, que hay cosas que molestan, porque... pero a veces digo yo que sí, que tiene culpa mi papi por no poner él sus reglas. O sea, es su casa y aunque él viva ahí tienen que respetar. Y él no las puso, entonces ha dejado que ellos usen y que ellos hagan lo que ellos quieran. Pero como yo le digo a mi papá, si yo solo espero comenzar a trabajar y, si es posible, allá donde está alquilando mi hermano, para allá me voy a ir para no estar en conflicto con mi hermano. “Ahí que se quede él, quédese usted aquí, le voy a venir a hacer las cosas pero yo me voy a ir para allá siempre”.

X. D., mujer,

Por su parte —y siempre dentro del ámbito de las relaciones que se establecen en el seno de la familia—, I. R. coloca dentro del mismo nivel el profundo afecto que sintió por su difunto hermano (“traté de apoyarlo y era bien difícil”) y los momentos en que las diferencias entre ambos produjeron episodios inolvidables de violencia intrafamiliar (“Una vez le pegué, o sea,

cuando uno ya cree que puede decidir en la casa. Y nos agarramos... y le pegué una trompada que ni cuenta me di [se ríe]).

I. R.: Entonces mi hermano, qué te dijera, vi tantas cosas de él, tanto sufrimiento, sus luchas porque también luchó por convertirse, verdad. Al final murió de tomar, pero pasaba hasta 2 años sin tomar o tres años. Me acuerdo que era violento, llegaba hasta golpeando, malcriado y todo, la comida la botaba (tiraba).

¿Cuántos años te llevaba?

I. R.: 14 años. Tal vez... traté de ser hermano, traté de ser hermano... lastimosamente, pues una vez le pegué, o sea, cuando uno ya cree que puede decidir en la casa. Y nos agarramos... y le pegué una trompada que ni cuenta me di (se ríe). Al siguiente día que lo vi andaba el

ojo chiquito (se ríe), todo inflamado le había quedado. Pero traté siempre de hablar, de apoyarlo. Incluso cuando estaba en alcohólicos anónimos y cumplía su aniversario, yo ahí estaba. Cuando estaba en las gomas (crudas) sufrientes, ahí estaba dándole agua, lo animaba. Traté de, de, cómo se llama, de apoyarlo y era bien difícil, pero considero que, 3 días antes sin saber que se iba a agravar y se iba a morir, estaba tomando y llegué a la casa y me dice (baja la voz) “te amo mucho hermano”. O sea, yo siento que mi hermano pudo sentir eso en mí pues...

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

Pareciera que se establece un vínculo que va de la vivencia directa de situaciones de violencia a la generación de mecanismos de gestión con la misma. Estos mecanismos no necesariamente sirven para dirimir la problemática concreta que los genera, sino que son capaces de persistir en la memoria y orientar las acciones futuras del sujeto. Permanecen, en su dimensión de estructuras sociales, como huellas mnémicas²⁵⁴ que encuentran un referente concreto en las prácticas cotidianas de los sujetos. Por ejemplo, cuando la integridad de la convivencia barrial se ve afectada por un intruso, C. Ch. despliega la máxima que rige la cooperación entre vecinos: “Como aquí que toquen a uno, es como que toquen a un panal”. Esto le da la autoridad para capitalizar su experiencia como madre de familia y enfrentar al intruso con firmeza: “No vaya a andar manchando aquí”, “le dije la gran palabrota”, “¡aquí no va a manchar!”. De ser una reconocida lidereza religiosa en la parroquia Inmaculada Concepción, C. Ch. se convierte en una defensora más del grupo —de hecho, el grupo la acuerpa— y asume la responsabilidad de salvaguardar la seguridad de su lugar de habitación: “¡la fuerza somos todos pues!”.

²⁵⁴ Se recurre de nuevo al pensamiento de Giddens para hacer esta relación interpretativa: “Las propiedades estructurales de los sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que organizan de manera recursiva. La estructura no es ‘externa’ a los individuos: en tanto huellas mnémicas y en tanto ejemplificada en prácticas sociales, es en cierto aspecto más ‘interna’ que exterior (...) a las actividades de estos individuos.”, *Ibidem*, p. 61.

C. Ch.: ...porque uno lo que más quiere es vivir en tranquilidad total. E incluso una vez a W. (hijo mauor) venía tranquilo de la cancha —porque siempre han jugado los dos juntos en la canchita de la iglesia— y venía y me los traían “chupusteados” (corriendo) más que todo a W Y W. no se metió en mi casa porque estaba cerrado, y se metió donde el vecino. Como aquí que toquen a uno, es como que toquen a un panal... Nosotros somos tan unidos aquí... mire, nosotros, este pasaje toda la gente dice que es el pasaje más unido. Porque si alguien necesita de otra parte y nosotros podemos, nosotros vamos todos (...) Si nosotros sabemos, aquí... Y en ese momento en que W. se metió ahí, donde el vecino, ¡salimos todos, que en el momento salimos todos! Que en el momento mire... Si volvieron

a salir por él... Y mancharon (grafitearon) de ahí, de ese pasaje para arriba (hace un gesto para señalar desde la entrada de su pasaje hasta la entrada de la colonia), pero de ahí de ese pasaje para abajo... Empezaron a manchar ahí, de donde Don Manuel —él trabaja en el rastro de Mejicanos— y le digo: “Bueno, y a vos qué te pasa...”, “No, mire...”, “No vaya a andar manchando aquí”, le dije y le dije la gran palabrota, “¡aquí no va a manchar!”... No dejamos... mire, de aquí para abajo no hay una mancha. Pero nosotros no dejamos y aquí todos nos unimos y ¡la fuerza somos todos pues!

*C. Ch., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años,
entrevista del 04.01.05.*

Para algunos, dado que es prácticamente imposible sustraerse del accionar de los delincuentes de calle —*maras* y estudiantes que luchan entre sí por pertenecer a barrios o a preparatorias públicas diferentes—, lo mejor es crear barricadas particulares que contengan la influencia negativa que pueden llegar a sufrir. R. V., L. G. y R. G., todos miembros de la misma familia y habitantes de la Colonia El Tazumal, utilizan los lazos familiares como recurso para crear esta clase de *barricadas simbólicas*. A esto le acompañan otras estrategias de gestión cotidiana de la violencia que, seguramente, no son privativas de esta familia, como la restricción en la movilidad de acuerdo a horas y lugares considerados peligrosos.

R. V.: Él hace... es técnico... como él es mecánico automotriz. Estudió su bachillerato en técnico automotriz. Estudió en (...) el IPS, ajá... En ese tiempo cuando las *maras* estaban fregando, veá. Pero como mi esposo lo que hacía —como la empresa quedaba allí por donde él— era irlo a dejar al colegio. Hasta el último año que el tenía 18 años mi esposo lo fue a dejar hasta la última vez. Gracias a Dios nosotros no tuvimos problemas porque como mi esposo lo iba a dejar. A las propias 6 (de la tarde) él ya venía, nunca se quedaba porque como nosotros le prohibíamos que se quedara en la calle. Entonces él temprano estaba aquí y por eso no se involucró en cosa así. No porque ahí en el colegio se veía que eran tremendos los muchachos, verdad.

*R. V., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años,
entrevista del 05.01.05.*

G. L.: Otra cosa son las escuelas, porque aquí el instituto está cerca, entonces depende a la institución que vayan los muchachos. Porque aquí (en el Complejo Educativo “Tomás Cabrera”) hubo una vez que llevaban granadas los muchachos... Aquí van bastantes muchachos armados, van con cuchillos. Y aquí los profesores hacen lo que los alumnos les dicen, o sea que aquí más que todo los maestros son los que obedecen a los alumnos. Entonces yo siempre he pensado así, pues, de que mejor esforzarte un poquito y darles mejor educación, sí, porque viviendo cerca y viendo la situación, no le conviene (se ríe), porque siempre hemos logrado darles otra oportunidad.

*G. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 42 años,
entrevista del 07.01.05.*

Por su parte, M. L., una de las entrevistadas de mayor edad (56 años), manifiesta en reiteradas ocasiones su añoranza por las estrategias de control y represión de los extintos cuerpos de

seguridad que prevalecieron durante las épocas del conflicto armado en El Salvador.²⁵⁵ Era el tiempo en que el exterminio del otro era la norma silenciosa que fungía como la mejor salida a la abierta conflictividad social que imperaba. Hoy en día, además de lamentar el poco “respeto” que existe hacia la autoridad, M. L. encuentra en la paulatina muerte de los delincuentes un alivio a la situación de inseguridad que golpea con fuerza al país: “se han ido muriendo muchos muchachos que ahora... ya están descansando”.

Me dicen que hubo un tiempo en que hubo Guardia Civil aquí...

M. L.: Sí... ¡la Benemérita! (se ríe) que le decía... Pero esa era bien, era bien, cómo decirle, le tenían mucho temor... los “muchachos” (guerrilleros) que andaban haciendo... ¿verdad? Había respeto para la Benemérita (...) Ahora la inseguridad, pues yo creo que mientras hayan muchachos traviesos de drogas, siempre hay temor, veá, siempre hay temor... Mire, nada más en la televisión estaba viendo que se metieron a una librería, la Cervantes y robaron. Y aún ahí, en ese salón donde estuve enfrente se le metieron y se llevaron como 10 mil colones en ese tiempo (US\$1.142).

¿Y en qué época fue eso?

Quizás, estaba más tremendo, aquí había muchas, muchas maras y muchos delincuentes. Ahora pues, se han ido muriendo, se han ido muriendo muchos muchachos que ahora... ya están descansando. Otros que ya están en Mariona (cárcel). Y otros que se han ido fuera del país. Así que ahorita está un poco calmado.

M. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

La eliminación del antisocial sigue formando parte del horizonte de solución; irónicamente, se podría sostener que aun tiene fuerza la máxima silenciosa que establece que *frente a la descomposición del mundo, la limpia social es un deber*, como se puede apreciar en la siguiente cita de

M. L.:

¿Desde hace cuánto siente que la situación empezó a normalizarse?

M. L.: De esto yo siento que hace bastante, no ha sido en estos días de la Mano Dura. Porque hubo un tiempo cuando, en que se hablaba del (baja la voz) Escuadrón de la Muerte, vinieron y mataron (baja la voz) a muchos cipotes (jóvenes) traviesos, porque eran ladrones y que les gustaba andar en esos problemas. Entonces mataron a varios conocidos, que uno los conoció, veá. Entonces mataron varios, los hallaban muertos en diferentes

lugares y sin saber quién lo había hecho. Y uno ya sabiendo porqué, verdad, y cómo. Pues, porque suponíamos que ese grupo era el que andaba matando a este tipo de personas, entonces desde esa fecha se calmó en cuanto a aquello que había bastante. Después empezaron otra vez a salir y andar ahí que en pandillas, que se peleaban y que hacían escándalo. Ahora ya se calmó un poquito más.

M. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

El vínculo que une, por un lado, la convivencia directa con diferentes formas de violencia y, por el otro, las tácticas y estrategias para gestionarlas no necesariamente son fruto de la deci-

²⁵⁵ Para un mayor desarrollo de la presencia en el discurso de los entrevistados de los aspectos relacionados con la vivencia del conflicto armado en El Salvador, véase el apartado **5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia**, en este capítulo.

sión conciente y puramente circunstancial del sujeto. Esta investigación sostiene que en el establecimiento de estos vínculos se echa mano de los saberes y creencias adquiridos a lo largo de la historia personal y colectiva. De lo contrario no formarían parte de los órdenes simbólicos cotidianamente practicados entre un grupo social. La facilidad con que salen a relucir en la escena de lo social también está relacionada con la dimensión práctica de la estructura, que se actualiza con cada decisión que toma el sujeto al amparo de su condición habilitante. Este aspecto de los hallazgos de la investigación será trabajado con mayor profundidad en

5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia.

5.4.2. Solidaridad y movilización en El Casco

La convivencia con formas variadas de ejercer la violencia no solo produce reacciones de defensa. También regula una buena parte de los lazos de solidaridad y apoyo que se produce entre los habitantes de un espacio común. Entre los entrevistados, 7 hicieron 13 referencias a este tipo de episodios, ya fuera porque hubieran participado directamente en ellos o porque tuvieran conocimiento de su ocurrencia. También hicieron uso de situaciones hipotéticas enlazadas, en el plano del discurso, con enunciados de políticas de convivencia, a partir de las cuales expresaban las condiciones que vuelven factible ofrecer auxilio o apoyo a determinados sujetos en determinadas circunstancias. De alguna manera, estas menciones en el discurso de los entrevistados podrían sustentar la noción de que la presencia de hechos de violencia —así sea de la naturaleza e intensidad que sean— no necesariamente deteriora o desintegra los lazos sociales.

Dicho en términos más coloquiales: las personas no dejan de ir a misa aunque vean al mismo demonio apoderarse de sus antiguos espacios de esparcimiento; no dejan de preocuparse por el bienestar del vecino aunque amurallen sus casas y se encierren en sus televisores para suplantar la partida de dominó de la esquina; tampoco petrifican su sensibilidad frente al dolor ajeno, incluso cuando la coartada del “ni siquiera lo conozco” es más que adecuada. Cambian las reacciones y su intensidad. Cambia igualmente la persistencia de las movilizaciones que se producen para aliviar la penuria de los demás. Este apartado intenta dar cuenta de la manera en que también se instauran políticas de convivencia que alientan la formación de redes de

solidaridad y que someten a riguroso examen la posibilidad de encauzar este potencial solidario en una situación determinada.

El caso más llamativo que fue referido por algunos los entrevistados fue el de la muerte de J. C., hijo de C. Ch. que, como ya se mencionó más arriba, es una mujer reconocida por muchos por su participación y liderazgo en las actividades de la parroquia Inmaculada Concepción. En joven, de 18 años, murió ahogado durante el paseo a la playa con el que se celebraba la culminación de su bachillerato (el joven estudiaba en un colegio evangélico muy conocido en El Salvador, el Liceo Cristiano). Por el hecho de haberse ahogado en la playa, las autoridades destacaron un recurso limitado de personas para la ubicación y recuperación del cadáver de joven, una vez que, por el tiempo que había permanecido desaparecido, lo dieron por muerto. El mismo día en que se produjo el suceso, muchos de los vecinos y conocidos de C. Ch. se trasladaron a la playa en cuestión y protagonizaron un llamativo acto de solidaridad colectiva. Según se narró, los jóvenes que pudieron permanecer en la playa hicieron rondines para estar pendientes del momento en que la marea y el oleaje expulsaran el cuerpo de J. C. En medio de la espera, según cuenta X. D., una familia de la zona que celebraba una boda, decidió enviarles comida: “llegó un grupo de aquí, porque había una boda por allá arriba (señala hacia la iglesia) y llevaron pero un montón de comida que les habían dado de esa boda. Pero un montón: una olla de... pollo —ni me acuerdo qué era—, arroz, ensalada, pan, gaseosa (refresco)...”. Otras referencias a la experiencia que rodeó a la muerte de J. C. se pueden consultar en las siguientes citas.

X. D.: ...me hablaron y me dijeron “Mirá, ya te distes cuenta...” —sonó el teléfono y yo contesté— “¿y quién es? ¿Wilber o Jean?”, pregunté yo, “No, Jean”, “¡Ay, la

...El hijo de la niña (doña) Con, yo hablé con ella...

Xioma!” dije yo, “Púchica, pobrecita”. Y voy a la casa de ella y andaba trabajando, me salió la mamá y me dijo “ahorita vamos para allá, porque se ahogó y no ha salido, se perdió el cuerpo”. “Si quiere me voy con usted” y sí, me vine a cambiar y a la una de la tarde íbamos. Llegamos como a las dos y media.

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años, entrevista del 03.01.05.

Ya que toca el tema, ¿usted cree que ha habido cambios en la solidaridad entre la gente de esta zona, ha mejorado o se ha deteriorado? ¿Cómo lo evalúa usted?

M. L.: O, al contrario. Mire, hace poco se ahogó un muchacho de la Molina...

M. L.: Sí, va, entonces mire: aquí nos movilizamos todos. Unos pidiendo, unos con esto, nosotros con mi hijo fuimos allá al estero donde estaban ellos y le llevábamos ropa a la señora y a la novia, entonces todos nos movilizamos, todos. Y así: aquí a la mamá de un muchacho de acá de la comunidad, nosotros todos nos hemos movilizado, entonces yo siento que hay solidaridad, no importa quien sea. No importa si no es de nuestra iglesia, lo importante es colaborar, ayudar a quien lo necesita cuando uno puede. Nosotros de parte de la iglesia estamos bien, en eso sí, colaboramos, no importa quien sea, si es de la iglesia o de la secta que sea, no importa.

M. L., mujer, comerciante de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

En circunstancias diferentes a la entrevista, durante los encuentros informales que se sostuvieron con otros habitantes de la zona de El Casco (entre ellos, J. C., mejor conocido como “el Choco” —en El Salvador se les llama así a quienes tienen problemas de visión—, D. G., R. D. e I. R.), la movilización que provocó la muerte del hijo de C. Ch. fue tema de conversación. En agradecimiento a la solidaridad que le manifestaron, la madre del joven fallecido ofreció una comida en la que, de nuevo, salieron a relucir estos lazos entre vecinos:

Mire, ¿en su negocio solo comida sirve?

C. Ch.: Comida y las tortillas que hago.

¿En la mañana y en la noche?

C. Ch.: No, solo al medio día. En la tarde hago algunos antojitos, como yuca con fritada, tortillas fritas con frijolitos, plátanos fritos... Ahorita... este, no he comenzado así tan fuerte porque, por todo lo que me ha pasado. He estado un poco así que quiero y no quiero.

Si un día de estos hice una gran “perolada” (cacerola muy grande) de yuca porque quería invitar a toda esta gente de allí, de donde Xiomara en agradecimiento; sí, lo hice el domingo... Pelé una cabeza de cerdo y ya lo dejé todo bien preparado, hice una gran perolada y vinieron todos... no vinieron todas las personas, pero estaba llenísimo. Pero no eran todas las personas que habían... Y todos muy contentos y yo les dije que era en agradecimiento. Mañana tiene 40 días mi hijo.

C. Ch., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 04.01.05.

El ámbito de las relaciones interpersonales que se establecen dentro de El Casco se convierte en un espacio propicio para producir estos procesos de identificación temporales con la pena del otro, lo cual facilita la movilización de los sujetos. Esto lo entendió muy bien C. Ch. y por ello, ante un apoyo colectivo, el agradecimiento colectivo fue muy bien recibido por los miembros de la comunidad. Sin embargo, estos patrones que posibilitan el establecimiento de lazos de solidaridad no se aplican de la misma manera cuando los sujetos entrevistados refle-

xionan sobre la situación de inseguridad en la que viven. En estas circunstancias, el discurso pierde referente concretos, pierde personas con nombre y apellido, pierde también las historias de esas personas. Las cortapisas aumentan y el discurso se llena, poco a poco, de excepciones. Esto revela que la convivencia con formas de violencia también genera aprendizajes que se trasladan a la vida diaria. Como se mencionó en el análisis detallado en 5.3.1. *La Colonia Molina*, de alguna manera las precauciones que se tienen frente a los demás se relajan cuando la situación involucra personajes conocidos (cuando se cumple la ecuación “ellos lo conocen a uno *ergo* ellos están tranquilos”). Por ejemplo, C. Ch. confiesa que su empleada no es precisamente una ayuda, pero que se compadece de su situación económica y le facilita un trabajo remunerado cerrando con ello una situación de reciprocidad que amerita la solidaridad: “Me ayuda ella y yo le ayudo”. O, en el caso de R. V., ama de casa y dueña de una pequeña tienda de abarrotes, circunscribe su solidaridad al hecho de que los habitantes de la Comunidad El Tazumal (llamada por algunos, “La Tazumal a la fuerteza”, porque alberga a desplazados de la guerra que se asentaron en un terreno baldío que le pertenece al MSPAS, ver **Ilustración 5.7**) la busquen y le soliciten ayuda: “Que yo no visito, ni voy por allá abajo, es otra cosa, verdad”. Pese a su disponibilidad a estar al servicio de las necesidades ajenas, R. V. no puede dejar de tomar en cuenta que a los habitantes de la Colonia El Tazumal se les juzga por vivir en mejores condiciones. Y la explicación de este comportamiento se desprende de un proceso de categorización social que funciona como un poderoso anclaje configurador de la diferencia: “porque ellos se sienten de esa manera”, es decir, marginados.

Ilustración 5.7: Vista de la entrada a la Comunidad El Tazumal



Le ayuda alguien en su negocio...

C. Ch.: Tenía una muchacha que me ayudaba. Le pagaba 400 colones mensuales (US\$45) por los dos niños, de ocho a dos de la tarde. Se le pagaba poquito. Hoy no, no le voy a decir que la tengo (señala a su ayudante) para que me ayude: (baja la voz) para ayudarla a ella es que la tengo yo (se ríe), porque es una muchacha que se quedó sin trabajo y porque de esto no me sale tan poquito; sí le doy gracias a Dios que en los tiempos que estaba apurada con lo de Jean me estuvo ayudando. No le pago mucho: le doy 3 dólares diarios. Pero, como le digo es para ayudarle porque el negocio no como para decir “tengo un montón”, no. Pero sí me ayuda ella y yo le ayudo. Porque no tiene trabajo.

C. Ch., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 04.01.05.

O sea que su relación (de la Comunidad El Tazumal) con ustedes es prácticamente desde siempre... ¿O cómo es su relación con ellos?

R. V.: Buena... hay personas que, cuando nosotros vivíamos allá, cuando nosotros teníamos “refri”, nosotros les vendíamos hielo, frutas heladas. Ellos venían

a ver televisión a casa de nosotros, porque teníamos, pero como ellos vivían ranchitos de cartón de acá, ellos iban en la oscurana (oscuridad) aquí, se venían para donde nosotros, porque nosotros teníamos luz (...) Ellos se sienten marginados, le voy a decir, se sienten marginados acá por muchas razones. Pero lo que soy yo, nunca los he marginado, porque toda la vida me han buscado y me han encontrado, verdad. Que yo no visito, ni voy por allá abajo, es otra cosa, verdad. Pero si ellos vienen acá donde mí y me dicen “mire, yo necesito...”, si yo tengo, se los doy. Pero sí, hay personas que sí —las de más abajo— no les hablan y allá les dicen que somos las de “La Escaloncito” (haciendo referencia a la Colonia Escalón, otrora la colonia de las familias más pudientes de la capital), que somos las de “La Escaloncito” (se ríe). Pero es por eso, verdad, porque ellos se sienten de esa manera. Pero más también como en los caminos del señor tenemos que estar unidos todos, verdad, yo iba a darles, tenía una reunión familiar con ellos y les iba a predicar la palabra de Dios. Yo andaba con eso y me reunía más con ellos. No todos, pocos, pero de esa manera es como yo he estado relacionados con ellos.

R. V., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

Pero los aprendizajes acumulados que deja la convivencia con situaciones de violencia en cualquiera de sus expresiones (en tanto ejercicio de la fuerza, en tanto forma de dominación y en tanto esquema de percepción y pensamiento) transforman o revierten esta confianza cuando la identidad de los sujetos involucrados se diluye en rostros genéricos: las *maras*, la gente de afuera, los que no conozco... R. G., esposo, padre de dos hijos y abuelo de una niña, recrea un escenario hipotético en donde la condición de ayuda a los demás está en el ostracismo de la familia: “a mí casi no me gusta meterme con nadie (...) yo puedo darle a alguien que lo necesite, pero hay gente que es muy “viviana” (aprovechada) y la viveza, uno tiene que saber si se aprovechan de esto”. Por su parte, M. G., habitante de la Comunidad El Tazumal se queja de la indiferencia de sus vecinos que solo se modifica cuando se producen situaciones límite: “cada quien busca por su lado, solo cuando hay alguna tragedia nos unimos, pero de lo contrario...”. Entre risas, M. G. confiesa que le cuesta trabajo vivir con “la gente”, ese personaje indefinido que engloba a sus vecinos, a los del otro barrio, quizás a los demás salvadoreños que se encuentra camino a la tienda o al mercado.

Tampoco es posible verificar relaciones de solidaridad a partir de organizaciones vecinales, de modo que dichas organizaciones —prácticamente ausentes del discurso de los entrevistados— no logran tener una presencia reguladora de las relaciones entre vecinos a favor de la convivencia. En el relato de la joven D. G., de 24 años y asistente de la parroquia Inmaculada Concepción, aparece de nuevo esta distinción entre “los vecinos de a la par” y “el resto de los vecinos” como indicador de relaciones de solidaridad, además de que manifiesta con claridad su posición frente a la inoperancia de la organización de vecinos.

R. G.: ...a mí casi no me gusta meterme con nadie. Sobre todo con los que yo les hablo, así, pero ya meterme así... casi no. Antes yo era un poco más, pero hoy casi no me gusta meterme, porque ya de repente hablan babosadas y a mí casi no me gusta que me hablen, como le digo, así. Yo hago mi trabajo y aquí mi mundo está aquí, pues, aquí entre ustedes está mi mundo y... mi mamá, inclusive los hermanos de ella (la esposa), cuñados, son su familia entonces son familia de uno. Pero de ahí la demás gente, le digo...

Claro que nosotros, si alguien necesita un favor y yo se lo puedo hacer, pues... Si yo creo que se puede, se lo hacemos. Pero nosotros llegamos con cualquiera, sea quien sea, sin conocer inclusive a la gente. Creo que eso lo hace ya, ya, ya los sentimientos de cada quien. Usted puede darle a alguien que necesite, yo puedo darle a alguien que lo necesite, pero hay gente que es muy “viviana” (aprovechada) y la viveza, uno tiene que saber si se aprovechan de esto. Y eso a mí no...

R. G., hombre, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

¿Creés que en la zona donde vivís, en tu círculo inmediato, hay solidaridad o más bien hay indiferencia?

D. G.: Mmm... Tal vez solo con una señora, no, tal vez solo dos vecinos sí son solidarios. De ahí, todo el resto de la gente sí la veo indiferente, solo cuando necesitan pisto (dinero) o algo, ahí todos salen. Por ejemplo, hace poco se estaban peleando porque quieren mover el basurero de mi colonia, lo quisieron pasar hasta el tope (final del pasaje), hasta aquí atrás. Es cabal un cuadro así donde está el basurero, entonces está cabal donde entra el tren de aseo y todo. Pero dicen que lo quieren

hacer hasta el tope porque quieren alargar, quieren engrandecer el parqueo (...).

D. G.: Yo pienso que es solo para eso, porque cuando nosotros pedimos ayuda para que hicieran el muro completamente, desde lado de ahí de la casa hasta el tope, dijeron que no, que no estaban de acuerdo, entonces cuando cerraron el lado de nosotros se empezaron a meter (los ladrones) por el lado de la otra vecina, de la última casa del tercer pasaje y por el lado de nosotros. Entonces nosotros decidimos eso, pues, de que colaborarían también y dijeron que no, que eran gastos de nosotros y que nosotros viéramos cómo corriamos con el gasto (...).

D. G.: Con los vecinos de a la par (que viven en la siguiente casa), así, como con préstamos sí, qué si ellos necesitan algo, nosotros estamos pendientes y cualquier cosa ellos nos avisan, ellos nos cuidan, entre nosotros nos cuidamos a los niños cuando alguien tiene que salir, “mire, véamelos”, pero nada más.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

¿Cómo se lleva con la gente de la comunidad, son solidarios o indiferentes?

M. G.: Pues en alguna necesidad si somos solidarios, pero así de estar pendientes todo el tiempo creo que no; cada quien busca por su lado, solo cuando hay alguna tragedia nos unimos, pero de lo contrario... cuesta vivir con la gente, también (se ríe). Como hay caracteres difíciles.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

La movilización de los individuos frente a situaciones límite produce relaciones de solidaridad pasajeras, pero persiste la necesidad de tomar precauciones de acuerdo al contexto en

que se presente la oportunidad de brindar apoyo. Como ya se mencionó antes, El Casco — como muchos otros lugares alrededor del mundo— es un espacio variado en su interior y que alimenta variadas lecturas sobre el mundo y sobre las relaciones entre las personas. Es un espacio en donde el control simbólico por los espacios se define en función de la oposición del *ellos* contra el *nosotros*. Hacia dentro, con la mirada puesta en el *nosotros*, la pertenencia a un grupo ciertamente libera de tensiones: la familiaridad en el trato minimiza la posibilidad de sorpresas, acrecienta la certidumbre. Pero esta mirada también se opaca cuando enfrenta a los órdenes flexibles de relaciones y de reglas de convivencia —las políticas de convivencia— que garantizan ciertas libertades colectivas a cambio de una permanente vigilancia del comportamiento propio y ajeno. Es el mismo orden que facilita entablar relaciones con ese otro mundo, el del *ellos*, por el cual vale la pena mantenerse, solo en cierta medida, al margen. Como subproducto de estos órdenes simbólicos, las relaciones de solidaridad también se ven afectadas y se despliegan como estrategias en donde también cabe la defensa de la propia seguridad. Sobre esta base es que se sostiene la idea de que la violencia contribuye al mantenimiento del orden social imperante, en tanto ofrece recursos socialmente estructurados y subjetivamente modelados para la gestión de las relaciones que se establecen con los demás (al respecto, ver la introducción de **II. Pensar sobre la violencia: ejes teórico-conceptuales**). Y, de acuerdo a todo lo analizado hasta el momento, ni el espacio habitado, ni los sujetos enzarzados en relaciones interpersonales escapan de esta fuerza estructuradora en el discurso de los sujetos entrevistados de El Casco.

5.5. Escenarios de violencia simbólica: las relaciones de género

Al iniciar esta investigación, el análisis de las relaciones establecidas en el seno familiar y vecinal no contemplaba la categoría de género como parte del estudio. Como tal, la presencia del género como determinante del objeto de estudio y del universo de estudio —en sus diferentes escenarios— no formaba parte de los ejes que integran la perspectiva teórico-conceptual y, por tanto, tampoco figuró entre las categorías de recolección de información que guiaron el trabajo de campo. Sobre esta omisión hay muy poco que aclarar: se debió fun-

damentalmente a un asunto de ceguera epistemológica. Habiendo profundizado en el poder como principio de estructuración de las relaciones sociales, parecía que la distribución desigual de recursos para ejercer dicho poder en el marco de cualquier grupo podía ser explicado desde esta lógica. Pero, en el fondo, la particular fuerza con que se fueron poniendo de manifiesto las relaciones de dominación marcadas por el género en el discurso de los entrevistados produjo un cambio importante en el desarrollo de esta investigación.

En el transcurso de las primeras incursiones a la zona de El Casco, el “lugar” en que se hizo más patente la presencia de los principios de estructuración que aporta el género fue el hogar como espacio habitado por el núcleo familiar. De hecho, cuando se decidió cambiar de sujeto de estudio —del grupo familiar a los sujetos particulares en el marco de la comunidad—, la dominación de género tuvo mucho que ver. En los primeros días de la realización de entrevistas, el abordaje de los grupos familiares fue prácticamente imposible debido a que los padres de familia —y, en general, los hombres de la casa— se rehusaban a participar. Con excepción del caso de I. R y de R. D., fueron las amas de casa las que se encargaron de gestionar el tiempo para la entrevista y ellas mismas comunicaron la negativa de los hombres de la casa. Igualmente, en el discurso de la mayoría de las mujeres entrevistadas, fueran madres o hijas, se percibía algún rasgo de dominación por parte del hombre en varios aspectos de su vida, entre ellos la administración de los asuntos domésticos, la dependencia económica y el establecimiento de un proyecto de vida de pareja o de familia. Estos datos poco a poco fueron mostrando con claridad la fuerza estructuradora de los roles de género en las relaciones interpersonales, sobre todo en el marco de la convivencia familiar.

Este apartado se fundamenta en el supuesto de que *la dominación de género es una forma de violencia*. El género representa uno de los órdenes simbólicos más fuertemente afianzados en la vida de los seres humanos; bajo su cobijo se producen algunas de las manifestaciones más dramáticas de violencia. De hecho, desde la óptica de las autoridades policiales de El Casco, la violencia intrafamiliar era el problema más frecuente en la zona. Para sustentar esta postura analítica, se retoma el trabajo que ha realizado Rita Laura Segato (2003) en torno a la estructura patriarcal propia de los hogares, fundada y hecha patente en las relaciones de género. El objetivo de Segato es elaborar un modelo de comprensión del fenómeno de la violencia. Una

de las manifestaciones que la autora aborda para desarrollar dicho modelo es la violación y al respecto, asegura:

*“En la perspectiva que defiende, ese acto [la violación] —que no todas las sociedades contemporáneas ni todas las épocas de nuestra historia percibe o percibieron como un crimen— no es sencillamente una consecuencia de patologías individuales ni, en el otro extremo, un resultado automático de la dominación masculina ejercida por los hombres, sino un mandato. La idea de mandato hace referencia aquí al imperativo y a la condición necesaria para la reproducción del género como estructura de relaciones entre posiciones marcadas por un diferencial jerárquico e instancia paradigmática de todos los otros órdenes de estatus —racial, de clase, entre naciones o regiones—”.*²⁵⁶

En concordancia con lo que se viene sosteniendo en esta investigación, Segato ofrece una interesante perspectiva analítica a través de la cual defiende la idea de que la violencia es resultado de una estructura de relaciones que se sirve de ella —en diferentes grados de elaboración y complejidad, dependiendo del contexto y de la carga histórica que anteceda a dicha estructura— para autoperpetuarse y legitimar la permanencia de una determinada trama de posiciones en el seno familiar. La estructura patriarcal se manifiesta en tres niveles: “el nivel del patriarcado simbólico, el nivel de los discursos o representaciones —la ideología de género vigente en una determinada sociedad— y el nivel de las prácticas”.²⁵⁷ En cada uno de ellos se admiten negociaciones y transgresiones de parte de los sujetos, pero la lógica que define quién ocupa qué posiciones se mantiene intacta.

Las referencias que hicieron los entrevistados sobre relaciones de dominación de género hablan de una historia y de una sociedad profundamente determinada por este fenómeno. Como se mencionó más arriba, hasta 2003 se contabilizaban en el municipio de San Salvador casi 7 de cada 10 hogares (el 66,31%) manejados por mujeres, según datos de la DIGESTYC (ver **Ilustración 5.8**). Esto representa más de la tercera parte de los hogares de todo el país (el 31%) en una proporción que aumenta con los años, con la misma constancia con la que un río puede horadar un cañón en la tierra.

²⁵⁶ Segato, 2003, p. 13.

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 14-15.

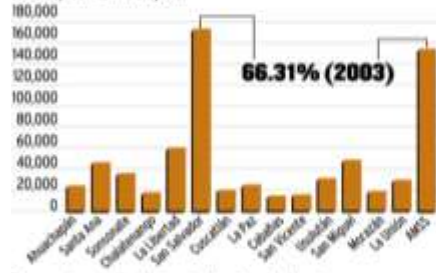
Ilustración 5.8: Un país con un alto número de jefas de hogar
(Fuente: La Prensa Gráfica)

Un país con alto número de jefas de hogar

En los últimos cinco años, el número de mujeres que lideran un hogar ha aumentado. Del millón y medio de hogares salvadoreños, el 37% es dirigido por ellas, es decir, una tercera parte.

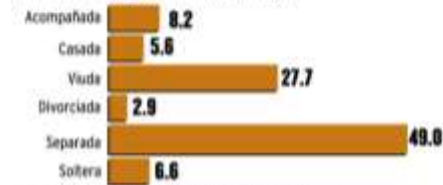
San Salvador concentra a la mayoría

Aunque en Cabañas, Morazán y San Miguel el número de madres solas ha incrementado por el fenómeno de la emigración, San Salvador y el AMSS representan la mayoría.



Separadas y viudas, principales afectadas

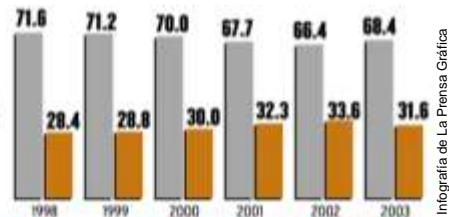
El 76.7% de las que lideran un hogar salvadoreño son separadas y viudas. Más de 300 mil de este sector tiene hijos.



Proporción de jefes de hogar por sexo con respecto al total de hogares 1998-2003

Los hombres jefes de hogar siguen siendo la mayoría pero el número de mujeres se incrementa cada año. Del 28.42% que representaban en 1998, para el 2003 constituyen el 31.63%.

■ Hombres ■ Mujeres



Infografía de La Prensa Gráfica



Las páginas que siguen ofrecen un análisis de las 33 referencias que la totalidad de los entrevistados hicieron con respecto a sus mecanismos de incorporación de la dominación de género en la vida cotidiana. Este ejercicio de dominación constituye uno de los bloques esenciales que estructuran las relaciones que muchos salvadoreños establecen con el mundo que les rodea y, por qué no, con el mundo que llevan dentro. La mayoría de estas referencias no dan cuenta de hechos violentos —al menos no del tipo que compete al periodismo sensacionalista—. Más bien, las mujeres amas de casas, madres e hijas hablan de la manera en que sus aspiraciones han sido paulatinamente modeladas por su condición de mujer (hermana, madre, abuela, hija, etc.) dentro de un hogar de hombres. Hablan también de su habilidad —desarrollada con el tiempo— para establecer discriminaciones hacia quienes le rodean sobre la base de estas políticas de convivencia.

5.5.1. Familia y espacio privado: políticas de convivencia y contención de la conflictividad

Las restricciones y limitantes que manifestaron los entrevistados en relación con formas de dominación de género son una subcategoría de las políticas de convivencia que se han venido analizando a lo largo de este capítulo. En su conjunto, dan cuenta del papel que juega el espacio privado como contenedor de conflictos: por un lado, ejerce cierto nivel de control sobre los sujetos mediante la asignación de roles específicos y, por otro, legitima normas y reglas de convivencia que favorecen las libertades del hombre y desplazan las de la mujer en muchos aspectos de la vida diaria. Dos aspectos son clave para visualizar esta situación: (a) la distribución de las tareas en el hogar, que incluye una marcada tendencia a la asignación de roles para todos los miembros de la familia, y (b) el establecimiento de un plan de vida personal y familiar. Ambos se verifican en la particularidad de las diversas historias y personas que aportaron, durante las entrevistas, su visión de mundo sobre lo que les rodea. Pero cada uno de estos casos aislados atestigua que también en la particularidad de las historias hay pistas para entender la generalidad de las cifras y los índices, revelando con ello un mundo que puede llegar a resultar totalmente ajeno a lo que, en la **Ilustración 5.8**, se expone como una rojiza fotografía de carácter meramente ilustrativo.

En este sentido, un rasgo general que se observó en el discurso de los entrevistados es el referido a las distribución de responsabilidades en el hogar. Esta distribución, lejos de revelar un esquema rígido de funciones en el que la mujer no tiene posibilidad de réplica, se basa en un proceso permanente de negociación que, en lugar de poner en cuestión las posiciones ocupadas dentro del hogar, las refuerza. De alguna manera, en el reforzamiento de la función y de la consiguiente posición adquirida dentro del grupo familiar estaba en juego también una parte de la identidad como sujeto.

Durante la entrevista con X. D. ocurrió un interesante suceso que mostraba con mucha claridad esta tendencia a reafirmarse en los roles de género ligados a las labores domésticas: El hermano de X.D. llamó por teléfono desde EEUU e inmediatamente le pidió a su hermana que le comunicara a su padre, R. D. Segundos después de haber tomado la llamada, el padre le pidió a X. D. que le ayudara a resolver la petición de su hijo. O más precisamente: el padre le pidió que *resolviera* la petición. La hija empezó a dar órdenes a su padre sobre los lu-

gares en donde podía encontrar lo que el hermano solicitaba. Hubo que interrumpir la entrevista por la manera en que X. D. asumió absoluto control de la situación, mientras que el padre obedecía —al decir, de X. D., un poco atolondrado— a todo cuanto le decía la hija. En ocasiones, las instrucciones se convertían en abiertos regañones ante la incapacidad del padre para seguir las instrucciones con la celeridad que esperaba la hija.

A través de X. D. habla un complejo sistema de experiencias personales, cada una con una valoración que les permite convertirse en referente de sentido para ella y para quienes le rodean. Este proceso de valoración de experiencias conlleva a un estado de normalizaciones, de ordenamientos permanentes que se contraponen a las rupturas de sentido que se generan entre el sujeto y el mundo que le rodea. Para X. D., es normal que tenga que ser ella quien resuelva los asuntos domésticos: ella es la persona sobre la cual recayó esa función tras el deceso de su madre y la incapacidad de su abuela (que actualmente padece de Alz-Heimer):

Significa que vos has asumido el papel de ama de casa.

X. D.: Sí, y al menos con ella (abuela) también. Porque sí mi papi, yo me voy a la U (universidad) y él la levanta, le da de comer, la lleva al baño y la vuelve a sentar ahí. En la tarde vengo yo y le doy de comer, la llevo al baño y ahí paso en la noche. En la tarde y en la noche casi solo yo la cuido. En la mañana es lo que él (papá) hace cuando yo voy a la U.

Pero, ¿más o menos se reparten funciones?

X. D.: Sí. Va: por ejemplo en la salidas, el veinticinco (de diciembre) salí yo. El primero (de enero) se fue él y me quedé todo el día yo con ella. Sí nos repartimos. A

veces le digo “el fin de semana qué va a hacer, va a salir”, “no”, “Ah, entonces yo voy a salir”. Pero así nos mantenemos. Es raro que salgamos juntos. Nosotros acostumbramos a salir juntos, al menos a la playa íbamos juntos, o donde mi abuela íbamos juntos. Nunca me ha gustado andar sola porque me van a decir algo, por lo menos ahí anda mi papi. Pero hoy con ella es bien raro. Una vez la llevamos al Majahual (playa), a donde mi familia, pero es por demás, yo ni me bañé ni disfruté nada porque solo andar pendiente de ella: la fui a bañar, que la cambié, que le di de comer. Solo estar pendiente de ella...

*X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años,
entrevista del 03.01.05*

Así, lo primero que habría que decir es que, a pesar de que su padre sigue siendo un elemento de equilibrio muy importante dentro del hogar (X. D. lo reconoce cuando se le pregunta directamente cuál es el miembro del hogar más importante), quien administra la vida familiar en la minucia del día a día es la hija. Las relaciones de poder en cuanto a la administración del hogar están repartidas a favor de la hija, independientemente de que este poder haga que la hija se someta a una serie de obligaciones que el padre y los hermanos no tienen. De eso depende una parte de la identidad de X. D y de L. G (que también reconoce la situación de cen-

tralidad que ocupa su padre en el hogar). De eso depende también que ella acepte la centralidad que ocupa el padre en las relaciones familiares.

¿Qué persona dentro de tu casa, si llegara a faltar, vos sentirías que las cosas no marcharían bien?

X. D.: Mmm, mi papi porque... yo digo que estando él se dan problemas con mi hermano por la casa y ahora no estando él yo no sé cómo va a ser. El dinero yo sé que no hay problema, porque yo sé que igual, que a mí no me deje nada. Yo por eso estoy estudiando, pero si él quiere es cosa de él, a mí no me interesa. Entonces sí, quizás en ese aspecto, y en el afectivo, ¿vea? Que de por sí, soy la que me he quedado más tiempo con él porque los demás rapidito se fueron. Cada quien, verdad, mi hermano el que se fue me dice “cuidá a mi papá”. ¿Y porqué me dice a mí vea? Por lógica, soy la que está con él. Ya le mandaron a decir que en seis meses quieren que llegue.

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 26 años, entrevista del 03.01.05.

Sin ánimo de poner a competir: si uno de los miembros de tu casa llegara a faltar como para que las cosas estuvieran mal, ¿quién sería?

L. G.: Mmm...

O pueden ser varias personas, pero por diferentes razones...

L. G.: Bueno, aquí la pregunta concreta, como en mi familia somos 4, entonces... yo creo que nos haría más falta... estando mi mamá, mi hermano y yo, nos haría falta mi papá, porque... o sea, no solo por lo económico, sino porque él es el apoyo de nosotros. Porque a veces él de tremendo se nos queda con algún su amigo, verdad, y cuando ya son las 9 o las 10 de la noche nos tiene preocupados. Igual nos cambia tooodo, se siente la diferencia en un momento. Entonces, yo digo que en ese aspecto, mi papá.

Pero así como nosotros más hemos sentido, así lo que más nos ha puesto a prueba es mi papá, verdad. Así es que (se ríe) quizás se siente feo, con un rato que él ya no esté se siente muy feo. Es como que de repente uno siente un poquito más de temor —bueno, yo así siento— un poquito más de temor... O sea, siento que es mi apoyo, que es el hombre de la casa y que si está él no nos hace falta nada.

Da seguridad.

L. G.: Da seguridad. Ante todo eso: nos da mucha seguridad. El tenerlo aquí a él es tener seguridad. Entonces, en ese aspecto, sí siento que sufriríamos más sin él, o sea, mi mamá y todos, en la casa.

L. G., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 28 años, entrevista del 05.01.05.

El reparto de tareas dentro del hogar responde a una serie de criterios que se consideran normales para los miembros del hogar. Es normal que los hombres participen en actividades que requieren el uso de la fuerza (“como son cosa que pesan”) y que, sobre todo, se adaptan al tiempo del jefe de la casa (“el día sábado o domingo que es cuando él tiene tiempo”) o a su disponibilidad o costumbre (“no ayuda mucho porque nunca le ha gustado”, “a él lo acostumbraron a que solo las mujeres tenían que hacer las cosas”). Uno por uno, estos esquemas de pensamiento se traducen en una organización de la vida doméstica concreta y cada quien, desde su posición específica, los refuerza. Como sostiene Bourdieu (2000), el *conocimiento* implicado en estos patrones de comportamiento se transforma en un *reconocimiento* de patrones heredados: “Cuando los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas que son el producto de la dominación, o, en otras palabras, cuando sus pensamientos y sus

percepciones están estructurados de acuerdo a las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de *conocimiento* son, inevitablemente, unos actos de *reconocimiento*, de sumisión”.²⁵⁸

¿Participa en otra actividad de la iglesia?

R. M.: Fíjese que no, cuando estaba soltera sí participaba bastante, pero hoy que ya estoy casada y con los tres niños, yo siento que eso también dificulta porque donde yo voy quieren ir ellos también, y entonces usted sabe que hay reuniones en donde no se puede llevar niños. Por eso es que yo no me he metido en ningún grupo, no porque a mí sí me gusta (...) los fines de semana son para mí pesados porque yo tengo que lavar todos los uniformes, que son dos de cada uno de ellos, los uniformes de mi esposo y lavar todo lo demás de la ropa y planchar, dejar todo para el día lunes. Entonces como la mayoría de las actividades se hacen en fines de semana, entonces por eso no me comprometo, porque para mí son bastante agitados. Más que todo así, en lo poquito que puedo colaborar, colaboro. No me meto de lleno a hacer algo...

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.

¿Cómo se reparten las tareas de la casa entre todos?

R. V.: Con mi hija es que... bueno, es que... en el trayecto de la semana —porque pasamos solo las dos— en la mañana me voy al mercado para surtir lo que hace falta en la tienda. Ella se queda con la tienda y todos los quehaceres, digamos: haciendo la limpieza, sacudiendo... Cuando vengo yo, le ayudo a lavar y ya ella se queda haciendo la comida o quizás despachando. En la tarde es que ella ya se va a estudiar y me quedo yo sola aquí: me quedo lavando o planchando.

¿Está de vacaciones su hija?

R. V.: Sí, hasta el 10 (de enero) va a comenzar a estudiar. Entonces me quedo despachando (atendiendo la tienda) o lavando, verdad. Ya en día de semana que mi esposo está aquí en la tarde, ya él se pone a regar. El día sábado o domingo vamos a comprar las verduras, él me ayuda para comprar las verduras para toda la semana, porque como son cosa que pesan, vamos el sábado a comprar todo eso (...). Pero siempre, siempre está viendo qué hace para la casa. Fíjese que nosotros aquí no

pagamos porque arreglen un chorro, porque se tape algún albañal, que se arruine la luz, no: él siempre lo hace todo, todo lo de la casa él lo arregla. Nosotros nunca andamos pagando por esas cosas. Así es que el día sábado o domingo que es cuando él tiene tiempo eso es lo que hace. Aunque sea que algo falte en la casa, él lo arregla.

R. V., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 05.01.05.

¿Las tareas de tu casa cómo están repartidas?

D. G.: Mi papi casi no hace nada (se ríe), entonces mi mami es la que nos delega a nosotras. Por ejemplo: por la mañana mis hermanas tienen que hacer la limpieza — hoy que están de vacaciones, veá—, y al medio día lo hace mi otra hermana, Jessica, y por la noche hago yo el resto. Nos turnamos para hacer el almuerzo, la cena, los quehaceres (lavar, barrer, trapear y todo eso). Mi mami como ya llega bien tarde y bien cansada, no dejamos que haga muchas cosas. Mi papá sí, no ayuda mucho porque nunca le ha gustado. Como que es algo, mmm, no sé... como que a él lo acostumbraron a que solo las mujeres tenían que hacer las cosas, él es raro que haga algo.

(...)

¿Tus papás se preocupan por su educación?

D. G.: Sí, es plena. Mi mamá, a pesar de que ya no pasa con nosotras, siempre está pendiente y cuando llega en la noche a la casa, se pone a revisarnos los cuadernos — a mis hermanas más que todo— los cuadernos: que hagan la tarea, se pone a preguntar, cuando es cosa de exámenes ella se pone a ayudarnos, los trabajos ella les ayuda. Mi papá les ayuda pero eh, eh, como él, el carácter de él es un poco más fuerte, entonces como que se desespera más rápido. Él no tiene paciencia para tratarlos, entonces muy rápido se sofoca cuando uno no le entiende. Es más fácil hacer las cosas con mi mamá o, cuando estoy yo, las hacen conmigo.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

²⁵⁸ Bourdieu, 2000, p. 26.

Este reconocimiento de esquemas de comportamiento que derivan de esquemas de pensamiento es la base del concepto de *violencia simbólica* que construyó Bourdieu a lo largo de su obra. Para él, la idea de género no es otra cosa más que un conjunto de hábitos distribuidos de acuerdo a una “apariencia biológica que ha producido, en los cuerpos y en las mentes, un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social”²⁵⁹. Es decir: el género es un conjunto de *hábitos sexuados*. Existen una serie de roles reconocidos para determinados miembros del hogar que se aplican, con todas las particularidades del caso, de acuerdo al sexo de los habitantes de la casa. Concomitantemente a este proceso, se desprenden formas de juzgar a los demás que refuerzan la verticalidad en las relaciones de poder. Esto es la *violencia simbólica* en su expresión más clara: aceptar como propios los esquemas de pensamiento que sustentan la dominación, *desde la óptica de quien está autorizado para dominar*. En los ejemplos citados abajo pueden encontrarse varias referencias a formas de dominación. Aparecen en los prejuicios que G. L. demuestra tener hacia las niñas, cuando son exclusivamente objetos de crianza y de responsabilidad de los padres (sin mencionar la biologización de lo social que aparece en su discurso al referirse a hombres y mujeres como “varones” y “hembritas”) y en las mujeres que deciden tener hijos desde jóvenes. Lo mismo aparece en el recuerdo de I. R. sobre la visión del padre hacia la responsabilidad de los hijos con respecto al trabajo.

¿Él (nieto) se quedó con ustedes cuando su hija mayor se fue (a EEUU)?

G. L.: No, es de la última, es de la tercera, ella es la que me ha salido más favorecida. Digo “más favorecida” porque pensó en tener bebés rápido, veá, entonces ella tiene 4 y las mayores tiene dos. Mi hijo varón tiene uno, pero ella 4. Entonces nosotros prácticamente le hemos ayudado con 2, con los mayores, pero el que sabíamos nosotros que nos iba a dar menos problemas es el varón. Ya ve que la hembrita, cuando ya anda ahí que le gustan los muchachos, veá, ahí anda y no, yo ya no quería tener ese problema. Entonces no, le dije a mi esposo, “mejor quedémonos con el varón”. Y gracias a Dios, le digo, nos ha salido un muchacho muy correcto, muy

servicial, muy estudioso y sin darnos problemas.

G. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05

I. R.: Pero mi tata (papá) tenía otra mentalidad, quizá un poquito así, mi tata era de que vos tenías que estudiar y trabajar. Acordate que nadie quiere ser peluquero, nadie quiere ser sastre, o sea, para él había que aprender oficio, pero no con la perspectiva de trampolín, verdad, sino como que hay que poder (saber) oficios y seguir estudiando, nada más.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

El reconocimiento y la asignación de roles de acuerdo al género también implica la imposición de limitaciones en las libertades de los miembros del hogar. Este es otro aspecto de las políticas de convivencia que genera la convivencia permanente con estos órdenes simbólicos que son, a su vez, *símbolos sociales cargados de violencia*, parafraseando la obra de Pross (1984).

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 13-14.

No solo existen en el plano de lo simbólico, sino que se hacen concretas en orientaciones específicas —concientes o no— que se imponen a la acción del sujeto. De este modo, la idea preconcebida que se tiene de la madre, del núcleo familiar, de las hijas, etc., funciona en algunas ocasiones como una *barricada simbólica*, como se mencionó en 5.4.1. *Políticas de convivencia y gestión cotidiana de la violencia*. Por ejemplo, C. Ch. y la comisionada de la PNC comparten la idea de que las madres deben sufrir incondicionalmente las faltas de los hijos (“sea lo que sea, va a ser tu hijo siempre”); la misma idea de sacrificio se presenta en el discurso de M. M., pero frente a la posibilidad de que su hija estuviera embarazada: “Ay no mamita, usted ya sabe qué es lo que le toca: trabaje y guarde”. De este modo, la condición de maternidad imprime un carácter radicalmente diferente a la mujer, sometiéndola —desde la óptica de los entrevistados— a una condición aún mayor de privación de libertades en el diseño de su propio proyecto de vida. I. R. vivió en carne propia este poder ordenador de los hechos que confirman la condición de mujer, dado que perdió todo el apoyo de su padre cuando éste se enteró que su hija estaba embarazada: “*pagamos el pato* (pagar los platos rotos), se enojó tanto (el papá) que se alejó rotundamente, ya no nos sacó adelante”. Finalmente, M. G. traza la línea divisoria entre las madres preocupadas y las despreocupadas, utilizando como argumento principal el bienestar moral de los hijos: “cuando una no está en la casa como que los hijos se pierden bastante, porque se dedican mucho a la vagancia”.

C. Ch.: Y la comisionada me dijo, “mirá, tenés un hijo bien joven, apoyalo, porque la droga lo que hace es avanzar, después lo que hacen es robar... y tu hijo, sea lo que sea, va a ser tu hijo siempre”, me dijo, “sea mañoso o lo que sea”. Y uno reflexiona, es verdad. Lo que sea, son nuestros hijos y nos duelen.

C. Ch., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 04.01.05.

M. M.: Y a mí no: mis hijos ya están grandes. Un día me dijo mi hija, la segunda me dijo “yo creo que estoy embarazada”. “Ay no mamita, usted ya sabe qué es lo que le toca”, le dije yo: “trabaje y guarde”.

M. M., mujer, habitante de la Comunidad Providencia, 50 años, entrevista 05.01.05.

¿Usted se ha dedicado a cuidar a sus hijos?

M. G.: Sí, aquí, porque como yo, quizá por así con aque-

llo de que nos criamos solas, y siempre cuando ya tuve a mis hijos yo dije que no los iba a dejar en la casa para irme a trabajar, sino que iba a tratar de estar al pendiente de ellos. Porque cuando una no está en la casa como que los hijos se pierden bastante, porque se dedican mucho a la vagancia.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

¿Todos han estudiado?

I. R.: Sí, todos tenemos al menos bachillerato por lo menos, los 3 hijos de él, verdad, con mi mamá. Este, ahí fue un problema que ella salió embarazada. Los siguientes 2, que éramos mi hermano y yo, pagamos el pato (pagar los platos rotos), se enojó tanto (el papá) que se alejó rotundamente, ya no nos sacó adelante. Pero mi mamá siempre nos sacó de bachillerato a los tres.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años,

Las restricciones hacia las mujeres con respecto al desarrollo de su sexualidad también se hicieron presentes. D. G. se queja de que su padre “quería unas hijas de dominio” y la orilló a

guardar las distancias frente a hombres de su misma edad. El resultado es claro: “le tenía bastante pánico a los varones. Cuando yo entré a la iglesia empecé a llevarme más con los varones, pero aun así no he perdido el miedo, siempre he sido bastante tímida”. El recuerdo de su vida marital pasada lleva a D. L. a recordar que la mujer de antes era “desconfiada”, “más humilde” y que su pureza femenina era superior a cualquier licencia de contacto físico que tuviera con su esposo. En su discurso, R. V. y R. M. amparan la pulcritud de su idea de mujer mediante la comparación con “mujeres vagas” o “locas”. Para la primera, su hija “no es ninguna mujer vaga o que va a andar con un hombre y otro (...) ha sido siempre una niña bien sana”, en la medida en que se ha abstenido de desarrollar sus relaciones con personas del sexo opuesto. Para la segunda, su principal defensa ante las acusaciones de su ex esposo — padre de su primer hija— era la garantía de restricciones en sus relaciones con otros hombres: “yo le reclamaba que yo era una persona muy de mi casa: yo no salía, o sea, para nada con otras muchachas... locas, pues”.

D. L.: Confiada, confiada. No hay que ser confiada, hay que desconfiar. Yo como todo el tiempo, desde joven era desconfiada yo. Mire, mi esposo me decía a mí: “Caramba, usted vamos a salir de la iglesia y desconfiando de mí”.

D. C.: ja, ja, ja.

D. L.: “No me vayás a tocar mis manos”, le decía, “yo no soy tuya”. Mire que yo nunca fui tonta, porque una mi tía me aconsejaba: “Mirá los hombres son así”.

D. C.: Es que antes una era más humilde.

D. L. y D. C., mujeres, habitantes de la Colonia Molina, grabación de conversación informal del 04.01.05.

D. G.: Eh... tengo 5 años y 9 meses (de andar con el novio)... y ellos saben hace 2 años y medio. Porque, este, mi papá siempre ha sido así, eh, quería unas hijas de dominio, entonces era bien intransigente cuando nosotros hablábamos algo así. Yo hablaba con mi mamá pero ella era muy celosa y me decía que no, que no era la edad y es que yo para entonces no había tenido, eh, amigos casi no, porque estudié solo con niñas. Entonces, yo le tenía bastante pánico a los varones. Cuando yo entré a la iglesia empecé a llevarme más con los varones, pero aun así no he perdido el miedo, siempre he sido bastante tímida. Entonces, mi papá cuando me veía platicando con alguien era de “¡Y quién es este, y qué quiere, y por qué andás con él, y que no sé qué!” (Se ríe), y yo ¡Púchica! Hasta que entré a tercer año (de bachillerato) fue que conocí a mi novio, aquí en la parroquia también.

(...)

También yo he mantenido este carácter hasta cierto punto, de ser que “no, no puedo llegar tarde, tengo que

andar rapidito, no puedo irme muy lejos o que tengo que avisar”. Siempre ando con el gran pendiente.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

R. V.: Porque, no pues. Ella (señala a la hija) no es ninguna mujer vaga o que va a andar con un hombre y otro. Ella nunca, pues, ella ha sido siempre una niña bien sana. Y hasta ahora ella ha estado con nosotros, ella ha sufrido los problemas que hemos tenido, más cuando estaba la empresa, que ella se preocupaba mucho. Le digo yo “de eso olvidalo ya”. Como le dice mi esposo, “yo quiero que cuando te cases, te cases con un hombre que te ame de veras y te haga valer”. Porque, no es porque sea mi hija, pero ella es una persona muy buena. Yo lo que le digo al señor y a ella es que espere-mos en Dios que le va a dar un buen esposo y si no, pues, Dios sabe porqué lo hace. Nosotros estamos felices teniéndola acá porque ella sigue adelante, verdad y así de esa manera pues que mi esposo también ha tenido su vida algo triste, pero ahí estamos, siempre trabajando.

R. V., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 05.01.05.

R. M.: Porque de ahí sí fue cambiando... ya no... no me escribía mucho, cuando me hablaba, o sea me llamaba para reclamarme cosas que la gente le decía. Y yo le reclamaba que yo era una persona muy de mi casa: yo no salía, o sea, para nada con otras muchachas... locas, pues. No yo permanecía en mi casa y a él le contaban barbaridades de mí y esas cosas me resintieron bastante. Yo siempre le decía que no, pues que no era cierto. Y aunque que yo le decía la verdad, no me creía.

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05

5.5.2. Definición de un plan de vida y experiencias de violencia intrafamiliar

Cuando las entrevistadas relataban los orígenes de su vida en pareja, inevitablemente recurrían a la figura del hombre para justificar buena parte de las decisiones que los llevaron a vivir en El Casco. No en todos los casos quedó claro si estas decisiones habían sido tomadas en conjunto, luego de una discusión de pareja. Sin embargo, en ocasiones sí quedaba bastante claro que la última palabra la tenía el hombre de la casa. Y no solo en el diseño de un plan de vida, sino también en otros aspectos. Por ejemplo, R. D. atribuye a la “falta de presión de padre” su desidia hacia los estudios. De este modo, tiende un puente entre su propia responsabilidad

hacia los estudios de su hija —que también utiliza para mantenerla en el hogar— y la relación que en el pasado tuvo con sus padres. Una se desprende de la otra. La historia manifiesta sus marcas en los saberes sobre la convivencia familiar.

¿Y usted cuando dejó de estudiar también se dedicó a algo?

R. D.: No. El problema es de que yo desperdiicé mucho mi tiempo. Yo desperdiicé mi tiempo pero como no tiene idea, pero por falta de presión de padre. Yo así lo pondría, a mí, bueno pues, yo estaba cipote (pequeño, niño) me acuerdo y me tiraba horas, días enteros jugando chibola (canicas), jugando, y miraba que pasaban los cipotes a la escuela pero a mí no me llamaba la atención. A saber, ni me preguntaba yo si tenían, qué aprenderán ellos allá, ¿verdad? Pero porque yo no tenía a nadie que me hiciera fuerza, que me dijeran...

R. D., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.

¿Qué le parece a tu papá la idea de que te independicés?

X. D.: ¡Jmm!

¡No le parece mucho, ja, ja!

X. D.: No... al contrario, cuando yo le digo que yo quiero trabajar, que quiero buscar un trabajo me dice que no, para qué, que ahorita aproveche que él me lo está dando, que siga estudiando. Pero una vez sí salió de él así, decirme que si yo trabajaba, que iba a comenzar a gastar más dinero, que podía conocer a alguien, que ya no iba a seguir estudiando, que iba decidir casarme y que iba a dejar por último el estudio. “¡Ah! ya sé por dónde viene”, le dije yo. “Si yo algún día me voy a casar”, le dije yo. “Pues sí”, me dijo él, “pero pues sí”, le dije yo, “pero yo no estoy diciendo que voy a dejar de trabajar para irme... de estudiar para irme a casar, solamente que sí, quiero trabajar”. “No, pero no”, me dijo, “ahorita aprovechá que yo te lo estoy dando”, ¿veá?

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años, entrevista del 03.01.05.

La intervención del hombre en las decisiones de la mujer incluye, por un lado, la posibilidad de hacerla depender de un proyecto de vida con el que no necesariamente participa, como ocurre en el caso de M. G., que no parece haber intervenido mucho en la idea de su esposo de conseguir la autorización para ocupar un terreno que no le pertenecía ni siquiera a quienes le autorizaron: “él vino aquí a platicar con los de la directiva”, “y con la esperanza de que un día nos van a vender este terreno, entonces nos hemos quedado aquí a esperar”; también se refleja esta intervención del hombre en la iniciativa que tuvo el esposo de R. V. de mudarse a la zona de El Casco para huir de la depravación de Apopa, a pesar de la resistencia que la esposa deja entrever en su discurso: “mi esposo, de ver esas cosas que se estaban dando me dijo que no, que nosotros nos teníamos que venir. A mí me, yo quería, pues, quedarme porque me quedaba todo tan, pero yo me tenía que venir con mis hijos. Fue entonces que nos vinimos para acá a esta casa”. Por otra parte, la dominación del hombre también influye en la decisión de restituir el rol de madre y esposa que anteriormente se había sacrificado en función del cumplimiento de proyectos de realización personal y profesional. De nuevo, el caso de R. V. es especialmente ilustrativo, porque ella accedió a abandonar su deseo de tener una microempresa de confección en un momento de crisis económica para volver a ocuparse de los asuntos domésticos y permitir a la hija que estudiara: “Mi esposo me dijo ‘no, mejor no, que-

date tú y dale a la niña tiempo para que pueda seguir adelante’. Y bueno, así fue como ahora ella ha seguido estudiando”.

¿Por qué razón se vino para acá?

M. G.: Como me casé, bueno como un tiempo no tenía casa con mi esposo, entonces yo vivía ahí en la casa, este, y como él tampoco podía alquilar casa, ni mucho menos sacar (comprar) casa del Fondo (Fondo Social para la Vivienda), entonces le dijeron que aquí había unos terrenos, entonces él vino aquí a platicar con los de la directiva, vino a varias reuniones y le dijeron que sí, que le iban a dar un pedacito para que hiciera una champa (casa hecha de cartón y lata), pero para entonces vivíamos más allá abajo (señala la entrada de la comunidad) y con la esperanza de que un día nos van a vender este terreno, entonces nos hemos quedado aquí a esperar.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

R. V.: Estando allá (en Apopa, municipio del AMSS), duramos allá como... quizás como 3 años, pero como prácticamente ahí hay demasiada depravación, había demasiado ladronismo, demasiado este... la gente era, como que vivía ahí el demonio porque toda la gente vivía en discordia. Conmigo no pues, pero las peleas era demasiado, se veía feo ahí y los niños, las niñas salían embarazadas bien rápido. Entonces, mi esposo de ver eso, pues me dijo que no —yo tenía una tienda ahí, verdad— y entonces mi esposo de ver esas cosas que se estaban dando me dijo que no, que nosotros nos

teníamos que venir. A mí me, yo quería, pues, quedarme porque me quedaba todo tan, pero yo me tenía que venir con mis hijos. Fue entonces que nos vinimos para acá a esta casa.

(...)

R. V.: Entonces yo opté por ya no ir a trabajar en esto. Me dijo mi esposo, y como mi hija ya no había seguido estudiando, porque como me veía a mí y ayudaba en la casa, entonces a mi hija ya no le había quedado chance de estudiar.

¿Y que edad tiene su hija?

R. V.: Tiene 28 años.

¿Y usted tiene más hijos?

R. V.: Sí, mi hijo varón, solo ellos dos.

¿Y cuántos años tiene?

R. V.: Tiene 27. Así es que, total, por eso quedé. Mi esposo me dijo “no, mejor no, quedate tú y dale a la niña tiempo para que pueda seguir adelante”. Y bueno, así fue como ahora ella ha seguido estudiando.

R. V., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

Como se ha venido mencionando a lo largo de este apartado, la configuración de un esquema de relaciones familiares no está exenta de negociaciones y luchas de poder. La situación de las entrevistadas dentro de sus respectivos hogares les coloca en la posición de administrar con relativa soltura los asuntos domésticos de la familia, pero esto no deja de inscribirlas dentro de un sistema de relaciones desiguales de poder que, aunque en lo doméstico las favorezca, en otras áreas de decisión las someta a ciertas limitantes. Para entender esta tensión en permanente en las relaciones de poder dentro de la familia, es necesario explorar la asignación de roles de acuerdo al género; también hay que considerar que se establecen otro tipo de relaciones entre los miembros de la casa que justifican la existencia de niveles de sometimiento y de trasgresión a las normas implícitamente establecidas (por ejemplo, la autoridad otorgada al

padre como cabeza simbólica de la familia, o el respeto que todo joven le debe a los mayores). Por ejemplo, en una de sus intervenciones, X. D. dejó entrever que ella entendía perfectamente que ciertos estados de ánimo del padre pudieran anular por completo su participación en alguna discusión: “Solo cuando de plano se enoja, verdad, entonces comienza a hablar él, entonces ya yo me cayo”. No por ello estuvo dispuesta a socavar su papel como ama de casa, aún cuando ello implicara sustraer por completo al padre de dichas tareas: “Me ayuda más estando ahí en la calle que estando aquí en la casa”.

¿Y tu papá es más tranquilón?

X. D.: Mmm... a veces cuando comenzamos a discutir él no me dice nada. Solo cuando de plano se enoja, verdad, entonces comienza a hablar él, entonces ya yo me cayo. A veces él lo que hace es “yo ya me voy” y yo “mejor sí, váyase porque allá en la calle nadie lo molesta”. Me ayuda más estando ahí en la calle que estando aquí en la casa. Pero sí... el carácter mío es el fuerte. Porque me gusta hacer... me gusta tener la casa como a

mí me gusta. No me gusta que me la desordene y si me desordenan algo, que me lo vuelvan a dejar como estaba y él no es así. Por eso tampoco me gusta que cocine, porque yo cocino y cosa que voy ensuciando, cosa que voy lavando y la voy dejando de usar. No, él cocina, come, se va para la calle y regresa y luego “ajá”, le digo yo, “y que no ha lavado los trastes”. “Es que no he terminado”, me dice y ya hasta ha comido.

*X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años,
entrevista del 03.01.03.*

Otro aspecto que no puede dejarse de lado en este análisis tiene que ver con las escasas pero contundentes evidencias de experiencias de violencia intrafamiliar que surgieron durante las entrevistas. Vale aclarar un punto al respecto: si algo quedó fuertemente demostrado durante las entrevistas, fue que el ámbito privado del hogar se convierte en un contenedor de los hechos y prácticas relacionadas con esta expresión de violencia. Muy a pesar de que, según la PNC de la zona, este hecho es el que más denuncias genera. En este sentido, la forma de gestionar la violencia dentro de los hogares de El Casco pareciera optar por el silencio: en tanto espacio privado, el hogar parece desplegar una fuerza muy efectiva para favorecer el ocultamiento de los índices reales de agresiones que se producen en el seno familiar sobre la base de relaciones de dominación de género.

Los episodios que fueron ligeramente referidos por los y las entrevistadas abundan en estas estrategias de gestión. Van desde los casos ya citados, en los que se recuerdan agresiones directas de parte de algún miembro de la familia (R. D. y el recuerdo de los golpes que su hermano mayor le propinaba a él y a su hermana menor), hasta vivencias que involucran familiares cercanos (“el muchacho con el que está [mi hermana] le daba mala vida: le pegaba y se-

guido la mandaba al hospital”) o al mismo esposo o padre (“mi papá le pegaba demasiado a mi mamá”). Tras un episodio de violencia, la mujer siempre tiene la opción de salir del hogar y buscar rehacer su vida (“Si yo me he alejado de mi esposo hasta un año (...) Él nos maltrataba mucho”), pero también cabe la posibilidad de que las relaciones familiares se reconstituyan, sin que ello implique el vencimiento absoluto de las condiciones de dominación y de supremacía masculina en el hogar.

¿Al venir ella acá, siguió trabajando en esto?

C. Ch.: Ya no, nos ayudaba. Por lo menos, yo me acompañé y a veces nos peleábamos con mi esposo y me iba con mi hermano y ella me cuidaba, me cuidaba primero a un hijo, porque yo primero tuve uno y a los ocho 8 años tuve al otro (...). Si yo me he alejado de mi esposo hasta un año y yo trabajando, yo tranquila trabajando. Si hasta hoy que gracias, es que él tomó mucho. Él nos maltrataba mucho. Si ese fue el problema con Wilber (el hijo)... O sea que a base de todo el maltrato que tuvo fue que él lo resintió... Él no nos cuenta las cosas, él es un cipote (niño, joven) callado, él se traga todo y ese profesor me decía...

C. Ch., mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista 04.01.05.

¿Qué edad tiene su hermana menor?

M. G.: Tiene 27 años.

¿Y ayuda su mamá?

M. G.: No, mi mamá está en los EEUU.

Ah, ya se la llevaron sus hermanas...

M. G.: Sí, se la llevaron mis hermanas. Ella (la hermana menor) trabaja de andar vendiendo fruta, allá por la Terminal (Terminal de Buses de Occidente, ubicada en las afueras del centro de la capital), porque como el muchacho con el que está le daba mala vida: le pegaba y seguido la mandaba al hospital. Pasó bastante tiempo

así, pero a fin de tantos se cansó y se vino para la casa, ahí esta viviendo ella solita porque los niños los tiene el muchacho.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 50 años, entrevista del 06.01.05.

¿No tuviste mucho problema cuando se enteraron (de tu embarazo) en tu casa? ¿Con quién vivías, con tus papás?

L. V.: Con mi mamá, porque a mi papá prácticamente mi mamá lo dejó cuando yo tenía 8 años porque él, este, la maltrataba, él la engañaba. Lo chistoso era de que él a mi mamá la celaba, porque mi mamá nos sacó adelante prácticamente con la venta de cosméticos. Nosotros nos íbamos a vender el domingo a Apopa y domingo a Cojute (Cojutepeque, cabecera departamental del departamento de Cabañas), nosotros nos íbamos caminando, mi mamá tenía su clientela allá y nos asoleábamos. Caminando, desayunábamos porque a mi papá le decía que ella me dejaba depositada con un cliente y ella se iba con el damo (amante)... Pero como bien dice el dicho “el que las hace, las piensa”, veá, entonces así fue mi papá, así, mi papá le pegaba demasiado a mi mamá.

Vos te acordás de eso...

L. V.: Sí... Por gusto, todo era por gusto. Así es que se animó mi mamá, hasta que lo abandonó.

L. V., mujer, comerciante informal de la Calle Central, 20 años, entrevista del 07.01.05

5.5.3. Narrativas sobre la violencia: creencias y saberes sobre la dominación de género

Finalmente, hay una serie de referencias que algunos entrevistados hicieron y que no necesariamente están conectadas con hechos concretos o experiencias pasadas, sino que más bien representan enunciados que resumen aprendizajes y creencias sobre formas de convivir con

el fenómeno de la dominación de género. Incluso la convivencia con situaciones de violencia intrafamiliar configura estas visiones de mundo que, a fin de cuentas, se convierten en poderosos recursos para el ordenamiento de lo social. Cuando estos aprendizajes se convierten en motivo para prejuzgar a los demás, se está en presencia de otra de las facetas de la violencia, tal cual se la entiende en esta investigación: la violencia como marco de referencia para establecer relaciones de sentido frente a lo que acontece en la realidad. En pocas palabras, incluso en esta forma de pensar y de *estar en el mundo* es posible verificar el rol de la violencia como factor de estructuración social.

En este sentido, estos relatos o *narrativas* estuvieron relacionadas con prejuicios abiertos hacia la mujer (“las mujeres son egoístas”, “pueden salir embarazadas”) y el hombre (“son muy tremendos”, “han sido terribles”), experiencias de violencia intrafamiliar (*si maltratas a tus hermanas, tarde o temprano lo pagarás...*) y sometimiento de la mujer frente al deseo del hombre por formar una pareja (“si no me casaba con él no iba ser de otro [...] de miedo me casé”).

R. D.: Y Una de las cosas por las que yo no me he acompañado de nuevo... son dos: una por no tener, porque yo considero que las mujeres son egoístas y si yo me acompañaba con otra mujer, iba a quererlo todo para ella y, y los problemas iban a ser fuertes. Entonces, por esa razón es que yo no me he acompañado. Y la otra es porque... si Dios me daba la mala suerte de acompañarme con otra mujer y que me fuera a salir igual... ¡que me den chance en una alcaldía para enterador de muertos! (Se ríe)... Para enterar muertos, ¿vea? (se ríe).

R. D., *hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.*

D. G.: En un futuro he pensado, hemos hablado de casarnos y pienso que sí lo vamos a hacer, los dos estamos bien seguros. Y con respecto a la familia sí me gustaría tener solo 2 niños, no quiero muchos. Que sean niñas.

¿Por qué no te gustaría tener niños?

D. G.: Siento que son muy... muy tremendos. Al menos en los casos que yo conozco, los varones han sido terribles. Las mamás sufren bastante, aunque con las hembras es lo mismo, veá, por el hecho de que pueden salir embarazadas. Yo pienso que orientándolos bien, o sea, pues sí, cada quién sabe lo que hace. Entonces yo pre-

fiero las niñas, siento que son un poco más dominables.

D. G., *mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.*

Entonces cuando él llegó a la cárcel, yo saqué mi conclusión, ¿veá? Ah, no, este mi hermanito no... (se ríe)... esta es la ley de la compensación, ¿veá?, es la ley de la compensación la que él está pagando aquí. Porque a mi hermana, a una de mis hermanas menores que era la que le lavaba la ropa, era bien exigente. Le lavaba la ropa y le hacía la comida, pero Dios guarde que le llegara a salir una vaina de arroz en el arroz... Aventaba su plato y con todo y comida... y era segura vergueada (paliza) para mi hermana: “¡Pendeja, que no te das cuenta cuando limpiás el arroz que no te salga ninguna vaina!”.

R. D., *hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.*

D. L.: Y mire mi esposo, el papá de mis hijos, ¡jál, ese me dijo que si no me casaba con él no iba ser de otro. Que donde quiera me iba a llevar, así que de miedo me casé.

C. Ch.: De miedo se casó.

D. L. y C. Ch., *mujeres, habitantes de la Colonia Molina, grabación informal de conversación del 04.01.05.*

Ocurre lo mismo con la confesión que hizo I. R. sobre un episodio de presunta infidelidad que le sucedió cuando ingresó al ISSS, su lugar de trabajo. A pesar de que no queda del todo claro si consumó o no la relación extramarital con la compañera de trabajo implicada, lo que sí queda claro es su tendencia a calificarla como una persona que sembró confusión donde solo había “un acercamiento para escuchar”:

I. R.: ...también te toca tener la experiencia de mujeres que quieren con vos algo a pesar de que sos casado. Nunca había vivido eso yo... Y todo me pasó por lo mismo, por un acercamiento de escuchar, de repente te confunden y que “verdaderamente usted es el que me entiende” y (se ríe), ¡puta!, cuando uno viene a ver ya

está todo enredado y, bueno, como tanto se la andan ofreciendo, pues (se ríe), uno no dice no, pero fue que te digo, lastimosamente... Bueno.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

Las referencias a la viudez también implican una gran carga valorativa respecto a la fidelidad de la mujer hacia el hombre. En la conversación que sostuvieron D. C., D. L. y C. Ch. — habitantes de la Colonia Molina—, una vez más los aprendizajes se posicionan en el discurso, revelan una visión de mundo profundamente ligada a la religiosidad y, sobre todo, refuerzan la idea de que la infidelidad se paga caro en la vida.

D. C.: Si fíjese que yo lo que quiero es que me haga compañía en la noche.

D. L.: ¿Bueno y su marido, pues? Que no tiene a su marido o ya se murió...

D. C.: Ay Dios, mi esposo el día en que se me murió lo eché al carajo. ¡Y el que me salió después, me salió malo el desgraciado! (Se ríen).

D. L.: No, es que algo le debía al demonio que quería pagar. Sí, por eso no es bueno: si su esposo es bueno y se mete con otro, algo se le debe al demonio y quiere pagarlo.

D. C.: Celoso era el hombre. Hasta a los inquilinos me corría, fíjese...

D. L.: (Hablan al mismo tiempo) Yo por eso no, mire, ahhh...

C. Ch.: Si usted se quedó, desde que se murió aquel se quedó quieta, ¿verdad?

D. L.: No, si fíjese que, ante Dios, mire, ante Dios que

yo nunca he tenido otro hombre.

D. C.: Mi esposo, mire, mi esposo, años que se murió. En los 70 murió él... y de ahí pasé 16 años yo sola para... caer en las larvas de ese hombre.

D. L.: No es bueno eso, no es bueno. Algo se le debía al Diablo y quiere pagarlo.

C. Ch.: O sea que si yo me quedo sola, niña Laurita, hasta ahí nomás.

D. L.: Así es. Una vez llegó un muchacho y me dijo “fíjese niña Laura que yo le voy a contar que usted me gusta y quiero que usted me quiera”. “¡Bueno hijo de sesenta tall!” “¡Cuántas veces me has visto que he andado con hombres”, le dije yo. “Perdón”, me dijo, “¡Que te perdone el Diablo, yo no te ando perdonando!” (se ríen). No señora, no es bueno eso. Si los hombres hablan. Mire, los hombres hablan, no es como su esposo: ese le cubre sus cosas a una. Otro hombre no.

D. L., D. C. y C. Ch., mujeres, habitantes de la Colonia Molina, grabación de conversación informal del 04.01.05.

Quizá lo que más llama la atención del estudio de las relaciones de dominación de género en el hogar no sea la crudeza de los recuerdos y las vivencias, o la creatividad de los sujetos al momento de lidiar con estos episodios de violencia de formas creativas y siempre dinámicas. Lo más interesante —eso que merecería muchas más horas de estudio y de análisis— es que, en medio de esta competencia generativa del sujeto para construir su realidad y someterla a ciertas normas que se adecuan a las circunstancias y a los actores, buena parte de los esquemas que fundan la desigualdad en el hogar se perpetúan. Las consecuencias de que se mantenga este estado de las cosas —aun en medio de la variedad de respuestas y actitudes de los sujetos— no se pueden medir en función de los individuos aislados que, en este caso particular, habitan las casas de El Casco. Un análisis centrado en los sujetos aislados, incluso en los sujetos genéricos que conforman un grupo familiar (las mujeres, los hombres, los hijos, los padres, etc.) tampoco aportaría, a juicio particular, un panorama lo suficientemente claro de lo que resultaría en caso de que un hogar se mantenga firme en su estructura de dominio masculino.

Sobre la base del análisis esbozado en este apartado, se puede afirmar que el análisis de las estructuras que se forman en la interacción de sujetos en un contexto dado —en este caso, de miembros de un grupo familiar dentro de una comunidad pobre de San Salvador— debería centrarse en el *sistema de relaciones* que se genera por efecto de dicha interacción. La naturaleza y particularidad de dicho sistema variará de acuerdo al contexto y a la correlación de actores que coincidan en un mismo espacio, ya sea en términos de copresencia o de recuerdos. De este modo, siempre se encontrará un escenario en el que cada uno de los miembros de una familia encuentra un *stock* básico de certezas, tal vez de *marcos interpretativos*, a partir de los cuales enfrentan con relativo éxito la sucesión inevitable de rupturas de sentido en que se desarrolla la vida cotidiana. Los sujetos y las familias que fueron abordadas en el marco de esta investigación dan cuenta de que, en cuestiones de dominación de género, el hogar proporciona *dosis homeopáticas* de seguridad —parafraseando a Berger y Luckman (1997)— que no necesariamente contribuyen a eliminar las causas que los colocan dentro de una estructura

que limita, o al menos determina radicalmente, el mundo *tal cual ellos lo concibe para sí mismos*. De eso está lleno el mundo en el que se cohabita con la violencia. De eso se trata, en última instancia, el estudio de la violencia como factor de estructuración social y de las consiguientes formas de estar con la violencia.

5.6. Historia, instituciones y creencias: anclajes y narrativas de la violencia

Este apartado responde a la necesidad de incorporar dentro del cuerpo del análisis una serie de narrativas que los sujetos entrevistados ofrecieron durante la recopilación de información. Estas narrativas surgieron en el marco de algunos encuentros con los entrevistados en los que aparecieron interesantes historias que daban cuenta de la utilización de un conjunto de referentes simbólicos para armar relatos con un contenido muy concentrado de valores, juicios y categorizaciones sociales. En otros casos, estas narrativas adoptaban la forma de complejos cuerpos argumentativos que explicaban cuestiones tan variadas como enfermedades familiares, la relación entre Estados Unidos y El Salvador, la coyuntura política latinoamericana o la proliferación de grupos religiosos diferentes al catolicismo. Fue tal la riqueza y la variedad de estas narrativas, y tantas las posibilidades interpretativas que abrían, que se decidió someterlas a un análisis por lo menos en un nivel básico de reflexión, orientado hacia la exploración de cómo la violencia logra traducirse también en formas de pensamiento que regulan los procesos de asignación de significado en los sujetos entrevistados.

En pocas palabras, se considera que cada uno de estos enunciados se incorpora al discurso cotidiano de los sujetos no solo como meras formulaciones antojadizas, como juegos de palabras —aunque también haya mucho de juego e ingenio en ellas—. También revelan conocimientos acumulados a lo largo de la vida y, porqué no decirlo, determinados por la misma historia del sujeto en el plano personal, familiar, comunitario y hasta global. Por su fuerza performativa y por su capacidad de adaptarse a las circunstancias específicas del sujeto, los ejemplos que serán retomados en las siguientes líneas ponen de manifiesto su capacidad para aplicar esquemas de interpretación de lo diferente y para aclarar la propia posición frente a esa diferencia. Como lo refiere Goffman (1970), todos los seres humanos ejercen sobre los

demás complejos procesos de categorización que en algunos casos pueden llevar a alimentar, promover y sostener la discriminación abierta o velada de los demás. En el planteamiento de Goffman, estos procesos de categorización de lo social forman parte de la convivencia cotidiana y no representan situaciones extraordinarias; son permanentes y suponen el mantenimiento de un equilibrio entre el *medio social* de un colectivo en particular, las *categorías* que se generan dentro de éste para calificar a los otros, los *atributos* que las definen (positiva o negativamente) y la *posición reflexiva* de los sujetos al poner en funcionamiento esta relación. Todo ello tiene como resultado la consolidación de *identidades sociales*. Algunas de las narrativas que aparecen en este apartado ejemplifican el funcionamiento de dichas identidades sociales en el discurso de los entrevistados.

Otros dos aspectos del discurso de los entrevistados permitieron adentrarse con mayor detalle a estos aprendizajes históricos de formas de relación social: (a) la relación con las instituciones directamente involucradas en la vida de El Casco, así como de estructuras de organización ciudadana de diversa naturaleza; (b) las memorias sobre la etapa de conflictividad social y bélica que caracterizó a El Salvador en las décadas del 70, 80 y 90. Primero, porque una parte de los entrevistados hizo claras referencias a una mezcla entre desconfianza y abandono de parte de las autoridades locales; de esto podría derivarse una forma de gestión cotidiana de la exclusión y la desigualdad que los sujetos aplican al margen de la intervención de cualquiera de estas instituciones o de la acción de los grupos o estructuras organizativas que existen en El Casco. Una lectura prospectiva e hipotética de esta situación podría establecer que esta situación de desventaja frente a una autoridad con deficiencias de credibilidad tiende a ser revertida en el ámbito de las relaciones interpersonales en forma de imposición y sometimiento de aquellos que, dentro del círculo inmediato, puedan ocupar una situación de desventaja similar. *Como me ves te verás*, reza el dicho popular que mejor ilustra esta lectura hipotética.

Por supuesto, a lo largo de todo este capítulo se han apuntado las circunstancias bajo las cuales estas máximas de vida se regulan y se atenúa su aplicabilidad (por ejemplo, cuando crece el nivel de involucramiento en la vida y en la historia del otro, cuando se le conoce con nombre y apellido), por lo que tampoco se debe asumir que esta hipótesis —que solo queda suge-

rida— corresponda a una visión pesimista frente a la incorporación de la violencia como factor de estructuración social. Por el contrario, el dinamismo con que el sujeto adapta estos recursos de acuerdo al contexto específico en que se despliegan y a los actores particulares que se ven involucrados demuestra que en la aplicación recursiva de la violencia como factor de estructuración social hay mucho más que mera reproducción de patrones. Lo mismo ocurre frente a las expresiones de solidaridad que se verificaron —ya sea en situaciones límite o no— entre los miembros de la zona El Casco. Las bases que posibilitan dichas expresiones en el plano de las relaciones interpersonales abren la perspectiva del análisis hacia formas de gestión cotidiana de la violencia que desmienten la idea de que la desintegración familiar, el confinamiento dentro del espacio privado, la desmovilización de la sociedad son la nota imperante y absolutista de los tiempos modernos.

5.6.1. Presencia de instituciones en la vida cotidiana

Un total de 14 entrevistados hicieron el mayor número de menciones que hubo de una categoría en toda la investigación: 83 referencias a instituciones relacionadas con la administración de la vida de la zona estudiada. Esta cantidad de referencias perfiló un escenario en el que muchas instituciones intentan ocupar un espacio en el ordenamiento que los habitantes de El Casco. Revela también una apropiación diferenciada de dichas instituciones, así como muchas maneras de interpretar su presencia en la vida cotidiana de los habitantes de la zona. La frecuencia más alta de menciones correspondieron a la PNC (20), la parroquia Inmaculada Concepción (22) y la Alcaldía Municipal (13) y sobre ellas se discurrirá en las siguientes páginas.

Sobre la PNC, lo primero que llamó la atención fue la idea generalizada de que es un organismo inoperante en relación con la resolución de problemas cotidianos de delincuencia y violencia. El accionar de las *maras* en la zona es una evidencia palpable de que el cuerpo policial está perdiendo terreno en la tarea de controlar las expresiones de delincuencia y salvaguardar el dominio territorial de los ciudadanos frente a los delincuentes. X. D. reconoce un deterioro histórico de la presencia de la PNC debido a la llegada de malos elementos al destacamento policial de El Casco: “fue trasladándolo a él (anterior subinspector en jefe de la

PNC de El Casco) y como que todo comenzó a cambiar: empezaron a hacer lo que ellos querían. Fue entonces que se empezó a dar eso de que se tiraban granadas, ajá, del puente al otro lado”. Igual evidencia es el hecho de que la policía se mantiene prácticamente al margen de cualquier tipo de garantía hacia los bienes privados de las familias: “Fue bien terrible, se llevaron bastantes cosas: televisores, teléfonos, equipo. Y la policía no hizo nada y no se sabe nada”.

¿Cómo es tu relación con la PNC? Sentís vos que tienen...

X. D.: No. Antes, yo me acuerdo que... hace unos 6 años, había un subinspector —o subcomisionado, ni sé qué era el señor— que cuando él estuvo trabajando sí se mantuvo bien cortitos a los *mareros* de aquí, de allá arriba, los traía bien cortitos. Fue trasladándolo a él y como que todo comenzó a cambiar: empezaron a hacer lo que ellos querían. Fue entonces que se empezó a dar eso de que se tiraban granadas, ajá, del puente al otro lado. Pero fue el cambio de encargado y desde entonces no los han sabido controlar mucho que se diga.

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años, entrevista del 03.01.05.

¿Cuándo ocurrió (el asalto a tu casa)?

D. G.: La primera vez fue como en el... 98, algo así. No hace mucho, pero sí se llevaron todo, todo. Fue tan horrible... porque se llevaron todas las cosas, yo iba llegando del colegio y me percaté que los únicos zapatos que andaba me habían dejado, porque se habían llevado todo. Y como recién empezaba el año escolar y tenía todo nuevo, entonces todos mis zapatos, ropa, bolsos, todo, todo. Fue exagerado cómo nos robaron a nosotros. Después de eso decidimos, bueno, mis papás decidieron techar todo de hierro. Y al chucho (perro) que teníamos es más, lo mataron también. Fue bien terrible, se llevaron bastantes cosas: televisores, teléfonos, equipo. Y la policía no hizo nada y no se sabe nada. Dijeron que de Las Lomas vieron a la gente pero nadie atestiguó y a la policía la estuvimos llamando y no actuó nada.

¿Estos de acá?

D. G.: Sí, los que están acá. No hacen nada, porque la vez pasada también a una señora se le fueron a meter y tampoco... dijeron que pusieran la denuncia, la pusieron y no buscaron nada y así. ¡Qué no ves que tanta es

la gran ayuda que dan que hace poco les robaron un carro enfrente de ellos!

¡De veras!

D. G.: ¡Sí! Qué clase de seguridad también, verdad, o sea uno no se puede confiar a ellos... salen peores las cosas.

¿Qué es lo que habla la gente sobre eso?

D. G.: Que ya se los pueden (los conocen), que tal vez por temor no actúan. La gente dice también que quizá ya están pisteados (sobornados), les han de pasar una parte del dinero cuando logran vender las cosas. Supongo que no se quedan con ellas, sino que las han de vender, entonces la gente dice que ellos quizás ya están pisteados o tal vez por temor no quieren hacer mucha bulla. Porque por ejemplo, la zona de allá abajo, en La Molina —donde vive la señora consuelo— es bien peligrosa.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

¿Y de la PNC?

I. R.: Mirá, tienen mala fama esta delegación de aquí. Dice que aquí vienen los que despiden de otros lados (se ríe). Te podés imaginar. Yo me he encontrado a un compañero de la universidad en la PNC, que ahí se graduó. No quise tocar el tema ahí pues tengo días de no verlo, no sé si pudo haber cambiado. Pero te digo, una vez capturaron a unos y los trajeron aquí a la vuelta y aquí los tenían. Bien chistoso porque unos médicos vinieron a dejarle unas pizzas (se ríe) y los PNC agarraron una y se llevaron una (se ríe) y la *maru* (los presos) se fijó y empezaron a hostigar. La gente comenzó a gritar “¡quién se comió la pizza! ¡El agente tal!” gritaban en la calle (se ríe).

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

Como se puede observar, el policía —al menos el policía imaginado en el discurso de los entrevistados— es corrupto y trabaja coludido con los delincuentes porque está igualmente preocupado por salvaguardar su integridad: “tal vez por temor no actúan. La gente dice también que quizá ya están pisteados (sobornados), les han de pasar una parte del dinero cuando logran vender las cosas”. De cualquier manera, esta situación imaginada de complicidad refuerza la idea de que el policía es una especie de traidor con quien es preferible no involucrarse. El deterioro del contenido simbólico de la figura del policía en El Casco se refleja, finalmente, en el hecho de que también se convierte en objeto de burla y sarcasmo, como lo recuerda I. R.: “Bien chistoso porque unos médicos vinieron a dejarle unas pizzas (se ríe) y los PNC agarraron una y se llevaron una (se ríe) y la *mará* (los presos) se fijó y empezaron a hostigar”.

La lista de ejemplos sobre la inoperancia de la PNC en la vida cotidiana es larga y cada caso refiere una forma diferente de interpretar la situación, pero también plantea la existencia de una visión medianamente compartida sobre esta inoperancia. No siempre hay una experiencia directa que funcione como anclaje de esta situación de inoperancia, pero ello no impide que la imagen se refuerce y se sostenga con el tiempo. Los escenarios imaginados entran en acción para sustituir la certeza de la experiencia personal: “si es un alto ejecutivo (...) le dan y le dan hasta que lo encuentran”, “cuando están con el uniforme se creen ellos que no les calan los balazos quizás”.

¿Qué opina del trabajo de la PNC?

R. M.: Fíjese que no sé, no sé si son específicamente 911 o qué, porque no me llevo. No sé digo yo, a veces actúan bien, a veces no porque el servicio de ellos como que es muy tardado. Yo me he fijado en muchos casos de personas así... común y corriente, ¡siempre se les escapan!... los que han matado a alguna persona. Pero si es un alto ejecutivo, o una persona importante, le dan y le dan hasta que lo encuentran, usted. Y tantos asesinatos que han quedado así, sin resolver, o sea sin darle mayor importancia a quién fue el que lo mató o qué sé yo. En cambio para unas personas así, que son de más alta sociedad, como que se rebuscan más. Por ese lado yo creo que como hay preferencias más por el que tiene que por el pobre.

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.

R. G.: Siento yo que a la PNC le falta, le falta todavía hacerse al lado del pueblo. Siento que a veces se les pasa la mano, que todavía hay gente en las autoridades que creen que ellos son, o se les metió en cerebro que creen que ellos son los dueños de un país. Yo ya he tenido rencillas con señores y yo siempre les he dicho que ellos son trabajadores míos, que de mí sale el sueldo de ellos. Yo no entiendo porque alguien los quisiera mangonear, empujar, no creo que hay que hacerlo. Las autoridades no son para eso. Las autoridades son para protegerlo y son para darle seguridad, no para andarlo maltratando, pero que yo sepa hay gente que se deja intimidar por esto, ya no hace nada y les da ese don a ellos. Si usted a la autoridades nunca les dice nada ellos se creen más, se creen que son intocables, cuando están con el uniforme se creen ellos que no les calan los balazos quizás.

R. G., hombre, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

También se producen historizaciones de esta relación con la PNC que revelan un imaginario aprendido con los años sobre el papel y el carácter de una autoridad policial capaz de hacer frente a los problemas de inseguridad. En su relato, G. L. habla de una desconfianza hacia los cuerpos de seguridad heredada del pasado, pero siente “bastante temor” cuando estos desaparecen y su local queda en desuso durante unos meses. M. M. ve a la vieja Guardia Nacional como modelo de control y limpieza social (“la Guardia era lo mejor. Pero mataban justos también, ¡pero sí había limpieza!”) y recupera como positivas las viejas restricciones de movilidad. El voto de confianza que M. L. le da a la actual policía proviene de su experiencia pasada, y no de su conocimiento efectivo sobre su trabajo o sus tácticas de control de la delincuencia y procuración de la seguridad (“la autoridad siempre pone un poquito de orden”).

Cuando terminó la guerra, desde entonces empezó a funcionar ahí la PNC...

G. L.: Sí, desde entonces.

¿Sintió la diferencia?

G. L.: Se sentía un poco de seguridad, vea, pero también como uno queda... dañado, no se siente confianza con nadie. No se sabía si eran buenos, de confiar o no.

¿Los mismos de la Guardia Civil quedaron ahí?

G. L.: No, cambiaron. Hubo un tiempo que nos quedamos sin nada y sentíamos bastante temor, pero fíjese que gracias a Dios, los que han mandado para acá no han sido tan malos.

G. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 42 años, entrevista del 07.01.02

¿Siente que la policía tiene un buen desempeño en la zona, protege y respeta a la gente?

M. L.: Sí, porque en el tiempo que yo tengo aquí nunca he tenido problemas con ellos, ellos pasan, unos saludan y otros no, pero en fin... y pienso que sí, pues, la autoridad siempre pone un poquito de orden. Así que pienso que han ayudado bastante.

M. L. mujer, comerciante formal de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

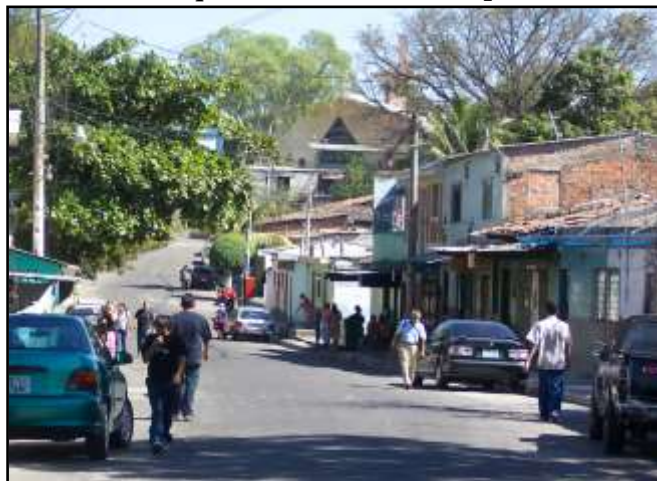
¿Usted siente que la PNC cuida esta zona?

M. M.: Mire, la PNC lo que hace, como ahora que ellos se arriesgan a ellos los meten presos. Porque antes, se acuerda de la Guardia (Guardia Nacional, unos de los cuerpos de seguridad del Estado que, durante la guerra, fue responsable de muchas violaciones a los derechos humanos), la Guardia era lo mejor. Pero mataban justos también, ¡pero sí había limpieza! Eso sí, había limpieza. Porque el que andaba a las 10 en la calle, ¿y qué andaba viendo afuera pues? Tenía que estar en su casa y le va mal. Pues yo digo, si yo ya sabía que a esa hora nadie tenía que salir, mejor me quedo en mi casa o me quedo en otra casa. Si ya no tengo donde llegar a esa hora, busco donde quedarme. El que no, digo yo, se arriesga a que lo mataran. Si no andaba los papeles (documentos de identidad), se lo llevaban. Por eso yo considero que antes era mejor. Porque antes usted andaba a las 3 de la mañana y no le sucedía nada. Andaba con sus papeles y no le pasaba nada. ¿Yo por qué le digo?, porque una vez trabajamos una vez hasta como a las 3 de la mañana y a pie nos venimos de allá de la 25 (25 avenida norte de San Salvador, hacia el sur de la zona) y nada, mire, todo aquello sano (...). ¿Vaya a ver ahora?... Si ahora está más feo pues. La PNC no puede hacer nada, verdad.

M. M., mujer, habitante de la Comunidad Providencia, 50 años, entrevista del 05.01.05.

Además de la PNC, la parroquia Inmaculada Concepción (**Ilustración 5.9**) también es un referente importante de la manera en que los habitantes de El Casco se apropian del territorio, mediante la participación en diferentes actividades. De este modo, y a diferencia de la PNC, la parroquia es un fuerte referente de la propia identidad que, desde la posición individual, se refuerza en la pertenencia al grupo.

Ilustración 5.9: Calle Central y, al fondo, Parroquia Inmaculada Concepción



C. Ch.: Es bien duro lo que nos ha pasado últimamente, pero hay que tratar la manera, le digo a mi esposo, de sobreponernos. Nosotros nos reunimos en la parroquia y eso nos ha ayudado. Yo tengo bastante de estar trabajando ahí.

¿Se reunía desde antes de que pasara lo de su hijo?

C. Ch.: Sí, yo tengo años, yo tengo años de estar ahí.

¿Hace cuánto comenzó a trabajar para la parroquia?

C. Ch.: Él trabajaba (su hijo)... Sí, el trabajaba conmigo en el mismo grupo... y su hermano canta. Somos el grupo encargado de arreglar las “andas”, de las procesiones, de las excursiones a Esquipulas (localidad de Guatemala en donde se le rinde culto a una virgen milagrosa), de todo eso.

C. Ch. mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 04.01.05

¿Usted participa en algo de la parroquia o en la escuela?

M. G.: Fíjese que nosotros asistimos a la iglesia al movimiento de encuentros conyugales, que es un movimiento de matrimonios, nos reunimos todos los miércoles. Y también mi esposo... fue representante de la comunidad, a nivel de la parroquia, y ahorita está como ayudante de la encargada de la comunidad, se reúnen los martes y los segundos domingos de cada mes, estamos ahí activos. Y la niña también, cuando hay retiros de jóvenes, asiste a la iglesia.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

¿Usted es católica?

G. L.: Sí, sí, sí. Sí, somos católicos e incluso antes de tener este negocio participamos en pastoral familiar, éramos los coordinadores y representantes de la colonia, de la comunidad de nosotros. Pero ya, como el trabajo nos absorbe la mayoría de tiempo, ya no nos queda tiempo.

Siguen frecuentando la iglesia...

G. L.: Sí, cuando podemos colaboramos en las actividades. Cuando necesitan de ofrendas también, ahí estamos.

G. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 42 años, entrevista del 07.01.05.

¿Y con la iglesia, usted es católica?

M. L.: Sí, sí, sí. 100% católica y para mí eso es una gran bendición. Los sacerdotes que están ahora son unas personas, eh, ya ancianos, pero son unas personas muy, muy interesadas por sus fieles y no solo por los fieles, sino que también por el lugar, el pueblo. Mire que por allá arriba construyeron una ermita, un templo muy bonito. Los señores que han venido son italianos, esa cancha la han mejorado bastante y... no podemos quejarlos, al contrario estamos muy, muy agradecidos. Yo en lo personal estoy muy agradecida con estos señores que han venido, porque se han interesado mucho por nosotros, por enseñarnos, porque no seamos ignorantes de la religión y no venga alguien que nos quiera meter ideas que no.

M. L., mujer, comerciante forma de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

Estas referencias conectan con la presencia de la iglesia como soporte y reguladora de la vivencia cotidiana. Así, la parroquia es una especie de remanso para el dolor en el discurso de C. Ch., quien no puede dejar de traer a colación la muerte de su hijo J. C. (“nos reunimos en la parroquia y eso nos ha ayudado”). Para M. G., la parroquia es un referente común de unidad para su familia (“estamos ahí activos”) y para M. L. la pertenencia a la religión católica, apoyada por la particularidad de su parroquia, son una especie de sello de calidad, una garantía vitalicia de distinción con respecto a otras personas menos conocedoras de la religión: “se han interesado mucho por nosotros, por enseñarnos, porque no seamos ignorantes de la religión y no venga alguien que nos quiera meter ideas que no”. Mientras que G. L. utiliza a la parroquia y sus actividades, así como su anterior participación activa en la vida pastoral, como principal evidencia de que ella y su familia no han perdido la capacidad de tender lazos de solidaridad hacia la comunidad (“cuando podemos colaboramos en las actividades”).

Por otro lado, la presencia de la parroquia en la vida cotidiana de los entrevistados también la convierte en un referente de la historia vivida, tanto en el plano personal, como en el comunitario y nacional. Dado que D. G. trabaja como asistente de la parroquia, demuestra tener mucho conocimiento sobre los cambios que ha tenido la iglesia, como institución administrada por ciertas órdenes religiosas (hace referencia al cambio que hubo de sacerdotes franciscanos a sacerdotes combonianos) y como marca arquitectónica relacionada con la memoria histórica. De hecho, D. G. me permitió fotografiar la antigua campana de la iglesia, que recibió varios impactos de bala durante la ofensiva militar guerrillera de 1989, como se puede observar en la **Ilustración 5.10**.

Ilustración 5.10: Antigua campana de la Parroquia, con impactos de bala, vestigios de la ofensiva militar guerrillera de 1989.



Los tres años los has trabajado acá...

D. G.: Sí, aquí en la parroquia, con los padres ahí, con los Combonianos. Porque al principio la parroquia dependía del Arzobispado. Ya después, en el 95 que ellos llegaron, se la delegaron específicamente a la Asociación de Misioneros Combonianos y desde entonces ellos son los encargados. Entonces por ejemplo, en las otras parroquias y arquidiócesis se pueden hacer cambios: pueden entrar franciscanos y todo eso, todas las congregaciones, pero aquí solo exclusivamente Combonianos. Ya quedó delegado. Entonces, cada cierto tiempo empiezan a cambiar a los sacerdotes, a los párrocos y todo eso.

(...)

D. G.: Ya cuando logramos salir completamente, eh, que empezamos a salir acá, entonces ya venimos a la iglesia y sí la habían destruido. Quizá con una ametralladora habían disparado en toda la parte de las puertas. El campanario por eso es que tiene esas balas (me señala la campana de la antigua iglesia, que ahora es una reliquia de la parroquia y está en exhibición dentro de la oficina), son de eso. Antes estaban unas fotos porque profanaron la, las hostias, los santos, la casa de los padres también la rompieron, se llevaron bastantes cosas...

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

¿Recuerda alguna costumbre o tradición de la zona que se mantenga o se haya perdido, relacionada con las costumbres religiosas o a la vivencia cotidiana de la gente?

M. L.: Usted sabe que conforme nuestros ancianos van muriendo, se van terminando muchas tradiciones. Aquí había una tradición para la fiesta de San Antonio, que le decíamos el tunco (cerdo) del monte. Salían muchachos o señores vestidos con máscaras de perros, estaba el tunco, una cosa que se ponían aquí (señala la cabeza) la cabeza de un tunco. ¡Como viejadas, veá! (las viejadas son una tradición casi extinta en la que un grupo de personas se visten de ancianos con máscaras para bailar y cantar con instrumentos artesanales en la calle y asustar a los transeúntes) y esa tradición ya no se ve. Había una tradición de la cofradía, para las fiestas de la virgen y eso era pomposo, era algo tan bonito. Le voy a decir que nosotros recordamos mucho las fiestas de antes, porque eran fiestas. La Alcaldía estaba donde está ahora la Policía, entonces todas las fiestas eran aquí, todo se desarrollaba aquí. Entonces bueno, aquí está la iglesia que es donde esta la patrona.

M. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

Por su parte, M. L. recuerda cómo el eje institucional conformado por la Alcaldía y la Iglesia, cuando ambas coincidían al final de la Calle Central (ver **Ilustración 5.9**) mantuvo vivas varias tradiciones que hoy en día se han perdido: “La Alcaldía estaba donde está ahora la Policía, entonces todas las fiestas eran aquí, todo se desarrollaba aquí”. Esta posición de la parroquia como referente histórico refuerza su importancia cuando los entrevistados recuerdan algunos episodios del conflicto armado. De nuevo, M. L. recuerda que la iglesia fue saqueada por quienes la ocuparon durante varios días de la ofensiva de 1989 (“se llevaron muchas cosas”, “el copón desapareció”). Y por supuesto, la historia de la desaparición del anterior sacerdote —todavía envuelta en algo de misterio por las versiones que giran en torno al hecho— ofrecen un interesante vínculo entre marca arquitectónica y personajes concretos de la vida de la zona (“el padre de aquí lo tuvieron un rato capturado porque de la iglesia le disparaban a la comandancia”, “dicen que la misma guerrilla se los llevó”).

Para esa ofensiva fue que destruyeron la iglesia...

M. L.: Sí, sí. Hay fue que se llevaron muchas cosas, tenemos la campana ahí que...

Sí, le tomé unas fotos porque tiene los impactos de bala, verdad...

M. L.: Sí, también donde está el Santísimo, también lo balearon todo, el copón desapareció, no sabemos quién se lo llevó. La iglesia quedó muy destruida.

M. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

I. R.: De ahí, el padre de aquí lo tuvieron un rato capturado porque de la iglesia le disparaban a la comandancia. Entonces dicen que era el padre. No sé si era cierto, pero ahí lo tuvieron capturado. De ahí lo dejaron ir.

I. R.: Dicen que el chamaco que llegó después a relevar, el cabo o comandante, dijo: “lástima que no estaba, porque yo sí lo mato a ese hijueputa”... No, si vieras que a la iglesia la agarraron como cuartel el ejército. No podíamos entrar. Se la tomaron el sábado... como hasta las 12 del día... A las 12 del día domingo porque la guerrilla sí tenía control de todo esto. Entonces, hasta que entraron una tanqueta fue que lograron... ¡Cuándo entró la tanqueta yo sentía que ahí (señala frente a su casa) estaban disparando! Te lo digo, fue tremendo.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

D. G.: Ya cuando logramos salir completamente, eh, que empezamos a salir acá, entonces ya venimos a la iglesia y sí la habían destruido. Quizá con una ametralladora habían disparado en toda la parte de las puertas. El campanario por eso es que tiene esas balas (me señala la campana de la antigua iglesia, que ahora es una reliquia de la parroquia y está en exhibición dentro de la oficina), son de eso. Antes estaban unas fotos porque profanaron la, las hostias, los santos, la casa de los padres también la rompieron, se llevaron bastantes cosas...

¿Y los padres se quedaron o se fueron?

D. G.: A los padres se los llevaron... dicen que la misma guerrilla se los llevó, ajá, porque el padre que estaba era el padre Adrián. Entonces por un tiempo no se vio y dicen que ellos se los habían llevado. Ya después que regresó, este, ya no quiso él hablar nada. O sea, se retiró él de aquí y ya o trasladaron para, para... no sé si para Acajutla (ciudad costera). Se lo llevaron porque sí fue bien peligroso. Costó que se reconstruyera la iglesia, porque habían destruido todo: el campanario, el suelo, las bancas, todo.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05

Finalmente, este espacio también activa la existencia de normas sociales que trazan una diferencia entre el pasado, el presente y el futuro. De no ser por esas normas sociales no escritas, a juicio de los entrevistados, los habitantes de la zona no se movilizarían ni participarían de las actividades colectivas más importantes de la zona, tal y como lo sostiene D. G.: “yo pienso que sí se mueve la gente, en actividades tal vez fuertes”. Pero esta presencia como fuente de normas sociales no está exenta de visiones encontradas, incluso dentro del mismo discurso de D. G. (“yo sé que la gente se ha retirado es por la formalidad de los sacramentos”), pero sobre todo en la opinión de I. R., que hace algunos años era un participante y líder activo de la parroquia y que cifra buena parte del poder de convocatoria y movilización de la iglesia en un sentimiento: “el temor a Dios; creo que es más difícil que digan que si no van te castigan. Tiene más movilidad la iglesia, convoca”.

¿Sentís que la parroquia moviliza a la gente? ¿Sentís que se puede hacer más?

D. G.: Yo pienso que sí se mueve la gente, en actividades tal vez fuertes, sí es masiva la afluencia, por ejemplo en Semana Santa, navidad, Pentecostés y todo eso, sí, la gente acude en exceso. Generalmente la gente participa, pero yo siento que ha disminuido tal vez porque, antes, por lo que sí yo sé que la gente se ha retirado es por la formalidad de los sacramentos, porque antes, bueno y generalmente, la mayor parte de parroquias, cuando llegás y pedís un sacramento, “mire, quiero que me bauticen a mi niño”, das todos los datos y te dicen “venga tal día para una charla y al domingo siguiente es el bautizo”. Y así es para el matrimonio y casi todo era así. Entonces ahora ya no es así. Han dado los lineamientos, el arzobispado los ha dado y ahora son pocas las parroquias que lo cumplen.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

Si te pidiera que comparas las actividades del partido con las actividades de la iglesia, ¿cuál de las dos moviliza más gente de la zona?

I. R.: Ah, la iglesia. Acordate que eso es muy... es más común: el temor a Dios; creo que es más difícil que di-

gan que si no van te castigan. Tiene más movilidad la iglesia, convoca... O sea, que ha disminuido mucho, pero sí tiende a hacer más movimiento. Algo que se escapa de eso son las iglesias evangélicas, verdad...

Que son bastantes, verdad...

Bastante gente que era católica que conozco se hizo evangélica, pero... Vos creo que tenés interés en dos o tres cosas en el mundo: la situación económica es difícil, políticamente, eh, esto de seguridad. Hay una gran incertidumbre. Yo creo que la gente busca a Dios ahora porque tiene tanto miedo, se refugia tanto en él por temor.

(...)

I. R.: Entonces yo siento que lo que tiene más convocatoria es eso. Y la gente que se ha salido, ya sea por interés, que como dicen “ruegue a Dios para que le dé el carro, ruegue a Dios para esto y lo otro”. Esa es otra cosa, a Dios quieren medirlo por lo que tienen, verdad. Entonces eso es lo que yo logro percibir. Y una pasividad... horrible.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

En torno a las instituciones también se organizan focos de conflicto en la zona de El Casco, como es el caso de la pugna entre la Alcaldía Municipal y la parroquia. De hecho, una de las instituciones que más animadversión generaba entre los entrevistados fue la Alcaldía Municipal

Ilustración 5.11: Cancha de fútbol rápido de la Parroquia Inmaculada Concepción



de Cuscatancingo. Vale rescatar en este punto algunos de las notas del trabajo de campo como antecedente. En primer lugar, la zona de El Casco se caracteriza por su simpatía hacia el FMLN, partido de izquierda que surgió como resultado de la firma de los Acuerdos de Paz. El alcalde municipal en funciones durante la aplicación del trabajo de campo pertenecía a ARENA, partido de derecha que ha gober-

nado el país desde 1989. Además, según comentarios hechos por los mismos entrevistados, los impuestos que cobra la municipalidad eran los más elevados de toda el AMSS. Y, para finalizar, el alcalde era un abierto seguidor de una iglesia evangélica no identificada, lo cual era directamente asociado a los problemas que tenía con la parroquia y que giraban en torno a dos aspectos: (a) el reclamo de la propiedad de ciertas tierras que le pertenecen a la parroquia, entre ellas, el terreno de la cancha de fútbol rápido que fue construida por los sacerdotes de la parroquia (“la Alcaldía, cuando estuvo aquí y hasta hace poco, todavía reclamaba la cancha, que era propiedad de ellos y nosotros teníamos las escrituras, los padres las tenían”), retratada en la **Ilustración 5.11**; y (b) la falta de apoyo que le presta a la parroquia para las celebraciones religiosas (“que como él es cristiano... Tiene una relación “un poco así” con el padre Santiago, pero él sabe porqué la tiene, pues”). No es de extrañar que se asocie al alcalde con actos de corrupción: “pero, de ahí que el señor “hace sus cosas” (referencia a corrupción), sí las hace, verdad”.

¿Cómo es la relación de la zona con la Alcaldía?

C. Ch.: Pues la Alcaldía hace su papel de, de, de ammm... Nada más que ahí fue por la cosa esa de los impuestos. ¡Tiene que trabajar el alcalde, pues! Así como cobra, así tiene que... Pero incluso, antes mandaba el tren de aseo todos los días. Hoy ya no. Hoy ya lo manda tres veces por semana, veá, y antes todos los días mandaba. Pero, de ahí que el señor “hace sus cosas” (referencia a corrupción), sí las hace, verdad... (interrumpe para atender al nieto). Así que... cuando se le pide un favor... ayuda.

¿Colabora la parroquia?

C. Ch.: Mmm... tanto así, tal vez no... Es que como él es cristiano... Tiene una relación “un poco así” con el padre Santiago, pero él sabe porqué la tiene, pues. El padre nunca le ha... (interrumpe para atender al nieto).

C. Ch. mujer, habitante de la Colonia Molina, 48 años, entrevista del 04.01.05

D. G.: Sí. La Alcaldía estaba peleando porque quería el terreno, pero se dio un gran problema porque la iglesia era dueña del toda esta parte, lo que abarca la PNC, el Telecom, la escuela, todo eso y parte del Pasaje Luz, era de la iglesia. Pero de repente, dice el padre que los padres empezaron a vender parte de los terrenos y también dice que se robaron las escrituras y las pusieron a nombre de las conveniencias; por lo menos la Alcaldía, cuando estuvo aquí y hasta hace poco, todavía reclamaba la cancha, que era propiedad de ellos y nosotros teníamos las escrituras, los padres las tenían. Se empezaron a hacer los trámites para mejorar la cancha y se empezó a meter la Alcaldía que no iba a dar permiso porque era de ellos. Y el padre había hecho todo, él recolecto y se hizo como un complejo. Con las graditas, los vestidores atrás, sanitarios, las lámparas y él todavía mando a hacer la acera de atrás de la cancha y tuvimos que mostrar las escrituras para que no hubiera mayor pleito, porque ellos decían que la cancha era de la Alcaldía pero no, aun la escuela era de la parroquia, todo esto, pero poco a poco se los fueron quitando.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

En términos generales, la Alcaldía municipal ofrece un caso interesante de presencia en la vida de los entrevistados. Por un lado, las personas la mantienen prácticamente al margen de

sus actividades cotidianas, normalmente porque han comprobado que no es una institución que se caracterice por su relación con los habitantes del municipio (“la Alcaldía solo existe en la mañana que pasa el camión de la basura”, “funciona... en un grado bien bajo”, “fuimos a pedir la ayuda a la Alcaldía pero nos dijeron que era para la gente que verdaderamente lo necesitara”). Por otro lado, la institución se inmiscuye escandalosamente en la administración de la economía doméstica, dado que sus tasas municipales están por encima de muchas de las administraciones edilicias del AMSS (“entonces yo no alcanzo a pagar los impuestos”, “los impuestos van para arriba”). Esta situación, sumada al proselitismo abierto que el alcalde realiza a favor de su partido, alimenta una sensación de desamparo e inoperancia que incide directamente sobre la imagen del alcalde: “Pero ese para mí es un cacique pleno, que la gente le va a seguir votando hasta no sé cuándo”.

M. M.: Ahora el alcalde, este... los impuesto son muy altos del alcalde. Entonces yo no alcanzo a pagar los impuestos, más que todo no tengo un trabajo que devengue lo que él me ha puesto en el recibo de la luz. Porque me ha puesto de (US\$) 17 y después me lo puso de 12 y no puedo, o sea ¡no puedo! Si solo para la comida de mi hijos gano, pues. Y entonces digo yo, pues, que cómo le voy a hacer para pagar, no pues.

M. M., mujer, habitante de la Comunidad Providencia, 50 años, entrevista del 05.01.05.

¿Qué opinás de la Alcaldía?

D. G.: Yo pienso que la Alcaldía funciona... en un grado bien bajo. Los impuestos van para arriba, por ejemplo antes en la parroquia se pagaban 42 dólares y el año pasado lo subieron a 56 (...). A nosotros también: antes pagábamos 8 dólares y de repente 12, 14. Toda la gente se queja de que los impuestos han subido en exceso, porque según dijeron, porque hicieron un sondeo, el municipio de Cuscatancingo era el que mantenía las tasas (tasas municipales) más altas de todo El Salvador.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05.

Al principio (...) nos pasamos solo con el techo y alrededor no teníamos nada. Como no estaba terminada lo que hacíamos en la noche es que poníamos las láminas paradas, así, para que no nos diera mucho el aire.

¿Y poco a poco fueron comprando el material?

M. G.: Sí.

¿Y no han recibido ayuda de nadie?

M. G.: No... porque fuimos a pedir la ayuda a la Alcaldía pero nos dijeron que era para la gente que verdaderamente lo necesitara... y nos dijeron que nos esperaríamos y hasta hoy... estuviéramos esperando.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

¿Qué opinión tenés de la Alcaldía?

I. R.: La Alcaldía solo existe en la mañana que pasa el camión de la basura, que pasa a las 6 de la mañana, pitando el baboso hasta el sábado en la mañana, cuando considero que deberían de hacerlo más tarde, porque a veces he salido (a la entrada del callejón, que está a unos 35 metros de la casa) con la basura y ya pasó y tengo que regresarme con la basura. La queja principal es que la aprovechan para hacer propaganda pero algún vecino te puede decir que no (...). La fama que le han dado a este señor es que ha adoquinado calles, que ha arreglado calles, pero fijate que una vez fui con los de la parroquia, que como ya me pueden que conozco todo Cusca y de meterme en problemas de Cusca, y el cura me dijo “venite, vamos a ir a buscar algo” y la calle estaba tan chiva (bonita) adoquinada, pero cuando yo entré a ese zaguán... vieras cómo estaba, si era una... el tercer mundo. Te lo digo que he encontrado una señora quebrada, sola. Eso fue lo que descubrimos. Pero ese para mí es un cacique pleno, que la gente le va a seguir votando hasta no sé cuándo, pero beneficios...

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

5.6.2. De la que nos salvamos: memorias del conflicto armado

“En el camino nos fuimos encontrando muertos, encontrando balas, encontrando postes en el suelo, gente llorando, bastantes incendios y todo destruido. Cuando llegamos aquí a la casa, ya habían pasado a reclutar”.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio,
24 años, entrevista del 06.01.05.

Prácticamente todos los entrevistados tuvieron recuerdos sobre el conflicto armado cuando se les preguntó al respecto. De las 38 menciones que se contabilizaron en las entrevistas, solo dos correspondían a personas que dijeron no tener ninguna vivencia directa con la guerra. En los demás casos, se verificó un equilibrio interesante entre los relatos de situaciones límite, que implicaban mucho dolor o que referían la pérdida de algún familiar o conocido, y anécdotas en las que el sujeto se alegraba de haber sobrevivido. Extraña relación de relatos: el sufrimiento y la aventura fueron dos facetas de un mismo momento histórico y no sería adecuado descalificar una faceta o reducir su importancia dentro de los marcos de referencia de los sujetos por considerarla trivial o irreflexiva. Durante este ejercicio de recuperación de las memorias sobre el conflicto armado, la constatación más importante fue que la memoria nunca es un remanso de recuerdos fijos, colocados en una pizarra que todos ven desde la misma perspectiva. Por el contrario, como lo establece Jelin (2002), entender las memorias en la época contemporánea conlleva necesariamente a reconocerlas “como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcados en relaciones de poder”.²⁶⁰ Se trata de un proceso permanente de recuperación activa del pasado no solo en el nivel del discurso, sino también en el nivel de las prácticas. Por ello se sostiene en esta investigación que, en este caso, la vivencia de una forma específica y generalizada de violencia, el conflicto armado, llega a convertirse en un referente permanente de sentido para los sujetos, develando con ello el potencial de la violencia para traducirse en un *habitus* específico.

²⁶⁰ Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI. p. 2.

En el caso de R. M., su relato particular hacía referencia a aprendizajes adquiridos con la vivencia de la guerra. En un primer momento, esta ama de casa recordó entre risas cómo aprendió a distinguir entre el sonido de un “bombazo fuerte” y el de un temblor, que son situaciones con las que todo salvadoreño que nació después de 1975 tuvo que convivir (y en el caso de los movimientos telúricos, con los que todavía se convive). En un segundo momento, recoge sus experiencias en un plano más reflexivo, y narra su aprendizaje con respecto a las causas de la guerra, el cambio de su posición al respecto (“sí estaban luchando por los intereses del pueblo, más que todo del sector pobre, tienen razón de pelear por algo”) y el impacto que este cambio tuvo en su opinión sobre el gobierno actual.

Bueno, ahora platíqueme por favor sobre algún recuerdo que tenga sobre la guerra...

R. M.: Mire que yo más que todo me acuerdo, este... como estaba bien pequeña, que este, una vez me acuerdo que (se ríe) una vez me acuerdo que mi mamá me regañó, pero yo estaba bien pequeña y uno pequeño, pues a veces hay estruendos y movimientos que uno no entiende qué es. Y entonces me acuerdo que una vez estaba en la casa y sentí un movimiento así, el estruendo bien fuerte... y entonces, como a mí me habían dicho que cuando temblara que saliera de la casa, entonces yo salí (entre risas) corrida para afuera, porque yo solo sentí el movimiento y el ruido, así, y no atiné qué era. Y me dice mi mamá: “¡Venite para adentro, qué estás haciendo mensal!” (se ríe). ¿Y que no es temblor?, me dije yo pero no le dije nada. ¿Y en qué quedamos? Me dije yo, si me han dicho que me salga cuando se mueva la tierra y ahora me dicen que me meta. Y me metí, vea. Y después, a los días, tembló bien fuerte y yo me quedé (entre risas) adentro... “¡Venite para afuera!” Bueno dije yo, la vez pasada me metieron, ¡y ahora me sacan! ¿Y entonces? (se ríe). Pues yo no sabía que hacer, estaba confundida porque se oyó el mismo sonido pero, o sea, como estaba pequeña no sabía reconocer. “Y qué fue eso pues”, “¡que no ves que cuando tiembla!...” y entonces, que las bombas, y ahí fue que aprendí a distinguir entre un bombazo y un temblor fuerte.

(...)

R. M.: O sea hasta ahora es que entiendo perfectamente el porqué de tanta guerra. Porque antes, en aquel tiempo el gobierno manipulaba a las personas a su antojo, pero hay muchas personas que desgraciadamente creemos. Porque tal vez, vaya, el partido de gobierno nunca, nunca, nunca ha sido mi preferido, nunca. Antes, tampoco. Cuando salió el Frente tampoco yo iba con ellos porque me acordaba de todo lo que había vivido. Porque decían que el FMLN esto, que el FMLN aquello... porque los medios de comunicación lo votaron. Entonces, decía yo, si ahí dicen que ellos eran los de eso, que esto y lo otro, que de ellos era tanta matanza. Pero no, fíjese, que con el paso del tiempo mientras uno, a veces uno no le quiere poner mucho interés a lo que es político, por lo menos yo soy una que en la cuestión política ya no mucho me meto. Pero fíjese que ya poniendo atención de lo que dicen los noticieros, de lo que sale en la prensa o lo que dicen unos también, es que uno se va ubicando. Yo pienso que sí, en muchas de las cosas que ellos han hecho, han tenido toda la razón. Entonces, sí, sí estaban luchando por los intereses del pueblo, más que todo del sector pobre, tienen razón de pelear por algo.

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.

Pero, además de aprendizajes, hay memorias de mucho sufrimiento y dolor. En este ámbito se ubica el recuerdo de los ataques de pánico que sufría R. D., que él equipara a la sensación de “andar muerto”, y que resulta de especial interés. En este episodio de su vida, R. D. ofrece elementos que hablan de la forma en que la represión de parte de los cuerpos de seguridad

llegaba a incorporarse de tal manera en la vida de los sujetos, que afectaba incluso la conducta en el plano inconciente. Los temores de R. D. no eran infundados: durante la entrevista dijo que, días después de haber tenido esos ataques de pánico nocturnos, la extinta Policía de Hacienda lo interrogó con el fin de que revelara lugares de operación y nombres de líderes del sindicato al que pertenecía.

En qué año fue eso?

R. D.: Le estoy hablando del 79. En una ocasión cuando yo entré a La Constancia... bueno, yo tenía a la par a la compañera [la esposa] ahí (señala el cuarto donde duerme), y estando con ella me levanté gritando. “¿Qué te pasa?”, me dijo ella. “Siento como que me quieren, me quieren hacer algo” le dije. Me levantaba gritando, así le digo, era una psicosis terrible que yo ya sabía que era como que anduviera muerto.

(...)

R. D.: Me metieron (los agentes de la Policía de Hacienda, cuerpo de seguridad disuelto tras el fin de la guerra)

a un, no era un cuarto, era un lugar donde hay un filo (salientes en la pared), había varios filos así y ahí había un recoveco donde metían las marquetas de hielo para el siguiente día se las llevaran a saber para dónde... Ya cuando cerraron la puerta me dejaron allá adentro y se quedaron, se quedaron todos allá adentro interrogándome. Me pidieron que les enseñara los papeles (identificación). Todos eran policías de Hacienda. “Enseñame los papales”, me dijeron. Y uno, empieza aquel a registrarme, un registro terrible el que me metió. Y el otro comienza “Mirá, ¿y en dónde es que te reunís vos? ¿Con quién te reunís? Te estás reuniendo con algunos compañeros tuyos de aquí, ¿veá? ¿Quiénes son? ¡Decime!”.

R. D., *hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.*

En los otros relatos aportados por los entrevistados, el sufrimiento se expresa de diferentes maneras. En el caso de G. L, su relato combina situaciones graciosas que durante el conflicto armado eran comunes, como confundir el sonido de los disparos con el de los petardos de pólvora y los fuegos artificiales (“nosotros creíamos que era alguna celebración”), o la creatividad de las personas para improvisar banderas blancas y salir a la calle (“salía yo, ponía en una escoba —porque me acuerdo que tenía a mi niña pequeña y tenía mantillas blancas yo—, le ponía una manta blanca a un palo de escoba”), de manera que los bandos en conflicto pudieran distinguir entre el enemigo y la población civil. Pero también se hacen presentes los momentos de mucha angustia, en los que quedaba claro que el valor de la vida en una situación de guerra civil cae a sus niveles más bajos (“vivía uno pensando que ya le iba a tocar, en cualquier momento”) y que no es nada fácil subsistir en una sociedad en donde los sonidos de la guerra no solo distinguen un ambiente de otro, sino que también afectan al propio cuerpo (“pero eso sí, cuando yo oía eso y oía aviones, yo me sentía traumada”). Por su parte, M. L. recuerda la muerte de su sobrina de 10 años, por causa de una bala perdida que sorteó

todas las medidas caseras de seguridad (“según él puso costales de maíz y de todo en las ventanas para que no entraran [las balas]”) que se habían dispuesto para garantizar la supervivencia durante los enfrentamientos armados (“y va a creer usted que por ahí, por un hoyito entró la bala...”).

¿Ustedes la guerra prácticamente la vivieron acá y en el centro, ¿verdad?

G. L.: Sí, acá y en el centro. Fíjese que hubo una ocasión en que nosotros que pasamos, porque nos traía un señor en pick up, y explotó una bomba, era cuando le ponían bombas a los postes de energía, ay Dios, vivía uno pensando que ya le iba a tocar, en cualquier momento. Porque esa vez sí me recuerdo, aquí en la radio, nosotros que pasamos y que explota la bomba en el poste... y cuando fue la ofensiva aquí fue horrible.

Así me cuentan, que la Ofensiva aquí estuvo bien fea...

G. L.: Sí, aquí estábamos, ahí en la colonia. Nosotros creíamos que era alguna celebración (se ríe) cuando empezó. Y cuando sentimos que nunca paraban las balas, ya no podíamos salir porque como estábamos en la bajadita y el puesto (de la PNC) era la Defensa Civil (antiguo cuerpo de seguridad paramilitar) y entonces... nosotros no sabíamos qué era, pues, y ya luego estaba la noche aquí y tuvimos que hacernos a la pared y poner colchones porque se oía por todos lados las balas.

(...)

G. L.: Los vecinos tenían un plafón, entonces ahí se habían atrincherado, no sé quiénes (se ríe). Nosotros solo nos dimos cuenta que se habían atrincherado, pero no supimos si eran soldados o guerrilleros. Como al lado hay una finca ahí y se oía que pasaban por el techo y luego, al siguiente día, que llevaron una... una... no sé cómo se llaman esas armas que ponen en el suelo y se oyen bien fuerte... Ay, pero eso sí, cuando yo oía eso y oía aviones, yo me sentía traumada. Así sobrevivimos 8 días. Cuando se nos terminó la comida y el agua, porque al siguiente día nos quitaron el agua y la energía, entonces yo salía, dejaba a mis hijos y a mi esposo adentro — porque me daba miedo que saliera él—, salía yo, ponía en una escoba —porque me acuerdo que tenía a mi niña pequeña y tenía mantillas blancas yo—, le ponía una manta blanca a un palo de escoba (se ríe) y salía a com-

prar... Fue una etapa muy, pero muy cruel (empieza a llorar), cuando me acuerdo me da... me da no sé qué porque los niños han tenido que vivir eso.

G. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 42 años, entrevista del 07.01.05.

Entonces prácticamente usted la guerra la vivió en esta zona, ¿verdad?

M. L.: Sí, bien tremendo. Mucha gente murió o han quedado inválidos. Imagínese que a una sobrinita mía la mataron, le cayó una bala y como no se podía salir porque los aviones andaban tirando y la animala, la tanqueta también (...) mi sobrinita, como le digo, que enterrada, una niña que ya tuviera ahora como sus veinte... iba a cumplir ese día, como tres días después que lla murió iba a cumplir 13 o 12 años. La primer nieta de mi hermana. Mi hermana sufrió, mi hermana quedó destrozada completamente, porque dice que ahí la tanqueta disparaba a lo loco y ellos se salieron de la casa porque “los muchachos” (guerrilleros) se llegaron a subir a unos palos (árboles) que tiene mi hermana en su finca y entonces por temor a que quedaran ellos en medio del fuego se salieron de ahí. Tal vez si se hubieran quedado ahí no les hubiera pasado nada, sino que se van a una tienda muy famosa ahí, de don Pepe y el señor pues, según él puso costales de maíz y de todo en las ventanas para que no entraran (las balas). Y va a creer usted que por ahí, por un hoyito entró la bala y directamente le pasó llevando la piernita a una, la otra niña tiene en todo esto (se señala el muslo) la gran cicatriz donde le pusieron injerto (de piel) y luego le fue a caer a la hija mayorcita. Que le cayó aquí (se señala el vientre) propiamente en su vientre, le destrozó toda la parte de adentro. Y como no podían salir porque la tanqueta y los aviones estaban tirando a lo loco, no podían salir, entonces esperaron a que todo estuviera más claro para poder salir. Cuando llegaron a la clínica ya la niña se había “desvaciado” (vaciado) en sangre...

M. L., mujer, comerciante formal de la Calle Central, 56 años, entrevista del 07.01.05.

Las memorias del conflicto armado están ligadas a todas estas situaciones límite: verdaderas aventuras de las cuales se salió ileso por suerte (“reaccioné cuando ya iba a terminar [el ataque a la Alcaldía]”), momentos extremos en los que se pone a prueba la propia fortaleza y el amor hacia los hijos (“me brincaba encima de los muertos... A saber cómo pude resistir yo... Solo apretaba a la niña”), relatos de desapariciones forzosas que terminaron en asesinatos (“a todos esos muchachos que vivían ahí los mataron... [baja la voz] los vinieron a sacar de sus casas”) o situaciones graciosas (“¡no me engañen, esos lo que quieren es la guayaba!”) que refuerzan la idea de que, en medio de tanta muerte (“empezaron a aparecer muertos a cada rato, atrás de la iglesia, muertos, muertos, muertos”) al menos *se está vivo para contar el cuento*.

I. R.: Me acuerdo de la Ofensiva que va a celebrarse mañana, el lunes...

¿La del 81?

I. R.: La del 81. Me acuerdo que estaba chamaco, tenía... tenía 13 o 14 años. Me acuerdo que antes de eso, atacaban la Alcaldía, que estaba aquí abajo, donde ahora está la PNC. Me acuerdo que vi una vez cuando la atacó el... el movimiento no guerrilla todavía, eran grupos que existían. Y vi cómo la llegaron a atacar. Yo estaba en la calle y así me la eché (presenciar, ver), verdad. Ya se me hace que reaccioné (se ríe) cuando ya iba a terminar y salí corriendo pero ya sabiendo cómo la atacaron (se ríe). Me acuerdo de eso... miré hubo un momento que aquí en Cusca (Cuscatancingo) fue tremendo. Empezaron a aparecer muertos a cada rato, atrás de la iglesia muertos, muertos, muertos.

I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años, entrevista del 08.01.05.

¿Cuándo sus hijos eran pequeños salían a jugar?

R. V.: Sí, ellos eran las 10 de la noche y salían a jugar. En el tiempo de las guerras pues, se oía por allá pero ellos aquí jugando, veá, a las 10 de la noche, porque era bien tranquilo. No pasaba la guerrilla por aquí. Si no que ya en los últimos tiempos, cuando ya andaban los aviones de allá para acá, porque entonces los de Cuscatancingo, porque aquí había unos muchachos ahí, por la casita, ahí había unos muchachos que se habían metido a la guerrilla y entonces como ellos quizás llamaban a los otros y venían aquí y se agarraban con los de allá, y de allá para acá, se cruzaban aquí y quedábamos en me

dio de las... Pero a todos esos muchachos los mataron... A todos esos muchachos que vivían ahí los mataron... (baja la voz) Los vinieron a sacar de sus casas. Así que, así... la vida continúa y tenemos que ver qué hacemos.

R. V., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

Bueno, ¿prácticamente usted en esta zona se echó la guerra, verdad?

M. G.: Sí.

¿Y qué recuerda usted? ¿Estuvo fregado?

M. G.: Ay sí, estuvo bien fregado. Para ese entonces yo tenía tierna (bebé) a la niña, entonces como mi esposo tiene a su familia en San Vicente, ese día se había ido a San Vicente y yo me había quedado sola con la niña; él se había llevado al varón y yo me quedé en la casa de un tío. Como ahí en el Plan del Pito estábamos, yo me quería venir para donde mi mamá. Entonces me vive a pie con otra gente y estaba el montón de, de... estaban los muchachos ahí, porque habían tomado todo esto de Mejicanos, Cusca. Y los aviones que andaban ahí... eso sí... solo apretaba yo a la niña, le pedí a Dios que no nos fuera a pasar nada, porque como ellos tiraban a lo loco y yo pasaba así y me brincaba encima de los muertos... A saber cómo pude resistir yo... Solo apretaba a la niña. De ahí llegamos con un familiar ahí a Mejicanos, este... porque yo así por pedazos me venía. Pero ya de ahí ya no pude pasar para Cusca, ahí me quedé y dormíamos en el suelo.

¿Con su esposo también?

M. G.: No, él se había ido a San Vicente.

O sea que ese tiempo pasaron separados.

M. G.: Sí, ya no pudo regresar, porque como ni buses ni nada y bloqueaban ahí las calles, a mí me tocó quedarme con la niña... fue bien tremendo.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05

X. D.: Sí... Yo me recuerdo que no estaba construido esa parte de ahí. Todavía no estaba y desde esa ventana que tenía quebrados los vidrios nosotros medio salíamos a ver. Entonces hay un palo que está allá, que es bien alto y se pone pelón y a veces se pone con hojas,

pero por temporadas. Entonces en esa ocasión tenía unas cuantas ramitas. Entonces yo me acuerdo que nosotros veíamos por allá abajo por los árboles y todo eso, tal vez veíamos a alguien corriendo y no, nunca vimos nadie, pero en una tarde nos dimos cuenta de que había dos soldados arriba. No sabíamos si eran soldados o guerrilleros, pero estaban subidos. Y no los habíamos identificado porque ellos andaban camuflajeados (camuflados) y con ramas y todo eso. Entonces allá arriba estaban, pero estaban en posición de que “te ataco”, verdad. Cabal, entonces ahí... entonces cuando empezamos, al menos o a mi papá le empecé a decir que y todos le empezamos a decir, ella estaba todavía (señala a la abuela) y le decía ella: “¡Rómulo, Rómulo, no me engañen, esos lo que quieren es la guayaba!” (se ríe).

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años, entrevista del 03.01.03

Las memorias de la guerra también revelan estrategias de negociación en las que cualquier simpatía o inclinación por uno de los bandos en conflicto era ocultada en nombre de la supervivencia. Como se mencionó en **IV. Historia cultural de las violencias en El Salvador**, la idea generalizada por algunos académicos de que las mayorías populares resistían estoicamente el embate de dos polos opuestos en guerra fratricida no se sustenta desde una perspectiva que asume que las expresiones de violencia son incorporadas por los sujetos dentro de sus órdenes simbólicos, y proveen de herramientas y recursos para la gestión cotidiana de dicha violencia. Esta tesis parte de la premisa de que durante el conflicto armado esta tendencia se fortaleció y se consolidó. La población civil nunca fue esa especie de *tercero adormecido*, sino que fue capaz de entablar con los bandos en pugna *pactos transitorios* que le garantizaban la subsistencia de acuerdo a las condiciones y a los actores concretos en que debían establecerse. El papá de D. G. prefirió mentirle al ejército sobre su reclutamiento en lugar de separarse de su familia mientras huían de su casa (“mi papá les dijo que sí, que solo nos iba a dejar a nosotros y se iba a regresar”), aunque luego tuvieron que arriesgar la vida ocultándolo de los militares que cateaban las casas para reclutar hombres (“levantamos los colchones en la cama, así, sobre ladrillos, metimos un montón de cajas y a mi papá lo dejamos de último y metimos el gran montón de cajas que lo taparan, para que vieran que no había hombres”). En el caso de R. G., recuerda cómo tenían que proveer de combustible a los retenes guerrilleros con los que se topaban en su camino a Tejutepeque, e incluso acceder a que les robaran el vehículo

de la empresa, con tal de no ver amenazada su integridad física (“yo conocí afuera donde estaba más fregado [...] pero gracias a Dios no nos pasó nada”).

No se fueron de acá, aquí se echaron todo (la ofensiva guerrillera de 1989)...

D. G.: Sí, aquí estuvimos y luego... como a la semana tuvimos que traer a mi abuelita —ella vive en la Santa Rosa, siempre aquí en Cuscatancingo, aquí arriba—, nos fuimos también porque en eso estaban haciendo, cómo se llama... el reclutamiento y mi mamá tenía miedo que se llevaran a mi papá. En lo que lo empezaron a hacer en Cusca, desde el río San Antonio, nosotros nos fuimos. Yo recuerdo que cuando íbamos allá por la cruz, se acercaron un montón de policías a mi papá y le decían que si él no se había enlistado y que no sé qué. Mi papá les dijo que sí, que solo nos iba a dejar a nosotros y se iba a regresar. Y nosotras asustadas porque se lo iban a llevar y cuando llegamos allá donde mi abuela, empezaron a hacer el reclutamiento. Entonces entramos a la casita de mi abuela y como vivía con mi otra tía, la hermana de mi mamá, dijeron que en la noche iban a pasar a recoger a todos los hombres. La vecina de a la par tenía solo hijos varones, ella estaba más afligida y después decidieron esconderlos. Igual en la casa de mi abuela nos pusimos esconder a mi papá: levantamos los colchones en la cama, así, sobre ladrillos, metimos un montón de cajas y a mi papá lo dejamos de último y metimos el gran montón de cajas que lo taparan, para que vieran que no había hombres. Y se fue a meter con nosotros, no recuerdo bien, si un vecino más, un hijo de ella (la vecina) se fue ahí a meter en la casa.

D. G.: Ya en la noche, como a las 12, algo así, no sé... llegaron a “pomponear” la puerta que querían sacar a los hombres de la casa. Entonces mi abuelita, mi mamá, llorando, que no había nadie, que dejaran de molestar. Entonces vienen y todos los policías entraron a la casa, empezaron a buscar y a buscar, por todos lados registraron y gracias a Dios no lo encontraron. Pero mi papá estaba súper nervioso, preocupado, y así las otras señoras. Lo peor fue que, en la mañana que ya pudimos medio salir, nos enteramos que al resto de las vecinas que

tenían hijos, esposos, todos los hombres se los habían llevado. Solo los vecinos de al lado y de mi abuelita no habían tocado a los hombres.

D. G., mujer, habitante del Reparto San Antonio, 24 años, entrevista del 06.01.05

R. G.: Entonces yo por mi trabajo pasé por... nos quitaron el carro varias veces, nos llevaron los muchachos (guerrilleros) y también platicábamos. En Tejutepeque, allá era un bastión de ellos y nosotros les llevábamos, como la planta necesitaba diesel, entonces nosotros llevábamos un barril para allí y otro barril era para ellos.

R. G.: Claro que ellos... ANDA lo mandaba o a saber que había ahí, pero ellos ya sabían que iban a traer un barril en la planta. Nosotros se los llevábamos y veían que nosotros pasábamos, nos dejaban pasar. No traíamos dinero pero, como yo le digo a mi gente, aquí hay un montón de gente que dice un montón de mentiras de ellos, porque yo ya los he visto, nos piden, pero si no tenés, no tenés, no te van a matar por eso pues. Eso es mentira, yo llegué a ir varias veces a Tejute y hasta fiesta tenían ahí. Ellos (lo guerrilleros) eran los que andaban ahí, no estaban los del ejército. Una vez nos quitaron el carro, pero ellos nos lo quitaron porque los ocupaban para llevar los víveres, ellos nos dejaban antes de llegar al campamento, porque ellos se mentían hasta allá por Cinquera, en todo eso. Ellos nos dejaban antes, el carro se lo llevaban con el montón de víveres (se ríe) y ese carro ellos mismos lo regresaban. Nosotros ya sabíamos que el diesel era para ellos... y ya nos conocían, nosotros casi siempre íbamos por ahí. Una vez fuimos a Suchitoto y usted sabe que Suchitoto estuvo sería la cosa también. Y les llevaba agua en pipa. Y había unos enfrentamientos que... o sea, yo conocí afuera donde estaba más fregado, verdad. Pero gracias a Dios no nos pasó nada.

R. G., hombre, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

Para finalizar, dentro de estas narrativas sobre la negociación en tiempos de guerra, la historia que R. D. cuenta sobre cómo evitó que la extinta Policía de Hacienda le hiciera daño durante un interrogatorio es especialmente representativa. Recuerda con mucho la negociación que, años después, sus hijos establecerían con la PNC para evitar que se llevaran preso a su padre a la entrada del Pasaje Nerio (ver 5.3.1. *La Colonia Molina*).

R. D.: Todos eran policías de Hacienda. “Enseñame los papales”, me dijeron. Y uno, empieza aquel a registrar-me, un registro terrible el que me metió. Y el otro comienza “Mirá, ¿y en dónde es que te reunís vos? ¿Con quién te reunís? Te estás reuniendo con algunos compañeros tuyos de aquí, ¿veá? ¿Quiénes son? ¡Decime!”. “Miren”, les dije yo, “realmente no sé a dónde quieren llegar ustedes con esas preguntas. Me están haciendo preguntas de que si la empresa tuviera alguna duda de mí... ellos, ellos son los que los han mandado a ustedes porque ellos tienen tooodo mi récord, como trabajador desde el día en que... conocen mi dirección, conocen ahí en el departamento de relaciones laborales, ahí tienen todo mi archivo, ¿por qué tienen que preguntármelo a mí?”, les dije. “Si ustedes están aquí y trabajan al servicio de la empresa, nada les cuesta ir al archivo y saber quién soy. Miren, ustedes son trabajadores del Estado, son gente explotada... son gente explotada. Y ustedes, como seres humanos, también tienen el derecho de reclamar por algunas injusticias que nosotros sabemos que hay injusticias que a ustedes les cometen, pero ustedes son culpables que las cosas estén así, porque se han dejado que las cosas sean así. El día que ustedes se organicen y reclamen los derechos que como seres humanos ustedes también tiene derecho, como nosotros hemos hecho la lucha porque se nos respeten nuestros derechos y por pelear esos derechos, a ustedes les paga la empresa para que ustedes hagan un trabajo en contra mía”, les dije. “Si quieren, ustedes tanto como yo tienen derecho de reclamar sus derechos tanto como yo. Ustedes no tienen, no hay ninguna diferencia entre ustedes y yo. No hay ninguna diferencia. Que yo trabajo en una empresa y que ustedes prestan un servicio al Estado, eso no hace ninguna diferencia. Las necesidades

son las mismas, las tienen ustedes y ustedes como seres humanos, no hay ninguna diferencia. Si ustedes algún día llegan a tener problemas, vaya de que les quieran quitar sus trabajos y no les quieran reconocer el tiempo de trabajo y que les paguen una indemnización, ustedes se van a sentir mal y aunque tengan el derecho de poder asistir a alguna instancia donde les puedan resolver el problema, pero como son trabajadores del Estado les va a decir el Estado que no tiene ninguna obligación con ustedes de pagarles una indemnización, aunque la tengan. Entonces, yo solo les quiero decir una cosa y acuérdense bien de lo que les digo: van a llegar a tener esa oportunidad y no crean que alguien de ustedes, cuando eso suceda, no van a decir que era paja [mentira] lo que les estaba diciendo”. ¡Y se dio! Con la disolución de los cuerpos de seguridad. Ahí tuvieron que andar en revuelta y haciendo relajo, pero yo se los dije, como que ya presentía que eso iba a suceder.

R. D.: Me dijo uno entonces: “Mirá, nosotros no tenemos nada en contra tuya pero a nosotros nos han mandado a que te interroguemos de esta forma. Nosotros estamos concientes de lo que vos decís, pero por tu bien”, me dijo así, ¿veá?, “por tu bien, yo te digo mejor que te vayás”. Eso me estaban diciendo, que si yo no me iba... “Miren”, les dije yo, “si de aquí me mandan a decir que me pagan mis tiempos, yo me voy”. Yo ya ni dormía, ya estaba teniendo demasiadas pesadillas, entonces yo le dije a la señora (esposa): “Fijate que yo voy a renunciar y que me den lo que me quieran dar”. Entonces así fue.

R. D., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.03.

5.6.3. Narrativas sobre la violencia: esbozo de aprendizajes y creencias

En cualquier de las facetas en que se presente (en tanto ejercicio de fuerza, ejercicio de dominación y marco de referencia para la construcción de sentido), la violencia es fuente de aprendizajes sociales. Se convive con ella en un plano que va más allá de la mera ocurrencia de sucesos anormales y extraordinarios. Desde esta perspectiva, la violencia se convierte en fuente de recursos para desarrollar *formas de estar en el mundo* que se materializan en varios planos: en la apropiación y uso del espacio físico, en el establecimiento y regulación de las relaciones con la familia y los amigos, en la definición y adherencia a una posición en el mapa de relaciones de dominación por el género, y también en la lectura que se hace de la historia para explicar el presente y perfilar con mediana certidumbre el futuro. En el transcurso de las en-

trévistas, aparecieron una variedad de relatos que reforzaban estas y otras de las ideas que se han sostenido a lo largo de la investigación. El interés por incorporar estos relatos en la interpretación de la información se derivó de un ejercicio de análisis de discurso —hecho en durante un curso de Semiótica— sobre una historia fantástica que narró R. D. durante una de las entrevistas de contacto. Por razones de espacio, este ejercicio no fue incluido dentro de este capítulo, pero puede ser consultado íntegramente en el **Anexo 1: “El ataúd ensangrentado”**. **Análisis de discurso de un relato fantástico sobre la muerte, al final** de este documento. Las siguientes páginas recogen algunos de los ejemplos más significativos de estas narrativas que, en su especificidad y fuerza plástica, sacudieron muchas de las bases teórico-conceptuales que soportan la investigación.

Los relatos aparecieron sin dejarse ubicar dentro de alguna de las categorías creadas para la recolección o el análisis. La matriz de recursos instrumentales descrita en 3.3.2. *Recursos instrumentales para la recopilación de información* se quedó corta frente a la creatividad de la que echaban mano los entrevistados para adentrarse a ciertos aspectos de su vivencia que no podían ser expresados de otra manera. Y sin embargo, la presencia de seres metafísicos, de escenarios ficticios o de hechos del continente y del mundo —más allá de las dificultades que se tuvieron para ubicarlos dentro del esquema analítico concebido para articular este capítulo— ayudaron a corroborar que, en materia de articulación discursiva de la realidad, el investigador puede esperar cualquier cosa de parte de los entrevistados... y que así es como se confecciona la vida cotidiana: con inconsistencias recurrentes entre el plano de la realidad concebida y el de la realidad practicada y apropiada.

Las vivencias de la guerra ofrecen marcos explicativos importantes a este respecto. Primero, porque permiten que el sujeto se explaye en la autoevaluación de su postura frente a un periodo de la historia que no descansa sobre acuerdos y consensos. La guerra civil salvadoreña sigue librándose en el plano subjetivo, en el recuerdo del pasado que sigue dejando su huella en el presente y en el discurso de quienes pugnan por hacer prevalecer su propia visión de los vencedores y los caídos. No obstante, ninguno de los entrevistados se refirió al conflicto armado como una situación sin motivo, como una página de la historia que no tuviera explicación. Con sus diferencias de apreciación, la guerra apareció como un momento de angustia

(como se acaba de subrayar en 5.6.2. *De la que nos salvamos: memorias del conflicto armado*) pero también como la acción legítima de quienes defendían derechos de los sectores más desprotegidos del país. Quienes se mantuvieron al margen sin que ello implicara no tomar postura, como en el caso de R. G., justifican su decisión en los lazos sentimentales (“Yo no me metí porque, por estos muchachos (sus hijos), no porque (se ríe) nos hubiéramos ido, je. Siempre he sido que las injusticias no, no, no me gustan”) y reconocen que algo bueno salió del conflicto: “al campesino le pagan bien porque, por esta misma revolución”. La convicción de que las injusticias deben ser erradicadas del mundo permanece fuertemente arraigada en la personalidad de R. G., que en otra parte de su entrevista confesó: “Estuve ya hace unos días en el sindicato de la empresa de nosotros, en el sindicato de ANDA. Pero... a mí como le digo, lo justo me gusta pero uno, cuando trabaja para esas cosas, hay que ser honesto y ahí veces, en los mismos sindicatos hay errores, hay mucha, inclusive hay quien se vende, se roban el dinero que es de los trabajadores”. Reproducimos el párrafo de R. M. citado en 5.6.2. *De la que nos salvamos: memorias del conflicto armado* por considerar que ilustra perfectamente esta capacidad de los sujetos de traducir en marcos de referencia sus recuerdos y vivencias pasadas.

R. G.: Ahí fue, la guerra, la guerra ahí fue donde más hubo pues, de ahí salió más gente que se organizó. Yo estude ahí, en una escuelas, en la Tomás Cabrera, ahí por la iglesia, ahí estudiábamos con ella (señala a la esposa) y ahí pues, un montón de gente que se organizó pues. Era gente de pueblo, pues, cada quien con su ideología. Inclusive amigos de nosotros, muchachos muy jóvenes, se metieron. Yo no me metí porque, por estos muchachos (sus hijos), no porque (se ríe) nos hubiéramos ido, je. Siempre he sido que las injusticias no, no, no me gustan.

R. G.: Creo que esta revolución que hubo aquí fue por las injusticias. El campesino, fíjese que ahora al campesino le pagan bien porque, por esta misma revolución que se ha tenido. Pero antes el campesino era mal pagado; aparte de mal pagado era maltratado; o sea, el campesino nunca tenía nada. Solo tenían los viejos estos, los grandes terratenientes decían “este pedazo es tuyo”, pero ni era de ellos, solo lo trabajaban y nunca... Yo creo que ahora sí ya cambió un poco, ya les han dado sus pedazos. Creo que tal vez un poco, verdad, ya ahora están mejor, creo que ganan mejor. Antes creo que eran 3 colones (US\$0,34) la tarea. Hoy ya no, ahora tiene pagarle por lo menos el sueldo mínimo. Eso para mí fue un logro, yo creo que ahí de esos, de eso fue que salió

todo eso. Si no todavía estuviéramos...

R. G., hombre, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

R. M.: Antes, tampoco. Cuando salió el Frente tampoco yo iba con ellos porque me acordaba de todo lo que había vivido. Porque decían que el FMLN esto, que el FMLN aquello... porque los medios de comunicación lo votaron. Entonces, decía yo, si ahí dicen que ellos eran los de eso, que esto y lo otro, que de ellos era tanta matanza. Pero no, fíjese, que con el paso del tiempo mientras uno, a veces uno no le quiere poner mucho interés a lo que es político, por lo menos yo soy una que en la cuestión política ya no mucho me meto. Pero fíjese que ya poniendo atención de lo que dicen los noticieros, de lo que sale en la prensa o lo que dicen unos también, es que uno se va ubicando. Yo pienso que sí, en muchas de las cosas que ellos han hecho, han tenido toda la razón. Entonces, sí, si estaban luchando por los intereses del pueblo, más que todo del sector pobre, tienen razón de pelear por algo.

R. M., mujer, habitante de la Colonia El Tazumal, 33 años, entrevista del 04.01.05.

Del mismo modo que ordenan el recuerdo para posicionarlo en el presente, estos marcos explicativos se proyectan hacia el futuro para perfilarlo con mayor claridad, como ocurre en el discurso de I. R. Convencido como está de que “las cosas están iguales” que cuando se produjo el conflicto armado, este joven ex-seminarista de la Compañía de Jesús prevé el advenimiento de mayores niveles de conflictividad: “considero que si el país está en un proceso, está en tranquilidad, llamémoslo así, en no guerra, es porque viene la guerra”. Con esto, se podría afirmar que ningún registro de hechos pasados posee una funcionalidad superficial y vacía en el delineamiento de la posición que ocupa un sujeto en el mundo —en sus *formas de estar en el mundo*—, sino que engrana un complejo sistema de esquemas adquiridos de percepción, clasificación y de acción, mediante los cuales el mundo entero cobra sentido.

I. R.: Es que el ambiente sigue siendo lo mismo; dicen que baja la tensión pero como dice aquel: cuando es tiempo de paz, es tiempo para la guerra. Yo considero que si el país está en un proceso, está en tranquilidad, llamémoslo así, en no guerra, es porque viene la guerra. Porque las cosas están iguales. No me acuerdo, oí algo por ahí que decía que un tiempo de paz es para prepararse para la guerra. Hay aumentos salariales, pero para los jefes. Hicieron incrementos salariales para todos, pero hicieron una nueva tabla y ¿cuánto fueron los incrementos pues?... Un dólar, 1.50. A mí me aumentaron 3.50 de dólar, pues. Para la canasta básica que está, hasta la misma gente dice que es una burla.

I. R.: ¿Y qué genera eso? Descontento. Te digo... me pongo a pensar que ahora estamos armando a la gente para que se pongan, (baja la voz) aquí va a haber guerra otra vez. No me extrañaría a mí que el Sindicato u otra gente, de todos esos van a surgir gente que se va a tomar... no va a esperar de los otros, es decir, hasta luchar por sus propios intereses también.

*I. R., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 37 años,
entrevista del 08.01.05.*

Hay un tipo de narrativa de corte mitológico que es utilizada para explicar las diferencias frente a los demás y que resultó especialmente provocador y desafiante para el análisis. Probablemente la más representativa de estas narrativas sea la que ofreció R. D. para explicar los orígenes de la esquizofrenia. En este relato, R. D. combina referentes de legitimidad, como el discurso médico (“dicen los médicos que...”), con creencias sobre la vida del feto (“cuando hay agresión hacia la madre, el feto se quiere salir para defender a la mamá... y ahí es cuando las señoras, dicen las señoras que están dando de patadas, pero no es por gusto”) y sobre los padecimientos mentales (“La epilepsia, la locura mental y la esquizofrenia son tres enfermedades relacionadas con el maltrato de los padres hacia la mujer embarazada, cuando está en el embarazo”). Por su parte, M. G. explica la locura de su padre como resultado de la impresión que le provocó el reclutamiento de su hermano, la pobreza y la situación del país, que lo ha-

cían llorar cuando veía las noticias. M. G. se encarga de descartar como causa del padecimiento del padre la ingesta de alcohol. Finalmente, X. D. le advierte a su padre que ella heredó su carácter por una especie de ley de compensación que establece que “lo que uno detesta es lo que los hijos sacan”.

¿Hace cuánto murió su papá?

M. G.: Hace 8 años.

Murió por la edad o por...

M. G.: Fíjese que él, quizá a raíz de todos los problemas, este, como que perdió la memoria, entonces... andaba en la calle como que era bolo (borracho), pero nunca tomó, sino que él perdió la razón y ya no se acordaba de nada. Eso quizás fue producto de la guerra porque cuando a mi hermano lo reclutaron...

Los soldados...

M. G.: Ajá, entonces él se puso bien mal. Y de ahí que mi otra hermana emigró para los EEUU, también por, por la misma pobreza, entonces todo eso quizás le afectó a él, porque siempre, así, cuando miraba las noticias se ponía a llorar y así... se fue enfermando y ya después ni sabía, ni a nosotros nos conocía.

M. G., mujer, habitante de la Comunidad El Tazumal, 38 años, entrevista del 06.01.05.

X. D.: Yo tengo un carácter fuerte. Lo que pasa es que me gustan las cosas así (chasquea los dedos). (Ríe) Y con mi papá ese es el pleito porque cuando dice a hacer algo nunca lo hace, solo dice y no lo hace. Pero sí, dice mi papi que le heredé a mi tía los gritos, porque mi tía es gritona —la hermana de él— y es cierto. Y le digo yo “usted quizás la detestaba y lo que uno detesta es lo que los hijos sacan, así es de que usted la regó, porque si yo salí a ella es porque usted no la quería”. Pero en carácter, sí yo tengo un carácter fuerte.

X. D., mujer, habitante del Pasaje Nerio, 23 años, entrevista del 03.01.03.

Es muy probable que (la esquizofrenia) luego se transmita de generación en generación...

R. D.: No, no, no, es que no es una enfermedad de que se, transmisible, si no que es por trauma psicológico. Va: digamos, en el feto cuando se empieza a formar, va, el ambiente lo oye, no lo mira pero lo oye. Entonces, de

seguro mi mamá, cuando ella estaba embarazada sufrió maltrato por parte de mi papá, porque en esa época fue que mi papá ya andaba con otra mujer con la cual se acompañó y ya faltaba a la casa. Entonces usted sabe que mi mamá, como siendo la mamá, la mujer, la mamá de sus hijos le reclamaba y a saber en qué forma le respondía él o a saber si llegó al extremo de golpear a mi mamá. Y ella embarazada... el feto, dicen los médicos que el feto, cuando hay agresión hacia la madre, el feto se quiere salir para defender a la mamá... y ahí es cuando las señoras, dicen las señoras que están dando de patadas, pero no es por gusto... entonces, como no puede, todo eso lo retiene el corazón. Entonces cuando nace, como puede presentar la criatura normalidad, puede presentar anormalidad, porque en unos casos, nacen locos o epilépticos. La epilepsia, la locura mental y la esquizofrenia son tres enfermedades relacionadas con el maltrato de los padres hacia la mujer embarazada, cuando está en el embarazo. ¡Es seguro, segurísimo! O le sale epiléptico, o le sale loco o esquizofrénico, con la única diferencia que la esquizofrenia, como puede aparecersele desde un principio o a los ocho años, a los quince años.

(...)

R. D.: Entonces, la cosa fue de que hasta que nació el último fue la separación, hasta que nació la última. Yo, gracias a Dios no nací con ningún trauma. Yo le doy gracias a Dios, pero mi hermana sí, ella sí alcanzó. Ella fue la que nació en esa etapa de rompimiento de la relación entre ellos, por razón de que se le metió en el camino otra mujer y esa fue la separación... Que tal vez no hubo maltrato de parte de él hacia mi mamá, creo yo, pero en la forma en como mi mamá impactó en el feto algo que tal vez ella no demostraba sino que absorbía y esa absorción del problema afectó. El feto absorbió todo el problema.

R. D.: Yo así lo considero. Tal vez no le dio maltrato, tal vez no le pegó. Pero no es necesario de que haiga llegado a ese extremo para que la criatura haiga absorbido el sufrimiento interno de mi mamá.

R. D., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.

La muerte también aparece como fenómeno inexplicable y misterioso que acompaña a los sujetos y que, cuando las condiciones lo permiten, se anuncia de alguna manera. La vida y la muerte se unen mediante estos puentes mitológicos que aparecen en los relatos de R. D. y D. L.; en el primero caso, mediante un sueño que él claramente relaciona con el descubrimiento de que su difunta esposa sufría de cáncer de seno; en el segundo, mediante la premonición gozosa de D. L., que no es otra cosa que la confirmación de que el hijo desaparecido se estaba reuniendo con Dios y que éste le ponía una prueba de fe y entrega a la madre.

R. D.: A mí, a mí, yo había tenido, fue raro soñar un sueño, el mismo sueño con continuación, ¿verdad? Yo soñé un sueño y desperté con el sueño a la mitad... al siguiente día, el sueño terminó. Llegué hasta el final del sueño.

R. D.: El primer sueño fue, cuando me quedé a medias, es donde un perro encuentra —un perro como con rabia, algo así— encuentra a un niño y lo agarra de aquí (se señala el cuello), del buche. Ahí desperté yo la primera vez. Al siguiente día lo vuelvo a soñar, pero ahí ya actuó en contra del perro: le quito al niño, entonces vengo yo y agarro al perro de la quijada. Y ahí desperté. ¡Putal!, pero yo me quedé, yo me quedé, fue el mismo sueño solo que más largo, dije yo. Pero el siguiente día se pone ella mal. Qué, qué, qué, qué le... Este, el sueño, no podía ser otro, dije yo. Al siguiente día va a la

consulta y ya ella ya no regresa...

R. D., hombre, habitante del Pasaje Nerio, 64 años, entrevista del 03.01.05.

D. L.: Está como yo, mire, alegría mire en la noche, en la noche que se perdió mi hijo, en la noche yo era aquella alegría que tenía. “Y bueno, ¿qué será está alegría?”; mi hijo se iba a perder... —Me voy a sentar un ratito que ya me duelen las canillas— así es que ya le digo, es una prueba que le ha puesto Dios, para ver si lo quiere más a él que a su hijo.

D. L. y D. C., mujeres, habitantes de la Colonia Molina, grabación de conversación informal del 04.01.05.

Para finalizar, la injusticia, la corrupción y la pobreza configuran narrativas en las que se explica su existencia, se especifican sus culpables y se vislumbran las soluciones. A partir de esos relatos, los entrevistados montan escenarios imaginados en donde aparecen simplificaciones de los órdenes simbólicos que resuelven y le dan sentido a las contradicciones de vivir en una sociedad cuyas instituciones no velan por el bienestar de todos. Estos escenarios son simplificaciones del mundo real, parábolas modernas que no son pronunciadas por ningún mesías, por lo que su presencia en el discurso condensa reglas sociales y patrones de relaciones entre seres humanos en situación de desigualdad. En el escenario imaginado que plantea R. G., la clásica oposición entre ricos y pobres se explica por el egoísmo de “el rico” y la desidia de “el gobierno” respecto de “la gente pobrecita”. La solución, por tanto, consiste en compartir las ganancias del rico e invertir en lo social: “los gobiernos uno los elige para que distribuyan bien el dinero de nosotros”. Siempre en esta lógica, la PNC adolece de una espe-

cie de distanciamiento con respecto a la población civil (“hay gente de ellos que cree que son la mamá de los pollos”) y la “falta de profesionalismo” que hace que importunen al inocente (el desdichado *pájaro ‘güillo’* de la historia) y que sean indulgentes con el delincuente. Lo mismo ocurre con “los que trabajan con el gobierno” y son haraganes, desde la perspectiva de M. M.: su sola existencia en el plano imaginado alcanza para justificar un cierto orden de desigual acceso a los beneficios sociales de los que otros gozan.

En estos tres casos, se está en presencia de una simplificación explicativa de situaciones que, seguramente en la mente de los entrevistados, gozan de una complejidad mucho mayor a lo que revela el discurso citado. Pero ello no significa que el relato pierda su fuerza estructuradora. Por el contrario, de la simplicidad de la situación ficticia que construyen —de aquí se desprende la referencia que se hace a las parábolas como recursos pedagógicos— depende dicha fuerza.

R. G.: Por eso es que el mundo es difícil que deje de haber injusticias. Porque el rico es solo para él, ellos no quieren compartir. Yo le digo a ellos, si ellos (los ricos) fueran inteligentes y ellos compartieran las ganancias de ellos con los trabajadores, aquí ni hubiera nada. No hubiera gente pobre, por lo menos no gente pobrecita, pues, la que muere de hambre, la que no estudia, la que no tiene salud. El gobierno tiene que darles todo a ellos. Si para eso nosotros pagamos los impuestos, pero ellos los impuestos a saber qué lo hacen. Claro, uno dice “se lo roban”. Porque si ellos a lo social le metieran de verdad, creo que estaríamos bien. Pero como los gobiernos uno los elige para que distribuyan bien el dinero de nosotros. Pero es difícil.

(...)

R. G.: Pero como le digo a mí no me gusta estar ahí... y le digo que los muchachos... No le digo que todos los policías son prepotentes, pero como la mayoría, hay gente de ellos que cree que son la mamá de los pollos, verdad, pero no, yo siento que un policía está para darle seguridad a uno, no es para andarlo ni pidiendo a uno, le pueden pedir los papeles pero por algo, porque a usted lo ven sospechoso, pero adentro, si usted conoce a la policía de aquí. Está bueno que fuera, porque aquí todos nos conocemos y cuando alguien viene de fuera se conoce, pues. Luego sospechan del que no es nada, y

del que es no sospechan, es como el ladrón que cae en el centro y sale corriendo y le dice al policía “ese me ha robado”, y al otro apresan, al que le han “gueviado” (robado), ja, ja, ja. Ya se han visto esos casos y la Policía, pues sí, como hay de ellos que son bien ignorantes, se llevan al que le han gueviado. Les falta más profesionalismo a la PNC, porque para que agarren a un pájaro “güillo” (malo, maltrecho), ja, ja, ja. Agarran al que nada ha gueviado, ja, ja.

R. G., hombre, habitante de la Colonia El Tazumal, 48 años, entrevista del 05.01.05.

M. M.: Uno tan pobre y que pago de luz, pago de aquí, pago de esto. Y digo yo, ¿cómo es que le hacen para hacer estos trabajos, pues? Como uno no está en los zapatos del gobierno, uno no sabe, veá, pero cómo es que... y la gente pobre cómo va hacer, pues, la gente más pobre. Va, digamos que los ricos y los medios ricos son los que están cerca del gobierno. Tal vez ellos pueden pagar, pero también hay gente haragana que ni trabaja. Por lo menos los que trabajan con el gobierno, ellos se enchutan (trabajan) una semana y su sueldo cabalito, vaya, y a güevonear (se ríe) y uno queriendo sacar los ojos, que no tiene un buen sueldo.

M. M., mujer, habitante de la Comunidad Providencia, 50 años, entrevista del 05.01.05.

VI. ENCLAVES ANALÍTICOS Y PAUSA EN EL TRAYECTO

En las páginas anteriores se ha tratado de esbozar un marco interpretativo plausible que dé cuenta del lugar que ocupa la violencia al momento de estructurar las relaciones interpersonales. Este marco interpretativo ha trazado un trayecto —no exento de desviaciones, extravíos y empecinamientos personales— que condujo a muchos escenarios, montajes y escenografías del fenómeno. Violencia en la familia, en la escuela, en el estadio, en la televisión: lugares reales o imaginados en los cuales circulan y se refuerzan formas de convivencia con el fenómeno. Violencia juvenil, delincuencial, racial, social, sexual, estructural: producto de un ejercicio cotidiano de discriminación y selección de los rasgos que se consideran esenciales para el fenómeno. Violencia invisible, sutil, capilar, silenciosa: expresión de que el fenómeno ha alcanzado tal grado de incorporación en la vida de los seres humanos que ya no puede ser visto como una nota discordante, como una interrupción en la normalidad de la convivencia. La plataforma interpretativa que acá se presenta ha pretendido articular estas tres facetas del fenómeno, bajo el estandarte de que la violencia opera como un factor de estructuración social.

La mirada retrospectiva que está a la base de estas páginas revela no solo lo difícil que fue hacer funcional la base teórico-conceptual desde la cual se diseñó la totalidad del estudio; también permite dilucidar mejor la complejidad de situaciones y personajes implicados en su configuración y concreción en el universo de relaciones interpersonales de la zona de El Casco. Como resultado de la indagación, el primer enclave de este trayecto permite sostener que la violencia se ubica en el marco de los mecanismos desarrollados por los seres humanos para hacer aminorar las presiones y las incertidumbre que produce, incansablemente, la vida cotidiana, sobre todo en un contexto tan permisivo frente al ejercicio de la fuerza y la dominación como lo es El Salvador, en general, y El Casco, en particular. Todos los seres humanos desarrollan mecanismos individuales y colectivos para gestionar la violencia que les rodea. De eso se trata esta investigación: intenta aproximarse a algunas de las facetas que adopta esta gestión cotidiana, que en el caso específico de El Salvador no tiene que ver con una manera de procurar su erradicación del mapa de relaciones sociales. Lo que se ha sostenido a lo largo

de estas páginas es que los salvadoreños han aprendido a desarrollar sus propias *formas de estar con la violencia*. Cada sociedad, cada grupo, cada familia incorpora de manera diferente estas expresiones de violencia. También se producen modos diferenciados de formar parte o de sustraerse frente al fenómeno. Por esta misma razón es que se ha intentado sustentar la premisa de que la violencia, en tanto recurso socialmente estructurado y subjetivamente modelado, ha hecho del marco de relaciones sociales su fuente de energía; gracias a las matrices de producción de sentido que comparten los sujetos dentro de un contexto determinado, la violencia adopta un carácter sistémico y recursivo; y, al reconstituirse de nuevo en las prácticas concretas de los sujetos, por efecto de las fuerzas que se ponen en juego durante la convivencia entre sujetos, adopta su carácter sutil e invisible.

El estado de violencia en el que han vivido varias generaciones de salvadoreños —principalmente caracterizado por los hechos ocurridos durante el último siglo—, ha consolidado una forma de comportamiento, una forma de asignar significado y una forma de organizar la realidad que adopta a la violencia como uno de tantos referentes de sentido y factores de estructuración. En concordancia con este punto, el ensayo de interpretación de la historia de El Salvador proporcionó la base para dilucidar el segundo de los enclaves de esta investigación: la historia también es una forma de vida olvidada que se recuerda inconcientemente y se renueva en la acción de los sujetos. O, como lo refiere Bourdieu: “el ‘inconciente’, que permite ahorrarse esta operación, no es más que el olvido de la historia que la misma historia produce, realizando las estructuras objetivas que engendra en esas cuasi naturalezas que son los *habitus*”.²⁶¹ Sobre esta base, probablemente sea factible hablar de un *habitus* concretamente estructurado en torno a este estado de violencia y que determina modos diferentes de gestionar la propia existencia —y con ella, la de nuestros parientes, amigos, connacionales, etc.—. Es decir: *la violencia ha pasado de ser algo que ocurre, para convertirse en algo desde lo cual percibimos, clasificamos y actuamos en sociedad*. Esta óptica corrige y supera la idea de que la violencia es la transgresión de un orden social preexistente y normal, en donde lo *normal* corresponde a un ideal de paz y solidaridad —que no escapa de conflictos en su propia concepción— entre sujetos.

²⁶¹ Bourdieu, Pierre (1991), *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. p. 98.

Ninguno de los hallazgos expuestos en el marco de esta investigación podría revelar su potencial explicativo si no se hubiera partido de esta necesaria perspectiva de trabajo.

En su carácter de factor de estructuración, la violencia tampoco es un simple acontecimiento, no se inicia y se acaba con la ocurrencia de una manifestación concreta —un grito, un golpe, un asalto, la disolución de un congreso en un Estado democrático, el desprecio por el voto de una indígena—, sino que cifra su existencia en la capacidad que tiene para configurar un modo de vida, una forma de estar en el mundo, frente a los demás, frente a uno mismo. De ahí la necesidad de entenderla como un *habitus*. La gran variedad de expresiones de violencia constituyen un elemento central en el fluir cotidiano de la vida y, por tanto, ya no solo son detonadores circunstanciales de formas de convivencia. Este enjambre de violencias que se entretajan como si respondieran a una síncope —parafraseando a Reguillo— también ha hecho del fenómeno un marco de referencia para entender el mundo.

Estas reflexiones se establecen desde la óptica del *habitus* que construyó Bourdieu a lo largo de su trabajo como sociólogo e investigador. En tanto concepto explicativo de grandes marcos de relaciones sociales y de sus consecuencias en la vida de los sujetos, su teoría de la acción “(junto con la noción de *habitus*) equivale a decir que la mayor parte de las acciones humanas tienen como principio algo absolutamente distinto de la intención, es decir disposiciones adquiridas que hacen que la acción pueda y tenga que ser interpretada como orientación hacia tal o cual fin sin que quepa plantear por ello que como principio tenía el propósito consciente de ese fin”.²⁶² La pretensión primordial de este trabajo de investigación —una de cuyas facetas consiste precisamente en desligar a la violencia de las personalidades anómalas que la siembran en una sociedad sana—, responde a la necesidad de reposicionar el aspecto intencional de los hechos y situaciones de violencia en la sociedad salvadoreña. Desde este plano, como se mencionó en el capítulo **II. Pensar sobre la violencia: ejes teórico-conceptuales**, la postura investigativa acá expuesta atiende al estrecho lazo que vincula el ámbito concreto y objetivo del fenómeno, el ámbito significativo y el ámbito de la predisposición a la acción que alienta. Cada uno de estos ámbitos constituyen un todo que solo encuentra oportunidad de ser desglosado por razones puramente analíticas. Esta no es solo una

²⁶² Bourdieu, 1997, p. 166.

premisa teórica, puesto que durante la organización de la información en el análisis se hizo patente con toda su fuerza: las categorías se remitían entre ellas todo el tiempo, irremediablemente conducían una y otra vez a apartados y líneas analíticas diferentes; las excepciones en la práctica encontraban su correlato explicativo —en el plano de lo simbólico y de la predisposición a la acción— fuera del contexto en que ocurrían.

Bourdieu (2000) considera que el *habitus* engloba la noción de *ethos* (que, con las reservas del caso, acá se equipara con la dimensión de la disposición a la acción), pero que no se agota en ella. El *ethos* designa “un conjunto objetivamente sistemático de disposiciones con dimensión ética, de principios prácticos (mientras que la ética es un sistema intencionalmente coherente de principios explícitos)”.²⁶³ Pero para Bourdieu no es conveniente separar su concepción de *habitus* en sus dimensiones constitutivas —también habla de la *béxis* y la *praxis*—, porque para él, pensar en términos de *habitus* implica pensar en la manera en que estas dimensiones se trasvasan entre sí en una alquimia permanente que, a fin de cuentas, las vuelve una sola cosa.

Este trabajo está lleno de referencias sobre los comportamientos de sujetos concretos, asumidos como actualización y generación permanente de relaciones de sentido aprendidas a lo largo de la vida o incorporadas por intermediación de la historia. Se ha hablado de que estos comportamientos, colocados en el *fluir* de las prácticas de los seres humanos, posibilitan la existencia de órdenes simbólicos que soportan visiones de mundo y de la historia determinadas. Estos órdenes intervienen en la vida del sujeto no solo cuando se ve envuelto en una situación violenta. Han logrado configurar su propio *estar en el mundo* (con lo que volvemos al primer enclave mencionado arriba). Son como un espejo imaginado que acompaña al sujeto todo el tiempo —pienso en el teatro de lo absurdo— para hacerle saber que el único responsable de imponer orden en el caos de lo cotidiano es él y para ayudarlo a reconocer el mismo ímpetu en quienes lo rodean... aunque ello lo lleve, en más de un ocasión, a enfrentarlos y anularlos del mapa. En términos de construcción simbólica del territorio, estos órdenes simbólicos generan una tensión entre la *integración* y la *segregación* de los demás de cara a la sensación de inseguridad y amenaza. Apoyado en los recursos que le proporcionan estos órdenes,

²⁶³ Bourdieu, Pierre (2000), “10. El mercado lingüístico”, en *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo. p. 132.

el sujeto es capaz trazar rutas de movilidad, guetos que malviven detrás de muros inexistentes, complejos esquemas de categorización de la diversidad.

Siempre en esta línea, en términos de relaciones vecinales y familiares, el hogar impone *barricadas* que mantienen alejado el peligro exterior, *contiene* la conflictividad de la familia haciendo de las libertades individuales un objeto de *trueque* o, como Bauman (1992) lo señala, revierten las mieles de la libertad al transformarla en excusa para el control social.²⁶⁴ Regula el apareamiento de lazos de solidaridad de acuerdo a la familiaridad de los involucrados. Íntimamente ligado a este aspecto, la familia también se convierte en un escenario donde las imposiciones derivadas de la condición de género se manifiestan con toda claridad, sin que ello las sustraiga del orden imperante. El género también es una forma de gestión de la violencia, dado que se manifiesta como un esquema de relaciones en donde el valor de las posiciones se confirma mediante tensiones permanentes que devienen negociaciones de identidades y de funciones en el seno del hogar. El esquema es compartido y sancionado por todos los miembros del hogar en diferentes circunstancias, en ocasiones en contra, pero muchas veces también a favor de su identidad dentro de la familia. Finalmente, la historia es fuente de *aprendizajes*, de corroboraciones y *moralejas* que construyen un marco explicativo de todo cuanto acontece alrededor.

En suma, si el segundo enclave al que se llega tras recorrer la ruta de esta investigación es la idea de que la violencia también puede ser interpretada en términos de *habitus*, otro de los enclaves tiene que ver con el hecho de que la violencia no provoca ningún tipo de paralización en la capacidad del sujeto para gestionar las irrupciones que acosan su vida cotidiana. La muerte violenta de un familiar o conocido, el advenimiento de un terremoto, la conmoción de un linchamiento en la plaza central, el rumor de un *mataviejitas*, nada de eso inmoviliza a los sujetos. La violencia no es una enfermedad social; ni los antisociales, ni las familias desintegradas, ni la pobreza, ni la guerra la portan en su interior como la ponzoña de una araña; la violencia no muerde y paraliza a quienes participan de ella. Desde su trinchera particular, cada sujeto refuncionaliza de diez mil maneras diferentes estos sucesos y los traduce en prácticas concretas o en tomas de posición claramente distinguibles (no por ello inflexibles). La lu-

²⁶⁴ Bauman, Zygmunt (1988), *Libertad*, Madrid: Alianza. p. 21 y sig.

cha por ganarle terreno a la amenaza nunca termina, de modo que el sujeto nunca deja de estar en movimiento para contrarrestar aquello que lo amenaza.

En tanto *territorios dentro de otros territorios*, estos enclaves están atravesados por las diferentes salidas analíticas que se han planteado en esta investigación. Pero el mapa resultante es complejo y requiere de procesos de síntesis —como el que se expone en este capítulo— que pueden dejar fuera ciertos aspectos ya tratados. En todo caso, no es menester de estas anotaciones finales resumir lo ya dicho, sino abrir nuevas perspectivas mediante la reformulación discursiva y analítica de lo ya dicho. La idea es *decir y pensar en otros términos lo ya dicho y pensado hasta acá*. Por ello, no debe extrañar que, en cierta medida, estos enclaves hagan eco de los ejes que articularon las bases teórico-conceptuales de este trabajo. El carácter comunicativo de contexto social es el que permite concebir que el sujeto es responsable de que la violencia sea una forma de estar en el mundo; de que esta forma de estar se regenere y reproduzca en forma de *habitus* y que todo esto promueva la acción dinámica del sujeto en la sociedad. Pero también el papel de la violencia como factor de estructuración social —esto es, la relación entre violencia y sociedad— se corresponde con este *habitus* violento y con su concreción en formas de estar. A la vez, la mirada comunicativa que define la pertinencia de esta investigación es la que hace que las respuestas multifacéticas de los sujetos frente al fenómeno de la violencia sean consideradas sistemas de relaciones simbólicas, que posibilitan la generación permanente de sentido —como también lo hace un lenguaje—, de modo que al estar con la violencia también se producen procesos de interacción comunicativa que definen posiciones dentro de una colectividad determinada.

Estas no son correspondencias fortuitas, pero tampoco son absolutistas. Después de todo, la investigación no se desarrolló de forma rígida, previendo de antemano cuáles iban a ser sus conclusiones y sus hallazgos. Si de algo habla esta constatación postrera es del cuidado que se puso en cada una de estas páginas para componer un mapa del proceso de investigación que hiciera honor a las bases que lo inspiraron. ¿Qué queda entonces? El mapa trazado que guió un trayecto de dos años y medio no se ha agotado, pero obviamente puede mejorar. Corresponde tal vez una pausa provisional, mientras el mapa ordena sus piezas de nuevo. Sin duda,

sobre la violencia aun queda mucho por decir. Pero conviene dejar que sean otros los que empiecen a interlocutar con este trabajo y con el fenómeno estudiado a través de él.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Luis Enrique (1998), *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- ALVARENGA, Patricia (1996), *Cultura y ética de la violencia*. El Salvador 1880-1932. San José: Educa. 371 p.
- AMIT, Vered (2002), *Realizing community: concepts, social relationships and sentiments*. Londres: Routledge.
- ANDERSON, Benedict (1991), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso.
- APPADURAI, Arjun (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARENDT, Hannah (1993), *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- ARMSTRONG, Robert y Janet Rubin (1983), *El Salvador, el rostro de la revolución*. San Salvador: UCA Editores.
- BAUMAN, Zygmunt (1988), *Libertad*, Madrid: Alianza.
- - - (2003), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- BENJAMÍN, Walter (1995), *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires: Leviatán.
- BERGER, Peter y Thomas Luckman (1997), *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós. 125 pp.
- BIFANI-Richard, Patricia (2004), *Violencia, individuo y espacio vital*. México D.F.: Universidad de la Ciudad de México.
- BINABURO, J. A. y X. Etxberria (eds.), *Pensando en la violencia desde Walter Benjamin, Hannah Arendt, René Girard y Paul Ricoeur*. Bakeaz: Madrid.
- BOUDIEU, Pierre (1991), *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- - - (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- - - (1999), *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.

- (2000), *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- (2000), *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- (2001), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- (2002), *Lección sobre lección*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre y Louis Wacquant (1995), *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D.F.: Grijalbo.
- CASTILLERO, Alejandro (2000), *Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura-Instituto Colombiano de Antropología e Historia. 296 pp.
- CASTORIADIS, Cornelius (1989), *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2, El imaginario social y la institución*. Buenos Aires: Tusquets.
- CASTRO Nogueira, Luis (1997), *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Madrid: Tecnos.
- CENTRO Nacional de Registros (2004), *San Salvador. Monografía*. San Salvador: Centro Nacional de Registros.
- COHEN, Anthony (1985), *The symbolic construction of community*. Londres: Routledge.
- CRUZ, José Miguel y María Antonieta Beltrán (2001), "II. Las armas en El Salvador: su situación y su impacto", en Martínez Patrone, Nadia *et al.* (Coords.), *El arsenal invisible: armas livianas y seguridad ciudadana en la postguerra centroamericana*. San José: Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano. 470 p.
- CRUZ, José Miguel y Nelson Portillo (1998), *Más allá de la vida loca. Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*. San Salvador: UCA Editores. 257 pp.
- DE CERTEAU, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. 229 p.

- (1997), *Culture in the plural*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DELGADO Ruiz, Manuel (1999b), *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- (1999a), *La violència com a recurs i com a discurs*. Secretaria General de Joventut: Barcelona.
- DEVALLE, Susana (Comp.) (2000), *Poder y cultura de la violencia*. México D.F.: El Colegio de México.
- DIRECCIÓN General de Estadísticas y Censos (2002), *Encuesta de hogares y propósitos múltiples*. San Salvador: DIGESTYC. 346 p.
- DURAND, Gilbert (2000), *Lo imaginario*. Barcelona: Del Bronce.
- ENCREVÉ, Pierre y Rose-Marie Lagrave (Orgs.) (2005), *Trabalhar com Bourdieu*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil. 364 pp.
- ESTRADA, Christopher (1998), “Viejas raíces para un nuevo ‘no’ costarricense”, en *Informativo Semanal Proceso*, Año 19, #821, Septiembre 9. San Salvador: CIDAI.
- (2000), “¿Una decisión conciente?”, en *Informativo Semanal Proceso*, Año 21, #923, Octubre 18. San Salvador: CIDAI.
- ESTUDIOS Centroamericanos (1997), *La cultura de la violencia en El Salvador. La violencia y su magnitud, sus costos y los factores posibilitantes*. Número monográfico, 588, Año LII, octubre.
- FOUCAULT, Michel (1976), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México D.F.: Siglo XXI.
- (1992), *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta. 200 p.
- (2001), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- GARCÍA Canclini, Néstor (2002), *Culturas populares en el capitalismo*. México D.F.: Grijalbo.
- GARCÍA Silberman, Sarah y Luciana Ramos Lira (1998), *Medios de comunicación y violencia*. México D.F.: FCE-Instituto Mexicano de Psiquiatría.

- GIDDENS, Anthony (1984), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HABERMAS, Jürgen (1989), *Teoría de la Acción Comunicativa. I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Buenos Aires: Taurus.
- HALL, Stuart (1997), *Representation: cultural representations and signifying practices*. Londres: Sage.
- HAMMERSLEY, Martín y Paul Atkinson (1994), *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- JACIR, Ana Evelyn (coord.) (2003), *Estudio socioeconómico de San Salvador*. Documento de trabajo sin publicar.
- JELIN, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- JENSEN, Klaus B. (1991), *Social semiotics of mass communication*. Londres: Routledge.
- JIMENO, Myriam (2002), *Violencia y cultura*. Conferencia dictada en el Seminario Permanente sobre Violencia, realizado en El Salvador en agosto de 2002. Disponible en: <http://www.violenciaelsalvador.org.sv/documentos/conferencias/JIMENO.pdf>
- LE BRETON, David (1999), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LEACH, Edmund (1978), *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- LUNGO, Mario y Carmen Aída Escobar (2000), *Economía del Centro Histórico de San Salvador y su incidencia en competitividad del Área Metropolitana*. Ponencia presentada en el coloquio del PUCD/GIM, realizado en Montreal, junio de 2000.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987), *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. México D.F.: FELAFACS Gustavo Gili.

- - - (1990), “De los medios a las prácticas” en Orozco, Guillermo (coord.), *La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- MARTÍN-BARÓ, Ignacio (2003), *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- MONSIVÁIS, Carlos (1999), “De no ser por el pavor que tengo, jamás tomaría precauciones”. Notas sobre la violencia urbana” en *Letras Libres*, Año 1, Número 5.
- PÉCAUT, Daniel (2001), *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa Hoy. 308 pp.
- PROGRAMA de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1998), *Violencia en una sociedad en transición*. San Salvador: PNUD. 195 pp.
- - - (2005), *¿Cuánto le cuesta la violencia a El Salvador?* San Salvador: PNUD.
- PROSS, Harry (1983), *La violencia de los símbolos sociales*. Barcelona: Anthropos.
- REGUILLO, Rossana (1994), “Acción comunicativa. Notas sobre la identidad/alteridad social”, en *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación I*. México: CONEICC. p. 83-100.
- - - (1998), “De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación” en Mejía Arauz, Rebeca y Sandoval, Sergio A. (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa*. México: ITESO.
- - - (2000), “Anclajes y mediaciones de sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo”, en *Investigación Cualitativa en Salud*, Dossier de la *Revista Universidad de Guadalajara*, enero 2000, Universidad de Guadalajara, p. 50-55.
- - - (2003), *Violencias y después. Culturas en reconfiguración*. Conferencia dictada en el congreso Cultura y Paz, en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas, marzo de 2003. Disponible en: www.utexas.edu/cola/lilas/events/oldevents/culturaypaz/reguillo.pdf
- RICOEUR, Paul (1995), *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México D.F.: Siglo XXI. 112 p.; especialmente el capítulo 3, “La metáfora y el signo”.

- ROCKWELL, Rick y Noreene Janus (2003), *Media power in Central America*. Illinois: University of Illinois Press. 280 p.
- ROLDÁN, Mary (2003), *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología. 435 pp.
- ROTKER, Susana (ed.) (2000), “Ciudades escritas por la violencia” en *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- SALAZAR, Alonso (1994), *No nacimos pa’semilla*. Bogotá: CINEP. 223 p.
- SAVENIJE, Wim y Khatarine Andrade-Eekhoff (2003), *Conviviendo en la orilla: exclusión social y violencia en el Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: FLACSO.
- SEGATO, Rita Laura (2003), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- SODRÉ, Muniz (2001), *Sociedad, cultura y violencia*. Bogotá: Norma, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación.
- SWINDAL, James (1999), “The lifeworld background of reflective acceptability”, compilado en Rasmussen, David y James Swindal (eds.), *Jürgen Habermas, Vol. IV*, Londres: Sage Publications. p. 75-87.
- TOURAINÉ, Alan (2000), *Crítica a la modernidad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. 225 p.
- URIBE, María Teresa (2001), *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región. 303 p.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1998), “El invento de las realidades del TiempoEspacio: hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos”, en *Impensar las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI. 151 p.
- WHITE, Alastair (1983), *El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.
- WODAK, Ruth, “1. De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”,

en Meyer, M. y R. Wodak (2003), *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa. pp. 17-35.

ZALUAR, Alba (2004), “Oito temas para debate: violência e segurança pública”, en *Polémica. Revista electrónica*. N° 7, oct./nov./dic. Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

ZILBERG, Elana (2005), “Los locos expulsados del reino. Delineando la geografía de la violencia de las pandillas entre las Américas (Los Ángeles y San Salvador)”, en Reguillo, Rossana y Marcial Godoy (coords.), *Ciudades translocales: espacio, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. Guadalajara: ITESO/SSRC.

Otra bibliografía consultada:

ALIANZA Republicana Nacionalista (2004), *País seguro: plan de gobierno 2004-2009*. San Salvador: Alianza Republicana Nacionalista. 53 p.

BAIRES, Sonia *et al* (2004), *Violencia urbana y recuperación de espacios públicos. El caso del Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador: UCA-PNUD. 28 pp.

BROWNING, David (1975), *El Salvador, la tierra y el hombre*. San Salvador: MINED.
CENTRO de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (2001), *El terremoto de El Salvador de 2001. Los derechos de las poblaciones vulnerables*. Cuadernos Deusto de Derechos Humanos No. 12. Bilbao: Universidad de Deusto. 61 pp.

CRUZ, José Miguel *et al* (1998), *La violencia en El Salvador en los años noventa. Magnitud, costos y factores posibilitadores*. San Salvador: BID. 54 p.

DUTRENT, Silvia (1989), *El Salvador. Textos de su historia*. México D.F.: Patria. pp. 69-168.

- GÁLVEZ, Raúl (Ed.) (2001), *¿Cómo vive la juventud salvadoreña? Análisis de la situación de adolescentes y jóvenes en El Salvador*. San Salvador: OPS/OMS El Salvador. 54 pp.
- GEOFFROY Rivas, Pedro (1987), *La lengua salvadoreña*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos/Ministerio de Educación y Cultura. 134 p.
- GUIDOS Véjar, Rafael (1980), *Ascenso del militarismo en El Salvador*. San José: EDUCA.
- MARTÍNEZ Patrone, Nadia *et al* (coords.) (2001), *El arsenal invisible. Armas livianas y seguridad ciudadana en la postguerra centroamericana*. San José: Fundación Arias para la Paz y el Progreso. 470 p.
- MENJÍVAR, Rafael (1980), *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*. San José: EDUCA.
- PIRKER, Kristina (2004), “La rabia de los excluidos: pandillas juveniles en Centroamérica” en *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, México D.F.: Universidad de la Ciudad de México. pp. 133-157.
- PARKMAN, Patricia (2003), *La insurrección no violenta en El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA. 231 p.
- RODRÍGUEZ Herrera, América (2002), *San Salvador. Historia urbana (1900-1940)*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA. 94 p.

Material audiovisual:

- MANDOKI, Luis (Director) y Lawrence Bender (Productor) (2004), *Voces inocentes*, México: 20th Century Fox.

Anexo 1: “El ataúd ensangrentado”. Análisis de discurso de un relato fantástico sobre la muerte

1. Introducción

Un país en guerra genera sus propios modos de normalización del estado de barbarie en que vive. Nada tendría que hacernos pensar que estos modos de normalización desaparecen automáticamente cuando se logra poner fin a dicho estado de guerra. Como toda construcción social y cultural, estos modos de normalización articulan lo que Siegfried Jäger (2003) llama *dispositivos*: un conjunto de circunstancias y contextos que encuadran, que determinan al discurso en múltiples planos. El ejercicio de análisis de discurso que se expone en las siguientes líneas parte de esta premisa. Se vale de un texto obtenido en el marco de una investigación sobre *la violencia como factor de estructuración* en una comunidad pobre urbana de San Salvador, El Salvador. En él, se narra una sucesión de acontecimientos fantásticos cuyo tema central es la muerte. El presente ejercicio asume como posible que la construcción discursiva acá analizada ofrece indicativos de la manera en que la sociedad salvadoreña de la preguerra civil (segunda mitad de la década de los 70) incorporó dentro de sus imaginarios cotidianos la idea de la violencia y, en este caso en particular, de la muerte.

La historia fue narrada por R. D., principal informante de la investigación referida, durante una entrevista informal realizada en el mes de junio de 2004. R. D. tiene 64 años de edad y ha habitado toda su vida el lugar en que se desarrolla la narración (la zona de El Casco, en el Municipio de Cuscatancingo, a 4 Km. de San Salvador); de hecho, se incluye a sí mismo como testigo de los hechos. Por esta razón, se considera que su construcción discursiva representa un ejemplo interesante de la manera en que muy probablemente otros salvadoreños como él —que también vivieron buena parte de su vida en un ambiente donde el conflicto armado devaluó radicalmente el sentido de la vida— se inmiscuyeron inconscientemente en

un proceso de sedimentación de representaciones sociales en donde la violencia ocupó un lugar importante.

Aunque este ejercicio no pretende explorar con la rigurosidad debida las consecuencias de dicho proceso de sedimentación (al menos en términos de cristalización de recursos y estrategias discursivas), sí pretende aportar las bases para estudios futuros en donde se elaboren mapas más certeros del uso cotidiano de las violencias en el lenguaje. Pretende ensayar el estudio riguroso de la manera que se produce la estructuración cotidiana de discursos, su entrelazamiento con dispositivos ideológicos y culturales más amplios, así como su capacidad para establecer *criterios de autocorrección* en el sujeto (Stubbs, 1987), que trascienden la mera pronunciación o articulación sintáctica de los actos de habla.

Dadas las limitaciones que rodean a este trabajo, no se hará una aplicación exhaustiva de todas las estrategias de análisis del discurso expuestas durante el semestre. Mas se seleccionarán aquellas que, a juicio propio, proveen de las pistas analíticas necesarias para revelar algunos de los sentidos ocultos del relato sobre la muerte que sirve de base para el ejercicio. Dicho relato ha sido bautizado de la manera más descriptiva posible, *El ataúd ensangrentado*. Sin embargo, se asume que el objeto central del cual se habla está prácticamente revestido de un carácter fantástico que no reduce su aura metafórica. Como se mencionó, se seleccionarán unas cuantas herramientas conceptuales para el análisis de discursos de las lecturas y discusiones de clase llevadas a cabo a lo largo del semestre. En una primera parte, el análisis tendrá un carácter descriptivo y hará énfasis en las marcas más evidentes del relato. Será hasta el apartado de reflexiones finales donde se colocará en la discusión algunas ideas que trasciendan el caso particular del relato de R. D., con el fin de llevar el análisis de discurso a un nivel más estructural.

2. El ataúd ensangrentado: una historia sobre la muerte

Durante la primera mitad de la conversación sostenida con R. D., insistió constantemente que quería llegar al punto de contarme la historia de *La caja ensangrentada*. Por lo tanto, previo al fragmento de la conversación acá expuesta, R. D. acompañó mi mente con sus palabras y

sus recuerdos, de manera que no me fue difícil ubicar históricamente los eventos fantásticos que vivió. Todo parecía indicar que la historia había tenido lugar en los primeros años de la década de los 70, que fueron tiempos difíciles para El Salvador. El modelo de gobierno militar estaba en su auge y nada, salvo un golpe de estado, era capaz de sacar a un presidente militar de su puesto. Así había sido desde 1929, cuando el primer presidente militar del siglo, el Gral. Maximiliano Hernández Martínez, controló el Estado luego de orquestar un golpe militar. Paradójicamente, a Hernández Martínez lo sacó de la silla presidencial (en la cual se mantuvo durante 14 años) una paro cívico de carácter pacífico que recibió el apoyo de prácticamente todo el sector profesional y político, así como de la incipiente clase media del país.²⁶⁵ El hecho es que la década de los 70 presencié el asenso de los últimos presidentes militares en la historia de El Salvador. El desgaste del modelo de control militar sobre el Estado se dejó sentir a través de un recrudescimiento de la represión a las libertades políticas de los sectores medios y profesionales del país. Esta década presencié también el surgimiento de las primeras agrupaciones político-militares, escisiones de los partidos políticos de oposición que optaban por la vía armada para intentar cambiar la manera en que el Estado y la nación eran conducidos. También fue la década en que los movimientos sociales —sindicatos obreros, organizaciones religiosas y de género, colegios profesionales, etc.— experimentaron su capacidad máxima de convocatoria e incidencia en la opinión pública. Eran épocas en donde el Área Metropolitana de San Salvador tenía tres veces menos población que en la actualidad y, por lo tanto, el municipio de Cuscatancingo era una zona semi-rural escasamente habitada. Precisamente en ese contexto es que se produjo la historia que R. D. tan insistentemente quería relatarme. El marcadísimo acento salvadoreño y la cadencia tan particular de su voz —elementos que son imposibles de colocar en estas páginas— operaron como poderosos atractores de mi atención y me fueron llevando por calles que ya no existen, hasta llegar al inicio del relato:

Hay un lugar allá arriba [de la calle] que le llamaban el mercadito, porque ahí fue la primera tienda, la tienda más fuerte que había aquí en esta zona. Al final de la cuesta, ahí estaba en

²⁶⁵ Un estudio minucioso de los eventos que rodearon a la huelga cívica de 1944 en El Salvador puede consultarse en Parkman, Patricia (2003), *La insurrección no violenta en El Salvador*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos/CONCULTURA.

la esquina. Abí hay una farmacia y abí siempre ha estado la casa, nunca, eh, son pocos los cambios que ha tenido. Abí había una señora que no sabía leer y escribir, pero a los hijos los tenía bien afílados (astutos). Y llegó a hacer sus centavos la señora.

Pero me acuerdo yo que antes de eso, antes de que ella estuviera había otra tienda. Abí toda la vida pusieron tienda en ese lugar, porque estaba bien ubicada. En una ocasión [baja la voz y habla muy despacio] que yo estaba, déjeme ver, abí estaba la dueña de la tienda... estaba un señor que se llamaba Herminio Melara... que yo todavía no me había acostado porque [inaudible]... dicen que pasó un ataúd y cuatro hombres ensangrentados y no había nadie detrás de ellos. Y todos iban chorreando sangre; ah!, y la caja echaba sangre también. Y la vieron pasar, y pasó. Pasaron con la caja de un muerto y la llevaban, y... con dirección como para Mejicanos (municipio del AMSS, colindante hacia el este con la zona de El Casco). Al final ya se quedaron así (baja mucho la voz y se queda callado)...

Bueno, abí en ese mismo tiempo apareció una señora que venía caminando de la misma dirección de donde los hombres venían. Y la llamaron a la señora, la presionaban para que se apurara '¡Hey, señora!'. Y le preguntaron (baja mucho la voz) 'mire señora, a mí me da no sé qué porque acabamos de encontrar a unos hombres que iban con una caja ensangrentada'. 'No, yo no he encontrado nada', les dijo. Y ellos, 'qué raro... pero si abí se van yendo, ¡van pasando!'. 'Yo abí vengo de atender un parto', dijo. Y todos nos preguntamos... ¿y por dónde pasaron, pues? Imagínese, porque en esa calle no había, eh, no tenía otra, otra salida, pues. ¡Ah, no había manera de que se perdieran! Y de volada (muy probablemente), iban arrastrando las patas como si llevaran una carreta, de esas que son jaladas por caballos. Porque hacía ruido como cuando a una carreta le falta grasa.

Pero de allá de la alcaldía para allá, a mí, no le voy a, para qué le voy a decir. Ese mismo miedo lo puede traicionar a uno. Hasta dentro de la realidad puede estar algo que lo asuste a uno. Pero a mí ya me habían dicho que de abí para arriba pasaban cosas raras, va (verdad). A uno le había salido una vez una tunca (cerdo hembra) echando fuego por los ojos. Pero ese día, le digo yo a la gente, debe ser el cadejo (animal mitológico en forma de perro que, si es de color blanco, cuida a las personas que trasnochan y, si es negro, las ataca). (...) Son anécdotes

tas, como se han vivido épocas, como los tiempos han cambiado, yo he vivido épocas bastante buenas aquí. Aquí nací y en los 64 años que tengo, pues, no me he perdido de mucho.

Como se ha venido señalando, el tema principal del relato parece ser la muerte. La macabra caravana mortuoria que carga el ataúd ensangrentado de un muerto anónimo es un referente concreto de dicho tema. Ciertamente podría haber muchos otros temas presentes en el relato, pero se ha optado por seleccionar este por la fuerza plástica de la figura del ataúd en el relato de R. D. Primeramente, hay que destacar el hecho de que el relato está revestido de un aura metafórica que, en el contexto de El Salvador, remite rápidamente a actos tradicionalmente considerados como ilícitos o poco comunes, lo cual contribuye decisivamente a delinear el carácter fantástico del relato, esto es, su *tipo textual* característico.

Esto se refleja en dos elementos del relato. Primero, la referencia tácita a la hora en que ocurre el hecho. El narrador es explícito en decir que la aparición de la caravana ocurre en un momento en que el *todavía no se había acostado*. En este caso, *todavía* es una marca inconfundible de que la hora de acostarse había comenzado tiempo atrás, pero que el sujeto permanecía despierto y fuera de su casa. Segundo, la referencia al *Cadejo* termina de imprimir este carácter fantástico a la narración y funciona como un *significado local* de gran fuerza. Bien podría concluirse que, sin el recurso a estas dos marcas discursivas, el relato perdería buena parte de su veracidad, aún en el entendido de que el narrador y el o los escuchas acepten tácitamente lo ficticio de los hechos. Durante toda esta parte del relato, la función *poética o estética* del discurso demuestra la importancia de su peso específico en la articulación total del mismo. La ficción y la fantasía se colocan al servicio de la credibilidad y estructuración del discurso.

Adicionalmente, hay que destacar la *cohesión* y *coherencia* del relato. La primera se consigue mediante la utilización del tiempo en el relato. Los hechos ocurren en una sucesión cronológica que es fácil de captar por el escucha (reunión nocturna de vecinos, aparece la caravana, desaparece por el camino, aparece la partera, platican con ella y se dan cuenta de lo paranormal del suceso). Cada uno de los actores y acontecimientos que son incorporados al relato funcionan como encadenadores de la atención. De este modo, se podría decir que este manejo del tiempo produce una estructura narrativa cohesionada que, a su vez, le imprime un drama-

tismo y suspenso fundamentales a la historia. La coherencia vendría dada por la abundancia de significados locales que se despliegan en la narración: la descripción detallada de la calle en que aparece la caravana, con las tiendas que albergó, los nombres de personas que vivieron en la zona, la ubicación geográfica del lugar (...*con dirección como para Mejicanos*), etc. El momento en que la cohesión es rota por el narrador —concretamente, cuando empieza a modificar el discurso para ubicarlo dentro de su vivencia personal en la zona de El Casco—, es justificable: es el momento en que se termina el aura fantástica del relato e inicia algo así como una recapitulación, una moraleja del hecho. El relato termina con una reflexión de R. D. acerca de su calidad de testigo de confianza. Para terminar diciendo “*aquí nació y en los 64 años que tengo, pues, no me he perdido de mucho*”, ha sido necesario romper con el relato fantástico y empezar a ubicarlo alrededor de quien lo cuenta. En este punto, la función referencial y expresiva del discurso de R. D. se impone por sobre todas las demás, sin anularlas por completo.

Pasando a un plano más simbólico del relato, es interesante el recurso narrativo de la partera en el mismo. No solo porque, como personaje introducido a la sucesión de acontecimientos, añade veracidad al hecho: en otras palabras, el aparecimiento de la señora y sus respuestas a los cuestionamientos de los testigos de la caravana mortuoria es lo que confirma el “aparecimiento”, la manifestación fantasmagórica o metafísica de la misma. La figura de la partera también es importante en la medida en que refuerza una oposición básica que, sin enunciarse directamente en la narración, es parte constitutiva de la misma: la oposición vida/muerte. La mujer de la historia expresa claramente el motivo por el cual deambulaba por la calle a esas horas de la noche: “*Yo ahí vengo de atender un parto*”. Su oficio es, en pocas palabras, ayudar a que las nuevas generaciones vengan al mundo. Camina en sentido opuesto al de la caravana; aparece del lugar preciso en que la caravana desaparece; interactúa, habla con los testigos, mientras que la caravana pasa de largo, silenciosa, únicamente acompañada por el sonido de los pies de los cargadores (“*iban arrastrando las patas*”) y de la madera del ataúd (“*hacía ruido como cuando a una carreta le falta grasa*”).

Esta oposición reviste al relato de una especie moraleja en negativo no dicha, abierta a la interpretación libre de quien escucha: ciertamente, a la vida se le opone la muerte, pero la

muerte está rondando inclusive los escenarios más cotidianos de la vida cotidiana. Esta *implicación* tan poderosa en el relato del ataúd ensangrentado funciona también como un elemento que desata una tensión dramática en el cuento. Inclusive el tono y la intensidad de la voz de R. D. cambia cuando llega a esta parte (“*y todos nos preguntamos... ¿y por dónde pasaron, pues? Imagínese, porque en esa calle no había, eh, no tenía otra, otra salida, pues. ¡Ah, no había manera de que se perdieran!*”). De este modo, la atención puesta al relato se refresca, puede encontrar un asidero nuevo y consentir que el narrador se extienda aún más en la recuperación de otras experiencias fantásticas (la *tunca* con los ojos rojos, por ejemplo).

Un último punto del discurso de R. D. merece nuestra atención, y es la presencia de los demás miembros del grupo de testigos que presenciaron el paso de la caravana mortuoria. El narrador utiliza la identidad de dos de los presentes para dotar de credibilidad a su relato (“*abí estaba la dueña de la tienda... estaba un señor que se llamaba Herminio Melara...*”) y les otorga un papel muy importante en la manera en que los hechos transcurrieron, sobre todo cuando se refiere al grupo como “ellos” (“*dicen que pasó un ataúd*”, “*y la llamaron a la señora*”, “*y le preguntaron*”, “*y ellos*”). El uso de los pronombres y de las conjugaciones verbales en el discurso le otorga un papel oscilatoriamente central a R. D. como protagonista de la historia (“*me acuerdo*”, “*yo estaba*”, “*yo todavía no me había acostado*”). Incluso cuando el uso de los verbos corresponde con la primera persona del plural (“*Y todos nos preguntamos...*”) pareciera que el énfasis sigue siendo dar credibilidad al relato con base en la presencia de otros testigos además del narrador. Pero todo parece indicar que la rica combinación de voces —mediante el uso de *discursos directos* e *indirectos*— reviste al relato de un ritmo mucho más dinámico y de una capacidad especial para atrapar la atención del escucha.

3. Algunas reflexiones finales

En todo proceso de comunicación en el que intervenga la lengua se pone en juego una importante carga de subjetividades que producen, por lo tanto una reducción de la realidad que se intenta comunicar. Enunciar, fotografiar, editar, grabar y redactar, todo ello es reducir. En

este sentido, todo discurso es expresión de la manera particular en que un sujeto echa mano del repertorio de significados y relaciones de sentido que le provee su entorno para organizar su presencia en el mundo. El discurso, a la vez que reduce la noción de realidad a una sucesión de elementos convencionales (como lo son los fonemas de una lengua, por ejemplo), despliega las habilidades de los sujetos para realizar combinaciones infinitas entre dichos elementos y aportar a sus interlocutores o a sí mismo una idea simplificada de su lugar en el mundo. Por ello es que las teorías que nutre el análisis crítico del discurso en nuestros días se aproximan más a la idea de discurso como una práctica, más que como una mera expresión acabada en sí misma.

A la luz de esta reflexión, se puede decir que el discurso articulado por R. D. con el fin de comunicar una experiencia fantástica es, al mismo tiempo, una construcción subjetivamente modelada, pero también social y culturalmente determinada. Una posible interpretación del porqué aparece este relato dentro de una conversación sobre la historia de la zona de El Casco podría provenir de esta premisa: durante una década en donde los conflictos sociales mantuvieron a la población en incertidumbre, los relatos fantásticos de este tipo acaso cumplían una función de ordenamiento simbólico de lo social, al proveer a quienes participaban de ellos un ambiente ficticio en el cual confluían las principales oposiciones presentes en su vida cotidiana (en este caso, la vida contra la muerte), y en el que se diseñaban posibles escenarios en donde las soluciones a las contradicciones quedan medianamente planteadas. Es en este sentido que cobra especial claridad la concepción de Wodak (2003) del discurso como representación social de la sociedad.²⁶⁶

De alguna manera, las palabras de R. D. no solo hablaban de una aparición fantástica de la cual él había sido testigo presencial; también hablaron a través de ellas varias décadas de convivencia con un estado de violencia generalizado, con muy pocas garantías sobre las libertades individuales y con todavía menos posibilidades de aspirar a un cambio en la situación general del país, al menos en el corto plazo. Cuando una situación o una pulsión individual cobra forma y carácter de discurso, se produce una especial mediación entre la intención particular del sujeto y el conjunto de condiciones que determinan colectivamente al discurso. Por

²⁶⁶ Wodak, R., "1. De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos", en Meyer, M. y R. Wodak (2003), *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa. pp. 17-35.

ello, todo discurso es más de carácter *intersubjetivo*. Las personas no son pasivas, sino que son receptores muy activos y reflexivos en la manera en que asimilan los discursos a los que tienen acceso. En el caso de *El ataúd ensangrentado*, lo más probable es que su narrador haya echado a andar una serie compleja de condicionamientos y circunstancias que lo hacían asumir como natural la ocurrencia de un suceso, por demás, ficticio. Esa serie compleja es lo que en la introducción de este ejercicio se llamó *dispositivo*.

El dispositivo funciona como una *matriz para la construcción de relaciones de sentido*. No son solo de naturaleza física, sino también cultural. De hecho, la constitución de dispositivos forma parte del proceso de formación cultural en el que nos vemos inmiscuidos desde que nacemos hasta que morimos. Estos dispositivos no son de carácter determinista, sino que nos orientan a la construcción de determinadas relaciones de sentido. Al manifestarse como telón de fondo de toda construcción discursiva, está se presenta como una unidad vinculadora de los elementos de la lengua. En buena medida, la intención que mueve a un sujeto a producir un discurso es la misma que le lleva a decidir qué tipo de elementos conjugar en una variedad no limitada de combinaciones.

Todo acto de comunicación que se sirve de un código o sistema convencional y arbitrario de signos, no puede ser visto como un hecho objetivo. Aquí radica la violencia implícita a todo comportamiento humano sumergido en estructuras de poder invisibles, según lo plantea Foucault (1992). La carga subjetiva que rodea a dicho acto de comunicación, tal y como se ha venido sugiriendo a lo largo de este ejercicio, revela la manera en que los sujetos incorporan estructuras en donde el poder se manifiesta de manera indeleble y sigilosa, estableciéndose un “universo de reglas que no está en absoluto destinado a dulcificar, sino al contrario a satisfacer la violencia. Sería un error creer, siguiendo el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, termina por renunciar a la violencia y acepta suprimirse a sí misma en las leyes de la paz civil. La regla, es el placer calculado del encarnizamiento, es la sangre prometida. Ella permite relanzar sin cesar el juego de la dominación. Introduce en escena una violencia repetida meticulosamente”.²⁶⁷

²⁶⁷ Foucault, 1992, p. 18.

Si aplicamos este principio a la articulación cotidiana de discursos, podríamos concluir que Foucault establece que el que sea capaz de dominar los mecanismos por los cuales se producen y reproducen los contenidos simbólicos que circulan en un contexto dado —y por lo tanto, aquel que sea capaz de controlar estos flujos de circulación— tendrá el monopolio del poder simbólico y hará que las reglas destinadas a su preservación sean cada vez más invisibles: “Si interpretar fuese aclarar lentamente una significación oculta en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es apoderarse, mediante violencia o subrepticamente, de un sistema de reglas que no tiene en sí mismo significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una voluntad, hacerlo entrar en otro juego, y someterlo a reglas segundas, entonces el devenir de la humanidad es una serie de interpretaciones”²⁶⁸ que, en nuestro caso particular, el análisis del discurso debería esforzarse por revelar y esclarecer. No se trata ya de pensar que se produce un ejercicio de poder unidireccional que anula al interlocutor —que por lo general no es uno, sino muchos—; lo importante es reconocer que existen complicidades aprendidas que hay que empezar a explorar de una vez por todas.

²⁶⁸ *Ibidem*, p. 19.